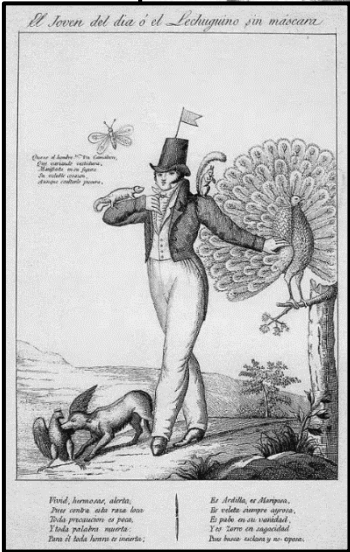
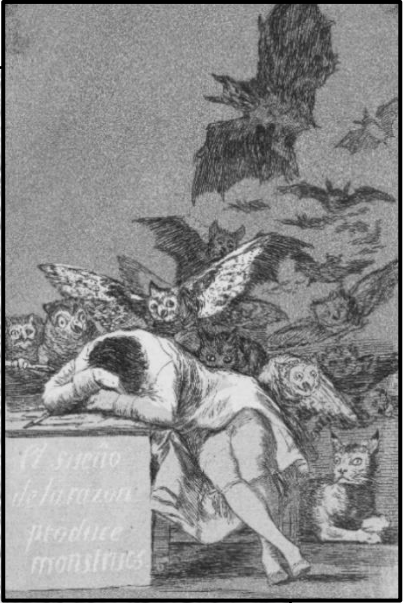


Letteratura spagnola dai *novatores* alle avanguardie storiche (a.a. 2022-2023 e a.a. 2023-2024)



selezione di testi spagnoli a cura della docente

© NON SONO CONSENTITI USI DIVERSI DA QUELLI DIDATTICI

AVVERTENZA

questa selezione di parti di opere spagnole non ha altra pretesa se non quella di rendere meno astratto e acritico lo studio “manualistico” della letteratura. non è, dunque, ne vuole esserlo, un’antologia. il suo fine è quello di aiutare chi legge a ricostruire la storia delle idee (non solo estetico-letterarie) quale essa si è andata diacronicamente articolando, ora con ritardi, ora con inattese accelerazioni, nella penisola all’indomani del *Siglo de Oro*.

ciò spiega perché, accanto a frammenti di opere cosiddette “canoniche”, figurino anche passaggi di opere che certa storiografia letteraria “omette” per pregiudizio intellettuale. la mancanza di apprezzabili valori estetici, il mancato riconoscimento dell’autorevolezza (*auctoritas*) di scrittura, soprattutto nel caso di Soggetti enuncianti periferici (le donne, ad esempio, o i cosiddetti “minori”) o, ancora, l’individuazione di una gerarchia di “merito” dei prodotti letterari - istituita sul principio della loro maggiore/minore ascrivibilità al discorso egemonico biopolitico -, sono, solitamente, le ragioni sottese a tale pregiudizio.

ovviamente, non è stato possibile “dare voce” alle molte autrici e ai molti autori (più della contemporaneità, che non della modernità) che pure avrebbero meritato di essere incluse/i in queste pagine. tuttavia, pur se parziale e arbitraria, come lo è, inevitabilmente, ogni selezione, in essa si troverà più di un esempio di scrittura che testimonia come la letteratura dialoghi sempre col proprio presente per illuminarne il senso e rivelarne, altresì, le complesse dinamiche. ciò può anche voler dire confrontarsi con la difficoltà di rinunciare a quelle rassicuranti frontiere (reali e simboliche) poste a salvaguardia delle identità individuali o collettive e, nel caso specifico, di rinegoziare quell’idea di “ispanicità” che, in più momenti della storia culturale nazionale, ha rischiato la deriva purista.

INDICE

pp. 5-7	Anonimo	<i>Descripción de la Sinapia, península en la Tierra Austral</i> (fine XVII-inizio XVIII s.?) - Número 13, Número 20, Número 27, Número 29.
p. 8	José Haro de San Clemente (1658-?)	<i>El chichisveo impugnado</i> (1729) - Introducción, y partición de esta obra.
pp. 9-12	B.J. Feijoo (1676-1764)	1. <i>Teatro crítico universal</i> (1726-1739, 8 voll.) - Prólogo al lector (I, 1726). 2. <i>Cartas eruditas y curiosas</i> (1742-1750, 5 voll.) - Carta XIII. Días aziagos (III, 1750).
pp. 13-16	J. Cadalso (1741-1782)	1. <i>Los eruditos a la violeta</i> (1771) - Advertencia; Dedicatoria a Demócrito y Heráclito; Lunes. Oración con que se da principio al curso y primera lección. 2. <i>Ocios de mi juventud. Poesías líricas: en continuación de "Los eruditos a la violeta"</i> (1773) - Prólogo; Sobre el poder del tiempo; A la primavera, después de la muerte de Filis. 3. <i>Cartas marruecas</i> (1789) - Introducción.
pp. 17-20	M.ªG. Hore (1742-1801)	1. Canción (1795). 2. Anacreóntica (1795).
pp. 21-25	F.M.ª de Samaniego (1745-1801)	<i>El Jardín de Venus</i> (post.) - El país de afloja y aprieta (XVIII s.); Los calzones de San Francisco (XVIII s.).
pp. 26-29	J. Amar y Borbón (1749-1833)	<i>Discurso en defensa del talento de las mugeres</i> (1786) – Frammento.
pp. 30-31	T. de Iriarte (1750-1791)	<i>Fábulas literarias</i> (1782) - El erudito y el ratón; El galán y la dama; El té y la salvia.
pp. 32-35	M. Hickey y Pellizoni (1753-1793)	<i>Poesías varias sagradas, morales y profanas o amorosas: con dos poemas épicos...</i> (1789, t. I) - Endechas; Soneto; Romance.
pp. 36-38	L. Fernández de Moratín (1760-1828)	1. <i>La Comedia Nueva o El Café</i> (1792) - Advertencia. 2. <i>El sí de las niñas</i> (1805) - Advertencia; Escena XIII (Acto III).
pp. 39-41	M.ªR. de Gálves (1768-1806)	<i>Obras poéticas</i> (1804) - Oda.
pp. 42-46	C. Böhl de Faber "Fernán Caballero" (1796-1877)	I. <i>La mitología contada a los niños</i> (1867) - <i>Neptuno y las ninfas marinas</i> ; II. <i>Vulgaridad y nobleza</i> (1875) - <i>Un vestido. Relación de un hecho cierto</i> ; III. <i>Cuentos, oraciones, adivinanzas y refranes populares</i> (1877) – a. <i>La tentación</i> , b. <i>Cuento de bruja</i> .
pp. 47-50	R. de Mesonero Romanos "El Curioso Parlante" (1803-1882)	<i>Semanario Pintoresco Español</i> (1836) - Prospecto (1836)
p. 51	J. de Espronceda (1808-1842)	<i>El pastor Clasiquino</i> (1835).
pp. 52-61	M.J. de Larra "Figaro" (1809-1837)	1. <i>Un reo de muerte</i> (1835). 2. <i>Literatura</i> (1836). 3. <i>La Nochebuena de 1836</i> (1836).
pp. 62-64	E. de Ochoa (1815-1872)	1. <i>Un romántico</i> (1835). 2. <i>Un caso raro</i> (1836).
pp. 65-68	J. Zorrilla (1817-1893)	<i>Poesías</i> (1839) - A la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra; Tarde de otoño.
pp. 69-74	J. Valera (1824-1905)	<i>Del Romanticismo en España y de Espronceda</i> (1864).
pp. 75-79	P.A. de Alarcón (1833-1891)	<i>El afrancesado</i> («El Museo Universal», 30 de abril de 1858)
pp. 80-85	J.M.ª de Pereda (1833-1906)	<i>Escenas montañosas</i> (1864) - El espíritu moderno
pp. 86-88 pp. 89-93	A. Domingo Soler (1835-1909) G.A. Bécquer (1836-1870)	<i>Cuentos espiritistas</i> (post. 1926) - Flor de Lis. 1. <i>Los ojos verdes</i> (1861). 2. <i>Rimas</i> , 1868 (<i>Libro de los gorriones</i> , 1868, mss.) - Introducción sinfónica; Rima XXI; Rima LIII.
pp. 94-96	R. de Castro (1837-1885)	<i>Las literatas. Carta a Eduarda</i> (1865)

- pp. 97-106 B. Pérez Galdós (1843-1920) 1. *La princesa y el granuja* (1877).
2. *Tristana* (1892) - Cap. I.
- pp. 107-111 R. de Acuña (1850-1923) *Tiempo perdido* (1881) - Algo sobre la mujer. Apuntes.
- pp. 112-115 C. Gimeno de Flaquer (1850-1919) 1. *No hay sexo débil* (1883).
2. *La solterona* (1885).
- pp. 116-120 E. Pardo Bazán (1851-1921) 1. *Un viaje de novios* (1881) - Prefacio.
2. *La última ilusión de Don Juan* (1893).
3. *Vampiro* (1901).
- pp. 121-123 L. Alas "Clarín" (1852-1901) *Cuentos morales* (1896) - La imperfecta casada.
- pp. 124-126 J. de Asensi (1859-1921) *Cocos y hadas: cuentos para niñas y niños* (1899) - El coco azul.
- pp. 127-133 M. de Unamuno (1864-1936) 1. *Rosario de sonetos líricos* (1911) - La oración del ateo.
2. *Niebla* (1914) - Capítulo XVII (fragmento).
3. *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920) - Prólogo.
4. *Cancionero. Diario poético* (1928-1936) - 549, 827, 1113, 1423, 1755.
- pp. 134-141 R.M.^a del Valle-Inclán (1866-1936) *Cofre de Sándalo* (1909) - Mi hermana Antonia.
- pp. 142-143 V. Blasco Ibáñez (1867-1928) *Cuentos valencianos* (1910) - El establo de Eva.
- pp. 144-147 P. Baroja (1872-1956) *El árbol de la ciencia* (1911) - Cuarta Parte. Capítulo III.
- pp. 148-154 J. Martínez Ruiz "Azorín" (1873-1967) *La Generación de 1898* (1913)
- pp. 155-156 A. Machado (1875-1939) 1. *Soledades, galerías y otros poemas* (1909) - Es una tarde cenicienta y mustia.
2. *Juan de Mairena: sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (1936) - Fragmento.
- pp. 157-160 R. Gómez de la Serna (1888-1963) *Greguerías* (1910-1960) - Selezione.
- pp. 161-163 P. Salinas (1891-1951) 1. *Presagios* (1923) - Coraza y pecho abierto.
2. *La voz a ti debida* (1933) - vv. 2191-2219.
3. *Razón de amor* (1936) - vv. 1398-1438.
4. *El Contemplado* (1946) - Tema.
- pp. 164-165 V. Aleixandre (1898-1984) 1. *Espadas como labios* (1932) - Mi voz.
2. *En un vasto dominio* (1958-1962) - ¿Para quién escribo?
- p. 166 R. Chacel (1898-1994) *A la orilla de un pozo* (1936) - Una música oscura, temblorosa
- p. 167 F. García Lorca (1898-1936) *Sonetos del amor oscuro* (1929-1935, post.) - El poeta pide a su amor que le escriba;
¡Ay voz secreta del amor oscuro!
- pp. 168-169 R. Alberti (1902-1999) 1. *Sobre los ángeles* (1927-1928) - Paraíso perdido.
2. *De un momento a otro* (1937) - Nocturno.
- p. 170 J. de la Torre (1907-2002) *Poemas de la isla* (1930) - Qué repetido deseo; Pero no me dejes sola.
- pp. 171-172 M. Hernández (1910-1942) 1. *El rayo que no cesa* (1936) - No cesará este rayo que me habita.
2. *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941) - Guerra.
- p. 173 siti per la libera consultazione

Descripción de la Sinapia, península en la Tierra Austral (fine XVII-inizio XVIII s.?)

Número 13. *De la forma de la república.*

Es la forma de esta república monárquica, mezclada de aristocrática y democrática. El monarca son las leyes; los nobles son los magistrados y el pueblo son las familias. Su figura, piramidal, cuya base es el pueblo; el cuerpo es el magistrado y la cima es el príncipe. Los magistrados son padres de familia, padres de barrio, padres de villas, padres de ciudad, padres de provincia, senadores y príncipe. Todos se llama PE, que quiere decir «padre», para mostrar que lo deben ser en el cariño, vigilancia y ejemplo.

Número 20. *Del Príncipe.*

El sinapo, o príncipe, es la cabeza del senado. Tiene jurisdicción económica sobre los senadores; en su nombre y del senado se dan todas las órdenes, se hacen todas las leyes, se envían y reciben las embajadas. Él es una perpetua centinela sobre los magistrados, para que cumplan con su obligación y, cuando faltan, los hace juzgar y castigar por aquellos a cuya jurisdicción pertenece. Junta el gran concilio de la nación, determina la guerra, la paz y las alianzas. Naturaliza a los forasteros, da la libertad a los esclavos, distribuye los honores, hace enviar fuera de la isla colonias cuando sobra el número de los moradores, hace venir de las colonias el número de moradores que faltan, provee todos los cargos según las proposiciones, admite o prohíbe todo género de uso nuevo, pero todo con parecer del senado. Envía, de cuando en cuando, visitantes a las provincias. Su colonia es blanca, con perfiles de oro. Su insignia es un sol y, delante, un paje que lleva un manojo de espigas de maíz y de arroz.

Número 27. *De la educación.*

Como de la educación pende el tener buenos ciudadanos y de esto la conservación y bien de la república, ponen en ello particular cuidado, siendo esto en lo que principalmente se esmeran los padres de familias y a lo que principalmente atienden los padres de barrio.

Dividen la educación en dos partes, la una que dirige las opiniones de que nacen las buenas costumbres, y la otra que enseña habilidades. La primera es toda de los padres de familias; la segunda, también es de los maestros de escuela y seminarios. Fuera de la instrucción cristiana con que ponen a los niños el amor y temor de Dios, con su ejemplo, con alabanzas y vituperios y con sucesos que los cuentan a propósito, les ponen horror de toda altivez y soberbia, de toda propiedad y parcialidad, de la superfluidad y delicadeza, de la cobardía y poltronería, del ocio y descuido, de la mentira y temeridad y, sobre todo, de la desobediencia y falta de respeto a Dios, a las leyes y superiores. Por el contrario, excitan al amor de la humildad, de la comunidad, de la moderación, del verdadero valor, del trabajo y atención, de la verdad, del sufrimiento y paciencia y de la rendida y pronta obediencia. Hacénles conocer claramente que el verdadero valor no consiste en vencer al enemigo, ni en exponerse sin temor a cualquier riesgo, sino en despreciar constantemente cualquiera dolor, trabajo y riesgo por causa justa y necesaria, hasta aventurar la propia vida por lo que vale tanto como ella. Que la verdadera honra no es la aura popular, la estimación común ni las alabanzas de la gente, sino la estimación debida al mérito conocido de la virtud, ejercitada por aquéllos que por su capacidad y puesto pueden juzgar de ella. Que la verdadera virtud no consiste en hacer, decir o pensar cosas buenas, sino en la voluntad constante de procurar el conocer lo bueno y ejecutarlo.

Con esto y con hacerlo ejercitar, en lo que se ofrece, actos de estas virtudes con reflexión y notar, con la misma, los actos que ocurren de los vicios contrarios, forman bastantemente sus ánimos sencillos a estimar las unas y aborrecer los otros. Y por este medio, a amar las leyes tan conformes a aquéllas y tan contrarias a éstos, que es lo que hace un buen republicano.

Las habilidades que se enseñan en casa son la pureza de la lengua sinapiense, correr, saltar, tirar la barra, nadar, tomar de memoria las oraciones comunes y catequismo y las leyes. Las cortesías y ceremonias en que ponen particular cuidado, como conservadoras del respeto debido y de la atención con que se debe obrar. Nadas les permiten hacer sin pedir licencia a los padres.

Pero lo que principalmente se enseña a todos es la agricultura, en que se comprehende el cuidado de criar a sus animales y colmenas y algún arte necesario, como labrar madera, hierro, piedra, lana, seda, lino o algodón, cuero, etcétera. A las

mujeres se enseña la crianza de los animales domésticos, todo el oficio de hacer de vestir y la cocina. A los esclavos, demás de ayudar a los amos, incumbe la caza y la pesca y el acarreo.

En las escuelas, a donde van los niños y niñas desde los cinco años, se enseña la doctrina cristiana, declarando el catequismo, a leer, escribir, contar y dibujar y la geometría práctica. Para los que por elección de los superiores se han de aplicar a la iglesia, a la milicia o a las ciencias, tienen en las ciudades seminarios en que se enseña lo necesario para aquellas profesiones. Cada año envían de cada villa o ciudad a la corte una lista de los que tienen inclinación a una de estas profesiones y, nombrados por el patriarca general del ejército y prefecto de la academia, electores, se envían por las provincias a escoger los que les parecen a propósito, según las señas y capacidad que hallan en ellos y según el número de que se necesita. Estos entran desde luego en los seminarios, de donde, acabados sus estudios, salen a sus empleos o los despiden por delito o enfermedad.

En los seminarios de eclesiásticos aprenden las lenguas hebrea y griega, el canto y ceremonias eclesiásticas, la santa Escritura y cánones sinodales y la historia de la Iglesia. En los seminarios de soldados, aprenden el manejo de las armas, los movimientos, el modo de campar, la fortificación y la mecánica. En los seminarios de las ciencias, se enseñan todas las que se profesan en Sinapia. Todos corren por cuenta del público y son gobernados por los padres de los seminarios.

Número 29. *Del trabajo y del comercio.*

En Sinapia, todos trabajan, desde el príncipe hasta el menor vecino, con esta diferencia, que todos los que tienen cargo público gastan en el cumplimiento de su obligación las horas destinadas al trabajo, y si les sobra tiempo, en aquello que son más inclinados, como sea útil al público, sin desdeñarse los más altos personajes de hacer alguna manufacturas por dar buen ejemplo.

El trabajo de las personas libres son seis horas; esto se entiende de obligación, porque si alguno quiere trabajar más, es alabado y, en ciertos trabajos que piden lograr la ocasión, se mancomunan los trabajadores y se alarga el tiempo con orden de los superiores.

La ocupación perpetua de los que moran en los territorios de las villas es la labranza y crianza; la de los que viven en barrios, son las artes necesarias a la vida humana y la de las mujeres es la fábrica de todo lo comestible, hilados y tejidos. Para que todos se ocupen igualmente, y aprendan la agricultura, se saca la mitad de las familias de las ciudades, cada dos años, y se reparten por las villas, de adonde pasan otras tantas familias a morar en las ciudades, y cada año va la mitad de las familias a morar en las villas. Con lo cual, se logra el que todos se conozcan, que todos se ejerciten en las artes necesarias, que todos gocen de las comodidades y padezcan igualmente las incomodidades de la vida de la ciudad y de la aldea y, finalmente, que no tengan asimiento a las habitaciones.

Exceptúanse del trabajo manual los que tienen cargo público, los profesores de letras nombrados por el senado, los que están en escuela, seminario o academia, los enfermos actuales, con licencia del padre de barrio y los habituales con la del padre de la salud y los que tienen setenta años.

El trabajo de los esclavos públicos son las obras públicas (menos las fortificaciones, que son la ocupación de los soldados), la caza, la pesca y los transportes. El género de trabajo en que deben ocuparse los vecinos, el modo y el tiempo, lo regulan (conforme la necesidad de cosas que faltan en los almacenes) los padres de barrio o, por orden, de los padres del trabajo de las villas, que reciben las órdenes de los de las ciudades; éstos, de los de las metrópolis y éstos últimos, del senado. En las villas se recogen los frutos y se preparan los materiales; en las ciudades están las manufacturas en que se fabrican los materiales y en las metrópolis y corte se hacen aquellas cosas cuyo uso no es tan común.

Logra esta república con lo demás del mundo de un comercio ventajosísimo, pues, pudiendo tener todo lo bueno que hay fuera de ella, está libre de que se le introduzca lo malo y, sacando todo lo inútil y sobrado, se queda con todo lo útil y provechoso. Esto consiguen teniendo prohibido a los naturales el salir de la península sin licencia del senado y toda comunicación con extranjeros y a éstos, el poner pie en la península sin permiso. Y cuando por tormenta aportan a la Sinapia, les señalan personas que los asistan y acompañen sin dejarlos comunicar con los habitantes y esclavos públicos que los sirvan y ayuden a acomodar las embarcaciones para continuar su viaje y, si lo necesitan, les dan bastimentos y embarcaciones sinapiense hasta ponerlos en salvo, todo sin que les cueste nada, ejercitando de esta suerte la caridad, aunque sea con los enemigos.

A los embajadores también les señalan alojamiento, adonde los asisten con todo lo necesario abundante y regularmente, pero acompañados siempre de un conductor que hace ver todo lo que gustan sin permitirles comunicación ninguna con los

sinapienses. Por otra parte, señala el senado personas hábiles y fieles a quien entrega caudal de las cosas que sobran en la península u (sic) de las cosas de que en Sinapia no se hace caso y con embarcaciones propias, en traje de armenios o de banías, señalándoles el tiempo y lugares por donde han de viajar (sic) y comerciar, con el favor de las lenguas malaya, arábiga, turca y francesa, que enseñan en Sinapia por maestros destinados a ello. Y hacen sus peregrinaciones y abastecen la península de todo lo que le falta y puede serle de utilidad.

Lo que sale de la península es lo que en ella sobra de frutos y manufacturas y el oro, plata y piedras que subministran las montañas de Bel y las perlas de sus marinas, de todo lo cual los habitantes no se sirven sino para adorno de los templos o para comprar con ello las noticias de que necesitan o la paz de las naciones que estiman estas cosas. Lo que se trae son drogas medicinales, materiales para algunas manufacturas, las nuevas invenciones de artes y ciencias, buenos libros, modelos de artificios que no hay en Sinapia y mapas puntuales y cartas de marear en todas partes.

JOSÉ HARO DE SAN CLEMENTE, del sacro Orden de Nuestra Señora del Carmen de la antigua Regular Observancia (1658-?)

El chichisveo impugnado (1729)

Introducción, y partición de esta obra.

Todas cosas tienen su tiempo, dice el Espíritu Santo: *Omnia tempus habent*. Confieso ingenuamente, que ha días, que traigo entre ojos esta demasiada llaneza, y comunicación, que ha entablado el Demonio, entre hombres, y mugeres, en una Nación tan pundonorosa como la Española, de quien se solía decir, sin mucha ponderación, que del arye (sic) se ofendía, y que un mirar la agraviaba. Nación, que, diferenciándose de las demás, vistió sus mugeres con manto, para que no fuesen ordinariamente vistas, y anduviessen mas honestas, porque de esa suerte siempre fuesen atendidas, y miradas con mayor veneración. Como las Imágenes de los Santuarios, que pocas veces se dexan ver, estando lo mas del año baxo de cortinas por mas autoridad, y mayor decencia.

Empero yá las vemos casi en cuerpo: porque con acortar los mantos, y alargar las basquiñas, lo que los mantos por su cortedad no tapan, las basquiñas descubren por su demasía. Y como solemos decir, que las mugeres, por lo común, son Thomistas, sin ser Artículos del Santo, han solicitado, desquaternadas, ponerfe *in corpore*.

Los hombres, que por el traje Español se hacían mas respetosos, y venerables, están oy tan afeminados, que temo, que alargando mas las chupas un poco, y las casacas, ahorren de calzón, y anden con basquiña. No calumnio totalmente las Cabelleras, porque muchos las traen por necesidad (y aun ay Religiosos, que por la decencia traen cerquillos postizos). Pero no he de alabar, el que, por traerla postiza, se quiten la propria siendo buena. Yo conozco un Mozo, que lo mejor, que tenía, era el cabello proprio, y se lo quitó, por ponerse á el ufo. Y la lastima es, que el caudal es corto, para cabello largo. Ni tampoco será razón, que alabe el desordenado gasto, que en algunas se hace; pues me aseguran aver cabellera, que cuesta mas, que una gala. Pues qué dirémos del tiempo, que se gasta en componerla, peinarla, y expolvorearla, apostandose los hombres con las mugeres, y aun excediéndolas en los melindres? Y callo algunos pelos, que llevan las cabelleras: si bien deseo, no traigan los hombres en las cabezas lo que ciertos animales en las barbas.

Assi confundidos los sexos, se han introducido los hombres en los Estrados. Y al tiempo, que las Señoras van dexando las almohadas, por los taburetes, vayan los hombres abandonando los taburetes, por tomar de asiento las almohadas. Dexaron las espadas por unos espadines, que parecen escarba-dientes. Aquí se descubre bien su mugeril inclinación, ó por mejor decir, su afeminado natural, pues parece, qua han dexado la espada, por ser ella; y han tomado el espadin, por ser él. Quando sucede alguna cosa irregular, ó extraordinaria, solemos decir: Válgame Dios! Esto ay? Esto sucede? Verdaderamente, que no ay hombres! Y dicen bien, que yá no ay hombres, todos son hembras, O por lo menos, los mas. [...].

Tengo por cierto, y evidente, que el Demonio se ha valido de la oportunidad, que le ofrece el tiempo, para plantar en el Mundo esta mala yerva del Chichisveo, y la ha trasplantado á nueftra España. Conocese ser mala yerva, por lo mucho, que ha crecido en tan poco tiempo. Y si el Espíritu Santo dice, que ay tiempo para plantar: *Tempus plantandi*: y tiempo para arrancar lo plantado: *Et tempus evellendi*,

quod plantatum est: y si para el Demonio ha sido tiempo de plantar, sea para nosotros tiempo de arrancar, lo que este enemigo, y tyrano, ha plantado con su maliciosa, y diabólica astucia.

Los trágicos fuccessos, y desgracias, que cada dia se están experimentando, y llorando, me han dado fundamento, y motivo, para poner por obra esta Declamacion, por ver, si llega á tiempo (su Divina Magestad, por ser quien es, lo haga) de que los hombres, con tantos désengaños, abran los ojos, y cooperen á arrancar de raiz esta mala yerva del Chichisveo; de tal suerte, que ni aun su nombre quede en la memoria de una tan Christiana, honrada, y zelosa Nación; para que assí vuelvan los Españoles á recobrar su antiguo esplendor, honra, reputación, y estimacion: *Tempus evellendi*. Hagase con esta mala yerva, lo que mandó executar el Labrador de el Evangelio con la zizaña, que nació entre el trigo: no solo arrancarla, y reducirla á gavillas, sino arrojarla á el fuego, y quemarla, hasta reducirla á cenizas.

Intento dividir esta Declamación en tres partes. En la primera diremos, qué cosa es la Muger. En la segunda trataremos de la Ocafion. Y en la tercera del Peligro.

Concluyendo, con que la muger, y la ocasion, ponen á el hombre en el mayor peligro, para abandonar la honra, el crédito, la reputación, el caudal, la vida, y lo que es mas, la salvacion.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO (1676-1764)

Teatro crítico universal (1726-1739, t. VIII)

Prólogo al lector (t. I, 1726)

Lector mío, seas quien fueres, no te espero muy propicio, porque siendo verosímil que estés preocupado de muchas de las opiniones comunes que impugno, y no debiendo yo confiar tanto, ni en mi persuasiva ni en tu docilidad, que pueda prometerme conquistar luego tu asenso, ¿qué sucederá sino que, firme en tus antiguos dictámenes, condenes como inicuas mis decisiones? Dijo bien el padre Malebranche que aquellos autores que escriben para desterrar preocupaciones comunes no deben poner duda en que recibirá el público con desagrado sus libros. En caso que llegue a triunfar la verdad, camina con tan perezosos pasos la victoria, que el autor, mientras vive, sólo goza el vano consuelo de que le pondrán la corona de laurel en el túmulo. Buen ejemplo es del famoso Guillermo Harveo, contra quien, por el noble descubrimiento de la circulación de la sangre, declamaron furiosamente los médicos de su tiempo, y hoy le veneran todos los profesores de la Medicina como oráculo. Mientras vivió le llenaron de injurias, ya muerto, no les falta sino colocar su imagen en las aras.

Aquí era la ocasión de disponer tu espíritu a admitir mis máximas, representándote con varios ejemplos cuán expuestas viven al error las opiniones más establecidas. Pero porque ese es todo el blanco del primer discurso de este tomo, que a ese fin, como preliminar necesario, puse al principio, allí puedes leerlo. Si nada te hiciere fuerza, y te obstinases a ser constante sectario de la voz del pueblo, sigue norabuena su rumbo. Si eres discreto, no tendré contigo querella alguna porque serás benigno y reprobárs el dictamen, sin maltratar al autor. Pero si fueres necio, no puede faltarte la calidad de inexorable. Bien sé que no hay más rígido censor de un libro que aquel que no tiene habilidad para dictar una carta. En ese caso di de mí lo que quisieres. Trata mis opiniones de descaminadas por peregrinas, y convengamos los dos en que tú me tengas a mí por extravagante; yo a ti, por rudo.

Debo, no obstante, satisfacer algunos reparos que naturalmente harás leyendo este tomo. El primero es que no van los discursos distribuidos por determinadas clases, siguiendo la serie de las facultades o materias a que pertenecen.

A que respondo que aunque al principio tuve ese intento, luego descubrí imposible la ejecución; porque habiéndome propuesto tan vasto campo al Teatro Crítico, vi que muchos de los asuntos que se han de tocar en él son incomprensibles debajo de facultad determinada, o porque no pertenecen a alguna, o porque participan igualmente de muchas. Fuera de esto, hay muchos de los cuales cada uno trata solitariamente de alguna facultad, sin que otro le haga consorcio en el asunto. Sólo en materias físicas (dentro de cuyo ámbito son infinitos los errores del vulgo) habrá tantos discursos que sean capaces de hacer tomo aparte, sin embargo, de que estoy más inclinado a dividirlos en varios tomos, porque con eso tenga cada uno más apacible variedad.

De suerte que cada tomo, bien que el designio de impugnar errores comunes uniforme, en cuanto a las materias parecerá un riguroso misceláneo. El objeto formal será siempre uno. Los materiales precisamente han de ser muy diversos.

Culpárame acaso porque doy el nombre de *errores* a todas las opiniones que contradigo. Sería justa la queja si yo no previniese quitar desde ahora a la voz el odio con la explicación. Digo, pues, que *error*, como aquí le tomo, no significa otra cosa que una opinión que tengo por falsa, prescindiendo de si la juzgo o no probable.

Ni debajo del nombre de *errores comunes* quiero significar que los que impugno sean trascendentes a todos los hombres. Bástame para darles ese nombre que estén admitidos en el común del vulgo, o tengan entre los literatos más que ordinario séquito. Esto se debe entender con la reserva de no introducirme jamás a juez en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas, especialmente en materias teológicas; porque, ¿qué puedo yo adelantar en asuntos que con tanta reflexión meditaron tantos hombres insignes? ¿O quién soy yo para presumir capaces mis fuerzas de aquellas lides, donde batallan tantos gigantes? En las materias de rigurosa Física no debe detenerme este reparo, porque son muy pocas las que se tratan (y esas con poca o ninguna reflexión) en otras escuelas.

Harásme también cargo porque, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastaría por respuesta el que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razón que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más peligra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero éstas ni en latín deben salir al público, pues harto vulgo hay entre los que entienden este idioma; fácilmente pasan de éstos a los que no saben más que el castellano.

Tan lejos voy de comunicar especies perniciosas al público, que mi designio en esta obra es desengañarle de muchas que, por estar admitidas como verdaderas, le son perjudiciales, y no sería razón, cuando puede ser universal el provecho, que no alcanzare a todos el desengaño.

No por eso pienses que estoy muy asegurado de la utilidad de la obra. Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetración para conocerla, y en los más, fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es que nada escribo que no sea conforme a lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares, sólo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversación se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar y persuadir las verdades; la habilidad más baja del ingenio es enredar a otros con sofisterías. Las arañas, que aun entre los brutos son viles, fabrican telas delicadas, pero sutiles; sutiles y firmes, aun entre los hombres, no las hacen sino los artífices excelentes. En aquéllas se figuran los discursos agudos, pero sofisticos; en éstas los ingeniosos y sólidos.

No siempre los errores comunes que impugno ocupan todo el discurso donde se tratan. A veces son comprendidos muchos en un mismo discurso, o porque pertenecen derechamente a la materia de él, o porque se hallaron al paso y como por incidencia, siguiendo el asunto principal. Este método me pareció más oportuno; porque de hacer discurso aparte para cada opinión que impugno, habiendo en unas mucho que decir, y en otras poco, resultaría un todo compuesto de partes extremadamente desiguales.

Estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos o tres discursos de este libro; y aun algunos me previenen que cargarán sobre mí injurias y dicerios. En ese caso me aseguraré más de la verdad de lo que escribo, pues es cierto que desconfía de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas. Si me opusieren razones, responderé a ellas; si chocarías y dicerios, desde luego me doy por concluido, porque en ese género de disputa jamás me he ejercitado. Vale.

Cartas eruditas y curiosas (1742-1760, t. V)

Carta XIII. Días aziagos (t. III, 1750)

1. Muy Señor mío: No ceso de admirar, que un hombre como Vmd. esté titubeando entre el asenso, y disenso al dicho popular de que el día Martes es *Aziago*. Confiesa Vmd. que esta observación tiene todo el aire de vana, y supersticiosa. Mas por otra parte la experiencia de algunos considerables infortunios, que padeció en ese día, le inclina a juzgar, que no carece enteramente de fundamento. En un Martes le llevó Dios a Vmd. la mujer. En otro cayó Vmd. en una grave enfermedad. En otro se le huyó un criado con cincuenta pesos, que le había dado para emplear en una Feria.

2. Son muchísimos, a la verdad, los hombres que fundan reglas sobre las casualidades; pero estaba yo muy lejos de pensar, que Vmd. padeciese la más leve tentación de caer en este vulgar error. Hago juicio de que Vmd. tenga de cuarenta y seis a cuarenta y ocho años de edad, tiempo que ha incluido más de dos mil y cuatrocientos Martes. Pues yo apostaré cualquier cosa, a que en buena parte de este número logró Vmd. días muy felices, y gustosos. Pero estos no se apuntan, porque no tienen a su favor la preocupación. Al modo que los Médicos observan unos pocos casos, en que la crise de la enfermedad sucede en los septenarios, pasando por alto mucho mayor número de ellos, en que se hace según otra serie de números.

3. La observación del Martes como aziago pienso que es particular a España; pero debajo de la generalidad de reputar tales, o tales días faustos, o infaustos, es manía muy antigua, y muy repetida en el Mundo. Romanos, Griegos, Persas, Egipcios, Cartaginenses cayeron en este delirio; pero no atribuyendo la felicidad, o infelicidad a los mismos días unos que otros, sino que cada Nación tenía por infeliz aquel día, v.g. el segundo, o tercero de tal, o tal mes, en que había padecido alguna calamidad señalada. En el libro 4, cap. 20 de los días Geniales de Alejandro podrá ver Vmd. un largo Catálogo de los diferentes días, que tales, y tales Naciones tenían por felices, o infaustos. Sin embargo, los hombres de superior talento despreciaban estas observaciones Nacionales. Así Lúculo emprendió la batalla contra Tigranes en día que los Romanos tenían por infausto; y lo mismo hizo el Cesar en su expedición a la África, correspondiendo feliz suceso. Y Alejandro, amonestado por los suyos, que no invadiese a los Persas en el mes de Junio, porque era luctuoso para los Macedones, despreció la advertencia, diciendo con escarnio de ella, que mandaba que quitasen a aquel mes el nombre de Junio, y le llamasen segundo Mayo.

4. La Mote le Mayer dice, que los Turcos tienen por día feliz el Miércoles, y los Españoles el Viernes. Esto segundo nunca lo he oído; pero sí el que los Italianos tienen por infausto el Viernes, como acá se dice, que lo es el Martes.

5. Como acabo de decir a Vmd. que el común origen de reputar diferentes Naciones tal, o tal día por infausto, fue haber padecido aquel día alguna sobresaliente calamidad; es natural desee saber, si de este principio viene tenerse en España el Martes por aziago. Y yo satisfago a su presumido deseo, diciendo que sí. Pero será nueva prueba de ser esta observación vanísima la relación del infortunio, que dio ocasión a ella. Fue esta una derrota, que padecieron los Aragoneses, y Valencianos un día Martes, vencidos por los Moros en la batalla de Lujen el año de 1276. Dos famosos Historiadores Españoles son mis fiadores. El Padre Mariana, y el gran Zurita. El Padre Mariana, lib. 14 de su Historia de España, cap. 20, dice así: *Al tiempo que el Rey (Don Jaime) estaba el Játiva, los suyos fueron destrozados en Lujen. El estrago fue tal, y la matanza, que desde entonces comenzó el Vulgo a llamar aquel día, que era Martes, de mal agüero, y aziago.*

6. Zurita, lib. 3 de sus Anales, cap. 100, refiere el caso de esta suerte: *Llegaron a Lujen los nuestros muy cansados, y fatigados del grande calor que hacía, y a vista de Lujen descubrieron los enemigos, que eran quinientos de a caballo, y tres mil de a pie, y tuvieron con ellos una muy brava batalla, y fueron los nuestros vencidos, y murieron Don García Ortiz de Azagra, y un hijo de D. Bernardo Guillén de Entenza, y tanta gente de caballo, y de pie de Játiva, que quedó aquella Villa por este destroz muy yerma, y por esta causa, según Marsilio escribe, se decía aún en su tiempo por los de Játiva el Martes aziago.*

7. Dos reflexiones ocurren aquí, que hacen visible la suma inadvertencia de los que sobre este suceso fundaron la observación de ser aziago el Martes. La primera es, que el estrago, que padecieron los Cristianos en esta ocasión, fue levísimo en comparación del que ejecutaron en ellos los Moros en la funesta batalla de Guadalete, en que fue destrozado un Ejército de cien mil hombres, mandado por el Rey Don Rodrigo, cuando la gente vencida en Lujen verosíblemente no pasaría, cuando más, de cinco mil hombres, pues los enemigos no pasaban de tres mil y quinientos. Pues si en aquel gran destroz no se observó el día de la semana, en que acaeció, para declararle aziago, cosa ridícula fue observar esto otro.

8. La segunda es, que aquel daño fue particular de Aragoneses, y Valencianos, no común a todos los Españoles, siendo entonces la Corona de Aragón Reino aparte, de quien en ninguna manera dependía el resto de España. Al contrario, la batalla de Guadalete fue funesta, y funestísima a la Nación Española. Permítase, pues, graciosamente, que en Aragón, y Valencia tengan por aziago el Martes. Mas si en toda España se debiese observar algún día como tal, sería aquel en que se dio la batalla de Guadalete, a que se añade; que los Autores de esa observación fueron únicamente los vecinos de Játiva, por los muchos de aquel Pueblo, que perecieron en aquel combate. ¿Pues qué cosa más irracional, que mirar algún día como aziago para toda la Nación, porque fue funesto para un Pueblo particular?

9. Y observo aquí de paso, que si algún día de la semana se debiese notar como funesto para Játiva, con mucha más razón se notaría el Jueves, que el Martes. Diré a Vmd. el por qué. A 25 de Mayo del año de 1707, después de un sitio fuertemente resistido de parte de los sitiados, entró a viva fuerza en Játiva el Caballero d'Asfelt, Comandante de las Tropas de España, y Francia en el Reino de Valencia, a que, después de llevar al Soldado a filo de cuchillo cuanto encontró, se siguió la total desolación de aquel Pueblo, que fue enteramente arrasado, a excepción de las Iglesias, y pocas casas de algunos particulares, que se mantuvieron fieles. Cayó aquel año el día 25 de Mayo en Jueves. ¡Cuánto más calamitoso fue este Jueves, que aquel Martes!

10. Pero lo peor, señor mío, no está en que esta observación es falsa, sino que sobre esto es supersticiosa; y lo mismo digo de la observación de otro cualquiera día, o de la semana, o del año, como fausto, o como infausto, y asimismo como apto, o inepto para que alguna operación, o diligencia tenga buen efecto, o como significativo de algún suceso futuro. Este es el sentir común de los Teólogos Morales, aunque en orden a una, u otra particularidad no están todos convenidos. Yo sobre este punto enteramente suscribo a las decisiones del P. Martín Delrio, lib. 3, Disquisit. Magic. p. 2, q. 4, sect. 6. Así digo con él, que es supersticioso observar qué tiempo, v.g. si lluvioso, o sereno, hizo en los días de San Vicente, San Urbano, y de la Conversión de San Pablo, para colegir de ahí si la cosecha será buena, o mala. Leandro, *apud Gobat*, de Superstitione, sect. 2, n. 953, pretende absolver esta observación supersticiosa. Verdaderamente si ésta no lo es, ninguna lo será; porque es visible la inconexión de la buena, o mala cosecha con el temporal que se notó aquellos tres días.

11. Igualmente supersticiosa es la observación, que reina, según se me ha escrito, en muchos lugares de Castilla de los tres primeros de Febrero, pretendiendo el Vulgo, que en aquellos tres días se cuaja el granizo, que en el discurso del año ha de dañar los frutos. Y para precaución; esto es, para estorbar la coagulación del granizo, usan, como de remedio, de la pulsación de las campanas. Digo que esta observación es igualmente supersticiosa, que la pasada; pero más ridícula, porque supone la coagulación del granizo anterior días, y meses a su precipitación sobre la tierra, como si pudiese estar naturalmente suspendido tanto tiempo en el aire.

12. Digo lo segundo con el P. Delrio, que es superstición coger tales, o tales hierbas el día, o noche de San Juan, en la creencia de que cogidas entonces tendrán virtud natural más eficaz, que en otro cualquier tiempo. Vi en cierto País, que cuando había truenos, quemaban hierbas cogidas en la noche de San Juan, pretendiendo disipar el nublado con aquel sahumero. De la misma harina es ingerir los árboles el día de la Anunciación: sangrar los caballos el día de San Esteban: cortarse las uñas los Viernes, o los Sábados, y otras observaciones semejantes, las cuales, dice el mismo Autor, bien lejos de ser obsequiosas a aquellas festividades, antes las infaman, y deshonoran: *Festa sic potius inhonorant, quam colunt*.

13. Es verdad que añade, que no se atreve a condenar a los que adscribiesen los buenos efectos de estas prácticas al mérito, y protección de los Santos, que se celebran en aquellos días: *Non audeo eos damnare*. Mas para mí siempre es sospechoso, que sólo para una cosa determinada, y sólo en día determinado fien en el mérito de los Santos. Los devotos del Proto-Martir San Esteban podrán valerse de su intercesión con Dios para cualquier cosa útil, y honesta, y no precisamente para una operación tan mecánica, y sucia como es sangrar los caballos; y podrán implorar su protección, no sólo el día de su fiesta, mas en otro cualquiera; aunque no niego, que más excitada la devoción en su festividad pueda ser más eficaz. Pero si la devoción es buena, o mala; esto es, falsa, o verdadera, se ha de colegir de las circunstancias: *Non bona devotio*, dice el P. Delrio, *quae cum scandalo conjuncta, quae merito suspecta, quae anilis, quae singularis, quae nullo Ecclesiae, vel traditionis munita suffragio*. Por esta regla (que es muy segura) toda devoción, que tenga alguna apariencia de disonante, o ridícula, y por otra parte no estuviere apoyada por la Iglesia, o por tradición legítima, se debe condenar como supersticiosa.

14. El P. Gobat, *ubi supra*, justísimamente se lastima de que muchos Católicos con tales prácticas supersticiosas dan ocasión, o pretexto a los Herejes para hacer burla de nuestra Religión: *Vere multi Catolici praebent a Catholicis ansam subsannandi nostram Religionem, atque abhorrendi ab ea, dum vacant, & mordicus quidem, superstitiosis quibusdam actionibus*; añadiendo, que están los Prelados de las Iglesias obligados a poner remedio en ello, como lo hizo el Obispo de Ratisbona Sebastián Henichio, varón de gran prudencia, y celo, en un caso, de que fue testigo el mismo P. Gobat. Practicaban los rústicos de una Aldea, distante tres leguas de Ratisbona, sumergir en una fuente, o lago la Imagen de San Urbano, para alcanzar de este modo por su intercesión lluvia cuando la necesitaban. Diose noticia al señor Obispo de que los Luteranos de Ratisbona hacían mofa de esta práctica, tratándola de ridícula, y supersticiosa. Conoció el Obispo, que los Luteranos tenían razón, y la prohibió severamente para en adelante.

15. Este ejemplo pueden tener presente ciertos Escritores (o mejor diré Escribientes) ignorantes, y rudos de nuestra Península, que cuando articulan, o escriben los Herejes condenan por herejía, o por lo menos como sospechoso de ella, extendiendo malignamente la censura a materias las más inconexas con la Religión. Pertenciente a la Religión era la nota que ponían los Luteranos de Ratisbona a aquella práctica rústica. Con todo, el Prelado condenó ésta aprobando, o confirmando el dictamen de los Luteranos; porque la Religión Católica ama la verdad en cualquiera parte que la encuentra, y no el celo imprudente, y ciego, que casi siempre es acompañado de tema, y ojeriza. Pero lo más intolerable es, que estos burdos Aristarcos, porque no se haga patente a todos su ignorancia con las luces de Crítica, Filosofía, Matemática, y aún de Historia Sagrada, y Profana, que nos comunican varios doctos Extranjeros, buenos Autores, y buenos Católicos, aún sobre éstos pretenden arrojar la nota de sospechosos, sin más título, que el de ser Extranjeros. Injuria tan grave, que si ignoran su fealdad, podemos colegir, que no están mucho más adelantados en Teología, que en Filosofía. Dejando aparte, que esto es usurpar en alguna manera la jurisdicción de aquel Sagrado Tribunal, a quien únicamente compete echar tales fallos.

JOSÉ DE CADALSO Y VÁZQUEZ (1741-1782)

Los eruditos a la violeta. O curso completo de todas las ciencias dividido en siete lecciones para los siete días de la semana.
Compuesto por Don Joseph Vázquez, quien lo publica en obsequio de los que pretenden saber mucho, estudiando poco
(1772).

Advertencia

En todos los siglos y países del mundo han pretendido introducirse en la república literaria unos hombres ineptos, que fundan su pretensión en cierto aparato artificioso de literatura. Este exterior de sabios puede alucinar a los que no saben lo arduo que es poseer una ciencia, lo difícil que es entender varias a un tiempo, lo imposible que es abrazarlas todas, y lo ridículo que es tratarlas con magisterio, satisfacción propia, y deseo de ser tenido por sabio universal.

Ni nuestra era, ni nuestra patria esta libre de estos *pseudoeruditos*, (si se me permite esta voz). A ellos va dirigido este papel irónico, con el fin de que los ignorantes no los confundan con los verdaderos sabios, en desprecio y atraso de las ciencias, atribuyendo a la esencia de una facultad las ridículas ideas, que dan de ella los que pretenden poseerla, cuando apenas han saludado sus principios.

Dedicatoria a Demócrito y Heráclito

Diferentísimos señores:

Aunque en todos los siglos habrán ofrecido mucho que reír, y que llorar las pasiones y flaquezas de los hombres, y por consiguiente en vuestra edad tendríais bastantes objetos de llanto y de risa, no obstante, me parece que la era en que sale a luz este papel merece que resucitéis, para reír el uno a carcajada tendida, y llorar el otro a moco suelto, sobre la literatura y los literatos; prescindiendo de los muchos otros motivos que dicen que hay de llanto y de risa.

Júpiter os guarde de todo mal; pero sobre todo, de un mal erudito.

Lunes. Oración con que se da principio al curso y primera lección

Idea general de las ciencias, su objeto y uso, y de las calidades que han de tener mis discípulos ¡Siglo feliz! ¡Edad incomparable en los anales del tiempo! ¡Envidia de la posteridad admirada, y afrenta de la ignorante antigüedad! Rásgase el velo de la ignorancia desde la estrella el cirio hasta la que está *ex diametro* opuesta a ella en la inmensa esfera. Brotan torrentes de ciencia desde ambos polos del mundo. Huyen veloces las tinieblas de la ignorancia, desidia y preocupación de una en otra extremidad de la tierra, y húndense en sus negros abismos, ilustrado todo el orbe por un número asombroso de profundísimos doctores de veinte y cinco a treinta años de edad. Hasta nuestra España, tierra tan dura como el carácter de sus habitantes, produce ya unos hijos que no parecen descendientes de sus abuelos. ¡Siglo feliz!, digo otra vez. ¡Más felices vosotros que en él nacisteis!, más feliz que todos juntos yo solo, a quien la fortuna, más que el mérito, ha colocado en esta sublime cátedra, para reducir, a un sistema de siete días toda la erudición moderna.

Me acobarda, sin duda, lo complicado de este proyecto, pero me alienta el deseo de la gloria; me detiene lo respetable de mi auditorio; pero me incita la estimación que me merece; me hiela en fin el temor de la crítica que me hagan unos hombres tétricos, serios, y adustos; pero me inflaman los primorosos aplausos de tanto erudito barbilampiño, peinado, empolvado, adonizado, y lleno de aguas olorosas de lavanda, *sanspareille*, ámbar, jazmín, bergamota, y violeta, de cuya ultima voz toma su nombre mi escuela.

Puestos en dos balanzas (¡oh afiligranadísimo, narcisísimo, y delicadísimo auditorio mío!) lo atractivo y espantoso me atrae lo agradable, como la luz a la mariposa, y reduciendo a dos puntos esta corta oración, empiezo. El primero contendrá una idea general de las ciencias, su utilidad y objeto. El segundo propondrá las calidades que se requieren para seguir estos estudios, sirviendo uno y otro de primera lección de este curso.

Ocios de mi juventud. Poesías líricas: en continuación de Los eruditos a la violeta (1773)

Prólogo

Movido de un justo agradecimiento por la favorable aceptación con que el público honró la crítica de los falsos sabios que hice con nombre de los Eruditos a la violeta, compuse y le ofrecí el Suplemento. Y no siendo menor el favor con que le recibió, debe también ser mi gratitud en este caso igual a la que le manifesté en el otro. Pero como la crítica es materia tan delicada que, o suele degenerar en sátira, cosa opuesta a mi modo de pensar, o suele ser una fría repetición de lo ya dicho, cosa igualmente desagradable a los leyentes, he creído más acertado el publicar algunos manuscritos míos sobre varios ramos de literatura, empezando por la poesía.

Estos primeros cuadernillos son por la mayor parte del género menos útil de la poesía, pero del más agradable. Los intitulo *Ocios de mi juventud*, quedándome algún escrúpulo de que su verdadero título debiera ser *Alivio de mis penas*, porque los hice todos en ocasión de acometerme alguna pesadumbre, tal vez efecto de mis muchas desgracias, tal vez efecto de mis pocos años, y tal vez de la combinación de ambas causas.

En las materias amorosas he procurado escribir con la modestia de los Argensolas y Garcilaso, y no con la libertad de algunos otros poetas que se hallan impresos y reimpresos.

En el único asunto heroico que he tratado, puedo asegurar que la adulación no me ha dictado un verso; no ha seguido mi pluma otra voz que la de mi corazón.

En los versos en que se toca por incidencia la gloria de mi nación, he procurado hablar con todo el celo que profeso a mi patria y con toda la justicia que le hace la Historia; mayores ingenios lo ejecuten con toda la pompa que ella se merece. Los españoles lo agradecerán, los extranjeros lo aplaudirán; pues el espíritu de patriotismo que reina hoy en todos los países de la Europa hace que los hombres juiciosos de cada uno estimen a los que se declaran patriotas respectivamente en los suyos. Cuanto dijo Virgilio en alabanza de la gente romana, ponderando lo arduo que fue formar aquella nación gloriosa, atribuyéndola el derecho de destruir a cuantas se resistiesen a su poder, y de perdonar a cuantas implorasen su gracia, y profetizando una duración sin límite, ha sido justamente repetido en cada nación con más o menos verdad, pero con igual razón política, cual es el estímulo de los vivientes con los nombres de los muertos.

No creo que merezca menos mi patria, ni lo creará su mayor enemigo, si lee nuestros anales, no sólo en la parte impresa por los españoles sino en la que dejaron escrita los romanos.

Hasta aquí por lo tocante a mis poesías en particular. De la poesía en general sería muy inútil referir su dignidad y mérito. Si en este siglo la han hecho menos apreciable algunos que han usurpado el título de poetas, sin tener la menor calidad para merecer este timbre, queda muy desagraviada la facultad con retroceder en la Historia y ver la consideración que obtuvieron en la corte y en la nación los que manejaron la lira con la misma mano y en el mismo tiempo que los negocios mayores de la religión, estado y guerra. Los nombres de Rebolledo, Ercilla, Hurtado de Mendoza, León y otros hacen ver lo compatible que es esta diversión con las ocupaciones mayores.

El erudito patriota que hace a la nación el servicio de publicar los extractos de nuestros poetas antiguos, nos da una noticia muy exacta del nacimiento y fortuna de los príncipes de nuestro Parnaso; y su lectura nos muestra evidentemente que los poetas verdaderos, aun en nuestros siglos más gloriosos, no tuvieron menos nombre en la república civil que en la literaria.

Sobre el poder del tiempo

Todo lo muda el tiempo, Filis mía,
todo cede al rigor de sus guadañas;
ya transforma los valles en montañas,
ya pone un campo donde un mar había.

Él muda en noche opaca el claro día,
en fábulas pueriles las hazañas,
alcázares soberbios en cabañas
y el juvenil ardor en vejez fría.

Doma el tiempo al caballo desbocado,
detiene al mar y viento enfurecido,
postra al león y rinde al bravo toro.

Sola una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.

A la primavera, después de la muerte de Filis

No basta que en su cueva se encadene
el uno y otro proceloso viento,
ni que Neptuno mande a su elemento
con el tridente azul que se serene;

ni que Amaltea el fértil campo llene
de fruta y flor; ni que con nuevo aliento
al eco den las aves dulce acento,
ni que el arroyo desatado suene.

En vano anuncias, verde primavera,
tu vuelta de los hombres deseada,
triunfante del invierno triste y frío.

Muerta Filis, el orbe nada espera
sino niebla espantosa, noche helada,
sombras y sustos como el pecho mío.

Cartas marruecas (1789)

Introducción

Desde que Miguel de Cervantes compuso la inmortal novela en que criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos, que sus nietos hemos reemplazado con otras, se han multiplicado las críticas de las naciones más cultas de Europa en las plumas de autores más o menos imparciales; pero las que han tenido más aceptación entre los hombres de mundo y de letras son las que llevan el nombre de «cartas», que se suponen escritas en este o aquel país por viajeros naturales de reinos no sólo distantes, sino opuestos en religión, clima y gobierno. El mayor suceso de esta especie de críticas debe atribuirse al método epistolar, que hace su lectura más cómoda, su distribución más fácil, y su estilo más ameno, como también a lo extraño del carácter de los supuestos autores: de cuyo conjunto resulta que, aunque en muchos casos no digan cosas nuevas, las profieren siempre con cierta novedad que gusta.

Esta ficción no es tan natural en España, por ser menor el número de los viajeros a quienes atribuir semejante obra. Sería increíble el título de *Cartas persianas, turcas o chinescas*, escritas de este lado de los Pirineos. Esta consideración me fue siempre sensible porque, en vista de las costumbres que aún conservamos de nuestros antiguos, las que hemos contraído del trato de los extranjeros, y las que ni bien están admitidas ni desechadas, siempre me pareció que podría trabajarse sobre este asunto con suceso, introduciendo algún viajero venido de lejanas tierras, o de tierras muy diferentes de las nuestras en costumbres y usos.

La suerte quiso que, por muerte de un conocido mío, cayese en mis manos un manuscrito cuyo título es: *Cartas escritas por un moro llamado Gazel Ben-Aly, a Ben-Beley, amigo suyo, sobre los usos y costumbres de los españoles antiguos y modernos, con algunas respuestas de Ben-Beley, y otras cartas relativas a éstas*.

Acabó su vida mi amigo antes que pudiese explicarme si eran efectivamente cartas escritas por el autor que sonaba, como se podía inferir del estilo, o si era pasatiempo del difunto, en cuya composición hubiese gastado los últimos años de su vida. Ambos casos son posibles: el lector juzgará lo que piense más acertado, conociendo que si estas *Cartas* son útiles o inútiles, malas o buenas, importa poco la calidad del verdadero autor.

Me he animado a publicarlas por cuanto en ellas no se trata de religión ni de gobierno; pues se observará fácilmente que son pocas las veces que por muy remota conexión se trata algo de estos dos asuntos.

No hay en el original serie alguna de fechas, y me pareció trabajo que dilataría mucho la publicación de esta obra el de coordinarlas; por cuya razón no me he detenido en hacerlo ni en decir el carácter de los que las escribieron. Esto último se inferirá de su lectura. Algunas de ellas mantienen todo el estilo, y aun el genio, digámoslo así, de la lengua árabe su original; parecerán ridículas sus frases a un europeo, sublimes y pindáricas contra el carácter del estilo epistolar y común; pero también parecerán inaguantables nuestras locuciones a un africano. ¿Cuál tiene razón? ¡No lo sé! No me atrevo a decirlo; ni creo que pueda hacerlo sino uno que ni sea africano ni europeo. La naturaleza es la única que pueda ser juez; pero su voz, ¿dónde suena? Tampoco lo sé. Es demasiada la confusión de otras voces para que se oiga la de la común madre en muchos asuntos de los que se presentan en el trato diario de los hombres.

Pero se humillaría demasiado mi amor propio dándome al público como mero editor de estas cartas. Para desagravio de mi vanidad y presunción, iba yo a imitar el método común de los que, hallándose en el mismo caso de publicar obras ajenas a falta de suyas propias, las cargan de notas, comentarios, corolarios, escolios, variantes y apéndices; ya agraviando el texto, ya desfigurándolo, ya truncando el sentido, ya abrumando al pacífico y muy humilde lector con noticias impertinentes, o ya distrayéndole con llamadas importunas, de modo que, desfalcando al autor del mérito genuino, tal cual lo tenga, y

aumentando el volumen de la obra, adquieren para sí mismos, a costa de mucho trabajo, el no esperado, pero sí merecido nombre de fastidiosos. En este supuesto, determiné poner un competente número de notas en los parajes en que veía, o me parecía ver, equivocaciones en el moro viajante, o extravagancias en su amigo, o yerros tal vez de los copiantes, poniéndolas con su estrella, número o letra, al pie de cada página, como es costumbre.

Acompañábame otra razón que no tienen los más editores. Si yo me pusiese a publicar con dicho método las obras de algún autor difunto siete siglos ha, yo mismo me reiría de la empresa, porque me parecería trabajo absurdo el de indagar lo que quiso decir un hombre entre cuya muerte y mi nacimiento habían pasado seiscientos años; pero el amigo que me dejó el manuscrito de estas *Cartas* y que, según las más juiciosas conjeturas, fue el verdadero autor de ellas, era tan mío y yo tan suyo, que éramos uno propio; y sé yo su modo de pensar como el mío mismo, sobre ser tan rigurosamente mi contemporáneo, que nació en el mismo año, mes, día e instante que yo; de modo que por todas estas razones, y alguna otra que callo, puedo llamar esta obra mía sin ofender a la verdad, cuyo nombre he venerado siempre, aun cuando la he visto atada al carro de la mentira triunfante (frase que nada significa y, por tanto, muy propia para un prólogo como éste u otro cualquiera).

Aun así -dícame un amigo que tengo, sumamente severo y tétrico en materia de crítica-, no soy de parecer que tales notas se pongan. Podrían aumentar el peso y tamaño del libro, y éste es el mayor inconveniente que puede tener una obra moderna. Los antiguos se pesaban por quintales, como el hierro, y las de nuestros días por quilates, como las piedras preciosas; se medían aquéllas por palmos, como las lanzas, y éstas por dedos, como los espadines: conque así sea la obra cual sea, pero sea corta.

Admiré su profundo juicio, y le obedecí, reduciendo estas hojas al menor número posible, no obstante la repugnancia que arriba dije; y empiezo observando lo mismo respecto a esta introducción preliminar, advertencia, prólogo, proemio, prefacio, o lo que sea, por no aumentar el número de los que entran confesando lo tedioso de estas especies de preparaciones y, no obstante su confesión, prosiguen con el mismo vicio, ofendiendo gravemente al prójimo con el abuso de su paciencia.

Algo más me ha detenido otra consideración que, a la verdad, es muy fuerte, y tanto, que me hube de resolver a no publicar esta corta obra, a saber: que no ha de gustar, ni puede gustar. Me fundo en lo siguiente:

Estas cartas tratan del carácter nacional, cual lo es en el día y cual lo ha sido. Para manejar esta crítica al gusto de unos, sería preciso ajar la nación, llenarla de improperios y no hallar en ella cosa alguna de mediano mérito. Para complacer a otros, sería igualmente necesario alabar todo lo que nos ofrece el examen de su genio, y ensalzar todo lo que en sí es reprehensible. Cualquiera de estos dos sistemas que se siguiese en las *Cartas marruecas* tendría gran número de apasionados; y a costa de mal conceptuarse con unos, el autor se hubiera condecorado con otros. Pero en la imparcialidad que reina en ellas, es indispensable contraer el odio de ambas parcialidades. Es verdad que este justo medio es el que debe procurar seguir un hombre que quiera hacer algún uso de su razón; pero es también el de hacerse sospechoso a los preocupados de ambos extremos. Por ejemplo, un español de los que llaman rancios irá perdiendo parte de su gravedad, y casi casi llegará a sonreírse cuando lea alguna especie de sátira contra el amor a la novedad; pero cuando llegue al párrafo siguiente y vea que el autor de la carta alaba en la novedad alguna cosa útil, que no conocieron los antiguos, tirará el libro al brasero y exclamará: «¡Jesús, María y José, este hombre es traidor a su patria!». Por la contraria, cuando uno de estos que se avergüenzan de haber nacido de este lado de los Pirineos vaya leyendo un panegírico de muchas cosas buenas que podemos haber contraído de los extranjeros, dará sin duda mil besos a tan agradables páginas; pero si tiene la paciencia de leer pocos renglones más, y llega a alguna reflexión sobre lo sensible que es la pérdida de alguna parte apreciable de nuestro antiguo carácter, arrojará el libro a la chimenea y dirá a su ayuda de cámara: «Esto es absurdo, ridículo, impertinente, abominable y pitoyable».

En consecuencia de esto, si yo, pobre editor de esta crítica, me presento en cualquiera casa de una de estas dos órdenes, aunque me reciban con algún buen modo, no podrán quitarme que yo me diga, según las circunstancias: «En este instante están diciendo entre sí: “Este hombre es un mal español”; o bien: “Este hombre es un bárbaro”». Pero mi amor propio me consolará (como suele a otros en muchos casos), y me diré a mí mismo: «Yo no soy más que un hombre de bien, que he dado a luz un papel que me ha parecido muy imparcial, sobre el asunto más delicado que hay en el mundo, cual es la crítica de una nación».

MARÍA GERTRUDIS HORE (1742-1801)

Avisos a una Joven que va a salir al Mundo. Fenisa. A Filena. Canción («Diario de Madrid», 131, 1795)

¡Oh, qué desventurada
 Pasa su infeliz vida,
 La que sus días sacrifica al mundo!
 De su brillo encantada,
 En su engaño embebida,
 El letargo la ocupa más profundo.
 Él en tramas fecundo
 Dispone sus prisiones,
 Cubriendo con dulzuras
 Sus viles amarguras,
 Cebando los incautos corazones:
 Y cuando el mal advierte,
 Ya se halla el alma en brazos de la muerte.
 Ves la joven doncella,
 Que apenas ha salido
 De una niñez, tal vez mal dirigida,
 Cuando se admira ella,
 Dulce harpón de Cupido,
 Y pensando prender, ¿queda prendida?
 Mírala distraída,
 Vagando el pensamiento,
 Ya en el adorno bello
 Del traje y del cabello,
 Ya en darle al cuerpo airoso movimiento,
 Porque entre sus iguales
 No encuentre, no, su mérito rivales.
 Si la mano no ociosa
 A la labor aplica,
 Lo útil no elige, sí lo delicado:
 Y tal vez oficiosa
 Su trabajo dedica
 Para intérprete fiel de su cuidado.
 Si acaso ha cultivado
 Algo su entendimiento,
 Se ve que siempre ha sido,
 No por verle instruido,
 Sino por adquirir algún talento,
 Que a su amado apreciable
 Más la haga cada día, y más amable.
 O bien la pasión ciega,
 O el interés malvado,
 Deciden su elección, fijan su suerte.
 De la una el fin se llega,
 El otro es disipado,
 Y el propio bien en daño se convierte.
 Sus pesares divierte,

Si en su ilusión acaso
 Conoce los pesares,
 Pues de estos a millares
 Los desvanece el gusto más escaso;
 Y aunque esté padeciendo,
 Que es feliz se está siempre persuadiendo.

Solamente ocupada
 De una brillantez falsa,
 Con que el mundo engañoso la acaricia,
 Corre precipitada,
 La peligrosa danza,
 El teatro que toda virtud vicia.

Ignora la malicia
 De los ocultos lazos,
 Que entre sus plantas trae,
 Tropieza, y al fin cae,
 De la culpa encontrándose en los brazos;
 Floja intenta librarse,
 Volviendo en dobles nudos a enredarse.

Así de día en día,
 Con yerros repetidos,
 Eslabones añade a su cadena.
 Parece que a porfía
 Empeña sus sentidos
 En la disipación que la enajena.

Si la virtud ajena
 Su conducta reprende,
 En seducirla insiste,
 Y si se le resiste,
 Guerra implacable, contra ella emprende;
 Porque la alma viciosa
 No puede tolerar la virtuosa.

De su fin olvidada,
 Ahoga remordimientos,
 Y pone más empeño en distraerse.
 Si de una amiga amada
 La avisa el fin violento,
 Suele algún breve instante conmoverse:
 Mas por no entristecerse,
 Se entrega placentera
 A nuevas distracciones,
 Repite diversiones,
 Y cuando de sus gustos altanera
 Hace al mundo testigo,
 Halla en temprana muerte su castigo.

Esta es, Filena mía,
 La fortuna que anhela:
 La ignorante ambición de nuestro sexo,

A esta su ruina impía
 La incauta joven vuela,
 Cuando al mundo se entrega con exceso:
 Huye aquel su embeleso,
 Con que el alma la abisma,
 Y cuando en él vivieres,
 Evita sus placeres,
 Sé custodia severa de ti misma:
 Que si te encuentra fuerte,
 Perderá la esperanza de vencerte.

ANACREÓNTICA («Diario de Madrid», 221, 1795)

¿Hasta cuándo, Gerarda,
 tu peregrino ingenio
 en frívolos asuntos
 malgastará conceptos?

¿Hasta cuándo has de darles
 infelice fomento
 a tus locas pasiones
 con amorosos versos?

Esas luces tan claras,
 que te concedió el Cielo,
 no le causen enojos,
 sí tribútenle inciensos.

Yo también algún día
 templaba el instrumento,
 creyéndole sonoro,
 cuando más descompuesto.

Yo también invocaba
 al que llaman Dios ciego
 e hice (¡rara locura!)
 me prohijará Febo.

Yo lloré ingratitudes,
 yo celebraba afectos,
 empleando en delirios
 la dulzura del metro.

Pero ya, arrepentida
 De tan frívolo empleo,
 sólo a dignos asuntos
 dedicarle pretendo.

Tú, amada compañera,
 sigue también mi ejemplo,

no aguardes que algún día
lo exija el escarmiento.

Emprenda, emprenda mucho,
elévase tu ingenio,
remontes tu Numen,
no aletee rastrero.

No tejas más laureles
a ese contrario sexo
que sólo en nuestra ruina
fabrica sus trofeos.

Y si se resistiere
a tu loable afecto,
tu corazón, de parte
a todos tus afectos;

Si la mente se escusa
a darte pensamientos,
y sólo te sugiere
los frívolos y tiernos;

Nuestra común amiga
sea tu nuevo Febo,
ella te preste especies
a tus primeros versos.

Y luego que tus voces
llenen de gozo el viento,
verás que diferentes
guirnaldas te tejemos.

Verás caer marchitas
esas rosas de Venus,
y perder la fragancia,
que te encanto algún tiempo.

Del más sacro Parnaso
subirás a lo excelso,
y el Monte de Helicon
mirarás con desprecio.

Ea, Gerarda mía,
remóntese tu vuelo,
y perdona a Fenisa
tan osado consejo.

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO (1745-1801)

El jardín de Venus (opera postuma; título scelto dall'editore)

El país de afloja y aprieta (XVIII s.)

En lo interior del África buscaba
cierto joven viajero
un buen pueblo en que a todos se hospedaba
sin que diesen dinero;
y con esta noticia que tenía 5
se dejó atrás un día
su equipaje y criado,
y, yendo apresurado,
sediento y caluroso,
llegó a un bosque frondoso 10
de palmas, cuyas sendas mal holladas
sus pasos condujeron
al pie de unas murallas elevadas
donde sus ojos con placer leyeron,
en diversos idiomas esculpido, 15
un rótulo que hacía este sentido:
«Esta es la capital de Siempre-meta,
país de afloja y aprieta,
donde de balde goza y se mantiene
todo el que a sus costumbres se conviene». 20
- ¡He aquí mi tierra!, dijo el viandante
luego que esto leyó, y en el instante
buscó y halló la puerta
de par en par abierta.
Por ella se coló precipitado 25
y viose rodeado,
no de salvajes fieros,
sino de muchos jóvenes en cueros,
con los aquellos tiesos y fornidos,
armados de unos chuzos bien lucidos, 30
los cuales le agarraron
y a su gobernador le presentaron.
Estaba el tal, con un semblante adusto,
como ellos en pelota; era robusto
y en la erección continua que mostraba 35
a todos los demás sobrepujaba.
Luego que en su presencia
estuvo el viajero,
mandó le desnudasen, lo primero,
y que con diligencia 40
le mirasen las partes genitales,
que hallaron de tamaño garrafales.
La verga estaba tiesa y consistente,
pues como había visto tanta gente
con el vigor que da naturaleza, 45

también el pobre enarboló su pieza.
 Como el gobernador en tal estado
 le halló, díjole: - Joven extranjero,
 te encuentro bien armado
 y muy en breve espero 50
 que aumentarás la población inquieta
 de nuestra capital de Siempre-meta;
 mas antes sabe que es el heroísmo
 de sus hijos valientes
 vivir en un perpetuo priapismo, 55
 gozando mil mujeres diferentes;
 y si cumplir no puedes su costumbre,
 vete, o te expones a una pesadumbre.
 - ¡Oh!, yo la dejaré desempeñada,
 el joven respondió, si me permite 60
 que en alguna belleza me ejercite.
 Ya veis que está exaltada
 mi potencia, y yo quiero
 al instante jo...
 - ¡Basta! Lo primero,
 dijo el gobernador a sus ministros, 65
 e apuntará su nombre en los registros
 de nuestra población; después, llevadle
 donde se bañe; luego, perfumadle;
 después, que cene cuanto se le antoje;
 y después enviadle quien le afloje. 70
 Dijo y obedecieron,
 y al joven como nuevo le pusieron:
 lavado y perfumado,
 bien bebido y cenado,
 de modo que en la cama, al acostarse, 75
 tan sólo panza arriba pudo echarse.
 Así se hallaba, cuando a darle ayuda
 una beldad desnuda
 llegó, y subió a su lecho;
 la cual, para dejarle satisfecho, 80
 sin que necesitase estimularlo,
 con diez desagües consiguió aflojarlo.
 Habiendo así cumplido
 las órdenes, se fue y dejó dormido
 al joven, que a muy poco despertaron 85
 y el almuerzo a la cama le llevaron,
 presentándole luego otra hermosura
 que le hiciese segunda aflojadura.
 Ésta, que halló ya lánguida la parte,
 apuró los recursos de su arte 90
 con rápidos meneos
 para que contentase sus deseos;
 y él, ya de media anqueta, ya debajo,

tres veces aflojó, ¡con qué trabajo!
 No hallándole más jugo, 95
 ella se fue quejosa;
 y otra entró de refresco más hermosa,
 que, aunque al joven le plugo
 por su perfección rara,
 no tuvo nada ya que le aflojara. 100
 Sentida del desaire,
 Ésta empezó a dar gritos, y no al aire,
 porque el gobernador entró al momento
 y, al ver del joven el aflojamiento,
 dijo en tono furioso: 105
 - ¡Hola!, que aprieten a ese perezoso.
 Al punto tres negrazos de Guinea
 vinieron, de estatura gigantea,
 y al joven sujetaron,
 y uno en pos de otro a fuerza le apretaron 110
 por el ojo fruncido,
 cuyo virgo dejaron destruido.
 Así pues, desfondado,
 creyéndole bastante castigado
 de su presunción vana, 115
 en la misma mañana,
 sacándole al camino,
 le dejaron llorar su desatino,
 sin poderse mover. Allí tirado
 le encontró su criado, 120
 el cual le preguntó si hallado había
 el pueblo en que de balde se comía.
 - ¡Ah, sí, y hallarlo fue mi desventura!,
 el amo respondió.
 - Pues ¿qué aventura,
 el mozo replicó, le ha sucedido, 125
 que está tan afligido?
 En esa buena tierra
 no puede ser que así le maltrataran.
 - Mil deleites, el amo dijo, encierra
 y, aunque estoy desplegado, yo lo fundo 130
 en que si como aflojan no apretaran,
 mejor país no habría en todo el mundo.

Los calzones de san Francisco

A media noche muchos gritos daba
 una casada, y confesión pedía
 diciendo que a pedazos se moría
 de un cólico cruel que la mataba.
 Llamose a un reverendo franciscano 5
 que era su confesor, y de antemano
 estaba prevenido

para coquifear a su marido
 y lograr sin peligro sus placeres.
 ¡Qué no discurren frailes y mujeres! 10
 Luego que con la moza se halló a solas,
 se quitó el reverendo los calzones,
 y libre de prisiones
 la hizo sin respirar tres carambolas.
 Así que la purgó de sus pecados, 15
 dejando sus calzones olvidados
 se marchó a su convento,
 donde le aguó esta falta su contento.
 Contó el lance al portero claramente
 y le dejó instruido 20
 de una industria prudente
 que estorbaba las quejas del marido.
 Entró luego en el cuarto de su esposa
 aquel buen hombre, y la primera cosa
 que halló en el suelo fueron los calzones 25
 del fraile, con muy puercos lamparones.
 Tomolos, conoció la picardía,
 y rabioso se fue a la portería,
 donde el bribón portero y el paciente
 tuvieron el diálogo siguiente: 30
 - Hermano, dígame, ¿qué solicita?
 - Que hablar se me permita
 al padre guardián.
 - Ahora no puede.
 ¿Por qué?
 - Pues, ¿no sabéis lo que sucede
 a la comunidad?
 - Todo lo ignoro. 35
 - ¡Ay, hermano!, han perdido su tesoro.
 - ¿Cuál era?
 - Una reliquia peregrina
 por la que hay en el coro disciplina.
 - ¿Cómo ha sido?
 - Esta noche la han llevado
 para una enferma y la han extraviado 40
 no sé de qué manera.
 - ¿Y qué reliquia era
 la que causa tan grandes aflicciones?
 - Eran de San Francisco los calzones.
 - No es el remiendo de la misma tela, 45
 muy bien pegado está, pero no cuela:
 yo traigo aquí guardados
 unos calzones puercos y sudados
 de un fraile picarón, que con vileza
 me ha compuesto esta noche la cabeza. 50
 Mírelos bien atento,

dibujados con manchas de excremento.

¿Le parece que un santo así tendría

los calzones con tanta porquería?

- Ésos son, el portero dice ufano, 55

quitándoselos luego. Cese, hermano,

¿cómo en su mente cabe

tan injuriosa idea?

¿Pues acaso no sabe

que murió San Francisco de diarrea? 60

Discurso en defensa del talento de las mugeres, y de su aptitud para el gobierno, y otros cargos en que se emplean los hombres. Compuesto por Doña ..., Socia de mérito de la Real Sociedad Aragonesa de los Amigos del País (1786).

1º Quando Dios entregó el mundo a las disputas de los hombres, previó, que habría infinitos puntos, sobre los cuales se altercaría siempre, sin llegar a convenirse nunca. Uno de estos parece que había de ser el entendimiento de las mugeres. Por una parte los hombres buscan su aprobación, les rinden unos obsequios, que nunca se hacen entre sí; no las permiten el mando en lo público, y se le conceden absoluto en secreto; las niegan la instrucción, y después se quejan de que no la tienen: Digo las niegan, porque no hay un establecimiento público destinado para la instrucción de las mugeres, ni premio alguno que las aliente a esta empresa. Por otra parte las atribuyen casi todos los daños que suceden. Si los Héroes enflaquecen su valor, si la ignorancia reyna en el trato común de las gentes, si las costumbres se han corrompido, si el luxo y la profusión arruinan las familias, de todos estos daños son causa las mugeres, según se grita. Estas mismas tampoco están de acuerdo sobre su verdadera utilidad. Apetecen el obsequio y el incienso; están acostumbradas de largo tiempo a uno y a otro; pero no procuran hacerlo más sólido, mereciéndolo de veras, como sucedería, si a las gracias exteriores, y pasajeras, que ahora cultivan, uniesen las intrínsecas y duraderas.

2º A la verdad, tanto los aplausos, y obsequios de los hombres, quanto los cargos que atribuyen a las mugeres, son una tácita confesión del entendimiento de éstas; porque de otra suerte no buscarían su aprobación, y agrado, ni las supondrían de ocasionar ningún trastorno. La influencia buena o mala de un agente en otro, incluye necesariamente virtud, y potencia en el que hace esta variación: una causa más débil, no puede mudar, ni atraer a sí la más fuerte. Con que si los vicios de las mugeres tienen tanto imperio sobre los hombres, convengamos en la igualdad física, sin negar por esto las excepciones que convienen a cada sexo.

3º Pero sin embargo de unas suposiciones tan justas, parece que todavía se disputa, sobre el talento, y capacidad de las mugeres, como se haría sobre un fenómeno nuevamente descubierto en la naturaleza, o un problema, difícil de resolver. ¿Mas qué fenómeno puede ser éste, si la muger es tan antigua como el hombre, y ambos cuentan tantos millares de años de existencia sobre la tierra? ¿Ni qué problema después de tantas y tan singulares pruebas, como han dado las mismas mugeres de su idoneidad para todo? ¿Cómo es posible que se oygan nuevas impugnaciones sobre esta verdad? Pues ello es cierto, que se oyen, y que son de tal naturaleza, que no debemos desentendernos de ellas, porque acreditan, que no está aun decidida la cuestión.

4º No contentos los hombres con haberse reservado, los empleos, las honras, las utilidades, en una palabra, todo lo que pueden animar su aplicación y desvelo, han despojado a las mugeres hasta de la complacencia que resulta de tener un entendimiento ilustrado. Nacen, y se crían en la ignorancia absoluta: aquéllos las desprecian por esta causa, ellas llegan a persuadirse que no son capaces de otra cosa y como si tubieran el talento en las manos, no cultivan otras habilidades que las que pueden desempeñar con estas. ¡Tánto arrastra la opinión en todas materias! Si como ésta da el principal valor en todas las mugeres a la hermosura, y el donaire, le diese a la discreción, presto las veríamos tan solícitas por adquirirla, como ahora lo están por parecer hermosas, y amables. Rectifiquen los hombres primero su estimación, es decir, aprecien las prendas, que lo merecen verdaderamente, y no duden que se reformarán los vicios de que se quejan. Entretanto no se haga causa a las mugeres, que sólo cuidan de adornar el cuerpo, porque ven que éste es el idolillo, a que ellos dedican sus inciensos.

5º ¿Pero cómo se ha de esperar una mutación tan necesaria, si los mismos hombres tratan con tanta desigualdad a las mugeres? En una parte del mundo son esclavas, en la otra dependientes. Tratemos de las primeras. ¿Qué progresos podrán hacer estando rodeadas de tiranos, en lugar de compañeros? En tal estado les conviene una total ignorancia, para hacer menos pesadas sus cadenas. Si pudieran desear alguna cosa, o hacer algún esfuerzo, debería ser para que se instruyesen, y civilizasen aquellos hombres, esperando que el uso de la razón rompería los grillos, que mantiene ahora la ignorancia. La ruina de ésta, produciría la de aquella esclavitud. ¿Mas cómo compoundremos el desprecio que hacen de las mugeres, éstos, que las tienen como esclavas, con la solitud que ponen en adquirir el mayor número que pueden mantener, y con el cuidado que les cuesta el agradarlas? ¿Por qué las deshechó Mahoma del paraíso, que promete a los suyos? ¿No es esto semejarlas a los brutos, que perecen, o se extinguen con la vida? Pero si tales delirios no merecen refutación, porque sería honrarlos demasiado, menos podrán citarlos nuestros contrarios, para deducir de la esclavitud en que gimen ciertas mugeres, la inferioridad de su talento. Si valiera este argumento, también se pudiera convertir contra los mismos hombres, porque entre ellos, hay unos esclavos de los otros, y no diremos por eso, que los primeros son casi irracionales. Diremos, si, que la fuerza, destruye la igualdad, y

borra la semejanza de unos a otros. De poco servirá que la aptitud sea la misma en el esclavo, que en su Señor, si la opresión en que está, le impide usar de su derecho, y de su razón. Pónganse los dos en un perfecto nivel, y entonces se podrá hacer juicio recto. La violencia no puede establecer leyes universales: así sújense en hora buena las mugeres que han nacido, y se han criado en el país de la tiranía, y de la ignorancia; la necesidad las obliga a ello por ahora, pero no pretendan degradar al sexo en general.

6° Distinta vista ofrece la situación de este, en otra gran parte del mundo. Las mugeres, lexos de tener el nombre de esclavas, son enteramente libres, y gozan de unos privilegios que se acercan al extremo de veneración. Así la Religión como las leyes, prohíben al hombre la multiplicidad de mugeres. Por este medio se fixa toda la posible conformidad entre ambos sexos; y esta contribuye a que se miren mutuamente con aprecio y estimación. Aun han hecho mas los hombres en favor nuestro, porque casi se han quedado solo con el nombre de la autoridad que les dan los empleos, y las riquezas, tributando todos los hombres a las mugeres. ¡Qué generosidad! ¡Qué grandeza de ánimo, podemos exclamar aquí pero al mismo tiempo, qué contradicción! Aquí entra el estado de dependencia, que se ha indicado arriba. Los hombres instruídos y civiles, no se atreven a oprimir tan a las claras, a la otra mitad del género humano, porque no hallan insinuada semejante esclavitud en las leyes de la creación. Pero como el mandar es gustoso, han sabido arrogarse cierta superioridad de talento, o yo diría de ilustración, que por faltarle a las mugeres, parecen éstas sus inferiores. Hay pocos, que en tocándose el punto de la aptitud, y disposición intelectual, concedan a éstas, la que se requiere para ilustración del entendimiento. Saben ellas que no pueden aspirar a ningún empleo, ni recompensa pública; que sus ideas no tienen más extensión que las paredes de una casa, o de un Convento. Si esto no es bastante para sufocar el mayor talento del mundo, no sé qué otras trabas puedan buscarse. Lo cierto es, que sería mejor ignorarlo todo, y carecer hasta del conocimiento, que sufrir el estado de esclavitud o dependencia. El segundo viene a ser casi más sensible, por la contraposición de obsequio, y desprecio; de elevación, y de abatimiento; de amor y de indiferencia; cuyos afectos van unidos con la conducta que observan los hombres con las mugeres. ¿Por ventura negarán estas mismas la alternativa de alhagos, y repulsas, de obsequios, y desdenes, que experimentan cada día? ¿No son hoy Jueces, y mañana reos? ¿No se las trata en un tiempo como deidades, y en otro casi como irracionales? ¿No reciben unas veces adoraciones, y omenages, siendo su gusto la ley, su aprobación la que satisface los deseos de un Escritor, la que adorna los laureles de un Conquistador, y colma la gloria de un Héroe? Pero no se desvanescan por esto las mugeres, porque los mismos hombres que las tratan de esta manera, gritaran después en una Asamblea, que no tienen discernimiento, que no saben estimar las cosas buenas y sólidas, y que se dejan arrastrar de una vana y frívola apariencia.

7° Una discordancia tan notable, me ha hecho pensar muchas veces ¿qué fundamento pueden tener los hombres para la superioridad que se han arrogado, principalmente en los dotes del ánimo? La creación de unos y de otros, es la que puede dar alguna luz. ¿Pero qué descubrimos en ella? Que Dios crió a Adam, y este echó menos luego una compañía semejante a él: cuya compañía se le concedió en la muger. ¿Puede desearse prueba más concluyente de la igualdad y semejanza de ambos, en aquel primer estado? ¿Hay en todo esto alguna sombra de sujeción, ni dependencia de uno a otro? Es verdad, que el hombre fue criado primero, y fue criado solo, pero poco tardó en conocer, que no podía vivir sin compañera, primera imagen del matrimonio, y primera también de una perfecta Sociedad.

8° Si pasamos después a considerar lo que sucedió en la caída de nuestros primeros Padres, no hallaremos degradada a la muger de sus facultades racionales. El abuso que de ellas hizo, fue su pecado, el de Adam, y el de toda su posteridad. ¿Mas sin disculpar este atentado, quien negará que la muger precedió al hombre en el deseo de saber? Aquella fruta que les había sido vedada, contenía la ciencia del bien y del mal. Eva no resistió a estas tentaciones, antes persuadió a su marido, y el cometió por condescendencia el pecado, que aquélla empezó por curiosidad. Detestable curiosidad por cierto; pero la curiosidad suele ser indicio de talento, porque sin él nadie hace diligencias exquisitas para instruirse.

9° Tampoco la justa pena que se impuso a entrambos, derogó en nada sus facultades intelectuales. Si el hombre puede trabajar sin perder por eso la aptitud para las ciencias, también la sujeción de la muger es respectiva. Debería bastarle al primero ser cabeza de familia, y estar en posesión de los empleos, sin pretender dar más extensión a su dominio. Porque aun admitido en estos casos, no siempre es prueba concluyente de superioridad de talento. Los mismos hombres, no son, ni pueden ser todos iguales. Es preciso que haya unos que manden a los otros, y sucede no pocas veces, que al de más ingenio, le toca la suerte de obedecer, y respetar al que tiene menos. Así las mugeres podrán estar sujetas en ciertos casos a los hombres, sin perder por eso la igualdad con ellos en el entendimiento.

10° Si esta igualdad se ve indicada en la creación, mejor podrá probarse por los testimonios que han dado las mismas mugeres. Es cierto, que el talento, o la inteligencia, así como es la parte superior que hay en nosotros, es también la parte

incomprensible, que sólo se puede conocer por los efectos. En este supuesto si los hombres acreditan su capacidad por las obras que hacen, y los raciocinios que forman, siempre que haya mugeres, que hagan otro tanto, no será temeridad igualarlos, deduciendo que unos mismos efectos suponen causas conformes. Si los exemplos no son tan numerosos en éstas, como en aquellos, es claro que consiste en ser menos las que estudian, y menos las ocasiones, que los hombres las permiten de probar sus talentos.

11º Ninguno que esté medianamente instruido, negará que en todos tiempos, y en todos países, ha habido mugeres que han hecho progresos hasta en las ciencias más abstractas. Su historia literaria puede acompañar siempre a la de los hombres, porque quando éstos han florecido en las letras, han tenido compañeras, e imitadoras en el otro sexo. En el tiempo que la Grecia fue sabia, contó entre otras muchas insignes, a Theano, que comentó Pithágoras, a Hypparchia, que excedió en la Filosofía y Matemática a Theón, su Padre y maestro; a Diotima, de la qual se confesaba discípulo Sócrates. En el Lacio, se supone haber inventado Nicostrata las Letras Latinas, las cuales supieron después cultivar varias mugeres, entre otras Fabiola, Marcella y Eustequia. En Francia es largo el catálogo de Literatas insignes, y quando otras no hubiera, bastarán los nombres de la Marquesa de Seigné, de la Condesa de la Fayette, y de Madama Dacier, para acreditar que se han distinguido igualmente que sus paisanos insignes. En el día continúan varias Señoras, honrando su sexo con los escritos, como puede verse en la Década Epistolar de D. Francisco María de Silva. En la Rusia florecen en el día las letras, pero si esta revolución tan gloriosa se debe a los esfuerzos del Czar Pedro el Grande, los continúa la actual Czarina Catalina II, la qual ha escrito el Códice de las Leyes, obra que no se puede alabar bastantemente, y una Novela moral y sabia, dirigida a la instrucción de sus Nietos: ambas obras las ha escrito en Francés, cuyo Idioma posee con tal gracia y finura, a que llegan pocos de los mismos Franceses. [...].

12º En España no se han distinguido menos las mugeres, en la carrera de las letras. Si se hubiera de hablar de todas, con la distinción que merecen, formarían un libro abultado. Las más acreditadas son Luisa Sigea, Francisca Nebrija, Beatriz Galindo, Isabel de Joya, Juliana Morrell, y Oliva de Sabuco. Esta última fue inventora de un nuevo sistema en la Física. También se pudiera hacer mención aquí de algunas Señoras ilustres, que honran en el día las letras, pero es tan notorio su mérito, que tengo por ocioso expresarlo en este papel. [...].

13º Si se han distinguido en las letras, no han acreditado menos su prudencia en el gobierno en los negocios públicos cuya prenda es la que más se les disputa. [...].

14º La prudencia no es prenda tan agena del sexo, que no se halle en muchas mugeres. Dexando aparte la que es necesaria para los negocios públicos, hallaremos la común y regular en muchas casadas. ¿Quántos exemplos se pudieran citar en la república de las familias, en que una muger disimula, y aun oculta los defectos de su marido, en el manejo doméstico? Pero el ser tan frecuentes estas virtudes, parece que las hace menos atendidas.

15º El valor se tiene regularmente por prenda particular, y genérica de los hombres; con todo tiene sus excepciones, como la hermosura en las mugeres: Vemos hombres hermosos, y mugeres feas, mugeres valientes y hombres cobardes, para que se verifique que no hay prenda, que no sea común a entrambos sexos. En quanto a la valentía, sino ha habido tantas mugeres como hombres, que se han distinguido en ella, ya se ve que consiste en la diferente crianza de los unos, y de los otros, pero no sé, que inclinación oculta tienen las primeras, que siempre han mirado con horror a los cobardes, y pusilánimes. Esta observación sola, pudiera acreditar, que si no exercitan el valor, por lo menos lo aman, y lo prefieren siempre; pero lo han exercitado, quando se han visto en precisión de ello [...]. En España tenemos el exemplo de Juliana de Cibo, que sirvió como soldado en la guerra de Granada contra los Moros; de María de Estrada, que militó en las tropas de Hernán Cortés; de María Zontano, que asistió en el ejército destinado para la conquista de Argel, en tiempo de Carlos V.; y de María Pita, que tanto se señaló en el sitio que pusieron los Ingleses a la Coruña, omitiendo otras muchas, por no ser posible mencionarlas todas en tan corto volumen. [...].

16º De todos estos antecedentes, se infiere necesariamente, que si las mugeres tubieran la misma educación que los hombres, harían tanto, o más que éstos. ¡Pero qué diferente es una de otra! A las primeras no se les enseña desde niñas sino a leer y a escribir, y a ciertas habilidades de manos. Se pone mucho cuidado en adornarlas, con lo qual, llegan a adquirir un cierto hábito de pensar siempre en la compostura exterior. De talento, si se les habla, como cosa por demás, de suerte que no sería mucho, que fuesen perdiendo la idea de ser capaces de otra cosa. Al contrario, a los niños, desde luego se les aplica, y se les hace aprender, antes que sepan lo que es estudio ni ciencia; oyen decir que hay Universidades, que hay Colegios y que hay empleos, para los que cursan éstos y aquéllas. De este modo crece con ellos y se les hace natural la aplicación y el estudio, y no tardan mucho en coger el fruto de sus tareas, en tantos premios, como hay repartidos. Si alguna muger se

dedica al estudio, es preciso, que lo haga por la ventaja y conveniencia, que le resulta a ella misma, pues sabe que no puede aspirar a ninguna recompensa. Mucha magnanimidad de espíritu se requiere, para emprender, y seguir la penosa carrera de las letras, por sola la complacencia de ilustrar el entendimiento. [...].

[...].

34º Concluyamos, pues, de todo lo dicho que si las mugeres tienen la misma aptitud que los hombres para instruirse; si en todos tiempos han mostrado ser capaces de las ciencias, de la prudencia, y del sigilo, si han tenido y tienen las virtudes Sociales; si su aplicación puede ser conveniente a ellas mismas y al estado; si puede ser un remedio a los desórdenes que tanto se gritan, el aplicarlas a los asuntos que comprende la Sociedad; si el peligro, que amenaza a ésta de su concurrencia es remoto; y aun éste puede precaverse, no admitiendo sino a las que sean verdaderamente dignas de ello; si no es nuevo en el mundo que intervengan a las deliberaciones; si actualmente ocupa una muger la Presidencia de las ciencias en una Corte de Europa, que es más que sentarse como individuo en un cuerpo, las materias que trata nunca son tan abstractas; y si en fin se trata de hacerlas amigas del país, lo qual sería en mucha utilidad éste, con tales hipótesis, lejos de ser perjudicial la admisión las mugeres, puede y debe ser conveniente.

TOMÁS DE IRIARTE (1750-1791)

Fábulas literarias (1782)

- XXX -

El erudito y el ratón

En el cuarto de un célebre erudito
 se hospedaba un ratón, ratón maldito,
 que no se alimentaba de otra cosa
 que de roerle siempre verso y prosa.
 Ni de un gatazo el vigilante celo 5
 pudo llegarle al pelo,
 ni extrañas invenciones
 de varias e ingeniosas ratoneras,
 o el rejalgar en dulces confecciones
 curar lograron su incesante anhelo 10
 de registrar las doctas papeleras,
 y acribillar las páginas enteras.
 Quiso luego la trampa
 que el perseguido autor diese a la estampa
 sus obras de elocuencia y poesía: 15
 y aquel bicho travieso,
 si antes el manuscrito le roía,
 mucho mejor roía ya lo impreso.
 «¡Qué desgracia la mía!
 El literato exclama: ya estoy harto 20
 de escribir para gente roedora;
 y por no verme en esto, desde ahora
 papel blanco no más habrá en mi cuarto.
 Yo haré que este desorden se corrija...»
 Pero sí: la traidora sabandija, 25
 tan hecha a malas mañas, igualmente
 en el blanco papel hincaba el diente.
 El autor, aburrido,
 echa en la tinta dosis competente
 de solimán molido 30
 escribe (yo no sé si en prosa o verso):
 devora, pues, el animal perverso,
 y revienta por fin... «¡Feliz receta!
 Dijo entonces el crítico poeta:
 quien tanto roe, mire no le escriba 35
 con un poco de tinta corrosiva.»
 Bien hace quien su crítica modera,
 pero usarla conviene más severa
 contra censura injusta y ofensiva,
 cuando no hablar con sincero denuedo 40
 poca razón arguye, o mucho miedo.

Hay casos en que es necesaria la crítica severa.

- XXXII -

El galán y la dama

Cierto galán, a quien París aclama
 petimetre del gusto más extraño,
 que cuarenta vestidos muda al año,
 y el oro y plata sin temor derrama,
 celebrando los días de su dama, 5
 unas hebillas estrenó de estaño,
 sólo para probar con este engaño,
 lo seguro que estaba de su fama.
 «¡Bella plata! ¡Qué brillo tan hermoso!
 Dijo la dama: ¡viva el gusto y numen 10
 del petimetre, en todo primoroso!»
 Y ahora digo yo. «Llene un volumen
 de disparates un autor famoso,
 y si no le alabaren, que me emplumen.»

Cuando un autor ha llegado a ser famoso, todo se te aplaude.

- XL -

El té y la salvia

El té, viniendo del imperio chino,
 se encontró con la salvia en el camino.
 Ella le dijo: «¿A dónde vas, compadre?»
 «A Europa voy, comadre,
 donde sé que me compran a buen precio.» 5
 «Yo, respondió la salvia, voy a China;
 que allá con sumo aprecio
 me reciben por gusto y medicina.
 En Europa me tratan de salvaje,
 y jamás he podido hacer fortuna. 10
 «Anda con Dios, no perderás el viaje;
 pues no hay nación alguna
 que a todo lo extranjero
 no dé con gusto aplausos y dinero.»
 La salvia me perdone; 15
 que al comercio su máxima se opone.
 Si hablase del comercio literario,
 yo no defendería lo contrario
 porque en él para algunos es un vicio
 lo que es en general un beneficio: 20
 y español que tal vez recitaría
 quinientos versos de Boileau y el Tasso,
 puede ser que no sepa todavía
 en qué lengua los hizo Garcilaso.

Algunos sólo aprecian la literatura extranjera y no tienen la menor noticia de la de su nación.

MARGARITA HICKEY Y PELLIZONI (1753-1793)

Poesías varias de una dama de esta corte. Dalas a luz doña M. H. (1789)

Aconsejando a una joven hermosura no entre en la carrera del amor.

Endechas

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

No prosigas, aguarda,
detén el paso, el brío,
porque es despeñadero
el que juzgas camino.

No te engañe el terreno
porque le ves florido,
que en esas mismas flores
está el mayor peligro.

Vuelve, vuelve la espalda
al reclamo fingido,
no te suceda incauta
lo que al fiel pajarillo;

Que engañado en los ecos
del gorjeo mentido,
pensando que al consorte
se entrega a su enemigo.

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

Huye el Mar proceloso
donde todo es conflicto,
tormentas y borrascas,
naufragios, peñas riscos;

en donde se navega
sin fe, sin norte fijo,
sin socorros humanos,
sin auxilios divinos:

y en donde siendo todo
contingencia y peligro,
desconocidas Playas,
escollos y bajíos:

en tan urgentes riesgos
es el Piloto un niño,
el rumbo la inconstancia,
y el Bajel es de vidrio.

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

No malogres las gracias
de tus años florecidos,
dando a tus perfecciones
empleos poco dignos.

A empresas más heroicas
eleva tus sentidos,
y no abatida anheles
gozos tan fugitivos,
que aquel que más te haya
por su afecto expresivo,
merecedor de tanta
ventura parecido,
será quizá de todos
los que a tus pies invictos,
solicitan tu gracia
el menos de ella digno.

Detente hermosa Tirsi,
¿dónde va tu albedrío?
mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

Definiendo el amor o sus contrariedades.

Soneto

Borrasca disfrazada en la bonanza,
engañoso deleite de un sentido,
dulzura amarga, daño apetecido,
alterada quietud, vana esperanza;
desapacible paz, desconfianza,
desazonado gozo, mal sufrido,
esclava libertad, triunfo abatido,
simulada traición, fácil mudanza:
perenne manantial de sentimientos,
efímera aprehensión, que experimenta
dolorosas delicias y escarmientos;
azarosa fortuna, cruel, violenta,
zozobra, sinsabor, desabrimientos,
risa en la Playa, y en el Mar tormenta.

Que una Dama se hizo a sí misma, haciendo burla y gracejo de las desgracias que la vaticinaban sus apasionados,
experimentaría en amor, en castigo de sus esquiveces.

Romance

Marfisa vanagloriosa,
emulación de Diana,
que a cuantos intentan finos
sacrificar en tus aras,
reverentes oblaciones,
hijas de amorosas ansias,
cual otro tierno Acteón,
su noble delito pagan.

¿En qué han de parar, altiva,
tan soberbias arrogancias?
¿desdenes tan excesivos,
esquivez tan extremada?

¿No temes cruel, no temes
que de tal rigor, de tanta
crueldad y altanería
la misma Lucinda airada;
viendo que un mortal quiere
competir y aventajarla
en entereza, fulmine
contra ti fieras venganzas?

¿No temes de Venus bella
igualmente la cruel saña,
y que unidas en tu daño
las dos, aunque tan contrarias,
en pena de que desprecias
su poder, y que desáiras
sus dominios, en amores
te hagan tan desdichada,
que no te sirva lo hermosa,
lo discreta y lo bizarra,
si el hado cruel se empeña
en castigar tu arrogancia?

Para que un día no llores,
a pesar de tantas gracias,
(dejándote incautamente
sorprender la confianza),

Los rigurosos efectos
de esa dulce, cuan tirana
pasión, única flaqueza,
de nobles y grandes almas:

en unos furiosos celos,
en una fe mal pagada,
en un injusto desprecio,
en una infame mudanza:

en un vil ingrato olvido
de finezas extremadas,
en un engaño alevoso,
en una traición villana:

en una indigna tibieza,
sensible por no esperada;
en una no merecida
vil correspondencia ingrata;

y finalmente en la pena
el desconsuelo, la rabia,
en la indignación, la ira,
vergüenza, el furor, la seña,
que a una condición altiva

causa el mirar empleadas
indignamente sus prendas
en quien no sabe estimarlas.

¡Ay de ti, bella Marfisa,
si un día a sufrir llegaras
pesares tan abatidos,
aflicción tan desairada,
tan infames sentimientos,
tan indecorosas ansias,
pesadumbres tan sensibles
a una condición gallarda!

Cupido por sus ternezas
te libre de tal desgracia,
y antes que tal te suceda
tu altivez muerta se caiga.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN “INARCO CELENIO” (1760-1828)

La Comedia Nueva o El Café (1792)Advertencia (ed. parigina delle *Obras completas*, 1825)

«Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro», dice el prólogo de su primera edición, «pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formación de la fábula como en la elección de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo.»

En el prólogo que precede a la edición de Parma se dice: «De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un Don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una Doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un Don Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó *El gran cerco de Viena*; pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen».

Don Eleuterio es, en efecto, el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribían en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario compuesto de todas las extravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe o Zamora, inútil ocupación hubiera sido censurar a quien ya no podía enmendarse ni defenderse.

Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido o alterádose los originales que imitó; pero el transcurso mismo del tiempo la hará más estimable a los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico solo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes), pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimación de los doctos.

Luego que el autor se la leyó a la compañía de Ribera, que la debía representar, empezaron a conmovirse los apasionados de la compañía de Martínez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa común, creyendo que de la representación de ella resultaría su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al Gobierno para que no permitiera su publicación. Intervino en su examen la autoridad del presidente del Consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el día de hacerla. Los que habían dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como a ellos, trataron de juntarse en gran número y acabar con ella en su primera representación, la cual se verificó en el Teatro del Príncipe el día 7 de febrero de 1792.

El concurso la oía con atención, solo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habían de silbarla no hallaban la ocasión de empezar, y su desesperación llegó al extremo cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace Don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecía o desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y, tiranizando el teatro, concedía su protección a quien más se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la lección áspera que se le daba con toda la indignación que era de temer en quien iba tan mal dispuesto a recibirla; lo restante del auditorio logró imponer silencio a aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron más animados desde entonces y con más seguridad del éxito. Al exclamar Don Eleuterio en la escena 7 del acto II: «¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?», supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresión tan oportunamente equívoca que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras a lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representación. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo aquel día esta comedia no pudo ser más conforme a los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de Don Pedro, dándole toda la nobleza y expresión que pide; Juana García, en el de Doña Mariquita, mereció general estimación, nada dejó que desear y dio a las tareas de los artífices asunto digno; Polonia Rochel representó con acierto la presunción necia de Doña Agustina; el excelente actor Mariano Querol pintó en Don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar. Manuel García Parra excitó el entusiasmo

del público en su papel de Don Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fue tan acomodado al carácter que representó que parecía en él naturaleza lo que era estudio.

El sí de las niñas (1806)

Advertencia

El sí de las niñas se representó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la más estimable, no cabe duda en que ésta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veinte y seis días consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros como era costumbre. Mientras el público de Madrid acudía a verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunión de personas ilustres e inteligentes se anticipaba en Zaragoza a ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobación de cuantos fueron admitidos a oírla. Entretanto se repetían las ediciones de esta obra: cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la común curiosidad de leerla, excitada por las representaciones del teatro.

¡Cuánta debió ser entonces la indignación de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores tan funestos a la sociedad como favorables a sus privados intereses! La aprobación pública reprimió los ímpetus de los críticos folicularios: nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones a que dio ocasión, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito. Por consiguiente, no podían bastar estos imperfectos desahogos a satisfacer la animosidad de los émulos del autor, ni el encono de los que resisten a toda ilustración y se obstinan en perpetuar las tinieblas de la ignorancia. Éstos acudieron al modo más cómodo, más pronto y más eficaz, y si no lograron el resultado que esperaban, no hay que atribuirlo a su poca diligencia. Fueron muchas las delaciones que se hicieron de esta comedia al tribunal de la Inquisición. Los calificadores tuvieron no poco que hacer en examinarlas y fijar su opinión acerca de los pasajes citados como reprobables; y en efecto, no era pequeña dificultad hallarlos tales en una obra en que no existe ni una sola proposición opuesta al dogma ni a la moral cristiana.

Un ministro, cuya principal obligación era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos más feroces, y anunciaba la ruina del autor de *El sí de las niñas* como la de un delincuente merecedor de grave castigo. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces, y esta oposición poderosa han tenido que temer los que han dedicado en ella su aplicación y su talento a la indagación de verdades útiles y al fomento y esplendor de la literatura y de las artes. Sin embargo, la tempestad que amenazaba se disipó a la presencia del Príncipe de la Paz; su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas que, no atreviéndose por entonces a moverse, remitieron su venganza para ocasión más favorable.

En cuanto a la ejecución de esta pieza, basta decir que los actores se esmeraron a porfía en acreditarla, y que sólo excedieron al mérito de los demás los papeles de Doña Irene, Doña Francisca y Don Diego. En el primero se distinguió María Ribera, por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo hacerle. Josefá Virg rivalizó con ella en el suyo, y Andrés Prieto, nuevo entonces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente que hoy retiene todavía con general aceptación.

Escena XIII (Acto III)

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Sale DON CARLOS del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a DOÑA FRANCISCA, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. DOÑA IRENE se asusta y se retira.

DON CARLOS.- Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.- ¡Carlos!

DON CARLOS.- (A DON DIEGO.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.- ¿Qué es lo que me sucede, Dios mío? ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas?... ¡Qué escándalo!

DON DIEGO.- Aquí no hay escándalos... Ése es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer. (Se abrazan DON CARLOS y DOÑA FRANCISCA, y después se arrodillan a los pies de DON DIEGO.)

DOÑA IRENE.- ¿Conque su sobrino de usted?...

DON DIEGO.- Sí, señora; mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.- ¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.- Sí, prendas de mi alma... Sí. (Los hace levantar con expresión de ternura.)

DOÑA IRENE.- ¿Y es posible que usted se determina a hacer un sacrificio?...

DON DIEGO.- Yo pude separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita!... ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS.- Si nuestro amor (Besándole las manos), si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.- ¡Conque el bueno de Don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO.- Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.- En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor; venga usted, que quiero abrazarle. (Abrazando a DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA se arrodilla y besa la mano de su madre.) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.- Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... señorita, un millón de besos. (Se besan DOÑA FRANCISCA y RITA.)

DOÑA FRANCISCA.- Pero ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.- Paquita hermosa (Abraza a DOÑA FRANCISCA.), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (Asiendo de las manos a DOÑA FRANCISCA y a DON CARLOS.) seréis la delicia de mi corazón; el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquél... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS.- ¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.- Hijos, bendita sea la de Dios.

MARÍA ROSA DE GÁLVEZ (1768-1806)

La vanidad de los placeres: oda (in Ead., *Obras poéticas*, 1804)

Oigo del mundo el eco lisonjero
sonar gozoso en torno de mi mente,
y la insensata gente
veo correr en vano
sin poder halagar ningún sentido: 5
¿será, que la fortuna a los mortales
jamás otorgue algún placer cumplido;
o que el fastidio siga a las pasiones,
que no pueden saciar sus corazones?

Genio, que inspiras sin cesar mi canto, 10
yo me abandono a ti; guía mi acento;
vuela en pos del contento
que el hombre te presenta en su grandeza,
cuando engañado su vivir fatiga,
y sus tesoros por gozar prodiga. 15

Jamás el espectáculo pomposo
vio del sol al nacer, ni sus oídos
el canto de las aves melodioso
gozaron, cuando el orbe se ilumina;
sumido en ocio, de velar cansado, 20
la noche se avecina
cuando el lecho dejando lentamente,
torna de los placeres al bullicio,
con que el mundo le encubre el precipicio.

Piensa que puede amar, y ser amado; 25
y los deleites del amor siguiendo,
un instante engañado
vivió de su ilusión encantadora;
pero nunca gozó: desconfianzas,
ingratitude, traiciones le atormentan; 30
celos devoradores
le acosan sin cesar con sus furores;
y si en la variedad busca delicias,
el interés le vende sus caricias.

El lujo le previene los banquetes 35
que la gula inventó; soberbio en ellos
adula su deseo caprichoso
con viandas exquisitas:
naturaleza de su seno hermoso,
los dones le presenta, que cultiva 40
bañado de sudor el desvalido,
allí desvanecido,
de falaces amigos rodeado,
con extraños licores lisonjea
su apetito estragado, 45
hasta que en el desorden ya beodo

pierde con la razón el placer todo.

Envilecido entonces, degradado
del nombre racional corre aturdido
del circo al espectáculo sangriento, 50
en él, igual a las sañudas fieras,
del hombre perseguidas,
tranquilo goza el bárbaro contento
de ver los inocentes animales
rabiando de perecer; y si la suerte 55
no protege los diestros lidiadores
también sin susto ve llegar su muerte.

Si asiste del teatro a las delicias,
sólo es por vanidad; su entendimiento
desconoce del arte los encantos: 60
el vano lucimiento
ocupa su atención; no las pasiones
que ve representar; no las desgracias,
ni el castigo, que alcanza el vicio impío,
su corazón movieron, 65
de sentimientos y virtud vacío.

Alguna vez de estruendo venatorio
seguido al campo sale;
y en el placer de muerte embebecido
las libres aves su rigor destruye; 70
que el privilegio de volar no vale
contra el ronco estallido
de la pólvora atroz; ni el manso ciervo,
ni la tímida liebre,
ni el veloz gamo su vivir libraron; 75
todos perecen: ¡ay!, cuando se aleja,
rastros de sangre por el valle deja.

Corre luego al festín; el atractivo
de la danza le ofrece sus deleites;
allí en tropel festivo 80
los mortales alegres se abandonan:
quien, en vueltas acá y allá girando,
en sus brazos conduce la doncella;
quien, rápido saltando,
del bello sexo la pasión excita; 85
quien, por danzar se agita,
y a los espectadores atropella:
los ojos se deleitan, los oídos;
y el tacto encanta los demás sentidos.

En vano este delirio pasajero 90
su languidez desvela,
mas poderoso objeto necesita,
para gozar placer; al juego vuela,
al juego destructor; en él consume
su tiempo y su riqueza: 95

en sus falaces suertes pierde el oro,
 que socorrer pudiera cien familias,
 y deja entre las manos de un malvado,
 lo que aliviar debiera al desdichado.

Si honoríficos puestos solicita, 100
 ¡cuánto a su orgullo que sufrir le espera!
 La brillante carrera
 de los premios emprende,
 sin merecer ninguno; en ella ansioso
 teme desaires, humillado ruega, 105
 lisonjea, importuna,
 y si acaso concede la fortuna
 a su anhelar la injusta recompensa,
 llega la senectud, y en pos la muerte
 se presenta, seguida 110
 del atormentador remordimiento,
 de dolencia y terror; en vano entonces
 remedios busca, por alivio clama;
 el sepulcro lo llama;
 baja a su seno, y su memoria en tanto 115
 de nadie logra compasión ni llanto.

¿Y qué placer gozó? Todos huyeron
 fugaces, del destino a la inconstancia;
 todos en aflicción se convirtieron
 cuando llegó su fin. ¿Acaso existe 120
 algún placer durable cual la vida?
 ¿Acaso el mundo los consuelos niega
 de recordar la dicha, aunque perdida?
 No, débiles mortales;
 la sagrada virtud en nuestros males 125
 brilla, como la luz en las tinieblas;
 ella conforta el corazón humano
 contra la adversidad; y el poderoso,
 que al triste socorrió con larga mano,
 consigue venturoso 130
 el supremo placer de hacer felices:
 este es solo el deleite duradero
 hasta el instante de vivir postrero.

Capítulo VI - *Neptuno y las ninfas marinas*(in Ead., *La mitología contada a los niños e historia de los Grandes Hombres de la Grecia*, 1867)

También a este hijo suyo ocultó Cibeles en una cabreriza de Arcadia, llevando a Saturno, que se lo engulló, un potrito que le dijo haber parido. Cúpole en suerte el imperio de los mares, ríos y arroyos.

Enamoróse de Anfitrite, que no lo quiso hasta que un buen mediador, que fue un delfín, la persuadió que recibiese al dios de los Mares por esposo. Era este dios su abuelo, por ser padre del Océano, que lo era de Anfitrite, a quien tuvo de Doris, hija de Nereo y de Tetis. Tuvieron por hijos a los Tritones, las Nereidas, que eran las ninfas de la mar, y las Náyades, que lo eran de los ríos, que figuraban medio mujeres y medio pescados. Lo representan sentado en una concha de gran tamaño, tirado por hipopótamos unas veces, y otras por caballos marinos, cuyos cuerpos terminaban en cola de pescado, llevando en la mano un tridente que tenía tres puntas, para significar el triple poder que tenía de conservar la mar, de solevantarla y de apaciguarla. Habíanlo fraguado los Cíclopes, y tenía el poder de abrir la tierra cuando Neptuno la golpeaba con él.

Nereo, divinidad marina, hijo del Océano y de la Tierra, casó con Doris, y tuvo por hija a Tetis. Era ésta tan hermosa, que muchos dioses la pretendieron; pero habiendo sabido que un oráculo de Temis decía que Tetis tendría un hijo más famoso y más grande que su padre, todos desistieron en sus pretensiones, y Tetis tuvo que casarse con un simple mortal que fue Peleo, hijo de Eaco, rey de Egina. Fueron convidados a sus bodas todos los dioses y divinidades, menos la Discordia, que por vengarse tiró en la mesa del festín una manzana, con un letrero que decía: «A la más hermosa»; y queriéndosela apropiarse todas las diosas, se la disputaron, tanto, que resultaron grandes males, como sucede siempre que todos quieren una misma cosa, a la que por amor propio o ambición creen tener opción o derecho; por eso se dice aún en nuestros días que ciertas cosas son la «manzana de la Discordia».

Scila y Caribdis son dos monstruos marinos. La primera había sido una bella ninfa de quien se enamoró Glauco, y no siendo correspondido logró que la hechicera Circe la transformase en un monstruo, de cuyo cuerpo salían porción de cabezas de perros, las que con sus continuos ladridos atemorizaban a cuantos se le acercaban. La pobre Scila desesperada se tiró al mar en el estrecho de Sicilia. Al frente está un peligroso remolino en que fue transformada Caribdis, que había robado los bueyes de Hércules; por lo cual se dice al que por huir de un mal paso o mal encuentro se halla otro, que salió de Scila para entrar en Caribdis, como suele suceder a los barcos en ese estrecho.

Las Sirenas, hijas del río Acheloo, poseían con tanta perfección la música, que habrían hecho hoy día gran papel entre los filarmónicos. Dicen que para castigarlas de la mala vida que llevaban, fueron transformadas en pájaros, conservando cabeza de mujer; pero comúnmente se les representa como mujeres de cintura arriba, y lo demás como pescados, que en las orillas del mar cantan para atraer a los navegantes a su perdición sobre los escollos. Así es que el canto de la Sirena sirve para definir una cosa suave y dulce que arrastra a un peligro. Conocéis, pues, los habitantes con los que la imaginación de los griegos pobló la mar. Después bajaremos a sus infiernos, que son menos divertidos.

Un vestido. Relación de un hecho cierto (in Ead., *Vulgaridad y nobleza*, 1875)

Caridad quiere decir amor. Hay tres clases de amor incluidas en esta denominación: el amor á Dios, que es la adoración; el amor á nuestros iguales, que es la benevolencia, y el amor á los pobres y los que padecen, que conserva el nombre de este amor teologal, *caridad*.

Si, por desgracia, en nuestra acerba y descreída era, están tibios y aminorados los dos primeros, no lo está por suerte el último, que permanece en el siglo, como una cruz en la cúspide de un edificio que van invadiendo, al menos al exterior, las frías aguas del indiferentismo.

Mientras más cunda la miseria – merced á causas que no es del caso ni de nuestra incumbencia examinar, pero entre las cuales, no obstante, citaremos el lujo, que, semejante á un despreciable afeite, pero siendo en realidad una mortífera lepra, se va extendiendo sobre toda la sociedad, y la carestía de los artículos de primera necesidad que oprime y ahoga á las clases menesterosas como un dogal; – mientras más cunda, decíamos, la miseria, más ostensiblemente corre á su auxilio la caridad. Desde los graves hermanos de San Vicente de Paúl, que edifican al público, hasta los alegres histriones que lo divierten, todos concurren al mismo objeto. Centuplica la caridad sus recursos, y después que las señoras, imitando el ejemplo de las santas, le han dedicado los primores de sus agujas, los hombres, á su vez, las imitan dedicando al mismo fin los trabajos de

sus plumas. No elogiaremos este buen propósito; las buenas obras, sinceras y puras, tienen su pudor, que rechaza el elogio como una recompensa, puesto que la dádiva que obtiene premio no es tan *dádiva* como la que nada recibe, y esta es la razón por la que tantas almas piadosas ocultan el bien que hacen, mortificadas que son por la alabanza que excita.

Establecióse en una populosa ciudad de Andalucía un caballero que había estado muchos años en América, y traía de ella muchos *tesoros*, como decía la voz pública, en su manera ponderativa. Pero era cierto que uno traía superior á los de oro y plata que se le suponían, y era una mujer buena, honrada, modesta y caritativa, bien hallada ntre las pacíficas y alegres cuatro paredes de su casa, feliz y contenta en su tranquilo interior doméstico.

En breve echó de ver el marido el desenfrenado lujo que ostentaban en su vestir las señoras de su nueva residencia, con el que contrastaba la modesta sencillez que en el suyo gastaba su mujer. Y así fué que le dijo un día en que juntos iban á salir:

– Luisa: preciso es que te compres un vestido como el que veo gastar á otras señoras.

– Felipe – contestó su mujer: – esos vestidos que ves en otras cuestan cuatro mil reales; el año que viene no se gustarán ya, y son cuatro mil reales tirados, lo que es un despilfarro, y hasta una impropiedad en quien no tiene ni la posición ni el caudal de unos príncipes.

– Siendo más pudiente que otras que los llevan, deseo que no seas tú menos, lo que nos expondría á la crítica ó á la burla – respondió el marido.

Luisa se sonrió y calló; pero en lo que menos pensó fué en comprarse el vestido.

Cada vez que juntos salían, le preguntaba don Felipe:

– Luisa: ¿no te has comprado todavía el vestido?

Y ella, con el fin de no contrariarlo, buscaba disculpas por no haberlo hecho.

– Luisa – observaba entonces su marido: – se sabe que tengo posibles, y como nadie podrá creer si una señora no lleva cual le corresponde un vestido rico, que sea por *motu proprio*, creerán que es mi avaricia y no tu voluntad la causa de que no lo tengas.

Un día que les acompañaba á la mesa un amigo íntimo de don Felipe, le refirió éste, muy sentido, lo que llamaba la manía de su mujer, de no querer comprarse el vestido, y levantándose, trajo cuatro mil reales en oro que entregó á Luisa, con la expresa condición de que habían de ser invertidos en la compra del vestido.

Salieron en seguida los amigos á pasear, y Luisa entró en su gabinete, y se sentó sobre una silla baja en su cierro de cristal á hacer labor.

Aguardaba allí á una de las muchas personas necesitadas que esta señora socorría con sus dones, y consolaba escuchando con el mayor interés la relación de sus males y de sus desgracias.

La persona que le aguardaba conservaba un aspecto decente, en medio de la más completa miseria, gracias á Luisa que la había provisto de las piezas de vestir necesarias para ello.

El marido de esta desgraciada había ejercido toda su vida un empleo subalterno; pero hacía algún tiempo que, sin causa ni pretexto, había sido privado de su cargo para favorecer á otro con él.

Anciano ya, sin conocimientos, fuerzas ni proporción de buscar otro modo de mantener á su familia, la angustia, el desconsuelo y la irritación que se apoderaron de su ánimo le postraron en cama.

En breve fué vendido su modesto ajuar y cuanto poseían, para atender al sustento de la familia y á la asistencia del enfermo.

Entonces su hijo, joven á quien había dado su padre una buena educación, y que por entonces estudiaba en la Universidad, lo abandonó todo para trabajar y mantener á sus padres; pero como ningún oficio había aprendido, no le quedó más recurso que entrar en una obra de peón de albañil.

Pero seis reales que ganaba á tan inusitadas y duras penas que iban minando su salud, como no acostumbrado desde niño á tan rudo trabajo, los seis reales que ganaba, decimos, no con el sudor de su frente, sino agotando las fuentes de su vida, no alcanzaban al doble objeto de sustentar á su familia y costear los gastos de la enfermedad de su padre.

¡Cuán palpables son las disposiciones de Dios en las grandes crisis de la vida!

¿Quién no ha visto claramente al dedo de Dios señalar á la caridad el lugar y ocasión en que debe ejercer su santa misión? – Y así lo hizo ahora, porque una prima noche oyó Luisa el dulce, triste y argentino son de la campanilla, que anuncia á los fieles que viene Dios á la casa del hijo que, no pudiendo ir á la suya, implora su presencia.

Luisa iluminó su balcón, y se arrodilló adorando al Dios que da consuelo y fortaleza en esta vida pasajera, y la bienaventuranza en la eterna.

El santo Viático entró en un pobre corral cercano á su casa, y cuando de allí salió, después de dejar el socorro del alma, entró el de la vida, que en persona fué á llevarle Luisa.

Desde entonces venía diariamente la mujer del enfermo á recibir caldo y otros auxilios de aquella casa como lo hacían otros menesterosos; y por eso no había querido Luisa tomar, del dinero que le entregaba su marido para los gastos, la crecida suma de cuatro mil reales, lo que le hubiese impedido atender con holgura á estas obras de caridad, que hacía sencillamente, sin ruido y sin ostentación, como riega una suave nube de primavera la sedienta tierra, porque prefería los goces del corazón á los de la vanidad.

— Señora — exclamó Luisa al notar que la pobre mujer, que era la del referido cesante, lloraba amargamente: — ¿qué tiene usted? ¿No se hallaba aliviado su marido de usted?

— Sí, señora — contestó sollozando la interrogada; — pero el hijo de mi alma, que no puede con el trabajo que hace, ¡ayer cayó postrado, y está echando sangre por la boca!

Hubo un rato de silencio, pues el dolor en la una y la compasión en la otra eran tales que no hallaban palabras que los expresasen.

Después de un rato, prosiguió la madre:

— Tenemos un primo en la Habana que nos ha escrito que, en vista de las cualidades, saber é inteligencia de mi hijo, tiene proporción para colocarlo allí ventajosamente, y que se lo enviemos; ¡pero no tiene presente que el que no tiene para comer no tiene para costear un viaje á la Habana! ¡y no obstante, dice el médico que un viaje de mar es sólo lo que podría salvar la vida á mi hijo!

Si no le hubiesen quitado á mi marido el destino habría hallado quien, con la fianza del sueldo, le hubiese adelantado el dinero; pero ahora es un imposible. Señora: ¡nos han perdido! Dios se lo perdone.

Luisa tenía los cuatro mil reales en la mano; era tímida, era sumisa á su marido; pero era aún más caritativa.

— Salvo la vida de este buen joven — pensó —: quizás haga su suerte y la de toda su familia; todo con privarme de un vestido de lujo... y titubeo... Tome usted, señora — dijo poniendo el oro en la mano de la desconsolada madre; — que parta inmediatamente su hijo de usted, y que lo haga descuidado, pues mientras no escriba su llegada no faltará á ustedes el pan de cada día.

La explosión de júbilo y de gratitud de la pobre madre, pintarásele el que esto lea mejor su imaginación de lo que las palabras pudieran hacerlo.

Ocho días después navegaba el enfermo hacia la Habana, vigorizando sus pulmones los aires puros del mar, el descanso sus miembros y la esperanza su espíritu.

Entre tanto, la cuestión del vestido seguía siendo el solo, pero perenne altercado del matrimonio

de que nos venimos ocupando, y, no obstante, el marido no era vano; pero el cobarde respeto humano le indujo á persistir en aquella mezquina exigencia, con la que de continuo mortificaba á su excelente mujer.

— ¿Y el vestido — preguntaba de cuando en cuando don Felipe, — te lo has comprado?

Esta, que era tímida, no se atrevía á decir á su marido que había dispuesto del dinero, y trataba salir del paso con evasivas. Unas veces decía que no le gustaban los que de venta se hallaban, y que le habían dicho en las tiendas mejor surtidas que estaban aguardando nuevas remesas; otras, que no había salido por causa del frío ó falta de tiempo, y así fueron pasando días y meses.

Ya la paciencia de don Felipe estaba gastada.

— ¿Quiere usted creer — dijo con irritación á su amigo, un día que estaban sentados en la mesa —que habiendo, como usted recordará, dos meses que di el importe del vestido á mi mujer, con la condición de que en él lo invirtiese al momento, que aún no lo ha hecho? ¿Es esto leal? ¿No es, con su aire gazmoño, burlarse de mí?

Luisa, que, como hemos dicho, era tímida, y que oía por primera vez palabras desabridas y duras en boca de su marido, se turbó y afligió, y dijo para calmarlo:

— Está comprado.

— ¡Por fin! Albricias — repuso satisfecho don Felipe. — ¿Dónde está?

– Lo tiene la modista – respondió su mujer cada vez más turbada, como todo aquel á quien falta energía para seguir con paso firme la buena senda.

En este momento avisó un criado á media voz á Luisa que estaba allí una de las pobres que favorecía, que pedía hablarle con urgencia.

Luisa se levantó.

– ¿Dónde vas, mujer?— preguntó don Felipe; – ¡á que es una pobre! Dile que vuelva á otra hora.

– Es la modista – contestó Luisa.

– Entonces ve, no te detengas, y haz traer el vestido, que lo veamos.

No habían pasado cinco minutos cuando entró Luisa apresuradamente. Sus ojos negros brillaban reflejándose en ellos una espléndida alegría, como brilla un puro cristal reflejando los radiantes rayos del sol; sus mejillas estaban encendidas como hogueras de regocijo; sus labios temblaban indecisos entre una gozosa sonrisa y un suave llanto. En la mano traía una carta doblada.

– Toma, Felipe, toma – exclamó alargándosela á su marido. – ¡Ahí tienes el vestido!

Su marido, asombrado y sin atinar cuál sería el sentido de aquellas palabras, tomó la carta y leyó:

«Padres de mi corazón: Se han acabado sus sufrimientos y los míos. Dios nos ha hecho felices por mano de uno de aquellos ángeles que el cielo envía á la tierra para consuelo y bien de la humanidad.

»Gracias á él y al inesperado socorro que nos prestó, – que fué tal que debió costarle algún sacrificio, lo que aumenta su valor y mérito, – embarquéme y llegué aquí, después de una feliz travesía, completamente restablecido; apenas desembarqué, cuando me dieron la colocación que me tenía preparada mi tío en casa de sus antiguos amos, poderosos comerciantes que lo tienen en mucha estima; á los pocos días me demostró el señor estar tan satisfecho de mi celo é inteligencia que me aumentó el sueldo; y esta mañana, preguntándome si estaba contento, y respondiéndome yo que no podía estarlo por la ausencia de mis padres, y verlos en tan infortunada

posición, me dijo que escribiese á ustedes que se vinieran, en vista de que tiene en donde colocar á usted, padre. Mando adjunta, para que costeen el viaje, una letra, importe del sueldo de los dos meses, que no he gastado con objeto de enviárselos, habiéndome tenido el tío en su casa, etc.»

Cuando don Felipe hubo acabado la lectura de la carta, fijó los ojos en su mujer, con una mirada que expresaba toda la admiración, todo el cariño, todo el enternecimiento de que rebosaba su corazón, y sólo pudo decirle:

– Perdona, Luisa.

La suave y modesta mujer le contestó:

– Perdona tú, pues te engañaba.

– Mi culpa es, pues no supe inspirarte confianza – repuso el marido; – si me lo hubieras dicho, se habría hecho la buena obra, sin que para eso tuvieses que privarte de un buen vestido; ahora me encargo yo de proporcionártelo, y por cierto que no habrá salido de las fábricas de Lyon otro mejor que el que recibas.

– No, no, Felipe; no – exclamó Luisa; – si acaso lo que he hecho es una buena acción, y me la recompensaras, no sería yo, sino tú, el que de ella tendría el mérito y la satisfacción, y no te los cedo. Además, el bien que se hace sin que nos cueste un sacrificio ó una privación, pequeña ó grande, no deja del todo satisfecho el corazón ni completamente alegre la conciencia.

La tentación (in Ead., *Cuentos, oraciones, adivinanzas y refranes populares*, 1877)

Había un Obispo que era muy amante y devoto de San Andrés, y más que a otra virtud alguna, afecto a la castidad.

El Demonio, a quien Dios le quitó el poder pero no el saber, por tal de perder aquella alma justa y pura, tomó el cuerpo de una hermosa princesa mora, que se fue hecha un mar de lágrimas a buscar al piadoso Obispo, y le contó como quería ser cristiana y tomar hábito en un convento, y que sus padres no querían, teniéndola avasallada, y queriéndola casar con otro moro fiero.

El buen Obispo se compadeció mucho de ella, la hospedó en su palacio, llamó a otros sacerdotes sabios, para que, instruida cuanto antes en la doctrina cristiana, entrase, cual deseaba, en un convento. Cuando le tocaba al Obispo la plática, aquella mujer se ponía cada vez más hermosa, y resplandecía como un sol, tratando de mudar el tema, y de hablar de cosas mundanas y de amores, con tal maña y liviandad, que el pobre Obispo sentía su corazón rebelde y su virtud flaquear.

Un día que ya lo traía confundido con la mucha palabrería que le gastaba, le dijo:

–Ya que sabéis tanto, ¿a que no me podréis contestar a tres preguntas que os voy a hacer? Y si no halla S. E. la solución, tendrá que confesar que yo sé más que S. E.

Entró en eso un criado, y dijo a S. E. que a la puerta estaba un pobrecito viejo que pedía limosna.

– Que se vaya – dijo la mora.

– No – repuso el Obispo –. Dile que suba, que le socorreré.

Entró el pobrecito, y se sentó a un lado.

– Vamos – dijo el Obispo a la mora –, haz las preguntas para que te las conteste.

– Dígame, pues – preguntó la mora –: ¿Cuál fue el primer milagro que hizo Dios?

El Obispo se quedó parado; pero el pobrecito, alzando gravemente la voz, contestó:

– Hacer el hombre a su semejanza.

Nada pudo oponer la mora; y así pasó a la segunda pregunta, que fue:

– ¿Me podréis decir dónde está la tierra más alta que el cielo?

Si la primera pregunta dejó al Obispo parado, la segunda lo dejó confundido.

– En el trono celestial – dijo el viejecito –, pues allá está María en cuerpo y alma.

La mora, a su vez, se quedó confundida con aquella respuesta, y pasó a la tercera:

– Pues ya que tanto sabéis – dijo al viejecito –, ¿me podréis decir cuántas leguas hay del cielo al infierno?

– Eso sólo vos podéis saberlo – contestó el viejecito –, pues sólo vos, Satanás, ángel rebelde, las habéis andado.

Al verse descubierto por aquel viejo, que era San Andrés, Satanás dio un rugido y desapareció.

Cuento de bruja (in Ead., Cuentos, oraciones, adivinanzas y refranes populares, 1877)

Había un padre y una madre que tenían una hija de quince años, y se la llevó una bruja; la llevó donde había otras, y la metieron en un baño de aromas, y la dijeron que la iban a llevar con ellas, y que vería cosas muy hermosas, y tendría mucho poder; pero para eso era preciso que dijese lo mismo que decían ellas:

En vida, en vida,
sin Dios ni Santa María.

Pero la niña, que era buena cristiana, no quiso decirlo. Entonces empezaron a pegarla y pellizcarla para que dijese lo que ellas querían; pero la niña no cesaba de repetir:

En vida, en vida,
sin Dios ni Santa María.

Y tanto lo repitió, que tuvieron que huir todas, y la niña se volvió en paz y gracia de Dios a su casa.
No tiene poder la tentación con quien persevera firme en el bien y en el deber.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS "EL CURIOSO PARLANTE" (1803-1882)

Semanario pintoresco Español (1, 3 de abril de 1836)

Prospecto

Dos medios hay en literatura para llamar la atención del público; el primero consiste en escribir muy bien, el segundo en escribir muy barato. Ambos tienen su utilidad respectiva; aquél se encamina al corto número de sabios, éste al inmenso de los que no lo son; para los unos todo está dicho, para los otros queda mucho por decir. No hay necesidad de expresar que entre ambos extremos de la escala intelectual median muchos grados hasta llegar á los tontos; para éstos nadie escribe por la sencilla razón de que no saben ó no quieren leer.

En nuestra España acaso no se ha escrito más que para un número muy reducido de personas. Muchos discursos altisonantes, muchos terribles infolios; pero el pueblo ni puede costear infolios, ni comprende erizadas disertaciones. De esta suerte ha quedado reducido á manejar compendios mezquinos, novelas indigestas, y aun esto no siempre al alcance de todas las fortunas.

La idea de vender mucho para vender barato y vender barato para vender mucho, que es la base más segura del comercio, no ha entrado nunca en la mente de los dedicados entre nosotros al ramo de librería. Los autores tienen la culpa. Ofendido su amor propio con la idea de dar sus producciones á bajo precio, han preferido vincularlas en un reducido círculo de individuos. De este modo ¿qué han conseguido? Por toda ventaja el aprecio y la consideración de unos cuantos amigos ó admiradores, y más frecuentemente la envidia y las críticas de muchos enemigos conocidos; mas para el público, para el verdadero público han vivido de incógnito ó sólo le han dado á conocer sus nombres en los carteles.

Muchas invenciones, muchos adelantos se han hecho en el siglo actual en otros países, pero ni las máquinas de vapor, ni los globos, ni el gas, ni los caminos de hierro, ni tantas aplicaciones útiles para la industria han producido al pueblo mayor beneficio que las publicaciones baratas.

La lectura es la base de la instrucción, la instrucción es la primera rueda de todas las máquinas, el móvil de todas las riquezas; un pueblo que no lee opondrá siempre una fuerza invencible á su prosperidad.

Y no se diga que, extendiendo al infinito el número de lectores, sólo se conseguirá formar una nación de pedantes, de eruditos á la violeta. Esto estriba en las materias que se escojan y en la manera de tratarlas. Las hay de tan difícil comprensión que, ciertamente, no están al alcance de todas las cabezas; otras pueden hacerse entender y muchas son fáciles de adquirir. En esta elección y en saberse desprender de la petulancia que suele acompañar á la ciencia, para ponerla al alcance de las clases para quienes escriben, se descubre el tacto delicado de los escritores. Siempre que el público advierta en ellos esta buena fe, este acierto, siempre que no tenga que adivinarles para entenderles, él les recompensará sus fatigas, él cuidará de su reputación.

No podemos menos de convenir en que los notables acontecimientos que hoy se suceden rápidamente en nuestro país roban la atención general, dirigiéndola hacia un punto preferente que es la política; por eso vemos que todas las publicaciones, y en particular las de la prensa periódica, se hallan convertidas á ella.

Pero el interés que obliga á todos á tajar su principal atención en las grandes cuestiones gubernativas, ¿será de tal modo exclusivo, que no permita al pueblo buscar otros conocimientos más modestos, si bien no menos útiles, en los tesoros de las ciencias, de la industria, de las artes, de la literatura? ¿Pretenderemos enseñar el arte de gobernar á los demás, sin aprenderá gobernarnos á nosotros mismos? ¿Intentaremos escribir bien la historia sin conocer la historia, formar la moral pública sin estudiar los principios de la moral privada, decidir sobre la economía y las artes sin conocer las artes, la economía?

¡Desgracia de nuestro país! En unos tiempos nada de política habrá de escribirse, en otros nada como no sea política) ¿y qué?, ¿son incompatibles unos con otros los diversos ramos del saber? ¿No se hallan todos ligados en admirable armonía, no proceden unos de otros como los eslabones de una dilatada cadena? ¿Y habremos de ser tan exclusivos que nos entreguemos á uno solo, sin cuidar de los demás? Tanto saldría sembrar todo el campo de trigo, sin cuidar de los otros frutos que la tierra nos ofrece en portentosa variedad.

En países más adelantados que el nuestro, donde se hallan tan discutidos en teoría y realizados en la práctica los grandes principios políticos, no por eso se han dejado de cultivar las demás ciencias que sirven para enseñar á los hombres ó para embellecer su existencia. Y no se diga que esto consiste en que se hallan ya en tranquila posesión de aquellos principios; en todos tiempos ha habido y hay revueltas y discusiones; pero en todos han aparecido y aparecen multitud de producciones científicas y literarias, que brillan como lucientes estrellas en medio de un cielo sombrío y nebuloso.

Tales ideas han debido presidir á la inmensa multitud de periódicos no políticos que hoy día ven la luz pública en otros países, y especialmente en las capitales de Francia y de Inglaterra. Sus apreciables autores (entre los cuales no se desdeñan de contarse los primeros magnates y reputaciones científicas y literarias de Europa) han sabido de tal modo combinar la importancia y utilidad de sus trabajos con la facilidad y sencillez del estilo, y con la baratura del precio, que hay periódicos de esta clase que llegan á contar el inmenso número de ciento y más de miles de suscriptores.

La Inglaterra, que suele llevar la delantera en todas las aplicaciones útiles, fué la primera también en esta ocasión. Considerando, pues, los hombres científicos de aquel país que los efectos de la instrucción general, tanto más pronto llegarían á producir sus dichosos resultados, cuanto más al alcance de la generalidad estuviesen las lecturas instructivas, y guiados por este pensamiento, se propusieron popularizarla, tanto por la variedad, elección y agrado de su estilo, cuanto por una baratura en el precio de que hasta entonces no se había ofrecido ejemplo.

Hicieron más los filósofos fundadores de aquellas empresas, pues que, no desaprovechando ninguna de las ideas que pudieran contribuir á hacer más grata y nueva la forma de sus periódicos, determinaron enriquecerlos con los primores del arte tipográfico, acompañando á las interesantes descripciones históricas, científicas y artísticas que los componen, sendas viñetas que reproducen con exactitud los personajes, sitios, monumentos y producciones naturales que describen; mas no queriendo hacer traición á su pensamiento principal de la baratura, adoptaron para este objeto el grabado en madera, ramo del arte muy descuidado hasta entonces, y que, gracias á esta interesante aplicación, ha llegado hace pocos años á una altura y delicadeza que apenas pudo sospecharse en un principio.

De esta manera pudieron improvisar frecuentemente en medio de su narración agradables dibujos que hacen más perceptible el objeto de que se trata, y los moldes de ellos, colocados en las mismas prensas que los caracteres tipográficos, pudieron dar el inmenso número de ejemplares necesarios para venderse á precios ínfimos. El *Penny Magazine*, publicado hace pocos años en esta forma, bajo la influencia de uno de los magnates más poderosos de Inglaterra, cautivó desde el principio la atención general, y no tardaron en seguirle otra multitud de publicaciones semejantes, que al paso que extienden la lectura á todas las clases del pueblo, contribuyen notablemente á la prosperidad de las letras y de las artes.

Á principios de 1833 apareció en la capital de Francia la primera publicación periódica bajo aquella forma, y el extraordinario suceso que obtuvo el *Almacén Pintoresco* produjo en la Francia literaria tal agitación, que antes de acabar aquel año ya se contaban multitud de periódicos semejantes. El *Diario de Conocimientos Útiles* y el *Museo de Familias*, publicado por la Sociedad nacional francesa; el *Almacén Universal*, *La Linterna Mágica*, *El Mosaico*, *El Almacén de los Almacenes*, *El Viaje Pintoresco*, *Alrededor del Mundo*, la Francia, la Italia, la Inglaterra, la Suiza, la *España Pintoresca*, la *Enciclopedia Pintoresca*, los *Diccionarios geográficos y de biografía*, la medicina, la música, todas las ciencias, en fin, todas las publicaciones literarias se apoderaron del pensamiento inglés, llenando de periódicos semanales á *deux sous* (cuatro cuartos) desde el salón del magnate ó el estudio del sabio, hasta el taller del artesano ó la choza del labrador; desde el gabinete de la marquesa, hasta el obrador de la modista; desde la empolvada biblioteca del anciano, hasta la bolsa del colegial.

Esta misma boga, este furor literario pintoresco que se apoderó del pueblo francés, y de que con asombro nuestro fuimos testigos á fines de aquel año, dio motivo suficiente para que aquellas empresas fuesen dirigidas y cultivadas por los hombres más influyentes y por las plumas más distinguidas de la nación. Los ministros Thiers y Guizot y los célebres Alejandro de Laborde, Casimiro Delavigne, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, A fonso de Lamartine, Balzac, Nodier, Eugenio Sué, Federico Soulier, Gozland, Jony, Scribe, la Duquesa de Abrantes, Girardin, Julio Janín, Duval, madama Gay, Chateaubriand, Castil Blace, Ancelot, todas las notabilidades, en fin, políticas, científicas y literarias de aquel país se apresuraron á adoptar un medio que les ponía en tan inmediato contacto con e) pueblo y consignaron en estos repertorios producciones encantadoras de todo género.

Bajo este aspecto, los almacenes pintorescos pueden considerarse como el compendio de la Europa científica y literaria en el siglo actual. En cuanto á la forma, la siguieron absolutamente idéntica á los Magazines ingleses, valiéndose al principio de las viñetas grabadas en Londres por no haber llegado en Francia el grabado en madera á la perfección inglesa, hasta que los adelantos producidos por estímulo de estas publicaciones han llegado á libertarles de aquel tributo, contando en el día casi exclusivamente con los recursos nacionales.

Muy lejos estamos de persuadirnos de que con la publicación de nuestro *Semanario Pintoresco* habremos de llenar este vacío que reclama ya el buen gusto y la inteligencia del público español; pero, al menos, creemos dar un gran paso para lograrlo, siendo los primeros que lo intentamos, y procurando remover los obstáculos que á ello se oponen, y aunque con lo

dicho debería bastar para dar á conocer el carácter de este periódico popular, no podemos menos de hacer aquí una ligera reseña de los medios que nos proponemos seguir para desenvolverle.

Debemos advertir, ante todo, que no es nuestra intención, el formar una enciclopedia ó curso general de ciencias; además de la cortedad de nuestras fuerzas para tamaña empresa, esto sería caer en el vicio que pretendemos evitar; esto es, el de hacer nuestro periódico peculiar sólo de algunas personas entendidas. Escribimos, pues, para toda clase de lectores y para toda clase de fortunas, y pretendemos instruir á los unos, recrear á los otros y ser accesibles á todos.

No seguiremos orden metódico en la elección de materias; buscaremos en el estudio de la naturaleza, de las bellas artes, de la literatura, de la industria, de la historia, de la biografía y de las costumbres antiguas y modernas, todos los hechos, todos los adelantos capaces de interesar la curiosidad pública; procuraremos dar á unos consejos útiles y aplicables á las distintas profesiones sociales, intentaremos distraer á otros de sus fatigas por medio de narraciones interesantes.

Sin hacer profesión de escritores políticos, y antes bien, huyendo especialmente de las grandes cuestiones hoy sometidas á plumas más diestras, procuraremos no desatender la moral pública y privada, cuyo ejercicio práctico une á los hombres en sociedad y cuyo conocimiento es tan importante para inspirar al pueblo aquella rectitud de juicio, aquella solidez de principios sin los cuales no puedo haber tranquilidad ni ventura. Los deberes religiosos y civiles, la tolerancia, el amor al trabajo, la probidad en los tratos, el desinterés y la modestia, todas las virtudes, en fin, que forman el hombre verdaderamente honrado, y que, generalizadas en la multitud, imprimen el carácter peculiar de las naciones.

Los grandes hechos históricos de que el mundo ha sido testigo, las noticias biográficas de los hombres ilustres por su saber y patriotismo, sirven para inspirar el deseo de imitarles, y para conciliarles aquel respeto público á que son tan acreedores, y bajo este aspecto la historia ocupará no pequeña parte de las páginas de nuestro *Semanario*.

No es menos útil ni interesante la que pretendemos consagrar á la indicación de los descubrimientos científicos y artísticos. Los sencillos preceptos de la economía pública y privada, puestos ya al alcance de todo el mundo, reportan un bien positivo fomentando el amor al trabajo y al ahorro; los nuevos descubrimientos de las artes mecánicas servirán para excitar la emulación de tantos ingenios á quienes sólo faltan indicaciones oportunas para desarrollar sus facultades; la higiene pública, la economía doméstica y los ingeniosos procedimientos ó secretos raros de las artes, escogidos con criterio y presentados con sencillez, son otros tantos recursos para el infeliz que en lo posible tiene que auxiliarse á sí propio en las distintas necesidades de la vida. Esta clase de lecturas, que tanto sirve en otros países para excitar la curiosidad pública y el deseo de saber, conviene mucho entre nosotros, en donde pueden presentarse con confianza como nuevas infinitas de invenciones ya acreditadas por la experiencia.

En las descripciones artísticas de los monumentos célebres daremos la debida preferencia á los de nuestra España, tan rica en ellos, y que para mengua nuestra desdeñamos, al paso que corremos á admirar en los países extranjeros muchos incomparablemente inferiores. Ni para aquí nuestra intención. Si el público acoge con benignidad nuestros trabajos, prometemos darle sucesivamente relaciones descriptivas de los pueblos principales y sitios pintorescos de la Península, acompañando las noticias estadísticas y críticas que el estado de la Nación y nuestras investigaciones nos permitan.

Otras veces, adoptando las observaciones de los más célebres viajeros, llevaremos al lector fuera de nuestro país, enterándole de las maravillas de la naturaleza y del arte en otras naciones, las producciones infinitas y variadas de la historia natural en las distintas regiones que forman nuestro globo, los monumentos elevados por los hombres, que, como dice Víctor Hugo, escriben en páginas de piedra los progresos de su civilización.

Además de la material descripción de los usos populares, se presentan á nuestro pincel los cuadros críticos de costumbres, en los cuales, bajo una agradable ficción, se ponen en movimiento personajes que forman el tipo del carácter que se quiere representar.

En esta sección la tendencia natural y el deber de españoles nos guiará frecuentemente á preferir la pintura de las costumbres de nuestra nación, sin dejar por eso de alternar nuestros humildes bosquejos con los que de sus respectivos países han trazado ventajosamente distinguidos y eminentes escritores.

Las novelas y cuentos de fantasía, anécdotas, fragmentos y todo lo que tienda á describir pasiones y caracteres, encontrarán también su lugar en esta parte del periódico. El juicio de las obras recientemente publicadas y de las comedias ejecutadas en nuestros teatros formará una sección con el título de *Crónica semanal*, subdividida en dos partes, á saber: *Boletín literario* y *Boletín teatral*; en el primero se harán todos los anuncios de las obras publicadas en la semana, añadiendo á las que se crean dignas de ello el análisis oportuno, y en el segundo nos tomaremos igual trabajo respecto á las novedades teatrales.

Procuraremos amenizar más y más este periódico con la inserción de poesías inéditas de autores conocidos y de otros que no lo son tanto, aunque debieran serlo, y finalmente, para que nada falte á nuestro propósito, consagraremos un artículo especial á las revoluciones de las modas.

Sólo cumpliríamos una parte de nuestra intención si no hubiéramos procurado dar á nuestro *Semanario* la misma *forma pintoresca* de los publicados en Francia é Inglaterra. Harto palpables son los obstáculos con que tendremos que luchar para ello por el notorio atraso de las artes tipográficas entre nosotros; pero esto no es una razón para dejar de intentarlo.

Los primeros que se adelantan á realizar cualquier proyecto no pueden prometerse llegar desde luego á su perfección, y harto sabido es que el que planta el laurel no debe prometerse reposar á su sombra; pero á los ojos de los hombres justos y pensadores siempre aparecerá meritorio por su decisión y buena voluntad.

No queriendo limitar nuestro periódico á reproducir los dibujos y artículos de los que de esta clase se publican en el extranjero, hemos contado con el auxilio de varios distinguidos artistas nacionales y otros venidos expresamente de París, los cuales nos ofrecen en dibujo y en grabado la corrección que puede observarse en los que acompañan á este prospecto, todos ejecutados en Madrid. Quedan explicados el objeto, la forma y medios con que contamos para esta publicación. Tiempo sería éste para hacer las protestas de costumbre, pero no las juzgamos indispensables, pues que apelamos á nuestros hechos ulteriores; baste decir que son tales nuestros deseos de popularizar esta empresa, que deseando llevarla á cabo, aun sin interés de nuestra parte, invitamos encarecidamente á todas las personas ilustradas, á las altas notabilidades científicas, literarias y artísticas y á los jóvenes distinguidos por su aplicación al estudio á que concurran á ella con sus dignos trabajos, imitando en este punto la noble emulación y el deseo de gloria que en otros países reúne en empresas semejantes á los hombres de todas las opiniones y de todos los ramos del saber. Ni crean rebajado su mérito ni perdido su tiempo en seguir aquel digno ejemplo, tan propio del siglo actual. Los sabios, distinguidos ya por el aprecio de las gentes ilustradas, pueden aspirar á extender más y más su fama popular y á hacer partícipe á la generalidad del pueblo de sus profundos conocimientos. Los jóvenes aplicados podrán por este medio llegar más rápidamente á merecer la pública reputación. Al paso que á unos y otros brindamos para su gloria con las páginas de nuestro *Semanario*, la empresa de éste no desatenderá tampoco el corresponder por medios decorosos á las ventajas que pueden resultarla de aquellos trabajos. El campo está abierto; á los ingenios españoles toca demostrar que son capaces de cultivarle.

La publicación de este *Semanario* será todos los domingos, como el día más propio para el descanso y la lectura; la forma, ocho páginas iguales en tamaño y papel al presente prospecto y de la letra de este párrafo; cada número llevará el correspondiente de viñetas, y cuando se den litografías sueltas se repartirán con él gratis.

JOSÉ DE ESPRONCEDA (1808-1842)

El pastor Clasiquino («El Artista», 24 de mayo de 1835)

Y estaba el pastor Clasiquino sencillo y candido, recordando los amores de su ingrata Clori, en un valle pacífico, al margen de un arroyuelo cristalino, sin pensar (¡oh! ¡quién pudiera hacer otro tanto!) en la guerra de Navarra y embebecido en contemplar el manso rebaño, símbolo suyo. “Églogas -decía-, venid en auxilio mío aquí donde la *máquina preñada* (es decir, el cañón) y el *sonoro tubo* (la trompeta) no vienen a turbar mis solaces.

Pajiza choza mía
Ni yo te dejaría
Si toda una ciudad me fuera dada”.

Y era lo bueno que el inocente Clasiquino vivía en una de las calles de Madrid y pretendía al mismo tiempo un empleo en la Real Hacienda.

¡Lo que es tener imaginación! Su Clori no era nada menos que un ama de llaves, de genio pertinaz y rabioso, que con él vivía y le llenaba de apodos y vituperios a todas horas; su *mayoral*, el ministro, que ya de tiempo antiguo los llaman así los clasiquistas, por aquello del *Mayoral Jovino*, y su pacífico valle la Secretaría o el Prado, que para Clasiquino es lo mismo.

“*Nada como las reglas de Aristóteles*” solía también decir Clasiquino a veces, que aunque pastor, había leído más de una vez las reglas del estagirita. “¡La naturaleza! La naturaleza es menester hermosarla. Nada debe ser lo que es, sino lo que debiera ser.” Y aquí sacaba un texto griego, porque era *consumado helenista*; y como sabía *hablar en prosa y verso*, continuaba:

“Sí, por el Pan que rige mi manada, yo he de hacer ver al mundo que esa caterva de poetas noveles, idólatras de los miserables Calderón, Shakespeare y comparsa, son inmorales, y no saben escribir una égloga... ¿qué digo una égloga? Ni cometer siquiera la figura llamada *Onomatopeya*.”

Y con esto se levantó con aire de triunfo y ademán orgulloso, arreglándose los anteojos que ya tenía al extremo de la dilatada nariz caídos, despertó las ovejuelas que se habían dormido

de pacer olvidadas, escuchando.

Y Clasiquino paso tras paso se recogió a su majada, tenaz en su empeño de seguir hecho borrego mientras le durare la vida.

MARIANO JOSÉ DE LARRA "FÍGARO" (1809-1837)

Un reo de muerte («Revista Mensajero», 30 de marzo de 1835)

Cuando una incomprensible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco a los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho a quejarse de ninguna especie de murmuración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas seudofilantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejeme suavemente deslizar al verdadero teatro; a esa muchedumbre en continuo movimiento, a esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde a veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí a ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél; porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado a veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: «Aquello es falso; es pura invención; es un cuento forjado para divertirnos»; y en el mundo es todo lo contrario; la imaginación más acalorada no llegará nunca a abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse a acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirlo; allí se le va a ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupación es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabón de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros, sin embargo, peor el uno que el otro, vino a desalojarme una farsa que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política, escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la facción, y todos volvimos la cara a mirar de dónde partía el tiro; en esta nueva representación, semejante a la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta «multiplicarse al infinito», vimos un faccioso primero, y luego vimos «un faccioso más», y en pos de él poblarse de facciosos el telón. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome a una parte y otra, di la cara a dos enemigos: al faccioso de fuera, y al justo medio, a la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo encinta y dio a luz lo que había mal engendrado; pero tras éste debían venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debía destronar a su padre. Nació la censura, y heme aquí poco menos que desalojado de mi última posición. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento; respétole y le obedezco: he aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano, a saber, que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama «orden» a lo que existe, y que se llama «desorden» este mismo «orden» cuando le sucede otro «orden» distinto; por consiguiente, es perturbador el que se presenta a luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa a «restaurador», cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de «libertador». Yo nunca alteraré el orden probablemente, porque nunca tendré la locura de crearme por mí solo más fuerte que él; en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona. Pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habían de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre a mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que después de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle; digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado a ésta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente a considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecernoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero ésta es la

dificultad que hay para hacer reformas. He aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres; he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan; he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto; volvamos a él; este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada a cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimo por estribillo a un trozo de poesía romántica:

Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va a morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observación, pero debe ser horrible a sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles a su lado.

Leída y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado a la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura; la justicia divina espera allí a recibirle de manos de la humana. Horas mortales transcurren allí para él; gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, o, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que, pasada la primera impresión, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera a él; injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad, al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones, se hace justicia a sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educación; cada cual obedece a sus preocupaciones hasta en el momento de ir a desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educación, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente a su instinto, a su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religión en sus primeros años y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oídos, y pasa maquinalmente a sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazón a Dios, y éste es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado a medias, que ensordeció a la voz del deber y de la religión, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectación de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religión acomodaticia, o las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinión es la preocupación dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales e irreligiosas, que momentos antes componían, juntamente con las preces de la religión, el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

Enseguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que, vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de pies y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan, y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre.

-¿Qué espera esta multitud? -diría un extranjero que desconociese las costumbres-. ¿Es un rey el que va a pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosean esta nación?

Nada de eso. Ese pueblo de hombres va a ver morir a un hombre.

-¿Dónde va?

-¿Quién es?

-¡Pobrecillo!

-Merecido lo tiene.

-¡Ay!, si va muerto ya

-¿Va sereno?

-¡Qué entero va!

He aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida; el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden; la otra mitad es obra de la tropa que va a poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre a la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse a sí propia; siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería a rebatir ése? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo; en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo sólo; esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, a quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos o asados. Sonréame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe; el que sólo había robado acaso a la sociedad, iba a ser muerto por ella; la sociedad también da ciento por uno: si había hecho mal matando a otro, la sociedad iba a hacer bien matándole a él. Un mal se iba a remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj; las doce y diez minutos; el hombre vivía aún... De allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante el estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela; el hombre no existía ya; todavía no eran las doce y once minutos. «La sociedad -exclamé- estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe
(1836)

La política, interés principal que absorbe y llena en el día todo espacio que a la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro a la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que, al concluir nuestro Siglo de Oro, expiró en España la afición a las bellas letras. Sí pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un carácter particular, el cual o había de variar con la marcha de los tiempos o había de ser su propia muerte, si no quería transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba a despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habían comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédesse asegurar que había sido más brillante que sólida, más poética que positiva. A esta sazón, y cuando nuestros ingenios no hacían ni podían hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa, que dio el impulso investigador a otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el nec plus ultra que había de volvernos estacionarios. La Reforma abrió un nuevo campo a los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron a luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza a la reacción religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplación forzase a los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, a lanzarse en la nueva senda que delante de sí

veían abierta. De aquí la tolerancia que fue forzoso a los legisladores adoptar en política y en religión; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del germen de una revolución en las ideas que debía ser sangrienta, porque no la hacía allí la predicación, sino la violencia. La España estaba más lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya eran nuevas todavía para ella, porque, recién salida de la larga dominación musulmana, veía todavía en el catolicismo el paladium que la había salvado. Siete siglos, además de guerras y rencores religiosos, debían haberla hecho más fanática. ¿Qué mucho, pues, que el impulso de la Reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, más bien ocupados en sus intestinas discordias que envueltos en el movimiento general, de que hacía tiempo la habían segregado sus intereses particulares? Ella fue por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron a hacer fuertes contra la invasión *reformista* los que habían sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecución religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostólico que nos llevaba a descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacía más llevaderas unas cadenas de que podíamos hacer cirineos a tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos las doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos a una gran nación que se decía harto más adelantada, a una nación que parecía haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la más sangrienta Revolución, si la hemos visto, decimos, coronar a un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra a los republicanos más ardientes laureles perecederos y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las Comunidades, añadió a la *tiranía religiosa* la *tiranía política*; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, *útil y progresivo*. Imaginación toda, debía prestar más campo a los poetas que a los prosistas; así que aun en nuestro Siglo de Oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente más completa que ninguna otra nación, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun éstos se ofrecieron más bien como columnas de la lengua que como intérpretes del movimiento de su época; influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante; adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas; trataron más bien de lucir su claro ingenio en estilo florido que de desentrañar los móviles de los hechos que se veían llamados a referir. Más parecieron sus escritos una recopilación de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar a hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginación, se vio mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en la península española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. *El Ingenioso Hidalgo*, último esfuerzo del ingenio humano, bastaría a adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminente. Pero esta época fue de corta duración, y después de Quevedo la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habían sacado unos pocos, sólo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que era permitido hacer en ese género a la lengua y al ingenio español.

Poco después, la literatura se refugió al teatro, y no fue por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo más que decaer.

A fines del siglo pasado volvió a brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurrección, que se hubiera acaso llevado a cabo si los disturbios políticos no se hubieran apresurado a sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso, sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran a la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habían caído los pueblos, habían hecho menos recelosos a los tiranos; si bien los más perspicaces oían ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debía de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposición, que al verificarse aquél, ningún miedo de contagio infundió en el Gobierno español. Al contrario, él mismo había sido una de las causas de la propagación de las ideas nuevas, apoyando la rebelión de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo

pasado apareció en España una juventud menos apática y más estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vio sino una inmensa laguna; desesperando entonces de unir el cabo interrumpido y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Viose entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzán, Huerta, Moratín el padre, Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? Introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habían otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las más veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresión*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía, vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos: parecíanos oír todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fue declarado delito toda innovación en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros se declararon a todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Meléndez, Jovellanos, Huerta y Moratín sostenían la misma opinión con el ejemplo.

Éste es el lugar de hacer una observación esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien: marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas y pretender estacionarse en la lengua, que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado a dar al público un artículo de periódico acerca «de la elección directa», «de la responsabilidad ministerial», «del crédito» o «del juego de bolsa», y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido a semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes, que las escribía para vivir cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico. Lo más que pueden los puristas exigir es que al adoptar voces y giros, frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

He aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneración literaria; quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestir las con la lengua propia; pero esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venía estrecho a quien le había de poner. Acaso sea ésta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar más adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpación que a Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que había tenido que luchar con su instrumento, y que le había roto mil veces en un momento de cólera o de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, a quienes nos vemos forzados a imitar, y que, mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron a las palabras que quisieron aceptar: «¿De dónde vienes?», sino: «¿Para qué sirves?». Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es sólo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Además de esta causa, que opuso tantas trabas a nuestros adelantos, había otra, a saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, e importaban una nueva literatura, era reducido; eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos sólo abrir un campo más vasto a la joven España; quisiéramos sólo que pudiese llegar un día a ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intención en esta reseña general entrar a analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil a nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Después que algunos hombres caros a las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, después que

nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron a atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno a falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra o si seguiríamos siendo una posdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos a recibirlo todo, porque nada tenemos. En el día, numerosa juventud se abalanza ansiosa a las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, a la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este inmenso progreso. En política, el hombre no ve más que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginación misma ¿qué es sino una *verdad*, más hermosa?

Si nuestra antigua literatura fue en nuestro Siglo de Oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vio atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*, como de *verdad* es nuestra sociedad, sin más reglas que esa *verdad* misma, sin más maestro que la *naturaleza*, *joven*, en fin, como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: «¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno». No reconocemos magisterio literario en ningún país; menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre; no le bastará como al *clásico* abrir a Horacio y a Boileau y despreciar a Lope o a Shakespeare; no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratín; no, porque en nuestra librería campará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderón, Molière al lado de Lope; a la par, en una palabra, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro, por tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época del progreso intelectual del siglo.

La Nochebuena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico (1836)

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo un día 24; soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus Gobiernos, y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y resignación, y, en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice «no quiero», porque ése a lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser «día de agua». Fue peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entiendo una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón; veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina! ¡Dichoso el empleado aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo! Al menos no está obligado a pensar, puede fumar, puede leer la *Gaceta*.

-¡Las cuatro! ¡La comida! -me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar.

Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero ¡los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad». Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España: cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo:

-Come y bebe de mis artículos -añadí con desprecio-; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.

Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario», y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble». ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos», dice el hombre; no dice: «Reflexionemos». El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada; una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa, aquélla agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra

época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábranse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mis pensamientos. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24 y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírle de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

-Aparta, imbécil -exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí-. ¡Oiga! Está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimada a los pies de mi cama para no vacilar y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí; no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó; misterios más raros se han visto acreditados; los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur y que han roto sin embargo a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho; tal me ha pasado; yo no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creerme puede doblar la hoja, eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

-Lástima -dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación-. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

-¿Tú a mí? -pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso; y es que la voz empezaba a decir verdad.

-Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que

arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto son tus armas maldecidas.

-Silencio, hombre borracho.

-No; has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

»Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozás, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor, y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; a cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnias? ¿Quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación; adulas a tus lectores para ser de ellos adulado; y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

-¡Basta, basta!

-Concluyo; yo en fin no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

-Por piedad, déjame, voz del infierno.

-Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora del pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco -exclamé- día 24!»

Una lágrima preñada de horror y de desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla donde se leía «mañana». ¿Llegará ese «mañana» fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.

EUGENIO DE OCHOA (1815-1872)

Un romántico («El Artista», 18 de enero de 1835)

¡El romanticismo! ¡Cuántas ideas contrarias despierta esta palabra en la imaginación de los que la escuchan! ¡Semejante a un mágico talismán, a unos halaga dulcemente como los acentos de una voz amada, como una celeste armonía! Otros hay para quienes la palabra *romántico* equivale a hereje, a peor que hereje, a hombre capaz de cometer cualquier crimen: romántico para ellos es lo mismo que Anticristo, es sinónimo de Belcebuth; en los oídos de los que no la comprenden, la palabra *romanticismo* resuena como un eco de disolución y de muerte, como una campana sepulcral, como el sonido de una trompeta que toca a degüello. ¿Y por qué? ¿En qué se funda esta mortal antipatía? ¿Qué daños ha acarreado al mundo la escuela romántica? ¡Escuela a que van enlazados los nombres de Homero, Dante, Calderón!...

Porque estos son en efecto los verdaderos apóstoles del romanticismo. Si la ignorancia o el espíritu de partido han intentado desfigurar maliciosamente los sencillos dogmas de esta escuela, con el objeto de hacerla odiosa; si lo han logrado tal vez en algunas épocas; si se ha visto calumniada, proscrita, tratada de anti-social... ¿qué importa? Sus largos e injustos infortunios han derramado sobre ella un carácter de santidad; ninguno de sus discípulos la ha abandonado en los tiempos de tribulación; y en medio de los discordes graznidos del campamento contrario, ellos han levantado su frente embellecida con la palma del martirio, anunciando al mundo la emancipación de la inteligencia humana.

Un hombre puede ser *clasiquista* sin dejar por eso de ser hombre de bien, amante de su familia, buen padre, y buen hijo, buen esposo; puede saber latín y aun tener algunas nociones de griego, nadie se lo disputa; pero lo que es imposible de veras es pertenecer al susodicho partido y no ser intolerante, testarudo y atrabiliario. La razón es muy sencilla. ¿Qué quiere decir *clasiquista*? ¿Admirador de los autores *clásicos*? No, porque esta definición convendría igualmente a los llamados *románticos*. ¿Quiere decir persona que ha estudiado y seguido las que en lenguaje escolástico se llaman *clases*? No, por la misma razón que antes dimos. Lo que quiere decir *clasiquista* es, traducido al lenguaje vulgar, rutinero, hombre para quien ya todo está dicho y hecho, o por mejor decir, lo estaba ya en tiempo de Aristóteles; hombre para quien toda idea nueva es un sacrilegio; que no cree en los adelantos de las artes ni en los progresos de la inteligencia, porque es incapaz de concebirlos; hombre, en fin, tan desgraciado que se considera a sí mismo y a la generación presente y a las pasadas, desde el día de la fecha hasta el reinado de Augusto, como una superfetación inútil sobre la faz de la tierra, incapaz de dar por sí fruto alguno, y digna solamente de repetir sin discrepar en un ápice cuanto bueno y malo dijeron los autores de aquel tiempo sublime en que se arrastraba toga viril y se andaba sin botas y sin pantalones.

Ahora bien: un hombre que profesa estas ideas tan ruines, ¿cómo ha de sufrir que haya personas sensatas en el mundo? ¿Cómo ha de abrir sus ojos a la luz el que nació sin ellos? ¿Cómo no ha de aborrecer y despreciar al linaje humano quien tan inepto se le imagina? Por eso hicimos bien en decir que el *clasiquista* es esencialmente intolerante, testarudo y atrabiliario.

Inútil sería buscar entre gente no joven partidarios del romanticismo; entre la juventud estudiosa y despreocupada es donde se hallarán a millares. Por el pronto, en este número de nuestro *Artista* hallará uno el curioso lector, que presentamos como tipo en su género: y porque no se nos acuse de predilección e injusticia, pronto expondremos también a los ojos del público, en una de nuestras láminas, el bello ideal de la especie *clasiquista*. Tenga, pues, un poco de paciencia esta noble sección de la especie humana; y mientras llega el día en que la presentemos litografiada a la rechifla universal, contemple sin ceño nuestro Romántico; mire en su frente arada por el estudio y la meditación; en su grave y melancólica fisonomía, donde brilla la llama del genio... contemple, decimos, no un hereje ni un Anticristo, sino un joven cuya alma llena de brillantes ilusiones quisiera ver reproducidas en nuestro siglo las santas creencias, las virtudes, la poesía de los tiempos caballerescos; cuya imaginación se entusiasma, más que con las hazañas de los griegos, con las proezas de los antiguos españoles; que prefiere Jimena a Dido, el Cid a Eneas, Calderón a Voltaire y Cervantes a Boileau; para quien las cristianas catedrales encierran más poesía que los templos del paganismo; para quien los hombres del siglo XIX no son menos capaces de sentir pasiones que los del tiempo de Aristóteles...

¡El Romanticismo!... Mucho esplendor han derramado sobre esta escuela las sublimes creaciones de sus discípulos; pero todavía la ennoblece más la inapreciable dicha de tener por mortales enemigos a los partidarios de la rutina.

Un caso raro («Semanario Pintoresco Español», I, 1836)

Érase que se era... Pero empecemos de otro modo. Había aún no hace muchos años, en el reino de Jaén, una soberbia casa de campo, que ni podía llamarse castillo ni mucho menos granja. Era un término medio entre estas dos cosas. Es el cuento que en aquella casa de campo no habitaba alma viviente porque sucedía en ella un fenómeno sumamente particular que a todos tenía aterrados y confundidos. Entraba uno de noche en la tal casa con una vela apagada y al punto se encendía ella sola; entraba otro con una vela encendida e inmediatamente se apagaba. Y eso que no faltaba un vidrio en las ventanas ni había rendijas en la puerta por donde pudiese colarse el viento, ni causa alguna, en fin, al menos aparente, a que pudiera atribuirse aquella particularidad. Pero, a pesar de todo, no hay más, sino que así sucedía y que a nadie se le alcanzaba el porqué, de modo que la maldita *casa del duende* era el bu de todas aquellas cercanías. Repetían la misma experiencia los doctos y los incrédulos y siempre resultaba la misma diablura: la vela apagada se encendía y la vela encendida se apagaba.

¿Ustedes no saben por qué sucedía esa incongruencia? Pues yo se lo voy a decir.

Vivía en Jaén, allá en tiempos del rey que rabió, un tal Mateo Bergante, pero tan bergante él, que no había otro mayor en los reinos de la Andalucía. Este Mateo Bergante era pues un hijo de buena familia y de las más acomodadas del pueblo, un diablo como hasta de veinte años: buen mozo, valentón y de aquellos que a los doce de su edad hacen novillos, a los quince trasnochaban y a los dieciocho emigran de la casa paterna. Mateo se emancipó a los diecisiete, porque para todo era precoz el mozo, y se fue a probar fortuna por esos mundos de Dios. Durante un tiempo no le fue mal. Como era bien plantado y nada corto de genio, las señoras mujeres le tomaron bajo su protección inmediata y como él decía, *allí me las den todas*, y tenía razón. Luego él, como era tan malo naturalmente, si se le presentaba alguna ocasión de apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño, no la desperdiciaba y sabido es que éste es un medio muy expedito para no carecer de lo absolutamente necesario. Pero no era esto lo peor. Si algún caminante se encontraba al caer el crepúsculo de la tarde en algún despoblado con Mateo Bergante, sacaba el infeliz su rosario y encomendaba su alma a Dios en voz baja, pálido y desenchajado, porque había oído decir a personas fidedignas que aquel hombre así respetaba la vida como la hacienda ajena. Pues, ¿y lo que hacía en la iglesia? En la iglesia, tal era su perversidad, casi nunca se le veía y aun entonces, mientras los demás rezaban y se daban golpes de pecho, él hurtaba con disimulo los vasos sagrados en las capillas, interrumpía al predicador, soltaba una carcajada en medio de la misa y cometía toda clase de irreverencias.

Un día que cometió un delito muy escandaloso, de poco le valieron sus artimañas, prendióle la justicia y fue condenado a muerte.

El fraile dominico que debía prepararle a bien morir era un santo varón y que había leído muchos libros en latín y en otras lenguas y tanto se afanó que Mateo Bergante empezó seriamente a arrepentirse y a temer a la muerte, no tanto por ella misma como por lo que vendría detrás. Viéndole en tan buenas disposiciones dejóle solo el fraile para que meditara sobre la muerte y llorase sus pecados.

Pero apenas Mateo Bergante se quedó solo cuando empezó a pensar en cosas livianas y a olvidar todo lo que le había dicho el fraile. Sin embargo, aún sentía alguna vez impulsos de arrepentimiento y ya estaba para ser bueno, ya pensaba en lo bien que le había ido siendo malo. Pero él, para colmo de iniquidad, vacilaba entre el vicio y la virtud y aún se inclinaba más al primero... En esto se abrió el calabozo y entró... ¿Quién dirán ustedes que entró? El mismo Satanás en persona. ¡Traía un olor de azufre! ¡Dios nos libre!

Clarito: el diablo, temiendo que se le escapara aquella alma pecadora, trató de asegurarse de antemano y como los malos pronto se entienden al cabo de un cuarto de hora quedó hecho y firmado con sangre del brazo izquierdo de ambos un contrato entre Mateo Bergante y el enemigo. Obligábanse por él las dos altas partes contratantes la segunda a satisfacer todos los deseos de la primera, cualesquiera que fuesen, durante dos años y la segunda a entregar su alma al diablo sin resistencia cumplido este plazo. Así separó Satanás del camino del cielo a un alma medio contrita y que hubiera podido salvarse. ¡Qué picaro!

Escribir todas las bellaquerías y enormidades que hizo Mateo Bergante en estos dos años fuera escribir la historia del hombre malo y así la pasaremos por alto. Pero al acabarse el plazo le entró un miedo terrible a las calderas de Pedro Botero y se retiró a una casa de campo que había hecho construir en su provincia, porque, aunque libertino y desalmado por demás, siempre le tiraba un poco el amor de la patria, como a todo hijo de vecino. En aquella casa, pues, la misma que aún no hace mucho tiempo se llamaba del duende, vivía Mateo Bergante con un padre franciscano a quien había tomado en su compañía para que le desasnase en punto a moral y una buena mujer, que Gertrudis se llamaba, a cuyo cargo estaban la cocina y la bodega. A eso se reducía toda su servidumbre y cierto que no se podía abusar menos de la protección del señor diablo.

Sucedió que una noche, mientras estaban cenando y discurrendo Mateo y padre, subió Gertrudis de la bodega todo trémula y despavorida, diciendo que había visto entre dos cubas de aguardiente a un hombre con cuernos y rabo que precisamente debía de ser el diablo y que se reía y que decía que tenía que hablar cuatro palabras al señor Mateo Bergante.

¡Pobre Mateo Bergante! Sacó su calendario, echó la cuenta y vio que se había cumplido el plazo. Pero, como era valiente, hizo de tripas corazón, contó su cuita al fraile, apuró la copa que tenía en la mano y echó a andar.

-Para las ocasiones son los amigos -dijo el religioso-. Déjame coger el breviario por lo que pueda suceder y voy contigo.

Hízolo así, cogió la vela que ardía sobre la mesa, cubrió su luz con la mano izquierda y se dirigieron juntos a la bodega, el fraile delante, Mateo detrás.

-¿Quién va? ¿Quién eres? ¡Venga Mateo Bergante! -dijo el diablo.

-Escucha -dijo el padre-, conozco las condiciones del contrato y vengo a pedirte un favor. Estamos allá arriba cenando como unos paganos, conque déjanos acabar. Apenas se consuma esta vela, Mateo Bergante jura que te entregará su alma.

-Consiento -dijo el diablo.

Al oír estas palabras dio un soplo a la vela el fraile, la envolvió en su rosario y echó a correr seguido de Bergante. El pobre diablo se quedó con medio palmo de narices. Lanzó un grito lastimero y se hundió en los infiernos, rabo entre piernas, furioso y corrido de verse burlado cual otro chino.

Mateo Bergante guardó la vela como un tesoro y murió de puro viejo, llorado por sus amigos y sobre todo por los franciscanos a quienes amaba en extremo. Llamó su alma a las puertas del cielo, pero no quiso abrirle San Pedro porque realmente no lo merecía, mas, como según lo tratado no pertenecía al diablo hasta que se consumiese la vela, volvió su alma a su casa a vigilar sobre el precioso talismán que le liberaba de los infiernos. Satanás, como es tan pillo, enciende todas las velas que halla en la casa, pero lo que decía el otro: a un gitano un soldado; si Satanás las enciende, Mateo Bergante, que se halla muy bien en este pícaro mundo va y la apaga y *colorín, colorao, mi cuento se ha acabado*.

JOSÉ ZORRILLA (1817-1893)

Poesías (1839)

A la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida
cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria,
y se entregó a ese sueño sin memoria,
¡que nos lleva a otro mundo a despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
era una fuente que agotó el verano:
ya no se siente su murmullo vano,
ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
y ese verde color de la llanura,
ese manto de yerba y de frescura
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta, en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria
donde no llegue a tu cegado oído
más que la triste y funeral plegaria
que otro poeta cantará por ti.
Ésta será una ofrenda de cariño
más grata, sí, que la oración de un hombre,
pura como la lágrima de un niño,
¡memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo
de los poetas mansión,
y sólo le queda al suelo
ese retrato de hielo,
fetidez y corrupción;
¡digno presente por cierto
se deja a la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el no ser
 hay un recuerdo de ayer,
 una vida como aquí
 detrás de ese firmamento...
 conságrame un pensamiento
 como el que tengo de ti.

Tarde de otoño

Ya viene el revuelto otoño
 recogiendo frasco y flores;
 pasó el sol con sus calores,
 y alumbra al fin otro sol;
 pasaron las alboradas
 deliciosas de la aurora,
 que el horizonte colora
 de purpurino arrebol.
 Pasaron las noches claras
 de la luna y los jardines;
 las noches de los festines
 tras el otoño vendrán.
 Pasó el tiempo de las citas
 a deshora entre las rejas,
 los cuidados de las viejas,
 de las niñas el afán.
 Pasaron las serenatas
 debajo de los balcones,
 las rondas y las canciones
 del mancebo emprendedor.
 Todo es ya triste: la tierra
 pierde su brillante aliño,
 y el amor, que es pobre y niño,
 Aaivio busca al calor.
 Mas si se envuelve la noche
 entre su sombra importuna,
 si pierde su blanca luna
 y sus horas de placer;
 si pierde la fresca aurora
 sus aromas y sus flores,
 sus nubes de cien colores,
 su aureola de rosicler;
 le queda en cambio a la tarde
 todo el encanto del día,
 y henchida de su armonía
 sale el sol a despedir.
 Bella es la tarde que baja
 por el rosado Occidente,
 y se apaga lentamente
 para volver a lucir.

Es púrpura el horizonte,
y el firmamento una hoguera,
es oro la ancha pradera,
la ciudad, el río, el monte.
Rey de los astros, el sol,
del regio trono al bajar,
su pompa querrá ostentar
en su manto de arrebol.
Por eso suspenso está
de su reino a la salida,
jurando a su despedida
que mañana volverá.
Banda de nubes de grana,
que con sus reflejos tiñe,
flotando en torno le ciñe
como turba cortesana.
Ráfagas mil que se cruzan,
filigrana de la tarde,
el sol que a su espalda arde
en colores desmenuzan.
Y al hundirse en Occidente
partida en muchas la llama,
por el cielo se derrama
fosfórica y transparente.
Es la postrera sonrisa
del bello día que acaba,
que de esa luz arrancaba
su fresca ondulante brisa.
La fresca brisa que asoma
por sobre la roca calva,
remedio de la del alba
en frescura y en aroma.
a su venida, tardías
cierran su cáliz las flores,
y trinan los ruiseñores
sus postreras armonías.
Se les va buscar la sombra
entre las desnudas ramas,
porque sus hojas de escamas
sirven al suelo, o de alfombra.
Que ya el inconstante viento
del otoño que aparece,
en los árboles se mece
con brusco sacudimiento.
Flor, pronto inútil y sola,
en vez de la que él deshizo,
orlará el campo pajiza
la purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
de la montaña en la falda,
vestirán su áspera espalda
con sus matices oscuros.
Grupos de nubes perdidos
como fantasmas deformes,
traen en sus pliegues enormes
vientos de invierno escondidos.
El árbol en largas hebras
hiende sus cortezas vanas,
y anuncian lluvias lejanas
las rastras de las culebras.
Da el cuervo al aire su vuelo,
graznidos a su garganta;
rey del viento, se levanta
entre la tierra y el cielo.
Se oye de algunas palomas
perdido el último arrullo,
de alguna fuente el murmullo
que entre los juncos asoma.
Queda el mundo en soledad;
y en el aire alzan su imperio
da las sombras el misterio,
y el humo de la ciudad.

JUAN VALERA (1824-1905)

Del Romanticismo en España y de Espronceda

(in Id., *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, 1864)

I.

Estudios de erudición no falta hoy quien los haga en España, sobre cosas de España; pero mientras que la historia y la literatura nacional se cultivan con buen éxito, aún se nota entre nosotros, fuerza es decirlo, un lastimoso y muy notable atraso en otras ciencias y doctrinas. Nuestros sabios y nuestros periodistas apenas hacen más que imitar, copiar y traducir las ideas de los libros franceses; y alimentados y criados en la lección y consideración de estos libros, toman, sin querer, hasta su lenguaje, desvirtuando la hermosura y empañando el esplendor del nuestro. [...] aún no tenemos autonomía y movimiento propio: esto es, una política española, una escuela filosófica española, un sistema científico cualquiera que se pueda llamar nacido en España. [...] ni de la inspiración filosófica, ni de la inteligencia de los asuntos elevados, ni de la voluntad perseverante y firme en la meditación, carecemos los españoles; [...] aquella esterilidad o pereza nuestra, de que ya nos acusaba Escalígero, diciendo *aliqui Lusitani docti, pauci Hispani*, proviene de otras causas; las mismas sin duda que dan origen a nuestro atraso en la industria, en el comercio y en la agricultura; atraso que más que ninguna otra cosa, por ser tan grosero y materialista el siglo en que vivimos, nos echan en cara las naciones extrañas, sin considerar que aún somos ricos de más perfecta riqueza; la cual, aunque ofuscada y oculta, todavía está en nosotros, y ha de salir con el tiempo a dar luz y brillo. Porque a pesar de las discordias civiles y de las malas pasiones que han tomado cuerpo y vigor entre los que tratan de gobernarnos, la antigua virtud renace, y las aspiraciones sublimes se despiertan; y ya que no puedan realizarse en el mundo, adquieren forma y vida fantástica en la poesía.

Por eso hay una poesía española y poetas españoles con ser propio y no hijos de los extranjeros [...]. [...] después de haber dejado, por una feliz revolución literaria, la senda fatal de imitación de los clásicos franceses, y después de haber renegado del Apolo de peluquín con polvos que tenía por Dios, volvió a tomar en el romance y en el drama sus antiguas y originales formas, y dio frutos sabrosísimos y preciosos.

El romance es nuestra poesía indígena, nacida entre nosotros, sin que nada le deba a la poesía griega, ni a la latina, ni a la italiana, ni a la francesa, que sucesiva o simultáneamente han imitado, y siguen imitando los poetas académicos. Y del romance, de esa poesía popular, ha nacido nuestro teatro, el más rico, el más vario y el más sublime del mundo.

El romance es nuestra poesía, o por lo menos el germen de nuestra verdadera poesía: y cuando esta decae y no muere, es porque en el romance se conserva viva, y el vulgo la sigue cantando en las ciudades, y los rústicos en las aldeas y despoblados; y ya la cantan en coplas, ya en jácaras, ya relatando historias tan picantes como la de Gerineldos, o tan tiernas y delicadas como la de aquella condesa que va peregrinando en busca de su esposo. Lo que Iriarte decía irónicamente al oír cantar al ciego, *aun hay en España poesía*, yo lo hubiera dicho de buena fe, si hubiese vivido en su tiempo. En los de decadencia y mal gusto se ve a los poetas olvidar sus extravagancias y ser grandes o por lo menos ingeniosos, cuando escriben romances o cosa parecida. Góngora, prevaricador del buen gusto, detestable en las *Soledades* y en el *Polifemo* y mediano poeta en sus canciones endecasílabas, como por ejemplo, en la de la Armada invencible, es discretísimo, ameno, amoroso y divertido en los romances.

Los españoles ha tiempo que no somos devotos de la docta antigüedad. Poco nos ha molestado y corrompido el gusano roedor del abate Gaume. Saber griego entre nosotros era un prodigio, y saber latín punto menos, pues el poco que se aprendía en las escuelas se procuraba olvidar enseguida. Hay, sin embargo, regulares traducciones de algunos clásicos; pero nadie las lee, o ya porque están hechas por eruditos las más, y poquísimas por poetas, o ya porque al pueblo no le divierten los griegos y los romanos. A los españoles, a pesar de las sátiras, de los preceptos, y de los ejemplos de don Leandro Moratín, nos han gustado y nos gustan más las comedias de capa y espada que las de Terencio y Moliere; y los romances y las coplas más que las odas. Añádanse a esto las frialdades insulsas de Venus y de Cupidillo, que de la corta inteligencia de los clásicos, y del vano deseo de imitarlos, sacaban nuestros poetas académicos, la comprensión intelectual en que vivíamos y la pobre y rastrera filosofía francesa del siglo pasado, que los liberales oponían al fanatismo de los frailes y al despotismo del gobierno, y se comprenderá la situación de ánimo en que nos sorprendieron de consuno la muerte del rey, la guerra civil, la vuelta de los emigrados, la nueva aurora de libertad, la revolución política, y la literaria del romanticismo. Las ideas tomaron nuevo giro; se pudo hablar y escribir; se entendió mejor lo que pasaba en el mundo y el adelanto de las otras naciones; deseamos alcanzarlas en su movimiento progresivo, y en literatura pensamos abrir nueva senda más original y más ancha. La secta de

los románticos, que vino de Francia, como vienen todas las modas, se amoldó perfectamente a nuestras inclinaciones y carácter, y se hizo tan española como si hubiera nacido en España; porque si la palabra romanticismo quiere decir algo, no hay país más romántico que el nuestro. Con todo, el romanticismo tuvo al principio mucho de ridículo, de pueril y de exagerado; y a pesar de los grandes poetas que siguieron la nativa secta, hicieron de ella los clásicos mil burlas merecidas. Pero de la misma contienda nació poco a poco una filosofía del arte más perfecta y comprensiva; las distinciones desaparecieron, y se llegó a entender que de lo bello y de lo feo, de lo ingenioso y de lo rudo, es de lo que se debe ocupar el crítico, para admirarse de lo que naturalmente es hermoso, y desechar y condenar lo que, por moda o convención, suele, en un momento dado, parecer bello al vulgo.

El romanticismo, por lo tanto, no se ha de considerar, hoy día, como secta militante, sino como cosa pasada, y perteneciente a la historia. El romanticismo ha sido una revolución, y solo los efectos de ella podían ser estables. Entre nosotros vino a libertar a los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos; y lo consiguió. Las demás ideas y principios del romanticismo, fueron exageraciones revolucionarias que pasaron con la revolución, y de las cuales, aún durante la revolución misma, se salvaron los hombres de buen gusto.

El romanticismo que veinte años ha apareció, o si se quiere, resucitó entre nosotros, había aparecido en Alemania durante las guerras contra Napoleón, no solo como secta literaria, sino como doctrina filosófica y patriótica, que sacaba la edad media de su sepulcro y que armaba a sus guerreros católicos contra el pagano emperador de Francia. Nosotros, que no teníamos necesidad de evocar espectros para luchar con Napoleón, y que conservábamos vivas en el alma las ideas patrióticas, conservamos asimismo, en medio de aquel levantamiento contra los franceses, un respeto ciego por sus preceptos literarios, y hasta un amor decidido y un anhelo particular de seguir en todo sus ideas filosóficas. Así es que Quintana, el gran poeta lírico, es el poeta más pagano que ha habido en España; y aunque por el sentimiento es sublime, las ideas que populariza son las más vulgares de la filosofía francesa del siglo pasado.

Cuando por medio de los franceses, y con las obras de Chateaubriand, Víctor Hugo y Mme. Staël, llegó a nosotros el romanticismo, llegó combinado con tan nuevas ideas, que los dos Schlegel que le proclamaron en Alemania no le hubieran ya reconocido. Los franceses le habían añadido mucho de su propia cosecha, y habían tomado por romántico cuanto era alemán, aunque no fuese romántico, ni por tal pasase en Alemania. Nosotros hicimos lo mismo; y, como los franceses, añadimos a estos elementos del romanticismo, no solo cuanto nos pareció romántico en nuestro propio país, que no fue poco, sino otro romanticismo venido de un país diferente; y que por sí solo imprimió un carácter singular a la nueva literatura. Hablo de las obras de lord Byron, ingenio poderoso y originalísimo; y de las de Walter Scott, no menos original, aunque no tan grande. Nos pintaba el primero las cosas presentes con el hastío de la vida, las tinieblas de la duda, los ayes de la desesperación o la risa del sarcasmo, y Walter Scott las cosas pasadas con una verdadera y maravillosa segunda vista, y con los colores más brillantes y poéticos, aunque con una prolijidad a veces enojosa.

Los trastornos y revueltas porque hemos pasado, y lo extraordinario y nuevo de muchas cosas presentes, han despertado en los hombres gran vigor y agudeza de comprensión para las remotas, así en el tiempo como en el espacio; y de aquí nace (a par de las relaciones de viaje y de las historias *ad narrandum non ad probandum*, en las cuales no se omite menudencia alguna por microscópica que sea), ese amor y cuidado con que se procura conservar en el día, en toda obra de arte, lo que llaman color local. Verdad es que este color suele ser falso; y en tratándose de la edad media, lúgubre en demasía. Muchos poetas góticos huelen a cementerio; y lo que es más, tienen una extraña predilección por lo deforme y por lo feo ideal. Afirman algunos impíos alemanes que esto proviene de que el cristianismo les diabolizó la naturaleza, que ellos había divinizado; pero si verdaderamente la divinizaron, cuando eran gentiles, fue tan sin ninguna gentileza y con tanta barbarie, que a poca costa se les volvían diablos los dioses, aunque antes no lo fuesen. No así Venus, Apolo, Minerva, las Musas y las Gracias. Nunca el cristianismo los ha convertido seriamente en diablos; y si han dejado de ser dioses, continúan siendo ficciones divinas. Goethe, príncipe de los poetas de este siglo; Goethe, a quien los románticos españoles y franceses pusieron entre sus maestros, y que en el sentido estricto de la palabra, no puede pasar por romántico, fue pagano, pero del paganismo griego, y no del alemán. Este egregio poeta prestó y añadió una idea peregrina al romanticismo, a saber, la de la poesía trascendental. Así como pensaron sus compatriotas en hallar la ciencia trascendental, así Goethe procuró poner esta ciencia en poesía; y en la poesía, lo creado, lo increado, y el porqué y el cómo de todo ello. Esta fue la última faz con que se presentó entre nosotros el romanticismo. Veamos ahora qué carácter y fisonomía tuvo desde luego.

El romanticismo podía ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo a la vez. El toque para ser romántico consistía principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo; en hablar de Jehovah, o en no hablar de Dios alguno; y en poblar el mundo, no ya de semidioses paganos, sino de ondinas, huríes, brujas, sílfides y hadas, o en dejarle vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme al testimonio de los sentidos.

En cuanto a la forma, los románticos la desatendían, presumiendo de espiritualistas, y poniendo la belleza en lo sustancial y recóndito. El poeta no escribía ni debía escribir por arte, sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una *planta maldita con frutos de bendición*. En sus amores debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amar a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños, a la paloma del diluvio y a la rosa de Jericó: mas al cabo debía *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle, y menospreciarle, y *llorar sus ilusiones perdidas*; ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose a los pies de los altares, y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo. En fin, ya estuviese enamorado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debía hablarnos siempre de sí mismo. Pero esta manía autobiográfica la disculpo yo, y hasta la alabo; pues no sólo proviene de lo reflexivo del siglo en que vivimos, y de los sistemas de filosofía, que ahora privan, todos o casi todos psicológicos; sino que es además muy cristiana, y no desdice de la humildad evangélica. Un pagano no hablaba de sí mismo sino cuando después de haber hecho grandes hechos, tenía razón para creerse un prodigio de ingenio, de valor o de doctrina; y aun así hablaba poco. Cuando Marco Aurelio escribió, ya el cristianismo estaba en todos los corazones. A un cristiano, con ser hombre le basta, *magna enim quaedam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*, así es, que llena el mundo de sus quejas, tribulaciones y esperanzas. ¿Y por qué no ha de llamar a sí la atención del mundo, cuando llama constantemente la de Dios, y le interesa y enamora hasta el extremo de hacerle tomar carne mortal y morir por amor suyo?

Otra de las ideas capitales de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitación y malestar de los espíritus, y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debían imputar a la sociedad mal organizada, y a la grandeza de sentimiento de los tales héroes, a quienes esta mezquina sociedad les venía estrecha. Pero si los poetas románticos suelen tomar por héroes de sus escritos hombres criminales, no hacen amar a estos hombres por sus crímenes, sino hacen que nos admiremos de las virtudes, que a pesar de los crímenes, hay en ellos. Si éste es un defecto, existe aún más en la gran poesía clásica, y nunca la poesía moderna tuvo héroes tan tremendos y de tan fieras e indomables pasiones, como los de la familia de Atreo, como Medea, y como Mirra. El destino inflexible, o alguna divinidad malévola los impulsaba al crimen. El héroe romántico es libremente criminal, y justiciable del crimen que comete. En nombre de la ley moral se le puede condenar, y le condenamos. Su única excusa, esto es, el único motivo porque le compadecemos, es porque alguna virtud muy alta mal dirigida, o alguna idea grande mal interpretada, o alguna pasión noble, le extravían. Si entendemos a veces que la sociedad mal organizada es parte, en algunas maldades del individuo, como la ley moral está más alta que el organismo social, siempre queda salvo el derecho de imponer una pena en nombre de esta ley aunque el crimen que se castiga, no sea todo del castigado. La sociedad puede ser cómplice; y como la sociedad somos todos, todos solidariamente somos también cómplices en aquel delito: y la perturbación, que causa el crimen en la sociedad, nos sirve de castigo. [...].

No pretendo yo negar que haya habido autores, que por medio de sus obras poéticas, del teatro y las novelas principalmente, hayan querido propagar ciertas ideas, no ya de un socialismo que está por venir aún como doctrina, sino de ese socialismo que ha amenazado desquiciar la sociedad hace pocos años; pero esto no prueba sino que la poesía, que por sí misma, y en sí misma tiene un nobilísimo fin, cual es la creación de la belleza, puede a veces, rebajándose y desdorándose, servir de instrumento a otros fines. No negaré tampoco el mal gusto de algunos, que buscando, solamente para sus dramas argumentos enmarañados y lances estupendos y terribles, los han buscado ya en las gacetas de los tribunales, ya en las antiguas crónicas, sin dar realce sino a lo feo y lo malo. Pero como lo malo y feo, feo y malo se queda, sin que estos dramaturgos y novelistas puedan ni quieran hacerlo pasar por hermoso y por bueno, aunque los acusemos de prosaísmo, porque pintan las cosas como han sido y como son, y no como debieran ser, no me parece, con todo, que los podamos acusar de inmorales. Los hombres, que son buenos, no se enamoran de la maldad aunque la vean, sobre las tablas o en una novela, salir triunfante

de la virtud; porque en este mundo, real y positivamente estamos viendo esto muy a menudo, sin necesidad de recurrir a ficciones; y los hombres, que son malos, no aprenden nada que ellos ya no sepan sobre la maldad.

El saber, ensanchando el círculo de nuestras ideas, puede ser causa ocasional de nuevas virtudes, que de aquellas ideas se alimenten y vivan; pero no de nuevos vicios, porque el mal es cosa limitada, y fácilmente se llega con la inteligencia a su último término; y el bien es infinito, y mientras más campo abarca la inteligencia, más bien descubre, a donde llegar con la voluntad. Lo que sí puede dar el saber son los medios para cometer la maldad; pero nadie va a buscar estos medios en los libros de entretenimiento.

El verdadero y más notable defecto de los románticos ha sido la verbosidad, que ellos llaman vaguedad; porque la pompa y majestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concisión deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romanceros, sobre todo y los mismos poetas románticos cuando escriben romances. Pero cuando escriben odas, o se dan a filosofar, como a menudo no saben siquiera lo que van a decir, ni entienden lo que dicen, arman una jerigonza y estruendo hueco, que acaso halague los oídos, pero que siempre se resiste a la traducción en una lengua extranjera, y hasta a una traducción en prosa y gramatical, hecha en nuestra misma lengua castellana. Muchos poetas románticos, cuando se sienten inspirados, van poniendo palabras unas en pos de otras, sin atender al sentido ni a los preceptos, que encierran con seis llaves, incluso los de la gramática. «No solamente (dice uno de estos poetas, y cuenta que es de los mejores), no solamente encerramos con seis llaves la gramática, sino que procuramos olvidarnos hasta de su existencia.» La gramática, según él, es un código convencional inspirado por la senectud.

De la afición a las palabras sonoras nace también lo falso, monótono y prolijo de las descripciones, que no están sacadas de la naturaleza misma, sino arregladas con palabras y frases ya usadas, y aun desechadas por otros poetas, y que sirven en todas ocasiones, vengan o no a propósito: *v. gr. esponjado tulipán, ágil y pintado colorín, negro capuz, lúgubre son, fúnebre ciprés, flotante tul, pliegues del viento y rauda torbellino.*

Otro defecto del romanticismo español es la hipocresía: porque finge la fe que no tiene. Los versos místicos del día no valen, por lo sentidos, fervorosos y verdaderos, un villancico de los *Pastores da Belén* de Lope. Compararlos con los versos de León, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, sería una blasfemia.

Falta por último, a la poesía romántica de España aquella majestad tranquila, y aquel mirar sereno, que aun en los momentos de más grande pasión, ostentan y tienden sobre las cosas y las ideas la verdadera poesía clásica, y la de Goethe y de Leopardi.

Nuestros poetas románticos han sido y son desaliñados por ignorancia o por descuido; llorones por moda, o porque en España no ha habido en mucho tiempo sino motivo de llorar; y muy a menudo, hinchados, palabreros, y vacíos de sentido. Mas a pesar de todo, yo entiendo que los debemos absolver por la inspiración y entusiasmo que suele haber en sus poesías; y porque muchos de ellos, que comenzaron a escribir cuando nada sabían, han ido después aprendiendo y corrigiéndose hasta llegar a un término razonable. Ni faltaron algunos, que nunca, o rara vez, se apartasen de este razonable término: ya porque tuvieron la dicha de hacer mejores estudios, o de estudiar algo antes de echarse a poetas; o ya porque el claro entendimiento que tenían, los alumbraba para que del camino derecho no se apartasen, y la buena voluntad les ponía estímulo para que se instruyesen.

Enumerar aquí uno por uno todos los poetas dignos de memoria, que últimamente ha habido en España, sería demasiado prolijo; y enumerar, los malos y menos que medianos poetas, que han ganado fama, y la popularidad efímera, que nace del capricho y del espíritu de partido, sería tan cansada como desagradable tarea. Baste considerar que no quedó ciudad de provincia donde no se estableciese un liceo, o tertulia literaria con visos de academia; y allí el mayorazgo, el escribiente, el empleadillo y el estudiante, en fin todo joven de cualquier condición que fuese, y no pocas muchachas, solían tomar los ensueños amorosos y melancólicos de la juventud, por estro y vocación poética, y se subían a la tribuna, y cantaban coplas de pie quebrado, y versos puntiagudos al empezar y al concluir, y gordos por el medio, y otras novedades más curiosas que entretenidas. Pero al son de este concierto universal, y cuando la furia del romanticismo se paseaba triunfante por toda la Península, descollaron tres ingenios tan altos y tan fecundos, que otros como ellos no habían venido a nuestro suelo, desde que murió Calderón.

II

El primero de estos tres grandes ingenios es el duque de Rivas que, abandonando la escuela clásica francesa antes que el romanticismo pasase a España desde Francia, imaginó un romanticismo español sacado de nuestros romances antiguos; y

no imitándolos servilmente, sino tomando de ellos la forma y sabor, en cuanto de su propio estilo no se apartaban ni desconvenían, compuso sus preciosos romances históricos. Escribió también varias leyendas, canciones y dramas, y aún continúa escribiendo y coronando sus gloriosos blasones con el no menos glorioso laurel de poeta.

En todas las obras del duque, se admira principalmente la espontánea lozanía de la imaginación, sin que se descubra el más leve indicio de que ha sido violentada. *El Moro expósito*, leyenda histórica de extraordinaria belleza y grandes dimensiones, parece dictada por el duque en un solo día, y escrita por un taquígrafo mientras que el duque la dictaba. Y de esta espontaneidad nace, sin duda, que el duque tenga, más que otro alguno de nuestros poetas modernos, lo que se llama estilo propio. En el duque el estilo es el hombre, y cuando habla y cuando escribe, siempre el duque es el mismo: lo cual no acontece, por lo común, en los demás autores; que ya toman para escribir una manera artificiosa, y totalmente se desvían de la naturaleza, o ya despojándose de la individualidad propia, se ajustan y ciñen a cierta pauta, y entran a formar parte indistinta de un género cualquiera.

El duque es más bien un poeta de inspiración que un poeta reflexivo; pero a veces su inspiración es tan alta y profunda que, sin quitar a sus obras la frescura de lo instintivo, les presta ideas y pensamientos que parecen hijos de la reflexión más detenida. Y donde esto se ve más claramente es en su admirable drama *Don Álvaro*. El sino o la mala estrella, es decir, un conjunto de circunstancias fortuitas, ponen a D. Álvaro en ocasión de cometer delitos que su mismo honor le manda que cometa, sin que por eso su voluntad se tuerza e incline al mal. Antes al contrario, los lectores todos y los espectadores del drama hallan en su conciencia, que D. Álvaro no hace mal en matar a sus enemigos y en matarse después; y no sólo le absuelven, sino que le condenarían si no se matara. Si D. Álvaro, con las manos llenas de la sangre que ha debido derramar, y con el recuerdo reciente de la muerte de la mujer amada, se volviese al convento y a sus penitencias, el público le silbaría. D. Álvaro tiene, por consiguiente, que suicidarse; y sin embargo, el duque no ha pensado en hacer la apología del suicidio, ni en recomendarle en algunas ocasiones; ni tampoco ha pensado en presentarnos el juicio del hombre en contradicción con el juicio divino.

La concepción del D. Álvaro vale más que la ejecución; pero hay en este drama pormenores bellísimos. La escena final, sobre todo, es un cuadro terrible, maravillosamente pintado; y las dos escenas del aguaducho y del mesón de Hornachuelos, dos cuadros de costumbres llenos de verdad y del más gracioso colorido.

Se nota, por último, en las obras del duque, y singularmente en los dramas, aquella elegancia perfectísima, aquella delicada cortesanía, y aquella primorosa compostura, que resplandecen en las damas y galanes de nuestras antiguas comedias, y que rara vez se descubren en las comedias de ahora; en las cuales, por huir de lo campanudo y culto, se suele caer en el extremo contrario de lo inculto y plebeyo; y se sacan a las tablas duquesas y marquesas, que no hablan sino de perejil y de rábanos y que hacen mil *gaucherías*, cuando presumen de finas.

Zorrilla es otro de los corifeos del romanticismo, y el más fecundo de todos. Poeta de más imaginación que sentimiento y gusto, es incorrecto y descuidado a veces, y a veces elegante, como por instinto. Florido, pomposo, arrebatado, sublime, vulgar, enérgico y conciso, desléido y verboso, todo lo es sucesivamente, según la cuerda que toca; pero siempre simpático y nuevo, siempre popular y leído con placer y aplaudido y querido con frenesí de los españoles.

A par de los mayores defectos, hay en las obras de Zorrilla verdadera hermosura. Si el crítico más severo fuese descartando y condenando al olvido todo lo que Zorrilla ha escrito de incomprensible, de demasiadamente prolijo, de falso y de vulgar, y aun suponiendo que todo esto formase las tres cuartas partes de sus obras, siempre nos quedaría otra cuarta parte, que pondríamos nosotros sobre nuestras cabezas, y que, como joyas riquísimas y divino presente de las musas, conservaríamos en el Narthecio de la memoria.

Las mismas composiciones de Zorrilla, en que la inspiración desfallece, en que apenas sabe el poeta lo que quiere decir, o en que no dice nada sino palabras huecas, tienen tal encanto de armonía y de gracia para los oídos de los españoles, que nos complacemos en oírlas, y las repetimos embelesados sin meternos a averiguar lo que significan y aun sin suponer que signifiquen algo. El amor de la patria, sus pasadas glorias, sus tradiciones más bellas y fantásticas, y las guerras, desafíos, fiestas y empresas amorosas de moros y cristianos; todo, vaga y confusamente, se agolpa en nuestra imaginación cuando leemos los romances, leyendas y dramas de Zorrilla: y todo concurre a dar a su nombre una aureola de gloria, que no se ofuscará nunca, aunque la fría razón analice y ponga a la vista mil faltas y lunares.

El otro eminente poeta y corifeo del romanticismo ha sido Espronceda. Espronceda, menos fecundo que Zorrilla y que el duque de Rivas, pero más apasionado. Sus versos, cuando son de amores, o cuando la ambición o el orgullo le conmueven,

están escritos con sangre del corazón: y nadie negará que este corazón era grande. En él se abrigaban pasiones vehementísimas y sublimes. Espronceda,

con pensamientos de ángel,
con mezquindades de hombre,

hubiera sido más que Byron, si hubiera nacido donde, y como Byron nació. Espronceda no podía escribir para ganar dinero, alumbrado por una vela de sebo, y en una mesa de pino. Como todo hombre de gran ser, que camina por el mundo sin la luz de una esperanza celeste, necesitaba Espronceda vivir, gozar y amar en el mundo: y los deseos no satisfechos pervirtieron y ulceraron su corazón, que era bueno, y el abandono de su juventud y los extravíos consiguientes llenaron su alma de ideas falsas y sacrílegas. Mas a pesar de todo, la bondad nativa, la ternura delicada de su pecho y el culto y la devoción respetuosa con que se inclinaba Espronceda ante lo hermoso y lo justo, y con que adoraba y se confiaba en la amistad y en el amor, brillan en sus acciones como en sus versos.

Dicen los envidiosos que Espronceda no hace sino imitar a Byron. Yo confieso que le imita en algunas digresiones de *El Diablo-Mundo*, en el canto del *Pirata*, y en la carta de doña Elvira, de *El Estudiante de Salamanca*, que es casi una traducción de la de doña Julia. Pero estos envidiosos no comprenden o no quieren comprender que D. Félix de Montemar no está tomado de Byron, y vale tanto o más que los héroes de Byron; así como doña Elvira vale más que Medora y que Gulnara, cuando va loca de amor procurando en el jardín al traidor que la olvida, y cuando muere de dolor entre los brazos de su madre, bendiciendo aún la mano que la ha herido de muerte.

[...].

En fin, Espronceda, verdadera encarnación del romanticismo, en cuyo genio excéntrico y en cuyas pasiones tempestuosas nada había de adaptado solo a la poesía, sino que todo en su vida real se mostraba vivamente, murió de muerte temprana, víctima acaso de sus desórdenes.

Nos dejó Espronceda un poema no acabado cuyo título es *El Diablo Mundo*, en el cual, a la manera, o por más alta manera que Goethe en el Fausto, pensaba el poeta encerrar y explicar todo lo creado e increado, y legar a la posteridad un monumento más grande que *La Iliada* y que *La Divina-Comedia*. Esta pretensión de escribir un vasto poema humanitario, la han tenido muchos en nuestro siglo; y así en España como en el extranjero, la han tenido en vano: pero los que, como Espronceda, no sólo tuvieron esta pretensión, sino que fueron dignos de tenerla, merecen que se diga de ellos lo del filósofo: *Yo amo a aquel que desea lo imposible*.

Imposible es el propósito de Espronceda; y por eso el *Diablo-Mundo* forma un conjunto monstruoso, si bien por lo mucho que el poeta valía, el poema es bellísimo mirado por partes. Desgraciadamente no es Espronceda el único que ha querido escribir de esos poemas magnos. Otros mil poetas menores, descontentos ya de ser hombres de los que pasan por ingeniosos y discretos, y no contentos aun con ser apóstoles, y tener misión especial, se han convertido en genios y númenes, y han deseado producir su verbo, y encerrar en él todos los seres, como en el huevo de la Noche. De aquí proviene un nuevo linaje de romanticismo científico-nebuloso, digno de reprobación. [...].

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN (1833-1891)

El afrancesado («El Museo Universal», 30 de abril de 1858)

I.

En la pequeña villa del Padrón, sita en territorio gallego, y allá por el año de 1808, vendía sapos y culebras y agua llovediza, a fuer de legítimo boticario un tal García de Paredes, misántropo solterón, descendiente acaso, y sin acaso, de aquel varón ilustre que mataba un toro de una puñada.

Era una fría y triste noche de otoño. El cielo estaba encapotado por densas nubes, y la total carencia de alumbrado terrestre dejaba a las tinieblas campar por sus respetos en todas las calles y plazas de la población.

A eso de las diez de aquella pavorosa noche, que las lúgubres circunstancias de la patria hacían mucho más siniestra, desembocó en la plaza que hoy se llamará *de la Constitución* un silencioso grupo de sombras, aún más negras que la oscuridad de cielo y tierra, las cuales avanzaron hacia la botica de García de Paredes, cerrada completamente desde las *Ánimas*, o sea desde las ocho y media en punto.

-¿Qué hacemos? -dijo una de las sombras en correctísimo gallego.

-Nadie nos ha visto... -observó otra.

-¡Derribar la puerta! -propuso una mujer.

-¡Y matarlos! -murmuraron hasta quince voces.

-¡Yo me encargo del boticario! -exclamó un chico.

-¡De ése nos encargamos todos!

-¡Por judío!

-¡Por *afrancesado*!

-Dicen que hoy cenan con él más de veinte franceses...

-¡Ya lo creo! ¡Como saben que ahí están seguros, han acudido en montón!

-¡Ah! ¡Si fuera en mi casa! ¡Tres alojados llevo echados al pozo!

-¡Mi mujer degolló ayer a uno!...

-¡Y yo... -dijo un fraile con voz de figle- he asfixiado a dos capitanes, dejando carbón encendido en *su celda*, que antes era la mía!

-¡Y ese infame boticario los protege!

-¡Qué expresivo estuvo ayer en paseo con esos viles excomulgados!

-¡Quién lo había de esperar de García de Paredes! ¡No hace un mes que era el más valiente, el más patriota, el más realista del pueblo!

-¡Toma! ¡Como que vendía en la botica retratos del príncipe Fernando!

-¡Y ahora los vende de Napoleón!

-Antes nos excitaba a la defensa contra los invasores...

-Y desde que vinieron al Padrón se pasó a ellos...

-¡Y esta noche da de cenar a todos los jefes!

-¡Oíd qué algazara traen! Pues no gritan ¡*Viva el emperador!*

-Paciencia... -murmuró el fraile-. Todavía es muy temprano.

-Dejémosles emborracharse... -expuso una vieja-. Después entramos..., ¡y ni uno ha de quedar vivo!

-¡Pido que se haga cuartos al boticario!

-¡Se le hará ochavos, si queréis!¹. Un *afrancesado* es más odioso que un francés. El francés atropella a un pueblo extraño: el afrancesado vende y deshonra a su patria. El francés comete un asesinato: el afrancesado ¡un parricidio!

II.

Mientras ocurría la anterior escena en la puerta de la botica, García de Paredes y sus convidados corrían la francachela más alegre y desahogada que os podáis figurar.

Veinte eran, en efecto, los franceses que el boticario tenía a la mesa, todos ellos jefes y oficiales.

García de Paredes contaría cuarenta y cinco años; era alto y seco y más amarillo que una momia: dijérase que su piel estaba muerta hacía mucho tiempo; llegábase la frente a la nuca, gracias a una calva limpia y reluciente, cuyo brillo tenía algo de fosfórico; sus ojos, negros y apagados, hundidos en las descarnadas cuencas, se parecían a esas lagunas encerradas

entre montañas, que sólo ofrecen oscuridad, vértigos y muerte al que las mira: lagunas que nada reflejan; que rugen sordamente alguna vez, pero sin alterarse; que devoran todo lo que cae en su superficie; que nada devuelven; que nadie ha podido sondear; que no se alimentan de ningún río, y cuyo fondo busca la imaginación en los mares antípodos.

La cena era abundante, el vino bueno, la conversación alegre y animada.

Los franceses reían, juraban, blasfemaban, cantaban, fumaban, comían y bebían a un mismo tiempo.

Quién había contado los amores secretos de Napoleón; quién la noche del 2 de Mayo en Madrid; cuál la batalla de las Pirámides, cuál otro la ejecución de Luis XVI.

García de Paredes bebía, reía y charlaba como los demás, o quizá más que ninguno; y tan elocuente había estado en favor de la causa imperial, que los soldados del César lo habían abrazado, lo habían vitoreado, le habían improvisado himnos.

-¡Señores! -había dicho el boticario-: la guerra que os hacemos los españoles es tan necia como inmotivada. Vosotros, hijos de la Revolución, venís a sacar a España de su tradicional abatimiento, a despreocuparla, a disipar las tinieblas religiosas, a mejorar sus anticuadas costumbres, a enseñarnos esas utilísimas e inconcusas verdades de que no hay Dios, de que no hay otra vida, de que la penitencia, el ayuno, la castidad y demás virtudes católicas son quijotescas locuras, impropias de un pueblo civilizado, y de que Napoleón es el verdadero Mesías, el redentor de los pueblos, el amigo de la especie humana... ¡Señores! ¡Viva el emperador cuanto yo deseo que viva!

-¡Bravo, vitor! -exclamaron los hombres del 2 de Mayo.

El boticario inclinó la frente con indecible angustia.

Pronto volvió a alzarla, tan firme y tan sereno como antes.

Bebióse un vaso de vino, y continuó:

-Un abuelo mío, un García de Paredes, un bárbaro, un Sansón, un Hércules, un Milón de Crotona, mató doscientos franceses en un día... Creo que fue en Italia. ¡Ya veis que no era tan *afrancesado* como yo! ¡Adiestróse en las lides contra los moros del reino de Granada; armóle caballero el mismo Rey Católico, y montó más de una vez la guardia en el Quirinal, siendo Papa *nuestro tío* Alejandro Borja! ¡Eh!, ¡eh! ¡No me hacíais tan linajudo! Pues este Diego García de Paredes, este ascendiente mío..., que ha tenido un descendiente boticario, tomó a Cosenza y Manfredonia, entró por asalto en Ceriñola y peleó como bueno en la batalla de Pavía. ¡Allí *hicimos* prisionero a un rey de Francia, cuya espada ha estado en Madrid cerca de tres siglos, hasta que nos la robó hace tres meses ese hijo de un posadero que viene a vuestra cabeza, y a quien llaman Murat!

Aquí hizo otra pausa el boticario. Algunos franceses demostraron querer contestarle; pero él, levantándose e imponiendo a todos silencio con su actitud, empuñó convulsivamente un vaso, y exclamó con voz atronadora:

-¡Brindo, señores, porque maldito sea mi abuelo, que era un animal, y porque se halle ahora mismo en los profundos infiernos!... ¡Vivan los franceses de Francisco I y de Napoleón Bonaparte!

-¡Vivan! -respondieron los invasores dándose por satisfechos.

Y todos apuraron su vaso.

Oyóse en esto rumor en la calle o, mejor dicho, a la puerta de la botica.

-¿Habéis oído? -preguntaron los franceses.

García de Paredes se sonrió.

-¡Vendrán a matarme! -dijo.

-¿Quién?

-Los vecinos del Padrón.

-¿Por qué?

-¡Por *afrancesado*! Hace algunas noches que rondan mi casa... Pero ¿qué nos importa? Continuemos nuestra fiesta.

-Sí... ¡continuemos! -exclamaron los convidados-. ¡Estamos aquí para defenderos!

Y chocando ya botellas contra botellas, que no vasos contra vasos.

-¡Viva Napoleón! ¡Muera Fernando! ¡Muera Galicia! -gritaron a una voz.

García de Paredes esperó a que se acallase el brindis, y murmuró con acento lúgubre:

-¡Celedonio!

El mancebo de la botica asomó por una puertecilla su cabeza pálida y demudada, sin atreverse a penetrar en aquella caverna.

-Celedonio, trae papel y tintero -dijo tranquilamente el boticario.

El mancebo volvió con recado de escribir.

-¡Siéntate! -continuó su amo-. Ahora, escribe las cantidades que yo te vaya diciendo. Divídelas en dos columnas. Encima de la columna de la derecha pon: *Deuda*, y encima de la otra: *Crédito*.

-Señor... -balbuceó el mancebo-. En la puerta hay una especie de motín... Gritan ¡*Muera el boticario!*... Y ¡quieren entrar!

-¡Cállate y déjalos! Escribe lo que te he dicho.

Los franceses se rieron de admiración al ver al farmacéutico ocupado en ajustar cuentas cuando le rodeaban la muerte y la ruina.

Celedonio alzó la cabeza y enristró la pluma, esperando cantidades que anotar.

-¡Vamos a ver, señores! -dijo entonces García de Paredes, dirigiéndose a sus comensales-. Se trata de resumir nuestra fiesta en un solo brindis. Empecemos por orden de colocación. Vos, capitán, decidme: ¿cuántos españoles habréis matado desde que pasasteis los Pirineos?

-¡Bravo! ¡Magnífica idea! -exclamaron los franceses.

-Yo... -dijo el interrogado, trepándose en la silla y retorciéndose el bigote con petulancia-. Yo... habré matado... personalmente... con mi espada..., ¡poned unos diez o doce!

-¡Once a la derecha! -gritó el boticario, dirigiéndose al mancebo.

El mancebo repitió, después de escribir:

-*Deuda*... once.

-¡Corriente! -Prosiguió el anfitrión-. ¿Y vos?... Con vos hablo, señor Julio...

-Yo... seis.

-¿Y vos, mi comandante?

-Yo... veinte.

-Yo... ocho.

-Yo... catorce.

-Yo... ninguno.

-¡Yo no sé!...; he tirado a ciegas... -respondía cada cual, según le llegaba su turno.

Y el mancebo seguía anotando cantidades a la derecha.

-¡Veamos ahora, capitán! -continuó García de Paredes-. Volvamos a empezar por vos. ¿Cuántos españoles esperaréis matar en el resto de la guerra, suponiendo que dure todavía... tres años?

-¡Eh!... -respondió el capitán-. ¿Quién calcula eso?

-Calculadlo...; os lo suplico...

-Poned otros once.

-Once a la izquierda -dictó García de Paredes.

Y Celedonio repitió:

-*Crédito*, once.

-¿Y vos? -interrogó el farmacéutico por el mismo orden seguido anteriormente.

-Yo... quince.

-Yo... veinte.

-Yo... ciento.

-Yo... mil -respondían los franceses.

-¡Ponlos todos a *diez*, Celedonio!... -murmuró irónicamente el boticario-. Ahora, suma por separado las dos columnas.

El pobre joven, que había anotado las cantidades con sudores de muerte, viose obligado a hacer el resumen con los dedos, como las viejas. Tal era su terror.

Al cabo de un rato de horrible silencio, exclamó, dirigiéndose a su amo:

-*Deuda*..., 285. *Crédito*..., 200.

-Es decir... -añadió García de Paredes-, ¡doscientos ochenta y cinco *muertos*, y doscientos *sentenciados*! ¡Total, cuatrocientas ochenta y cinco *víctimas*!

Y pronunció estas palabras con voz tan honda y sepulcral, que los franceses se miraron alarmados.

En tanto, el boticario ajustaba una nueva cuenta.

-¡Somos unos héroes! -exclamó al terminarla-. Nos hemos bebido setenta botellas, o sean ciento cinco libras y media de vino que, repartidas entre veintiuno, pues todos hemos bebido con igual bizzaría, dan cinco libras de líquido por cabeza. ¡Repito que somos unos héroes!

Crujieron en esto las tablas de la puerta de la botica, y el mancebo balbuceó tambaleándose:

-¡Ya entran!...

-¿Qué hora es? -preguntó el boticario con suma tranquilidad.

-Las once. Pero ¿no oye usted que entran?

-¡Déjalos! *Ya es hora.*

-¡Hora!... ¿de qué? -murmuraron los franceses, procurando levantarse.

Pero estaban tan *ebrios* que no podían moverse de sus sillas.

-¡Que entren! ¡Que entren!... -exclamaban, sin embargo, con voz vinosa, sacando los sables con mucha dificultad y sin conseguir ponerse de pie-. ¡Que entren esos canallas! ¡Nosotros los recibiremos!

En esto, sonaba ya abajo, en la botica, el estrépito de los botes y redomas que los vecinos del Padrón hacían pedazos, y oíase resonar en la escalera este grito unánime y terrible:

-¡Muera el *afrancesado!*

III.

Levantóse García de Paredes, como impulsado por un resorte, al oír semejante clamor dentro de su casa, y apoyóse en la mesa para no caer de nuevo sobre la silla. Tendió en torno suyo una mirada de inexplicable regocijo, dejó ver en sus labios la inmortal sonrisa del triunfador, y así, transfigurado y hermoso, con el doble temblor de la muerte y del entusiasmo, pronunció las siguientes palabras, entrecortadas y solemnes como las campanadas del toque de agonía:

-¡Franceses!... Si cualquiera de vosotros, o todos juntos, hallarais ocasión propicia de vengar la muerte de doscientos ochenta y cinco compatriotas y de salvar la vida a otros doscientos más; si sacrificando vuestra existencia pudieseis desenojar la indignada sombra de vuestros antepasados, castigar a los verdugos de doscientos ochenta y cinco héroes, y librar de la muerte a doscientos compañeros, a doscientos hermanos, aumentando así las huestes del ejército patrio con doscientos campeones de la independencia nacional, ¿repararíais ni un momento en vuestra miserable vida? ¿Dudaríais ni un punto en abrazaros, como Sansón, a la columna del templo, y morir, a precio de matar a los enemigos de Dios?

-¿Qué dice? -se preguntaron los franceses.

-Señor..., ¡los asesinos están en la antesala! -exclamó Celedonio.

-¡Que entren!... -gritó García de Paredes-. Ábreles la puerta de la sala... ¡Que vengan todos... a ver cómo muere el descendiente de un soldado de Pavía!

Los franceses, aterrados, estúpidos, clavados en sus sillas por insoportable letargo, creyendo que la muerte de que hablaba el español iba a entrar en aquel aposento en pos de los amotinados, hacían penosos esfuerzos por levantar los sables, que yacían sobre la mesa; pero ni siquiera conseguían que sus flojos dedos asiesen las empuñaduras: parecía que los hierros estaban adheridos a la tabla por insuperable fuerza de atracción.

En esto inundaron la estancia más de cincuenta hombres y mujeres, armados con palos, puñales y pistolas, dando tremendos alaridos y lanzando fuego por los ojos.

-¡Mueran todos! -exclamaron algunas mujeres, lanzándose las primeras.

-¡Deteneos! -gritó García de Paredes, con tal voz, con tal actitud, con tal fisonomía que, unido este grito a la inmovilidad y silencio de los veinte franceses, impuso frío terror a la muchedumbre, la cual no se esperaba aquel tranquilo y lúgubre recibimiento.

-No tenéis por qué blandir los puñales... -continuó el boticario con voz desfallecida-. He hecho más que todos vosotros por la independencia de la Patria... ¡Me he fingido *afrancesado!*... Y ¡ya veis!... los veinte jefes y oficiales invasores..., ¡los veinte!, no los toquéis..., ¡están envenenados!...

Un grito simultáneo de terror y admiración salió del pecho de los españoles. Dieron éstos un paso más hacia los convidados, y hallaron que la mayor parte estaban ya muertos, con la cabeza caída hacia adelante, los brazos extendidos sobre la mesa, y la mano crispada en la empuñadura de los sables. Los demás agonizaban silenciosamente.

-¡Viva García de Paredes! -exclamaron entonces los españoles, rodeando al héroe moribundo.

-Celedonio... -murmuró el farmacéutico-. El *opio* se ha concluido... Manda por opio a La Coruña...

Y cayó de rodillas.

Sólo entonces comprendieron los vecinos del Padrón que el boticario estaba también envenenado.

Vierais entonces un cuadro tan sublime como espantoso. Varias mujeres, sentadas en el suelo, sostenían en sus faldas y en sus brazos al expirante patriota, siendo las primeras en colmarlo de caricias y bendiciones, como antes fueron las primeras en pedir su muerte. Los hombres habían cogido todas las luces de la mesa, y alumbraban arrodillados aquel grupo de patriotismo y caridad... Quedaban, finalmente, en la sombra veinte muertos o moribundos, de los cuales algunos iban desplomándose contra el suelo con pavorosa pesantez.

Y a cada suspiro de muerte que se oía, a cada francés que venía a tierra, una sonrisa gloriosa iluminaba la faz de García de Paredes, el cual de allí a poco devolvió su espíritu al Cielo, bendecido por un ministro del Señor y llorado de sus hermanos en la Patria.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1833-1906)

Escenas montañosas (1864)

El espíritu moderno

I.

Hace doce años, hallándome de visita en casa de una señora *respetable* (adjetivo con que se expresaba entonces en Santander cuanto de finura, prosapia, posición social y talento cabía en una mujer), hablaba con ella de la vida del campo, en el cual acababa yo de pasar unos días.

-¿Es posible -me decía la culta dama-, que una persona de *cierta educación* se resigne a vivir en la soledad de una aldea?

-Sí, señora -le respondí yo-, y encontrando en ella goces tan grandes como los que proporciona la ciudad.

-No lo creo. Empiece usted por las malas condiciones de la habitación.

-Perdone usted, señora: la casa de una persona acomodada de aldea es más espaciosa, y hasta más cómoda, que la mejor de la ciudad.

-¿Qué está usted diciendo!... Las casas de aldea... ¡Jesús! unas teja-vasas miserables, oscuras, lóbregas... sin un mal balcón...

-Tres tiene la en que yo nací... y bien grandes, por cierto.

-¿Es posible!

-Y en el menor salón de aquella casa cabe muy holgadamente ésta en que ahora estamos.

-Usted se burla.

-No vendría muy al caso.

-Pues digo bien. ¿No estoy yo cansada de ver casas de aldea en Miranda, en Cueto, en San Juan?... Y eso que, según me han dicho, estas casas son palacios, comparadas con las de las aldeas del interior.

-Vuelvo a repetir a usted que la mía, si no tan lujosa como ésta y otras semejantes, es bastante más cómoda que todas ellas, pudiendo también asegurar, pues las he visto, que hay casas de aldea en esta provincia que contienen cuanto puede apetecer la persona más escrupulosa y exigente.

-Yo no quiero ponerlo en duda; pero no extrañe usted que me cueste trabajo creerlo, porque ¡me han contado tales horrores de la aldea!...

-Ya se conoce que usted no ha vivido en el campo.

-¡Yo vivir en el campo! La idea solamente me hace temblar.

-Pues crea usted, señora, que no hay motivos para ello.

-¡No diga usted que no, por Dios! Aun cuando las habitaciones sean palacios, aquella soledad, aquella gente tan *ordinaria*... el cencerro del ganado, aquellos callejones llenos de zarzas, de charcos y bichos venenosos... ¡qué desconsuelo!... Después, de noche, el bufar de las lechuzas, los ladrones... ¡horror! ¡Pasar yo una semana en la aldea!... ¡Ave María Purísima!... Mire usted, hasta el pasear por el Alta me pone de mal humor, porque se me figura que me va a faltar tiempo para bajar de día a la ciudad... Nosotros, los que hemos nacido en ella, desengañese usted, no podemos acostumbrarnos a salir de nuestras calles empedraditas, de nuestros paseos, de nuestras reuniones... ¡Es todo tan *ordinario* en la aldea!

-Muchas gracias por la parte que me toca.

-¡Oh, no me haga usted la injuria de creer que he querido agraviarle!... No hay regla sin excepción... Pero compare usted la gente del campo con la de la ciudad.

-Efectivamente: si la blancura del cutis, el esmero en el corte del vestido y otras *virtudes* semejantes, son las que más realzan el mérito de una persona, confieso que las que, por gusto o por necesidad, viven en la aldea perpetuamente, están muy por debajo de las que habitamos en la ciudad²¹.

-No trataré yo de discutir ese punto; pero lo cierto es que por algo se dice de la aldea que *empobrece, embrutece y envilece*.

-Ya; pero como el autor de esa barbaridad, y usted perdone la franqueza, no se cansó en ponerla en tela de juicio...

-No le diré a usted que sea absolutamente cierto; pero algo tendrá el agua...

-Esta cuestión es de gustos, señora, y en vano nos cansaremos ventilándola. Ya sé que a ustedes, los indígenas de la ciudad, no hay que hablarlos de la aldea: ser *aldeano* es casi un crimen en Santander.

-No diré yo tanto; pero lo que sí aseguro es que no arrastrará usted a un santanderino legítimo a la aldea, ni por ocho días, aunque te prometa en ella la suprema felicidad.

-Me guardaré muy bien de proponérselo, porque me consta, sin género alguno de duda, que esa opinión es la de toda la *buena sociedad* de Santander, de la que es usted tan digno miembro.

-¿Me adula usted?

-No, señora, le hago justicia.

-Por supuesto que no me hará usted la ofensa de aplicarse nada de cuanto he dicho contra la aldea.

-Crea usted, por mi palabra, que me tiene ese punto sin cuidado, máxime cuando estoy convencido de que no ha de tardar usted mucho en variar de opinión.

-¿Respecto a la vida de aldea?... Le aseguro a usted que no.

-¡Bah!

-¿Y en qué confía usted para eso?

-En que hasta hoy está siendo Santander la primera aldea de la provincia, por sus costumbres, por sus pasiones y por un sin número de pequeñeces y de miserias...

-¿Está usted vengándose de mí?

-Líbreme Dios de semejante tentación.

-Es que no veo yo un motivo para que de repente se cambien nuestras costumbres, como usted lo asegura.

-¿No cree usted que solamente el ferrocarril ha de alterar notablemente la fisonomía local de Santander?

-Y a propósito, ¿qué hay de ese proyecto?

-Que ha llegado a ser casi una realidad, y que muy pronto se van a empezar las obras.

-¡Dios quiera que con ellas no se ponga en un conflicto a la población!

-No comprendo...

-Por de pronto, ya se nos ha llenado el pueblo de gente extraña... ¡ay, qué tipos!

-Señora, ingleses muy decentes, la mayor parte, y muy elegantes... En cuanto al resto de ellos, para trabajadores los encuentro bastante más aseados que los de acá.

-Sí, sí, lo que es apariencia... Pero vaya uno a fiarse en galgos de buena traza... Dígame usted a mí lo que son ingleses. ¡Cada vez que recuerdo la legión que vino a Santander cuando la guerra civil!... Desengañese usted: los ingleses son hombres sin religión, y está dicho todo.

-Es verdad que no profesan la nuestra; pero tienen otra que para ellos es tan buena, y leyes, educación... y conciencia, como nosotros...

-¿Sería usted capaz de admitirlos en su casa?

-Lo que le aseguro a usted es que por el solo motivo de ser ingleses no los rechazaría.

-Pues no es esa la opinión general de Santander.

-Ya lo sé, y lo lamento,

Tal fue, en sustancia, mi conversación con la respetable señora que, desgraciadamente, no puede hoy reírme por esta delación, doce años ha; es decir, cuando en Santander era de buen tono no haber pisado jamás el campo; cuando los que en él hemos nacido, teníamos que negar la procedencia en estos salones para no producir entre la gente «fina» cierta prevención, que, con frecuencia, rayaba en repugnancia; cuando hasta por las personas de más alta jerarquía se llamaba *judío* a todo extranjero que tuviera las patillas rubias, o la *pinta* sospechosa; cuando, en fin, entregado aún este pueblo a sus propios y naturales recursos, atravesaba el período más crítico de su amaneramiento.

Poco tiempo después se fueron estableciendo líneas de vapores entre este puerto y otros de Francia e Inglaterra; las obras del ferrocarril comenzaron a desenvolver en su derredor el ruidoso movimiento de la industria moderna; las máquinas, las razas, los idiomas extranjeros, invadiendo el terreno de los sacos de harina y de las clásicas carretas, lograron aclimatarse entre ellos; y ya comemos a la francesa, hablamos inglés, circulan por estas calles los géneros de comercio en pesados exóticos carretones; el labrador de Cueto o de Miranda arrea su ganado a la voz de «¡allez!», con preferencia al indígena «¡arre!» Los niños de pura raza inglesa, con los brazos descubiertos hasta el hombro, mal sujetas sus madejas de dorados rizos por el gracioso gorrito escocés, juegan en la Alameda segunda a las *canicas* con los granujillas de Becedo;

y mientras éstos, para ventilar la legalidad de una jugada, detienen a los primeros con un «*stop a little, please*,» pronunciado con la precisión más británica, los nietecillos de John Bull, para que les sea permitido «quitar estorbos» se expresan con un «*sin fèndis*,» o manifiestan su enojo con un «*no jubo más*» que envidiaría el callealtero de más pura raza. La moderna necesidad de los baños de mar, dejando despoblado a Madrid los veranos, llenó de madrileños nuestra capital; y su *buen tono*, convencido de que para vivir a la moda era preciso salir a bañarse, dio en irse a Ontaneda a reinojarse en sus nauseabundas aguas; pues no era cosa de largarse a otro puerto de mar cuando tenía uno de los mejores en su casa. El objeto era *salir*; la calidad de los baños importaba poco. Estas expediciones fueron aficionando a los santanderinos al veraneo; y este año dos familias, y el siguiente cuatro, y el siguiente ocho, y así sucesivamente, fuimos a parar a que los que pasaban julio y agosto en la ciudad, tenían vergüenza de confesarlo en setiembre a los que volvían tostados por el sol de nuestra campiña.

Para no cansarte, lector: hoy se cree rebajada en la opinión pública la familia acomodada de Santander que no tiene una casita de campo para pasar el verano en ella, o siquiera una huertecilla en las inmediaciones, que dé, por lo menos, espárragos y flores en la primavera, y fruta en agosto, para poder decir al vecino: -«¿Usted gusta?: son de mi huerta.» El desdichado que ni esto tenga, alquila su choza al primer labrador de la comarca, y en ella tiene que resignarse a pasar el verano, si quiere ser considerado durante el invierno como hombre de pro.

-¡Dichoso usted! -me han dicho algunos que pocos años hace me miraban con cierta lástima, porque no era santanderino legítimo-; ¡dichoso usted que puede pasarse la mitad del año en la aldea!

Para cuando se pongan en duda estas palabras, me reservo el recurso de citar pueblos enteros, como el Astillero de Guarnizo, compuesto de casas de campo, construidas, de cinco años a esta parte, para residencia de verano de familias de Santander.

Si la señora respetable a quien me he referido más atrás resucitara hoy, no creería el cambio que han sufrido las costumbres de los de su comunión social.

Pero vamos a cuentas. No estoy censurando esta nueva afición de mis paisanos, que ya raya en manía; consigno un hecho sencillamente.

Dos observaciones debo hacer, siempre con la mejor intención, para gobierno de mis lectores:

La distancia más larga desde el centro de Santander al campo, se anda, a pie, en diez minutos.

La localidad que abandonan en verano las familias que se van *al campo*, la aceptan como residencia *campestre* los que huyen de otras capitales a la nuestra.

Aunque de la unión de estas dos verdades resulta una consecuencia que no aceptarían de buena gana los neocampestrés montañeses, yo quiero prescindir de ella; pues vuelvo a repetir que estoy consignando hechos; y esto con el objeto de demostrar la gran revolución operada en las costumbres de la sociedad de Santander en muy poco tiempo. No se extrañe, pues, que me haya detenido a apuntar algunos detalles que, a primera vista, parecen ociosos.

II.

In illo tempore, es decir, los mismos doce años ha, pasé yo una temporada en la lindísima villa de Comillas. Comillas, lector, en la costa, a seis leguas al Noroeste de Santander, tendida sobre el lento declive de un cerro, arrullada por un lado por el inquieto mar de Cantabria, y protegida por los demás por una suave cordillera de pintorescas colinas, era una población verdaderamente deliciosa, no por sus condiciones topográficas solamente, pues bajo este aspecto, hoy es mucho más bella que entonces, sino por las especialísimas que concurrían en el carácter de su pequeña sociedad.

Empecemos por decir que sin una sola vía de verdadera comunicación con el resto del mundo, y a cinco leguas de distancia de la carretera nacional, era punto menos que inaccesible al trato de la moderna civilización.

Este aislamiento perpetuo, tratándose de familias enlazadas entre sí, como aquéllas, por vínculos de parentesco o de una amistad íntima, había impreso en su vida el carácter de unidad y de sencillez, verdaderamente patriarcales, que seducía a los pocos forasteros que hasta allí llegaban. La clase acomodada, muy numerosa en proporción de la pequeñez de todo el vecindario, era lo suficiente ilustrada para hacer agradabilísimo su trato, sin el refinamiento que hoy distingue a la culta sociedad, con grave deterioro de los puros y santos afectos; y aunque los hijos de estas familias salían a las universidades y viajaban, llevando siempre consigo tan bello recuerdo de la madre patria, cuando a ella tornaban deponían de buen grado los resabios adquiridos en el mundo, y volvían a ser sencillos comillanos. De este modo, aquella sociedad era siempre apacible, cariñosa y hospitalaria.

Por mi parte, unido por estrechos lazos de parentesco a muchas de sus familias, creo tener en esta sola circunstancia motivo sobrado para evocar con satisfacción estos recuerdos. Para pagar con ellos las horas de verdadero placer que aquel pueblo me ha proporcionado, no serían bastante.

Una noche oí decir a una venerable mujer, que ya pasaba de los sesenta años, que su mayor satisfacción sería ver un coche.

Otra señora, tan anciana como ella, le respondió:

-Dios te libre de esas tentaciones. Yo quise una vez salir a ver un poco el mundo; y, con intención de no parar hasta Santander, llegué a Torrelavega. Era día de mercado, y estaba la villa ¡madre de Dios! que daba miedo. ¡Cuánta gente! ¡Qué ir y venir bestias, carros y diligencias! Te aseguro que aquello me espantó; díjeme: «esto no es para mí...» y volvíme a casa dando gracias a Dios por la paz que quiso concedernos en este bendito rincón.

Para dar una idea del color verdaderamente local de la población comillana, bastan estos dos ejemplos.

La clase del pueblo, compuesta casi en su totalidad de marineros y pescadoras, era morigerada y nobilísima en sus instintos. Para ella el mundo era Comillas y su mar; y el mejor placer, después de una misa solemne con «el órgano nuevo,» oír los relatos de algún licenciado de *barco de Rey*.

Los mayores títulos de gloria de los comillanos eran haber dado la villa tres Arzobispos²², muchos notabilísimos marinos y varios capitalistas riquísimos que, aunque residentes en Filipinas, Cádiz y otros países tan apartados, demostraban a cada paso, con limosnas y presentes de todos géneros, su amor al pueblo de su naturaleza; y sobre todo, haberse construido el magnífico templo que se levanta en la plaza, que, acaso, en su género, es el mejor de la provincia, a expensas de los mismos comillanos.

Un proverbio popularísimo entre ellos acabará de dar a conocer hasta qué punto vivían dentro de sí mismos y en sus elementos naturales, y lo lejos que estaban de pensar en que pudieran contagiarse algún día del carácter moderno. Este proverbio era el siguiente:

«*Comillas será Comillas
por siempre jamás, amén.*»

He dicho *era*, porque supongo que en la actualidad no se atreverá a repetirlo, con fe a lo menos, ningún hijo de aquel pueblo. Veamos en qué me fundo para creerlo así.

Seis años hace volví a Comillas. Una cómoda y ancha carretera había sustituido a la escabrosa y angostísima senda antigua; y en lugar de cabalgar sobre el peludo y escueto jamelgo que antes conducía por ella al viajero, tomé un mullido asiento en una de las diligencias que se han establecido entre Torrelavega y la villa de los tres Arzobispos.

A medida que a ella me aproximaba, iba desconociendo más y más el terreno, hallándole descarnado en muchos sitios, revuelto en otros, poblado de trabajadores y cruzado por zanjas, *trainwais* y túneles a cada instante. Buscando con mis ojos la primera casa del pueblo, que antes se destacaba sola, como un centinela avanzado de él, tuve que detener la mirada bastante más atrás, en un edificio del moderno estilo industrial, que arrojaba a borbotones por una alta chimenea el humo espeso del carbón de piedra. Era uno de los hornos de calcinación del mineral de calamina que a la sazón se extraía (y sigue extrayéndose), de las entrañas de los cerros inmediatos.

Más adelante, caras barbudas con el sello francés más puro; otras medio ocultas bajo la boina vasca, y otras indígenas, pero todas veladas por el polvillo amarillento de la calamina, pasaban rápidas por delante de las ventanillas del coche, que al cabo penetró en la primera calle de la población. Aquí, como en la carretera, mil objetos llamaban mi atención por lo inesperados. En el portal en que en otros tiempos se sentaba a tejer sus redes un pescador, alisaba el mango de su azadón un fornido vizcaíno; en el balcón en que antes vi a la familia de un pobre labrador desgranar las panojas de la última cosecha, fumaba en larga pipa un belga, calzado con altas botas de cuero; y en lugar del *cobertor* tradicional y las madejas de estopa, colgaban de la sogá de la *solana* las bridas de un caballo y ancho gabán impermeable; a la puerta de una taberna estropeaba el castellano el tabernero para convencer a un alemán «cerrado,» de que lo que le había vendido por *gin* no era, como parecía, rescoldo; en la plaza, donde paró el carruaje, circulaban entre la boina de los vascos y el gorro verde y colorado de los marineros de la población, la leve *pamela* de la Fuente Castellana, y entre la camiseta de bayeta verde y la blusa azul de los obreros, el brillante gabán de seda sobre el esbelto talle de las hijas del Manzanares y del Sena. Hablábase en un grupo el vascuence, en otro el francés, aquí el alemán y allá el inglés; y para colmo de mi sorpresa, el sombrío palacio de los Trasierra, sobre el punto más elevado de la población, y en otro tiempo cerrado y misterioso, como si dormitara entre los recuerdos de su época, había abierto anchas puertas a la moderna luz y engalanado

sus fachadas; y no descansaba, como antes, sobre escombros y zarzales, sino sobre ameno y florido campo cultivado por diestro jardinero.

En los pocos días que pasé en Comillas busqué en vano lo que tan placentera me había hecho en otro tiempo mi residencia en la misma villa. Todo se hallaba transformado allí. El pequeño puerto, casi inaccesible antes a las anchas pescadoras, se había reformado, penetrando ya en él buques de muchas toneladas; y sobre el muelle en que únicamente se pesaba el pescado fresco en modesta *romana*, crujían las grúas y se revolvían con dificultad carros, básculas y trabajadores. Una cómoda carretera facilitaba la subida desde este punto a la población, y desmontes, murallas y demarcaciones, anunciaban nuevos proyectos de considerables reformas.

Lo mismo que el de la villa, el carácter de su sociedad era nuevo para mí. *Touristas* madrileños, hombres políticos y altas jerarquías militares, damas modeladas en el más genuino troquel del mundo moderno, invadían los salones en que ya se cantaban *dúos* y *cavatinas*, y se bailaban lanceros y cuadrillas, y se amaba y se coqueteaba según la flamante escuela.

El Comillas clásico no existía ya: lo que yo estaba viendo era un pueblo industrial como otro cualquiera, favorecido, durante el verano, por una escogida sociedad de forasteros que habían impuesto a la clase indígena acomodada sus costumbres, como la industria había reducido a sus exigencias los hábitos patriarcales de la masa popular.

Un francés encontró en una ocasión un pedrusco de calamina sobre aquellos terrenos; indagó con cuidado, dio con un filón poderoso, formóse una sociedad explotadora... y he aquí la causa de tan repentina como radical transformación.

Y júzguese, en vista de lo que antecede, si podrá decirse hoy de buena fe, como ayer se decía, por algún comillano del antiguo régimen, que por casualidad pareciese, desorientado entre el actual movimiento de su pueblo,

«Comillas será Comillas
por siempre jamás, amén.»

III.

Con el hallazgo del filón de aquella comarca, excitóse en alto grado la ambición de los montañeses; y errando muchos de breña en breña y de monte en monte, cavando aquí y revolviendo allá, resultó que la provincia entera era un verdadero tesoro de calamina, y que lo único que se necesitaba para que todos fuésemos ricos, era dinero para explotarle. Por eso desde las montañas de Liébana hasta el valle de Reocín se denunciaron las entrañas de la madre tierra; y buscando todos en ellas riquezas a montones, perdieron muchos las que tenían, y ganaron pocos, entre litigios y peleas, bastante menos de lo que habían soñado.

Excusado es decir que los pueblos donde entró la piqueta del minero, han perdido, aunque no en tan alto grado como Comillas, su verdadero carácter local, y amoldándose a otras costumbres. Torrelavega, la primera y más linda villa de la provincia, aunque sobre la carretera nacional y conteniendo desde muchos años hace un comercio considerabilísimo, y por consiguiente, de población menos típica que otras de la Montaña, ha perdido también los pocos rasgos que la distinguían, cediendo a la influencia minera, y más aún a la del ferrocarril que penetra en su jurisdicción. Hoy es esta culta y bonita población una digna sucursal de Santander.

Por regla general, y para no molestar al lector, conste que allí donde el camino de hierro, o las industrias minera y fabril han penetrado, las costumbres clásicas montañesas no existen ya, o existen muy ajustadas al *espíritu moderno*. Pero estas localidades son rarísimas todavía en la provincia, por más que en toda ella corra ya cierto airecillo de *ilustración*... y ahí está mi humildísimo pueblo, a dos brincos de Santander, que no me dejará mentir; *Polanco* (que de algo le ha de servir en este caso tener el hijo alcalde, para darse tono); *Polanco*, digo, donde las mejores mozas se avergüenzan de vestir la plegada saya de paño rojo de ayer, y se ponen el desgarrado vestido de efímera indiana, sobre ¡pásmese el orbe! sobre barruntos de miriñaque.

Y con esto hemos llegado al verdadero asunto de estas últimas páginas.

Es muy posible que algún lector de mi libro, al distraer sus ocios por las bellas praderas de la Montaña, quiera buscar en ellas los modelos de las escenas campestres que yo he pintado. Si no quiere cansarse en vano, si realmente desea encontrarlos, tenga presente cuanto queda dicho en las anteriores líneas de este capítulo: huya de toda comarca en que haya un *paso de nivel*, un *túnel*, una fábrica de tejidos *al vapor* o un *horno de calcinación*. Por allí ha pasado el espíritu moderno y se ha llevado la paz y la poesía de los patriarcas.

Con esta precaución respondo de que encontrará muy pronto a tío *Juan de la Llosa* y compañeros de robla, al mayorazgo *Seturas* y convecinos, y a cuantos personajes de su estofa he tenido el honor de presentarle. Pero es preciso que no tarde mucho en emprender la expedición. Al paso que hoy caminamos, dentro de pocos años la industria habrá

invadido completamente estos pacíficos solares, y entonces ya no habrá tipos. La civilización moderna tiende a este fin, sin duda alguna. Los pueblos *ilustrados*, ya no tienen costumbres propias. Los de la Montaña, cuando acaben de *ilustrarse*, no han de ser menos que ellos.

En ese día alcanzará algún éxito este libro. Vivos hoy los originales de los retratos que encierra, y desprovisto de galas y de primores que le hagan, por sí solo, aceptable a los ojos del público, como depósito fiel de las costumbres de un pueblo patriarcal y hospitalario, no carecerá de atractivo para la curiosidad de los nuevos explotadores del suelo virgen que me le ha dictado.

AMALIA DOMINGO SOLER (1835-1909)

Flor de Lis (in Ead., *Cuentos espiritistas*, 1926)

I.

Conozco a una jovencita llamada Luisa, cuya historia es aún un libro en blanco. Hija de padres muy pobres, vive en medio de la más grande miseria; cinco hermanos menores la aturden a gritos, la molestan con sus exigencias y la hacen trabajar más de lo que puede. Cuenta Luisa diez y seis años; trabaja en un taller de ropa blanca, ganando un escaso jornal, que lo entrega a sus padres, los que no pueden dar a su hija bonitos trajes y otras cosas que desea la niña para realzar las gracias de su juventud. Ayer me decía la madre de Luisa, casi llorando: «¡Cuán atribulada vivo! Como Luisa trabaja tanto y no disfruta de nada, pues ni manta tiene en su camita, me ha dicho esta mañana: «Madre, ¿sabe usted qué estoy pensando? Que si yo me muriera, ganaba ciento por uno». Y no sé, me miró de un modo tan extraño, que me dio miedo. Se ha ido a trabajar y estoy deseando que llegue la noche para volverla a ver. ¡Ay! ¡Qué desgraciados somos los pobres!

Sin darme cuenta, lloré por el porvenir de su hija, recordando la historia de otra joven.

II.

Mi amiga Isabel se casó con Leoncio, empleado en el Ministerio de Hacienda, amándose extremadamente. En el banquete de la boda reinó una alegría general. Leoncio estuvo contentísimo, y su esposa me decía por lo bajo: «¿Querrás creer que tengo miedo de tanta felicidad?». . . Al día siguiente la volví a ver; estaba risueña, pero creí vislumbrar alguna nube en el cielo de su dicha, y le dije al oído:

-¿Qué tienes? ¿Has sufrido algún disgusto?

-Sí. . . y no.

-Cuéntame, ¿qué te sucede?

-Una cosa muy rara. Anoche, cuando ya solos nos abandonamos uno en brazos del otro, de pronto Leoncio palideció, retrocediendo algunos pasos y murmurando con voz apagada:

-¿Flor de Lis?

Como puedes comprender, me asusté no poco, porque vi a Leoncio desfigurado, con el cabello erizado y los ojos casi fuera de sus órbitas. Yo no sabía que hacer, y me daba vergüenza llamar a la doncella; corrí al tocador y empapé mi pañuelo en agua florida y se lo puse en la frente a mi esposo, el cual parecía un loco, hablando solo. Por fin se serenó, y al pedirle explicaciones de lo ocurrido, me dijo suplicante:

-Isabel, si me amas no me recuerdes nunca el suceso de esta noche.

No insistí en mis preguntas; nos acostamos, pero yo no pude dormir en toda la noche. Hoy, aunque él lo disimula, está triste, preocupado. Veremos en qué para todo esto.

III.

Dos meses después, vino a verme Isabel, que se abrazó a mí llorando amargamente y diciéndome entre sollozos: «¡Ay, Amalia! ¡Qué desgracia la mía!

Cuando la vi más tranquila, le pedí me explicara sus penas.

-Pronto están contadas: mi marido está loco.

-Eso no puede ser; ayer estuve hablando con él, y le encontré como siempre, cuerdo.

-¡Ah!, es que su locura es particular. ¿Te acuerdas de lo de la noche de mi boda?

-Sí, Flor de Lis. . .

-Pues con frecuencia se repite la misma escena. Casi todas las noches tenemos la misma historia: el día lo pasa perfectamente: va a la oficina, vuelve, y vamos a cenar con mis padres, y todos juntos al café, al teatro, donde yo quiera ir; pero al llegar a casa y entrar en nuestro cuarto y comenzar a desnudarnos, da principio la tragedia. Se agarra convulsivamente a mi brazo, repite frases incoherentes, y señalando a un rincón, me dice al oído:

-¡Reza, reza por el alma de Flor de Lis!

Vuelve a tranquilizarse, nos acostamos, él se duerme, y a veces soñando llama a Flor de Lis. Yo estoy molestísima, disgustada. Cuando le interrogo, me dice:

-Isabel, no me hables de eso; a ti sola quiero en el mundo, que por tu amor he sido criminal; no me preguntes nada.

Todos estamos como sobre ascuas. Mi madre quiere que un médico alienista reconozca el estado de Leoncio, pero no me atrevo, por no saber cómo lo tomará mi marido. Por otra parte, veo que él no está bien: se le ve enflaquecer; así es que

vivo en un infierno y a la vez en la gloria, porque él me quiere con delirio. Hoy le he dicho que venga a buscarme aquí, con ánimo de que le veas tú y me digas tu opinión, pero no te des por entendida de nada: ¡discreción!

Seguimos hablando del asunto, hasta que llegó un amigo mío, ferviente espiritista, médico eminente y gran observador de la fenomenología, a la que consagraba sus estudios más profundos.

A poco rato vino Leoncio, y yo, de intento, hice rodar la conversación sobre espiritismo.

Enrique, que es elocuentísimo, contó varias aventuras de sus viajes; habló de presentimientos, de apariciones, de venganzas, de obsesiones, y observé que Leoncio le escuchaba atentamente, hasta el punto que al decir Isabel: «Vámonos, que ya es tarde», su marido le replicó:

-Siéntate, siéntate, que lo que dice este caballero nos interesa a los dos.

Enrique siguió hablando y contestando a varias preguntas de Leoncio; éste, por último, le dijo:

-Nunca hice caso del espiritismo, ni creo en él; pero si usted me lo permite, voy a contarle lo que me sucede. Pero antes referiré un episodio de mi vida de soltero.

Isabel miró a su esposo asombrada. Él la comprendió y le dijo gravemente:

-A grandes males, grandes remedios; yo estoy enfermo, sufro y te hago sufrir, y ya que la casualidad me presenta un hombre de tan profundos conocimientos como es este caballero, quisiera saber si estoy loco, o si estoy cuerdo. Comienzo, pues, mi confesión:

IV.

De soltero no engañé nunca a mujer alguna; compraba el amor hecho. Una tarde vi a dos jóvenes que me llamaron vivamente la atención, en particular una de ellas, morena, pálida, con ojos retadores... Su compañera, blanca y rubia, era un tipo más vulgar, y hablaba y reía ruidosamente. Púseme al lado de ellas; comencé a decirles tonterías, y la rubia siguió la broma alegremente, mientras que la morena no me contestó ni una sola palabra. A mis palabras insinuantes me dirigió una sonrisa tristísima, que parecía la avanzada anunciadora de un raudal de lágrimas.

Su silencio hizo exclamar a la rubia, en son de mofa: «¿Te has vuelto muda, Flor de Lis?»

Seguí la pista de aquella niña, y supe que era huérfana recogida por una pobre lavandera que la prohijó. Se llamaba María, pero por su afición a las flores de lis y al color granate, dieron en llamarla con el nombre de la aristocrática flor.

Trabajaba en una modistería de sombreros, y el fruto de sus labores lo entregaba íntegro a su madre adoptiva.

Flor de Lis consiguió despertar mi sentimiento. Durante dos años, todas las noches iba a buscarla al taller; la acompañaba a su casa, subía a su cuarto, y su madre adoptiva me recibía con el mayor cariño, sentándonos los tres y charlando familiarmente. Frecuentemente solía decirme Flor de Lis, a solas: «Yo soy poco para ti: te casarás con otra, lo sé; y, el día que tú te cases, me moriré. Tú lo eres todo para mí; yo para ti no soy más que un dulce entretenimiento. Siempre que te vas, pienso: ¡quién sabe si le veré más!»

Y la pobre niña tenía razón, pues nunca se me ocurrió hacerla mi esposa, ni tampoco me asaltó la idea de abusar de su inmenso cariño. A su lado me hallaba bien, y olvidaba teatros, reuniones, familia y amigos, sin preocuparme de nuestro porvenir.

Luchaba conmigo mismo, haciéndome el propósito de no volverla a ver, ya que no iba a ser mi esposa, pero instintivamente olvidaba todo plan forjado, y volvía, atraído poderosamente por el cariño de Flor de Lis.

Una noche, que era el santo de mi madre, se daba un gran baile en mi casa, y tuve que dejar de ir a ver a Flor de Lis. Aquella noche conocí a la mujer que hace dos meses es mi esposa. Isabel absorbió desde entonces toda mi atención, toda mi alma. Intenté varias veces escribir o visitar a Flor de Lis para explicarle mi vida y mis proyectos de casamiento con otra mujer, mas no lo hice, no me atreví a confesarle mis intimidades, sintiendo a la vez profunda lástima por ella, sabiendo lo buena y amorosa que siempre estuvo conmigo y lo mucho que me amaba.

En fin, me casé con Isabel, y cuando llegó la noche, en el momento de quedarme solo con mi esposa, se me presentó.

Flor de Lis, vestida de blanco, con el cabello suelto y una flor de lis sobre el corazón. Desde entonces, casi todas las noches se repite la aparición. No he tenido valor para preguntar si ha muerto: me encuentro asombrado, aturdido: no sé si estoy loco, o cuerdo.

¿Es que mi remordimiento me hace ver su imagen? ¿Es que su sombra me persigue después de muerta? ¿No se disgrega todo en la tumba? Yo vivo mal, y hago sufrir a Isabel, que es lo que más siento.

-Lo más probable es que Flor de Lis habrá muerto -dijo Enrique-. Mañana iremos Amalia y yo a ver lo que hay de cierto. Entonces, con conocimiento de causa, haré cuanto esté de mi parte por separar a usted de ese espíritu que sufre y hace sufrir.

Isabel quedó apesadumbrada al saber que su felicidad fuera la muerte de aquella pobre niña. Se empeñó en ser también de la partida, para saber lo que había sido de Flor de Lis.

V.

Al día siguiente fuimos los tres a la calle de Embajadores y entramos en la casa que nos había indicado Leoncio. En el portal encontramos a dos mujeres, y mi amiga Isabel preguntó a una de ellas:

-¿Vive aquí Flor de Lis?

-Vivía, señora, vivía.

-¿Se ha mudado?

-Sí, al cementerio.

-¿Hace mucho que ha muerto?

-Más de dos meses.

-¿Y de qué murió? -pregunté.

-¡De pena! ¡Pobrecilla!

-¿De pena?

-Sí, señora; y a mí nada me extraña; ¡tenía que suceder!...

-¿Por qué? -balbuceó Isabel.

-Toma, porque los peces no viven fuera del agua, y Flor de Lis no vivía como viven los de su clase. Como era tan señorita, no quería ningún trabajador. Por eso se enamoró de un hombre sin entrañas, que la llenó de ilusiones la cabeza, y luego... ¡si te he visto no me acuerdo! Flor de Lis, como era muy reservada y sentida, se fue consumiendo, poco a poco, como candil sin aceite; y una noche, cosiendo, se quedó muerta... ¡Pobrecilla!

-¿Y Narcisa, su madre adoptiva? -preguntó Enrique.

-Hace quince días que murió en el hospital, maldiciendo al que la había dejado sin hija.

Isabel, oyendo esto, no pudo contener su llanto. Las dos mujeres la miraron con extrañeza, y Enrique puso fin a aquella escena, haciéndonos marchar más que de prisa.

VI.

Al llegar a casa, encontramos esperándonos a Leoncio. Bastóle ver a su esposa para comprender que Flor de Lis había muerto, pues Isabel sollozaba sin consuelo.

Enrique se encargó de la curación de Leoncio. Isabel, sin poderlo remediar, siempre estaba triste, hasta que dio a luz a una niña preciosa, que volvió la alegría a mis buenos amigos. En recuerdo de la infeliz obrera, llamaron a la recién nacida Flor de Lis, amada con delirio por sus padres.

Enrique, como si presintiera un algo misterioso, cuando veía a Isabel con la pequeñita en brazos, murmuraba:

¡Qué misteriosa es la vida!

¡Cuántas, cuántas mujeres jóvenes y hermosas sienten frío en el alma, y mueren como Flor de Lis!

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER (1836-1870)

Los ojos verdes («El Contemporáneo», 15 de diciembre de 1861)

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I.

-Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados y hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares; ¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Íñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

-¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! -gritó Íñigo entonces-. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles, refunfuñando, dejaron la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

-¿Qué haces? -exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos-. ¿Qué haces, imbécil? ¡Es que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

-Señor -murmuró Íñigo entre dientes-, es imposible pasar de este punto.

-¡Imposible! ¿Y por qué?

-Porque esa trocha -prosiguió el montero- conduce a la fuente de los Álamos; la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

-¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí..., las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame...; suelta esa brida o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus! ¡Relámpago! ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecieron inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

-Señores, vosotros lo habéis visto, me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

II.

-Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío; ¿qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Álamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros en la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Íñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

-Íñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

-¡Una mujer! -exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

-Sí -dijo el joven-; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin desplegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Éste, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

-Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Álamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes, y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua parecen que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando, al despuntar la mañana, me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no era nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi *Relámpago* creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálices parecen esmeraldas..., no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos...

-¡Verdes! -exclamó Íñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

-¿La conoces?

-¡Oh no! -dijo el montero-. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más améis en la tierra, a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiaréis muriendo el delito de haber encenagado sus ondas.

-¡Por lo que más amo!... -murmuró el joven con una triste sonrisa.

-Sí -prosiguió el anciano-: por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

-¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

-¡Cúmplase la voluntad del cielo!

III.

-¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

-¡No me respondes! -exclamó Fernando al ver burlada su esperanza- ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

-O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebató de amor:

-Si lo fueses..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

-Fernando -dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música-, yo te amo más aún que tú me amas; yo que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea como ellas, fugaz y transparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuente desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

-¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas

de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven...

La noche empezaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven..., ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... Y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella...; otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.

Rimas, 1871 (*Libro de los gorriones*, 1868, mss.)

Introducción sinfónica

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a la de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en formidable aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por dónde salir a la luz, de entre las tinieblas en que viven. Pero, ¡ay!, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra, y la palabra, tímida y perezosa, se niega a secundar sus esfuerzos. Mudos, sombríos e impotentes, después de la inútil lucha vuelven a caer en su antiguo marasmo. ¡Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cesa el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino!

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres: ellas son la causa, desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término, y a éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya como las raquílicas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso a las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Andad, pues! Andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables; os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estrofa tejida con frases exquisitas, en la que os pudierais envolver con orgullo como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. Mas es imposible.

No obstante, necesito descansar; necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo por cuyas henchidas venas se precipita la sangre con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que avienta por el aire la muerte antes que su creador haya podido pronunciar el fiat lux que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos en extravagante procesión pidiéndome, con gestos y contorsiones, que os saque a la vida de la realidad, del limbo en que vivís, semejantes a fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa, vieja y cascada ya, se pierdan, a la vez que el instrumento, las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza a flaquear, y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales. Mi memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado, con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si *morir es dormir*, quiero dormir en paz en la noche de la muerte, sin que vengáis a ser mi pesadilla maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo a cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje. De una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanqui, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

XXI

-¿Qué es poesía? -dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul-.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.

LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán;
pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres,
éas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreelvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
sus flores se abrirán;
pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...
éas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará;
pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
¡así no te querrán!

ROSALÍA DE CASTRO (1837-1885)

Las literatas. Carta a Eduarda («Almanaque de Galicia», 1865)

Querida Eduarda:

¿Seré demasiado cruel, al empezar esta carta, diciéndote que la tuya me ha puesto triste y malhumorada? ¿Iré a parecerme envidiosa de tus talentos, o brutalmente franca, cuando me atrevo a despojarte, sin rebozo ni compasión, de esas caras ilusiones que tan ardientemente acaricias? Pero tú sabes quién soy, conoces hasta lo íntimo mis sentimientos, las afecciones de mi corazón, y puedo hablarte.

No, mil veces no, Eduarda; aleja de ti tan fatal tentación, no publiques nada y guarda para ti sola tus versos y tu prosa, tus novelas y tus dramas: que ése sea un secreto entre el cielo, tú y yo. ¿No ves que el mundo está lleno de esas cosas? Todos escriben y de todo. Las musas se han desencadenado. Hay más libros que arenas tiene el mar, más genios que estrellas tiene el cielo y más críticos que hierbas hay en los campos. Muchos han dado en tomar esto último por oficio; reciben por ello alabanzas de la patria, y aunque lo hacen lo peor que hubiera podido esperarse, prosiguen entusiasmados, riéndose, necios felices, de los otros necios, mientras los demás se ríen de ellos. Semejantes a una plaga asoladora, críticos y escritores han invadido la tierra y la devoran como pueden. ¿Qué falta hacemos, pues, tú y yo entre ese tumulto devastador? Ninguna y lo que sobra siempre está demás. Dirás que trato esta cuestión como la del matrimonio, que hablamos mal de él después que nos hemos casado; mas puedo asegurarte, amiga mía, que si el matrimonio es casi para nosotros una necesidad impuesta por la sociedad y la misma naturaleza, las musas son un escollo y nada más. Y, por otra parte, ¿merecen ellas que uno las ame? ¿No se han hecho acaso tan ramplonas y plebeyas que acuden al primero que las invoca, siquiera sea la cabeza más vacía? juzga por lo que te voy a contar.

Hace algún tiempo, el barbero de mi marido se presentó circunspecto y orgullosamente grave. Habiendo tropezado al entrar con la cocinera, le alargó su mano y la saludó con la mayor cortesía, diciendo: «A los pies de usted, María: ¿qué tal de salud?» «Vamos andando -le contestó muy risueña-, ¿y usted, Guanito?» «Bien, gracias, para servir a usted.» «¿Qué fino es usted, amigo mío! -añadió ella, creyéndose elevada al quinto cielo porque el barberillo le había dado la mano al saludarla y se había puesto a sus pies -. ¡Cómo se conoce que ha pisado usted las calles de La Habana! Por aquí, apenas saben los mozos decir más que buenos días.»

-¿Cómo se conoce que vienes de aquella tierra! -exclamé yo para mí-. Tú ya sabes, Eduarda, cuál es aquella tierra... aquella feliz provincia en donde todos, todos (yo creo que hasta las arañas) descienden en línea recta de cierta antigua, ingeniosa y artística raza que ha dado al mundo lecciones de arte y sabiduría.

-¿Cómo no ha venido usted más antes? -le preguntó mi marido algo serio. ¿No sabía usted que le esperaba desde las diez?

-Cada cual tiene sus ocupaciones particulares -repuso el barbero con mucho tono y jugando con el bastón- Tenía que concluir mi libro y llevarlo a casa del impresor, que ya era tiempo.

-¿Qué libro?-repuso mi marido lleno de asombro.

-Una novela moral, instructiva y científica que acabo de escribir, y en la cual demuestro palpablemente que el oficio de barbero es el más interesante entre todos los oficios que se llaman mecánicos, y debe ser elevado al grado de profesión honorífica y titulada, y trascendental por añadidura.

Mi marido se levantó entonces de la silla en que se sentara para ser inmolado, y cogiendo algunas monedas, se las entregó al barbero, diciendo:

-Hombre que hace tales obras no es digno de afeitarse mi cara -y se alejó riendo fuertemente; pero no así yo, que, irritada contra los necios y las musas, abrí mi papelera y rompí cuanto allí tenía escrito, con lo cual, a decir verdad, nada se ha perdido.

Porque tal es el mundo, Eduarda: cogerá el libro, o, mas bien dicho, el aborto de ese barbero, a quien Dios hizo más estúpido que una marmota, y se atreverá a compararlo con una novela de Jorge Sand.

-Yo tengo leídas muchas preciosas obras -me decía un día cierto joven que se tenía por instruido-. Las tardes de la Granja y el Manfredo de Byron; pero, sobre todo, Las tardes de la Granja me han hecho feliz.

-Lo creo -le contesté y mudé de conversación.

Esto es insoportable para una persona que tenga algún orgullo literario y algún sentimiento de poesía en el corazón; pero sobre todo, amiga mía, tú no sabes lo que es ser escritora. Serlo como Jorge Sand vale algo; pero de otro modo, ¿qué

continuo tormento!; por la calle te señalan constantemente, y no para bien, y en todas partes murmuran de ti. Si vas a la tertulia y hablas de algo de lo que sabes, si te expresas siquiera en un lenguaje algo correcto, te llaman bachillera, dicen que te escuchas a ti misma, que lo quieres saber todo. Si guardas una prudente reserva, ¡qué fatua!, ¡qué orgullosa!; te desdeñas de hablar como no sea con literatos. Si te haces modesta y por no entrar en vanas disputas dejas pasar desapercibidas las cuestiones con que te provocan, ¿en dónde está tu talento?; ni siquiera sabes entretener a la gente con una amena conversación. Si te agrada la sociedad, pretendes lucirte, quieres que se hable de ti, no hay función sin tarasca. Si vives apartada del trato de gentes, es que te haces la interesante, estás loca, tu carácter es atrabiliario e insoportable; pasas el día en delirios poéticos y la noche contemplando las estrellas, como don Quijote. Las mujeres ponen en relieve hasta el más escondido de tus defectos y los hombres no cesan de decirte siempre que pueden que una mujer de talento es una verdadera calamidad, que vale más casarse con la burra de Balaam, y que sólo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal varón.

Sobre todo los que escriben y se tienen por graciosos, no dejan pasar nunca la ocasión de decirte que las mujeres deben dejar la pluma y reparar los calcetines de sus maridos, si lo tienen, y si no, aunque sean los del criado. Cosa fácil era para algunas abrir el armario y plantarle delante de las narices los zurcidos pacientemente trabajados, para probarle que el escribir algunas páginas no le hace a todas olvidarse de sus quehaceres domésticos, pudiendo añadir que los que tal murmuran saben olvidarse, en cambio, de que no han nacido más que para tragar el pan de cada día y vivir como los parásitos.

Pero es el caso, Eduarda, que los hombres miran a las literatas peor que mirarían al diablo, y éste es un nuevo escollo que debes temer tú que no tienes dote. únicamente alguno de verdadero talento pudiera, estimándote en lo que vales, despreciar necias y aun erradas preocupaciones; pero... ¡ay de ti entonces!, ya nada de cuanto escribes es tuyo, se acabó tu numen, tu marido es el que escribe y tú la que firmas.

Yo, a quien sin duda un mal genio ha querido llevar por el perverso camino de las musas, sé harto bien la senda que en tal peregrinación recorreremos. Por lo que a mí respecta, se dice muy corrientemente que mi marido trabaja sin cesar para hacerme inmortal. Versos, prosa, bueno o malo, todo es suyo; pero, sobre todo, lo que les parece menos malo y no hay principiante de poeta ni hombre sesudo que no lo afirme. ¡De tal modo le cargan pecados que no ha cometido! Enfadada preocupación, penosa tarea, por cierto, la de mi marido que costándole aún trabajo escribir para sí (porque la mayor parte de los poetas son perezosos), tiene que hacer además los libros de su mujer, sin duda con el objeto de que digan que tiene una esposa poetisa (esta palabra ya llegó a hacerme daño) o novelista, es decir, lo peor que puede ser hoy una mujer.

Ello es algo absurdo si bien se reflexiona, y hasta parece oponerse al buen gusto y a la delicadeza de un hombre y de una mujer que no sean absolutamente necios... Pero ¿cómo cree que ella pueda escribir tales cosas? Una mujer a quien ven todos los días, a quien conocen desde luna, a quien han oído hablar, y no andaluz, sino lisa y llanamente como cualquiera, ¿puede discurrir y escribir cosas que a ellos no se les han pasado nunca por las mientes, y eso que han estudiado y saben filosofía, leyes, retórica y poética, etc.? Imposible; no puede creerse a no ser que viniese Dios a decirlo. ¡Si siquiera hubiese nacido en Francia o en Madrid! Pero ¿aquí mismo?... ¡Oh!...

Todo esto que por lo general me importa poco, Eduarda, hay, veces, sin embargo, que me ofende y, lastima mi amor propio, y he aquí otro nuevo tormento que debes añadir a los ya mencionados.

Pero no creas que para aquí el mal, pues una poetisa o escritora no puede vivir humanamente en paz sobre la tierra, puesto que, además de las agitaciones de su espíritu, tiene las que levantan en torno de ellas cuantos la rodean.

Si te casas con un hombre vulgar, aun cuando él sea el que te atormente y te oprima día y noche, sin dejarte respirar siquiera, tú eres para el mundo quien le maneja, quien le lleva y trae, tú quien le manda; él dice en la visita la lección que tú le has enseñado en casa, y no se atreve a levantar los ojos por miedo a que le riñas y todo esto que redunde en menosprecio de tu marido, no puede menos de herirte mortalmente si tienes sentimientos y dignidad, porque lo primero que debe cuidar una mujer es de que la honra y la dignidad de su esposo rayen siempre tan alto como sea posible. Toda mancha que llega a caer en él cunde hasta ti y hasta tus hijos: es la columna en que te apoyas y no puede vacilar sin que vaciles, ni ser derribada sin que te arrastre en su caída.

He aquí, bosquejada deprisa y a grandes rasgos, la vida de una mujer literata. Lee y reflexiona; espero con ansia tu respuesta.

Tu amiga, Nicanora.

...

Paseándome un día por las afueras de la ciudad, hallé una pequeña cartera que contenía esta carta. Parecióme de mi gusto,

no por su mérito literario, sino por la intención con que ha sido escrita, y por eso me animé a publicarla. Perdóneme la desconocida autora esta libertad, en virtud de la analogía que existe entre nuestros sentimientos.

BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920)

La Princesa y el granuja. Cuento de año nuevo (1877)

I.

Pacorrito Migajas era un gran personaje. Alzaba del suelo poco más de tres cuartas, y su edad apenas pasaba de los siete años. Tenía la piel curtida del sol y del aire, y una carilla avejentada que más bien le hacía parecer enano que niño. Sus ojos eran negros y vividores, con grandes pestañas como alambres y resplandor de pillería. Pero su boca daba miedo de puro fea, y sus orejas, al modo de aventadores, antes parecían pegadas que nacidas. Vestía gallardamente una camisa de todos colores, por lo sucia, y pantalón hecho de remiendos, sostenido con un solo tirante. En invierno abrigábase con una chaqueta que fue de su señor abuelo, la cual después de cortadas las mangas por el codo, a Pacorrito le venía que ni pintada para gabán. En el cuello le daba varias vueltas a manera de serpiente, un guiñapo con aspiraciones a bufanda, y cubría la mollera con una gorrita que afanó en el Rastro. No usaba zapatos, por serle esta prenda de grandísimo estorbo, ni tampoco medias, porque le molestaba el punto.

La familia de Pacorrito Migajas no podía ser más ilustre. Su padre, acusado de intentar un escalo por la alcantarilla, fue a tomar aires a Ceuta, donde murió. Su madre, una señora muy apersonada que por muchos años tuvo puesto de castañas en la Cava de San Miguel, fue también metida en líos de justicia, y después de muchos embrollos, y dimes y diretes con jueces y escribanos, me la empaquetaron para el penal de Alcalá. Aún quedaba a Pacorrito su hermana; pero ésta, abandonando su plaza en la Fábrica de Tabacos, corrió a Sevilla en amoroso seguimiento de un cabo de artillería, y ésta es la hora, en que no ha vuelto. Estaba, pues, Migajas solo en el mundo, sin más familia que él mismo, sin más amparo que el de Dios, ni otro guía que su propia voluntad.

II.

¿Pero creerá el pío lector que Pacorrito se acobardó al verse solo? Ni por pienso. Había tenido ocasión, en su breve existencia, de conocer los vaivenes del mundo, y algo de lo falso y mentiroso que encierra esta vida miserable. Llenándose de energía, afrontó la situación como un héroe. Afortunadamente, tenía buenas relaciones con diversa gente de su estofa y aun con hombres barbudos que parecían dispuestos a protegerle, y bulle que bulle, aquí me meto y allí me saco, consiguió dominar su triste estado.

Vendía fósforos, periódicos y algún billete de Lotería, tres ramos mercantiles que explotados con inteligencia podían asegurarle honradas ganancias; así es que a Pacorrito nunca le faltaban cuatro cuartos en el bolsillo para sacar de un apuro a un compañero, o para obsequiar a las amigas.

No le inquietaban gran cosa ni las molestias del domicilio ni las exigencias del casero. Sus palacios eran el Prado en verano, y en invierno los portales de la casa Panadería. Varón sobrio y enemigo de pompas mundanas, se contentaba con un rincón cualquiera donde pasar la noche. Comía, como los pájaros, lo que encontraba, sin que jamás se apurase por esto, a causa de la conformidad religiosa que existía en su alma, y de su instintiva fe en los misteriosos auxilios de la Providencia, que a ningún ser grande ni chico desampara.

Los que esto lean creerán que Migajas era feliz. Parece natural que lo fuese. Si carecía de familia, gozaba de preciosísima libertad, y como sus necesidades eran escasas, vivía holgadamente de su trabajo, sin deber nada a nadie; sin que le quitaran el sueño cuidados ni ambiciones; pobre, pero tranquilo; desnudo el cuerpo, pero lleno de paz sabrosa el espíritu. Pues a pesar de esto, el señor de Migajas no era feliz. ¿Por qué? Porque estaba enamorado hasta las gachas, como suele decirse.

Sí, señores, aquel Pacorrito tan pequeño y tan feo y tan pobre y tan solo, amaba. ¡Ley inexorable de la vida, que no permite a ningún ser, cualquiera que sea, redimirse del despótico yugo de amor!

Amaba nuestro héroe con soñador idealismo, libre de todo pensamiento impuro, a veces con ardoroso fuego que en sus venas ponía un hervor de todos los demonios. Su corazón volcánico tenía sensaciones de todas clases para el objeto amado, ora dulces y platónicas como las de Petrarca, ora arrebatadas como las de Romeo.

¿Y quién había inspirado a Pacorrito pasión tan terrible? Pues una dama que arrastraba vestidos de seda y terciopelo con vistosas pieles, una dama de cabellos rubios, que en bucles descendían sobre su alabastrino cuello. La tal solía gastar quevedos de oro, y a veces estaba sentada al piano tres días seguidos.

III.

Sabed cómo la conoció Pacorro y quién era aquella celestial hermosura.

Extendía el chico la esfera de sus operaciones mercantiles por la mitad de una de las calles que afluyen a la Puerta del Sol, calle muy concurrida y con hermosas tiendas, que de día ostentan en sus escaparates mil prodigios de la industria, y por las noches se iluminan con la resplandeciente claridad del gas. Entre estas tiendas, la más bonita es una que pertenece a un alemán, siempre llena de bagatelas preciosísimas destinadas a grandes y pequeños. Es el bazar de la infancia infantil y de la adulta. Por Carnaval se llena de caretas burlescas; en Semana Santa de figuras piadosas; hacia Navidad de Nacimientos y árboles cargados de juguetes, y por Año Nuevo de magníficos objetos para regalos.

La pasión frenética de Pacorrillo empezó cuando el alemán puso en su vitrina una encantadora colección de damas vestidas con los ricos trajes que imagina la fantasía parisiense. Casi todas tenían más de media vara de estatura. Sus rostros eran de fina y purificada cera, y ningún carmín de frescas rosas se igualaba al rubor de sus castas mejillas. Sus azules ojos de vidrio brillaban inmóviles con más fulgor que la pupila humana. Sus cabellos, de suavísima lana rizada, podían compararse, con más razón que los de muchas damas, a los rayos del sol; y las fresas de Abril, las cerezas de Mayo y el coral de los hondos mares, parecerían cosa fea en comparación de sus labios rojos.

Eran tan juiciosas que jamás se movían de sitio en que las colocaban. Sólo crujía el gozne de madera de sus rodillas, hombros y codos, cuando el alemán las sentaba al piano, o las hacía tomar los lentes para mirar a la calle. De resto, no daban nada que hacer, y jamás se les oyó decir esta boca es mía.

Entre ellas había una ¡ay qué hembra! la más hermosa, la más alta, la más simpática, la más esbelta, la mejor vestida, la más señora. Debía de ser mujer de elevada categoría, a juzgar por su ademán grave y pomposo, y cierto airecillo de protección que a maravilla le sentaba.

-¡Gran mujer!- dijo Pacorrillo la primera vez que la vio; y más de una hora estuvo plantado ante el escaparate, contemplando tan seductora belleza.

IV.

Nuestro personaje se hallaba en ese estado particular de exaltación y desvarío en que aparecen los héroes de las novelas amorosas. *Su cerebro hervía; en su corazón se enroscaban culebras mordedoras; su pensamiento era un volcán; deseaba la muerte; aborrecía la vida; hablaba sin cesar consigo mismo; miraba a la luna; se remontaba al quinto cielo, etc.*

¡Cuántas veces le sorprendió la noche en melancólico éxtasis delante del cristal, olvidado de todo, hasta de su propio comercio y modo de vivir! no era por cierto muy desairada la situación del buen Migajas, quiero decir, que era hasta cierto punto correspondido en su loca pasión. ¿Quién puede medir la intensidad amorosa de un corazón de estopa o serrín? El mundo está lleno de misterios. La ciencia es vana y jamás llegará a lo íntimo de las cosas. ¡Oh, Dios! ¿será posible algún día demarcar fijamente la esfera de lo inanimado? ¿Lo inanimado, dónde empieza? Atrás los pedantes que, deteniéndose delante de una piedra o de un corcho, le dicen: «Tú no tienes alma.» Sólo Dios sabe cuáles son las verdaderas dimensiones de ese Limbo invisible donde yace todo lo que no ama.

Bien seguro estaba Pacorrillo de haber hecho tilín a la dama. Ésta le miraba, y sin moverse ni pestañear ni abrir la boca, decíale mil cosas deleitables, ya dulces como la esperanza, ya tristes como el presentimiento de sucesos infaustos. Con esto se encendía más y más en el corazón del amigo Migajas la llama que le devoraba, y su atrevida mente concebía dramáticos planes de seducción, rapto y aun de matrimonio.

Una noche, el amartelado galán acudió puntual a la cita. La señora estaba sentada al piano, las manos suspendidas sobre las teclas y el divino rostro vuelto hacia la calle. El granuja y ella se miraron. ¡Ay! ¡Cuánto idealismo, cuanta pasión en aquella mirada! Los suspiros sucedieron a los suspiros, y las ternezas a las ternezas, hasta que un suceso imprevisto cortó el hilo de tan dulce comunicación truncando de un golpe la felicidad de los amantes. Fue como esas súbitas catástrofes que hieren mortalmente los corazones, originando suicidios, tragedias y otros lamentables casos.

Una mano penetró en el escaparate, por la parte de la tienda, y cogiendo a la señora por la cintura se la llevó dentro. Al asombro de Migajas sucedió una pena tan viva que deseó morir en aquel mismo instante. ¡Ver desaparecer al objeto amado, cual si se lo tragara la insaciable tumba, y no poder detener aquella existencia que se escapa, y no poder seguirla aunque fuera al mismo infierno! ¡Desgracia superior a las fuerzas de un mortal! Migajas estuvo a punto de caer al suelo; pensó en el suicidio; invocó a Dios y al diablo...

-¡La han vendido! -murmuró sordamente.

Y se arrancó los cabellos, y se arañó el rostro; y en las pataletas de su desesperación se le cayeron al suelo los fósforos, los periódicos y los billetes de Lotería. ¡Intereses del mundo, no valéis lo que un suspiro!

V.

Repuesto al cabo de su violenta emoción, el rapaz miró hacia el interior de la tienda, y vio a unas niñas y a dos o tres personas mayores hablando con el alemán. Una de las chicas sostenía en sus brazos a la dama de los pensamientos de Migajas. Hubiérase lanzado éste con ímpetu salvaje dentro del local; pero se detuvo, temeroso de que viendo su facha estrambótica, le adjudicaran una paliza o le entregasen a una pareja.

Fijo en la puerta, consideraba los horrores de la trata de blancos, de aquella nefanda institución tirolesa, en la cual unos cuantos duros deciden la suerte de honradas criaturas, entregándolas a la destructora ferocidad de niños mal criados. ¡Ay! ¡Cuán miserable le parecía a Pacorruto la naturaleza humana!

Los que habían comprado la señora salieron de la tienda y entraron en un coche de lujo. ¡Cómo reían los tunantes! Hasta el más pequeño, que era el más mimoso, se permitía tirar de los brazos a la desgraciada muñeca, a pesar de tener él para su exclusivo goce variedad de juguetillos propios de su edad. Las personas mayores también parecían muy satisfechas de la adquisición.

Mientras el lacayo recibía órdenes, Pacorruto, que era hombre de resoluciones heroicas y audaces, concibió la idea de colgarse a la zaga del coche. Así lo hizo, con la agilidad cuadrumana que emplean los granujas cuando quieren pasear en carruaje de un cabo a otro de la Villa.

Alargando el hocico hacia la derecha, veía asomar por la portezuela uno de los brazos de la dama sacrificada al vil metal. Aquel brazo rígido y aquel puño de rosa hablaban enérgico lenguaje a la imaginación de Migajas, que en medio del estrépito de las ruedas oía estas palabras:

-¡Sálvame, Pacorruto mío, sálvame!

VI.

En el pórtico de la casa grande donde se detuvo el coche, cesaron las ilusiones del granuja, porque un criado le dijo que si manchaba el piso con sus pies enlodados, le rompería el espinazo. Ante esta abrumadora razón, Migajas se retiró, lleno el corazón de un ardiente anhelo de venganza.

Su fogoso temperamento le impulsaba a seguir adelante, arrojándose en brazos de la fortuna y en las tinieblas de lo imprevisto. Su alma se adaptaba a las ruidosas y dramáticas aventuras. ¿Qué hizo el muy pillo? Pues concertarse con los que iban a recoger la basura a la casa donde estaba en esclavitud su adorada, y por tal medio, que podrá no ser poético, pero que revela agudeza de ingenio y un corazón como la copa de un pino, Migajas se introdujo en el palacio.

¡Cómo le palpitaba el corazón cuando subía y penetraba en la cocina! La idea de estar cerca de *ella* le confundía de tal suerte, que más de una vez se le cayó la espuerta de la mano, derramándose en la escalera. Pero de ningún modo podía saciar la ardiente sed de sus ojos, que anhelaban ver a la hermosa dama. Sintió lejanos chillidos de niños juguetones, pero nada más. La gran señora por ninguna parte aparecía.

Los criados de la casa, viéndole tan pequeño y tan feo, le hacían mil burlas; mas uno de ellos, que era algo compasivo, le daba golosinas. Una mañana muy fría, el cocinero ya fuese por lástima, ya por maldad, lo dio a beber de un vino áspero y picón como demonios. El granuja sintió dulcísimo calor en todo el cuerpo y un vapor ardiente que a la cabeza le subía. Sus piernas flaqueaban, sus brazos desmayados caían con abandono voluptuoso. Del pecho le brotaba una risa juguetona, que iba afluyendo de su boca, cual arroyo sin fin, y Pacorruto reía y se agarraba con ambas manos a la pared para no caer.

Un puntapié vigoroso, aplicado en semejante parte, modificó un tanto la risa, y puesta la mano en la parte dolorida, Pacorruto salió de la cocina. Su cabeza seguía trastornada. Él no sabía a dónde le conducían sus pasos. Corrió tambaleándose y riendo de nuevo; pisó fríos ladrillos, y después suave entarimado, y luego tibias alfombras.

De repente sus ojos se detuvieron en un objeto que en el suelo yacía. ¡Cielos!... Migajas exhaló un rugido de dolor, y cayó de rodillas.

Allí, tendida como un cadáver, los vestidos rasgados y en desorden, partida la frente alabastrina, roto uno de los brazos, desgreñado el pelo, estaba la señora de sus pensamientos. ¡Lastimoso cuadro que partía el corazón!

Nuestro héroe, durante un rato, no pudo articular palabra. La voz se ahogaba en su garganta. Estrechó contra su corazón aquel frío cuerpo inanimado, cubriéndolo de besos ardientes. La señora tenía abiertos los ojos, y miraba con melancólica dulzura a su fiel adorador. A pesar de sus horribles heridas y del lastimoso estado de su cuerpo, la noble dama vivía. Pacorruto lo conoció en la luz singular de sus quietos ojos azules, que despedían llamaradas de amor y gratitud.

-Señora, ¿quién os trajo a tan triste estado? -exclamó en tono patético, angustioso.

Pero pronto, al dolor agudísimo sucedió la ira, y Pacorruto pensó tomar venganza de aquel descomunal agravio.

Como en el mismo instante sintiera pasos, cargó en sus brazos a la gentil dama echando a correr con ella fuera de la casa. Bajó la escalera, atravesó el patio, salió a la calle con tanta velocidad, que no se podía decir que corría, sino que volaba. Su carrera era como la del pájaro que al robar un grano, oye el tiro del cazador, y sintiéndose ileso, quiere poner entre su persona y la escopeta toda la distancia posible.

Corrió por una, dos, tres, diez calles, hasta que, creyéndose bastante lejos, descansó, poniendo sobre sus rodillas el precioso objeto de su insensato amor.

VII.

Vino la noche, y Pacorruto vio con placer las dulces sombras que envolvían el atrevido raptó, protegiendo sus honestos amores. Examinando atentamente las heridas del descalabrado cuerpo de su adorada, observó que no eran de gravedad, aunque por los agujeros del cráneo se le verían los sesos si los tuviera, y toda la estopa, del corazón se salía a borbotones por diferentes heridas. El traje estaba hecho girones, y parte de la cabellera se había quedado en el camino durante la veloz corrida. Inundósele el alma de pena al considerar que carecía de fondos para hacer frente a situación tan apurada. Con el abandono de su comercio se le habían vaciado los bolsillos, y una mujer amada, mayormente si no está bien de salud, es fuente inagotable de gastos. Migajas se tentó aquella parte de su andrajosa ropa donde solía tener la calderilla, y no halló ni tampoco un triste chavo.

«Ahora -pensó- ahora necesitaré casa, cama, la mar de médicos y cirujanos, modista, mucha comida, un buen fuego... y nada, tengo.

Pero como estaba tan fatigado, recostó la cabeza sobre el cuerpo de su ídolo y se durmió como un ángel.

Entonces, ¡oh prodigio! la señora se fue reanimando, y levántandose al fin, mostró a Pacorruto su risueño semblante, su noble frente sin ninguna herida, su cuerpo esbelto sin la más leve rotura, su vestido completo y limpio, su cabellera rizada y perfumada, su sombrero coquetón, que adornaban diminutas flores; en suma, se mostró perfecta y acabadamente hermosa, tal como la conoció el muchacho en la vitrina.

¡Ay! Migajas se quedó deslumbrado, atónito, suspenso, sin habla. Púsose de rodillas y adoró a la señora como a una divinidad. Entonces, ella tomó la mano al granuja, y con voz entera, más dulce que el canto de los ruiseñores, le dijo:

«Pacorruto, sígueme, ven conmigo. Quiero demostrarte mi agradecimiento y el sublime amor que has sabido inspirarme. Has sido constante, leal, generoso y heroico, porque me has salvado del poder de aquellos vándalos que me martirizaban. Mereces mi corazón y mi mano. Ven, sígueme y no seas bobo, ni te creas inferior a mí porque estás vestido de pingos.

Observó Migajas la deslumbradora apostura de la dama, el lujo con que vestía, y lleno de pena exclamó:

«Señora, ¿a dónde he de ir yo con esta facha?»

La hermosa dama no contestó, y tirando de la mano a Pacorruto, le llevó por misteriosa región de sombras.

VIII.

El granuja vio al cabo una gran sala iluminada y llena de preciosidades, cuya forma no pudo precisar bien en el primer momento. Al poco rato, comenzó a percibir con claridad mil figurillas diversas, como las que poblaban la tienda donde había conocido a su adorada. Lo que más llamó su atención fue ver que salieron a recibirles, luciendo sus flamantes vestidos, todas las damas que acompañaban en el escaparate a la gran señora.

La cual contestó con una grave y ceremoniosa cortesía a los saludos de todas ellas. Parecía ser de superior condición, algo como princesa, reina o emperatriz. Su gesto soberano y su gallardo continente sin altanería, revelaban dominio sobre las demás. Al instante presentó a Pacorruto. Éste se quedó todo turbado y más rojo que una amapola cuando la Princesa, tomándolo de la mano, dijo:

«Presento a ustedes al Sr. D. Pacorro de las Migajas, que viene a honrarnos esta noche».

Al pobre chico se le cayeron las alas del corazón cuando observó el desmedido lujo que allí reinaba, comparándolo con su pobreza, sus pies desnudos, sus calzones sujetos con un tirante y su chaqueta cortada por los codos.

«Ya adivino lo que piensas -manifestó la Princesa con disimulo.- Tu traje no es el más conveniente para una fiesta como la de esta noche. En rigor de verdad, no estás presentable.»

«Señora, mi pícaro sastre -murmuró Pacorruto, creyendo que una mentirilla pondría a salvo su decoro,- no me ha acabado la condenada ropa».

«Aquí te vestiremos» indicó la noble dama.

Los lacayos de aquella extraña mansión eran monos pequeños y graciosísimos. De pajes hacían unos loros diminutos, de esos que llaman *Pericos*, y varias pajaritas de papel. Éstas no se apartaban un momento de la señora.

La servidumbre se ocupó al punto de arreglar un poco la desgraciada figura del buen Migajas. Con unas fosforeras doradas y muy monas en forma de zapatos le calzaron al momento. Por gorguera le pusieron medio farolillo de papel encarnado, y de una jardinera de mimbres hicieron una especie de sombrero, pastoril, con graciosas flores adornado. Al cuello le colgaron a modo de condecoraciones, la chapa de un kepis elegantísimo, una fosforera redonda que parecía reloj y el tapón de cristal de un frasquito de esencias. Las pajaritas tuvieron la buena ocurrencia de ponerle en la cintura, a guisa de espada o daga, una lujosa plegadera de marfil. Con estas y otras invenciones para ocultar sus haraposos vestidos, el vendedor de periódicos quedó tan guapo que no parecía el mismo. Mucho se vanaglorió de su persona cuando le pusieron ante el espejo de un estuche de costura para que se mirase. Estaba el chico deslumbrador.

IX.

En seguida principió el baile. Varios canarios cantaban en sus jaulas *walses* y habaneras, y las cajas de música tocaban solas, así como los clarinetes y cornetines, que se movían a sí mismos sus llaves con gran destreza. Los violines también se las componían de un modo extraño para pulsarse a sí propios sus cuerdas, y las trompetas se soplaban unas a otras. La música era un poco discordante; pero Migajas, en la exaltación de su espíritu, la hallaba encantadora.

No es necesario decir que la Princesa bailó con nuestro héroe. Las otras damas tenían por pareja a militares de alta graduación, o a soberanos que habían dejado sus caballos a la puerta. Entre aquellas figuras interesantísimas se veía a Bismarck, al Emperador de Alemania, a Napoleón y a otros grandes hombres. Migajas no cabía en su pellejo de puro orgulloso.

Pintar las emociones de su alma cuando se lanzaba a las vertiginosas curvas del *wals* con su amada en brazos, fuera imposible. La dulce respiración de la Princesa, y sus cabellos de oro acariciaban blandamente la cara de Pacorrillo, haciéndole cosquillas y causándole cierta embriaguez. La mirada amorosa de la gentil dama o un suave quejido de cansancio acababan de enloquecerle.

En lo mejor del baile, los monos anunciaron que la cena estaba servida, y al punto se desconcertó el cotarro. Ya nadie pensó más que en comer, y al bueno de Migajas se le alegraron los espíritus, porque, sin perjuicio de la espiritualidad de su amor, tenía un hambre de mil demonios.

X.

El comedor era precioso y la mesa magnífica; las vajillas y toda la loza de lo mejor que se ha fabricado para muñecas, y multitud de ramilletes esparcían su fragancia y mostraban sus colores en pequeños búcaros, en hueveras, y algunos en dedales.

Pacorrillo ocupó el asiento a la derecha de la Princesa. Empezaron a comer. Servían los pericos y las pajaritas tan bien y con tanta precisión como los soldados que maniobran en una parada a la orden de su general. Los platos eran exquisitos, y todos crudos o fiambres. Si la comida no disgustó a Migajas al comenzar, pronto empezó a producirle cierto empacho, aun antes de haber tragado como un buitre. Componían el festín pedacitos de mazapán, pavos más chicos que pájaros y que se engullían de un solo bocado, filetes y besugos como almendras, un rico principio de cañamones y un pastel de alpiste *a la canaria*, albóndigas de miga de pan *a la perdigona*, fricasé de ojos de faisán en salsa de moras silvestres, ensalada de musgo, dulces riquísimos y frutas de todas clases, que los pericos habían cosechado en un tapiz donde estaban bordadas, siendo los melones como uvas y las uvas como lentejas.

Durante la comida, todos charlaban por los codos, excepto Pacorrillo, que por ser muy corto de genio no desplegaba sus labios. La presencia de aquellos personajes de uniforme y entorchados le tenía perplejo, y se asombraba mucho de ver tan charlatanes y retozones a los que en el escaparate estaban tiesos y mudos cual si fuesen de barro.

Principalmente el llamado Bismarck no paraba. Decía mil chirigotas, daba manotadas sobre la mesa, y arrojaba a la Princesa bolitas de pan. Movía sus brazos como atolondrado, cual si los goznes de éstos tuviese un hilo, y oculta mano tirase de él por debajo de la mesa.

«¡Cómo me estoy divirtiendo! -decía el canciller. -Querida Princesa, cuando uno se pasa la vida adornando una chimenea, entre un reloj, una figura de bronce y un tiesto de begonia, estas fiestas le rejuvenecen y le dan alegría para todo el año».

«¡Ay! dichosos mil veces» dijo la señora con melancólico acento «los que no tienen otro oficio que adornar chimeneas y entredoses. Ésos se aburren, pero no padecen como nosotras, que vivimos en continuo martirio, destinadas a servir de juguete a los hombres chicos. No podré pintar a usted, señor de Bismarck, lo que se sufre cuando uno nos tira del brazo

derecho, otro del izquierdo, cuando éste nos rompe la cabeza y aquél nos descuartiza, o nos pone de remojo, o nos abre en canal para ver lo que tenemos dentro del cuerpo».

«Ya lo supongo» contestó el canciller abriendo los brazos y cerrándolos repetidas veces.

«¡Oh, desgraciados, desgraciados!» exclamaron en coro los Emperadores, Espartero y demás personajes.

«Y menos desgraciada yo» añadió la dama, «que encontré un protector y amigo en el valeroso y constante Migajas, que supo librarme del bárbaro suplicio».

Pacorro se puso colorado hasta la raíz del pelo.

«Valeroso y constante» repitieron a una las muñecas todas, en tono de admiración.

«Por eso» continuó la Princesa «esta noche, en que nuestro Genio Creador nos permite reunirnos para celebrar el primer día del año, he querido obsequiarlo, trayéndole conmigo, y dándole mi mano de esposa, en señal de alianza y reconciliación entre el linaje muñequil y los niños juiciosos y compasivos».

XI.

Cuando esto decía, el señor de Bismarck miraba a Pacorrillo con expresión de burla tan picante y maligna, que nuestro insigne héroe se llenó de coraje. En el mismo instante, el tuno del canciller disparó una bolita de pan con tanta puntería que por poco deja ciego a Migajas. Pero éste, como era tan prudente y el prototipo de la circunspección, calló y disimuló.

La Princesa le dirigía miradas de amor y gratitud.

«¡Cómo me estoy divirtiendo!» repitió Bismarck dando palmadas con sus manos de madera. «Mientras llega la hora de volver junto al reloj y de oír su incesante tic-tac, divirtámonos, embriaguémonos, seamos felices. Si el caballero Pacorrillo quisiera pregonar *La Correspondencia*, nos reiríamos un rato.»

«El señor de Migajas» dijo la Princesa mirándole con benevolencia, «no ha venido aquí a divertirnos. Eso no quita que lo oigamos con gusto pregonar *La Correspondencia* y los fósforos, si quiere hacerlo».

Hallaba el granuja esta proposición tan contraria a su dignidad y decoro, que se llenó de aflicción y no supo qué contestar a su adorada.

«¡Que baile!» gritó el canciller con desparpajo, «que baile encima de la mesa. Y si no lo quiere hacer, pido que se le quiten los adornos que se le han puesto, dejándole cubierto de andrajos y descalzo, como cuando entró aquí».

Migajas sintió que afluía toda su sangre al corazón. Su cólera impetuosa no le permitió pronunciar una sola sílaba.

«No seáis cruel, mi querido Príncipe», dijo la señora sonriendo. «Por lo demás, yo espero quitarle al buen Migajas esos humos que está echando».

Una carcajada general acogió estas palabras, y allí eran de ver todas las muñecas, y los más célebres generales y emperadores del mundo, dándose simultáneamente cachiporrazos en la cabeza como las figuras de Guignol.

«¡Que baile! ¡Que pregone *La Correspondencia*!» clamaron todos.

Migajas se sintió desfallecer. Era en él tan poderoso el sentimiento de la dignidad, que antes muriera que pasar por la degradación que se le proponía. Iba a contestar, cuando el maligno canciller tomó una paja larga y fina, sacada al parecer de una cestilla de labores, y mojando la punta en saliva se la metió por una oreja a Pacorrillo con tanta presteza, que éste no se enteró de la grosera familiaridad hasta que hubo experimentado la sacudida nerviosa que tales chanzas ocasionan.

Ciego de furor, echó mano al cinto y blandió la plegadera. Las damas prorrumpieron en gritos y la Princesa se desmayó. Pero no aplacado con esto el fiero Migajas, sino, por el contrario, más rabioso, arremetió contra los insolentes, y empezó a repartir estacazos a diestra y siniestra, rompiendo cabezas que era un primor. Oíanse alaridos, ternos, amenazas: hasta los pericos graznaban, y las pajaritas movían sus colas de papel en señal de pánico.

Un momento después, nadie se burlaba del bravo Migajas. El canciller andaba recogiendo del suelo sus dos brazos y sus dos piernas (caso raro que no puede explicarse), y todos los emperadores se hablan quedado sin nariz. Poco a poco, con saliva y cierta destreza ingénita se iban curando todos los desperfectos; que esta ventaja tiene la cirugía muñequil. La Princesa, repuesta de su desmayo con las esencias que en un casco de avellana la trajeron sus pajes, llamó aparte al granuja, y llevándole a su camarín reservado, le habló a solas de esta manera:

XII.

«¡Inclito Migajas, lo que acabas de hacer, lejos de amenguar el amor que puse en ti, lo aumenta, porque me has probado tu valor indómito, triunfando con facilidad de toda esa caterva de muñecos bufones, la peor casta de seres que conozco. Movida por los dulces afectos que me impulsan hacia ti, te propongo ahora solemnemente que seas mi esposo, sin pérdida de tiempo.»

Pacorrito cayó de rodillas.

«Cuando nos casemos» continuó la señora, «no habrá uno solo de esos emperadorcillos y cancilleretes que no te acate y reverencie como a mí misma, porque has de saber que yo soy la Reina de todos los que en aquesta parte del mundo existen, y mis títulos no son usurpados, sino transmitidos por la divina Ley muñequil que estableciera el Supremo Genio que nos creó y nos gobierna.»

«Señora, señora mía» dijo, o quiso decir Migajas, «mi dicha es tanta que no puedo expresarla.»

«Pues bien» manifestó la señora con majestad. «Puesto que quieres ser mi esposo, y por consiguiente, Príncipe y señor de estos monigotiles reinos, debo advertirte que para ello es necesario que renuncies a tu personalidad humana.»

«No comprendo lo que quiere decir Vuestra Alteza.»

«Tú perteneces al linaje humano, yo no. Siendo distintas nuestras naturalezas, no podemos unirnos. Es preciso que tú cambies la tuya por la mía, lo cual puedes hacer fácilmente con sólo quererlo. Respóndeme pues. Pacorrito Migajas, hijo del hombre, ¿quieres ser muñeco?»

La singularidad de esta pregunta tuvo en suspenso al granuja durante breve rato.

«¿Y qué es eso de ser muñeco?» preguntó al fin.

«Ser como yo. La naturaleza nuestra es quizás más perfecta que la humana. Nosotros carecemos de vida, aparentemente; pero la tenemos grande en nosotros mismos. Para los imperfectos sentidos de los hombres, carecemos de movimiento, de afectos y de palabra; pero no es así. Ya ves cómo nos movemos, cómo sentimos y cómo hablamos. Nuestro destino no es, en verdad, muy lisonjero por ahora, porque servimos para entretener a los niños de tu linaje, y aun a los hombres del mismo; pero en cambio de esta desventaja, somos eternos.»

¡Eternos!

«Sí, nosotros vivimos eternamente. Si nos rompen esos crueles chiquillos, renacemos de nuestra destrucción y tornamos a vivir, describiendo sin cesar un tenebroso círculo desde la tienda a las manos de los niños, y de las manos de los niños a la fábrica tirolesa, y de la fábrica a la tienda, por los siglos de los siglos.»

«¡Por los siglos de los siglos!» repitió Migajas absorto.

«Pasamos malísimos ratos, eso sí» añadió la señora «pero en cambio no conocemos el morir, y nuestro Genio Creador nos permite reunirnos en ciertas festividades para celebrar las glorias de la estirpe, tal como lo hacemos esta noche. No podemos evadir ninguna de las leyes de nuestra naturaleza; no nos es dado pasar al reino humano, a pesar de que a los hombres se les permite venir al nuestro, convirtiéndose en monigotes netos.»

«¿Cosa más particular!» exclamó Migajas lleno de asombro.

«Ya sabes todo lo necesario para la iniciación muñequillesca. Nuestros dogmas son muy sencillos. Ahora medítalo y respondo a mi pregunta: ¿quieres ser muñeco?»

La Princesa tenía unos desplantes de sacerdotisa antigua, que cautivaron más a Pacorrito.

«Quiero ser muñeco» afirmó el granuja con aplomo.

Y al punto la Princesa trazó unos endiablados signos en el espacio, pronunciando palabrotas que Pacorro no sabía si eran latín, chino o caldeo, pero que de seguro serían tirolés. Después la dama dio un estrecho abrazo al bravo Migajas, y le dijo:

«Ahora, ya eres mi esposo. Yo tengo poder para casar, así como lo tengo para recibir neófitos en nuestra gran Ley. Amado Principillo mío, bendito seas por los siglos de los siglos.»

Toda la corte de figurillas entró de repente, cantando con música de canarios y ruisiñores: «Por los siglos de los siglos.»

XIII.

Discurrieron por los salones en parejas. Migajas daba el brazo a su consorte.

«¿Es lástima» dijo ésta, «que nuestras horas de placer sean tan breves! Pronto tendremos que volver a nuestros puestos.»

El Serenísimo Migajas experimentaba, desde el instante de su transformación, sensaciones peregrinas. La más extraña era haber perdido por completo el sentido del paladar y la noción del alimento. Todo lo que había comido era para él como si su estómago fuese una cesta o una caja y hubiera encerrado en ella mil manjares de cartón que ni se digerían, ni alimentaban, ni tenían peso, sustancia, ni gusto.

Además, no se sentía dueño de sus movimientos, y tenía que andar con cierto compás difícil. Notaba en su cuerpo una gran dureza, como si todo en él fuese hueso, madera o barro. Al tentarse, su persona sonaba a porcelana. Hasta la ropa era dura, y nada diferente del cuerpo.

Cuando, solo ya con su mujercita, la estrechó entre sus brazos, no experimentó sensación alguna de placer divino ni humano, sino el choque áspero de dos cuerpos duros y fríos. Besola en las mejillas y las encontró heladas. En vano su espíritu, sediento de goces, llamaba con furor a la naturaleza. La naturaleza en él era cosa de cacharrería. Sintió palpar su corazón como una máquina de reloj. Sus pensamientos subsistían, pero todo lo restante era insensible materia.

La Princesa se mostraba muy complacida.

«¿Qué tienes, amor mío?» preguntó a Pacorruto viendo su expresión de desconsuelo.

«Me aburro soberanamente, chica» dijo el galán, adquiriendo confianza.

«Ya te irás acostumbrando. ¡Oh, deliciosos instantes! Si durarais mucho, no podríamos vivir».

«¿A esto llama delicioso tu Alteza!» exclamó Migajas. «¡Dios mío, qué frialdad, qué dureza, qué vacío, qué rigidez!»

«Tienes aún los resabios humanos, y el vicio de los estragados sentidos del hombre. Pacorruto, modera tus arrebatos o trastornarás con tu mal ejemplo a todo el muñequismo viviente».

«¡Vida, vida, sangre, calor, pellejo!» gritó Migajas con desesperación, agitándose como un insensato. «¿Qué es esto que pasa en mí?»

La Princesa le estrechó en sus brazos, y besándolo con sus rojos labios de cora, exclamó:

«Eres mío, mío por los siglos de los siglos».

En aquel instante oyose gran bulla y muchas voces que decían: «¡La hora, la hora!»

Doce campanadas saludaron la entrada del Año Nuevo. Todo desapareció de súbito a los ojos de Pacorruto: Princesa, palacio, muñecos, emperadores, y se quedó solo.

XIV.

Se quedó solo y en obscuridad profunda.

Quiso gritar y no tenía voz. Quiso moverse y carecía de movimiento. Era piedra.

Lleno de congoja esperó. Vino por fin el día, y entonces Pacorruto se vio en su antigua forma; pero todo de un color, y al parecer de una misma materia, cara, brazos, ropa, cabello y hasta los periódicos que en la mano tenía.

«Ya no me queda duda» exclamó llorando por dentro. «Soy mismamente como un ladrillo.»

Vio que frente a él había un gran cristal con algunas letras del revés. A un lado, multitud de figurillas y objetos de capricho le acompañaban.

«¡Estoy en el escaparate!... ¡Horror!»

Un mozo le tomó cuidadosamente en la mano, y después de limpiarle el polvo, volvió a ponerle en su sitio.

Su Alteza Serenísima vio que en el pedestal donde estaba colocado, había una tarjeta con esta cifra: *240 reales*.

«Dios mío, es un tesoro lo que valgo. Esto al menos le consuela a uno.»

Y la gente se detenía por la parte afuera del cristal, para ver la graciosa escultura de barro amarillo representando un vendedor de periódicos y cerillas. Todos alababan la destreza del artista, todos se reían observando la chusca fisonomía y la chabacana figura del gran Migajas, mientras éste, en lo íntimo de su insensible barro, no cesaba de exclamar con angustia:

«¡Muñeco, muñeco, por los siglos de los siglos!»

Tristana (1892)

I.

En el populoso barrio de Chamberí, más cerca del Depósito de Aguas que de Cuatro Caminos, vivía, no ha muchos años, un hidalgo de buena estampa y nombre peregrino; no aposentado en casa solariega, pues por allí no las hubo nunca, sino en plebeyo cuarto de alquiler de los baratitos, con ruidoso vecindario de taberna, merendero, cabrería y estrecho patio interior de habitaciones numeradas. La primera vez que tuvo conocimiento de tal personaje y pudo observar su catadura militar de antiguo cuño, algo así como una reminiscencia pictórica de los tercios viejos de Flandes, díjeronme que se llamaba *don Lope de Sosa*, nombre que trasciende al polvo de los teatros o a romance de los que traen los librillos de retórica; y, en efecto, nombrábanle así algunos amigos maleantes; pero él respondía por D. Lope Garrido. Andando el tiempo, supe que la partida de bautismo rezaba *D. Juan López Garrido*, resultando que aquel sonoro *D. Lope* era composición del caballero, como un precioso afeite aplicado a embellecer la personalidad; y tan bien caía en su cara enjuta, de líneas firmes y nobles, tan buen acomodo hacía el nombre con la espigada tiesura del cuerpo, con la nariz de caballete, con su despejada frente y sus ojos vivísimos, con el mostacho entrecano y la perilla corta, tiesa y provocativa, que el sujeto no se podía llamar de otra manera. O había que matarle o decirle D. Lope.

La edad del buen hidalgo, según la cuenta que hacía cuando de esto se trataba, era una cifra tan imposible de averiguar como la hora de un reloj descompuesto, cuyas manecillas se obstinaban en no moverse. Se había plantado en los cuarenta y nueve, como si el terror instintivo de los cincuenta le detuviese en aquel temido lindero del medio siglo; pero ni Dios mismo, con todo su poder, le podía quitar los cincuenta y siete, que no por bien conservados eran menos efectivos. Vestía con toda la pulcritud y esmero que su corta hacienda le permitía, siempre de chistera bien planchada, buena capa en invierno, en todo tiempo guantes oscuros, elegante bastón en verano y trajes más propios de la edad verde que de la madura. Fue D. Lope Garrido, dicho sea para hacer boca, gran estratégico en lides de amor, y se preciaba de haber asaltado más torres de virtud y rendido más plazas de honestidad que pelos tenía en la cabeza. Ya gastado y para poco, no podía desmentir la pícaro afición, y siempre que tropezaba con mujeres bonitas, o aunque no fueran bonitas, se ponía en facha, y sin mala intención les dirigía miradas expresivas, que más tenían en verdad de paternales que de maliciosas, como si con ellas dijera: «¡De buena habéis escapado, pobrecitas! Agradeced a Dios el no haber nacido veinte años antes. Precaveos contra los que hoy sean lo que yo fui, aunque, si me apuran, me atreveré a decir que no hay en estos tiempos quien me iguale. Ya no salen jóvenes, ni menos galanes, ni hombres que sepan su obligación al lado de una buena moza».

Sin ninguna ocupación profesional, el buen D. Lope, que había gozado en mejores tiempos de una regular fortuna, y no poseía ya más que un usufructo en la provincia de Toledo, cobrado a tirones y con mermas lastimosas, se pasaba la vida en ociosas y placenteras tertulias de casino, consagrando también metódicamente algunos ratos a visitas de amigos, a trincas de café y a otros centros, o más bien rincones, de esparcimiento, que no hay para qué nombrar ahora. Vivía en lugar tan excéntrico por la sola razón de la baratura de las casas, que aun con la gabela del tranvía, salen por muy poco en aquella zona, amén del despejo, de la ventilación y de los horizontes risueños que allí se disfrutaban. No era ya Garrido trasnochador; se ponía en planta a punto de las ocho, y en afeitarse y acicalarse, pues cuidaba de su persona con esmero y lentitudes de hombre de mundo, se pasaban dos horitas. A la calle hasta la una, hora infalible del almuerzo frugal. Después de este, calle otra vez, hasta la comida, entre siete y ocho, no menos sobria que el almuerzo, algunos días con escaseces no bien disimuladas por las artes de cocina más elementales. Lo que principalmente debe hacerse constar es que si D. Lope era todo afabilidad y cortesía fuera de casa y en las tertulias cafeteriles o casinescas a que concurría, en su domicilio sabía hermanar las palabras atentas y familiares con la autoridad de amo indiscutible.

Con él vivían dos mujeres, criada la una, señorita en el nombre la otra, confundíéndose ambas en la cocina y en los rudos menesteres de la casa, sin distinción de jerarquías, con perfecto y fraternal compañerismo, determinado más bien por la humillación de la señora que por ínfulas de la criada. Llamábase esta Saturna, alta y seca, de ojos negros, un poco hombruna, y por su viudez reciente vestía de luto riguroso. Habiendo perdido a su marido, albañil que se cayó del andamio en las obras del Banco, pudo colocar a su hijo en el Hospicio, y se puso a servir, tocándole para estreno la casa de D. Lope, que no era ciertamente una provincia de los reinos de Jauja. La otra, que a ciertas horas tomaríais por sirvienta y a otras no, pues se sentaba a la mesa del señor y le tuteaba con familiar llaneza, era joven, bonitilla, esbelta, de una blancura casi inverosímil de puro alabastrina; las mejillas sin color, los negros ojos más notables por lo vivarachos y luminosos que por lo grandes; las cejas increíbles, como indicadas en arco con la punta de finísimo pincel; pequeñuela y roja la boquirrita, de labios un tanto gruesos, orondos, reventando de sangre, cual si contuvieran toda la que en el rostro faltaba; los dientes, menudos, pedacitos de cuajado cristal; castaño el cabello y no muy copioso, brillante como torzales de seda y recogido con gracioso revoltijo en la coronilla. Pero lo más característico en tan singular criatura era que parecía toda ella un puro armiño y el espíritu de la pulcritud, pues ni aun rebajándose a las más groseras faenas domésticas se manchaba. Sus manos, de una forma perfecta, ¡qué manos!, tenían misteriosa virtud, como su cuerpo y ropa, para poder decir a las capas inferiores del mundo físico: *la vostra miseria non mi tange*. Llevaba en toda su persona la impresión de un aseo intrínseco, elemental, superior y anterior a cualquier contacto de cosa desaseada o impura. De trapillo, zorro en mano, el polvo y la basuo con horquillas de dorada cabeza, resultaba una fiel imagen de dama japonesa de alto copete. ¿Pero qué más, si toda ella parecía de papel, de ese papel plástico, caliente y vivo en que aquellos inspirados orientales representan lo divino y lo humano, lo cómico tirando a grave, y lo grave que hace reír? De papel nítido era su rostro blanco mate, de papel su vestido, de papel sus finísimas, torneadas, incomparables manos.

Falta explicar el parentesco de Tristana, que por este nombre respondía la mozuela bonita, con el gran D. Lope, jefe y señor de aquel cotarro, al cual no será justo dar el nombre de familia. En el vecindario, y entre las contadas personas que allí recalaban de visita, o por figonear, versiones había para todos los gustos. Por temporadas dominaban estas o las otras opiniones sobre punto tan importante; en un lapso de dos o tres meses se creyó como el Evangelio que la señorita era sobrina

del señorón. Apuntó pronto, generalizándose con rapidez, la tendencia a conceptuarla hija, y orejas hubo en la vecindad que la oyeron decir *papá*, como las muñecas que hablan. Sopló un nuevo vientecillo de opinión, y ya la tenéis legítima y auténtica señora de Garrido. Pasado algún tiempo, ni rastros quedaban de estas vanas conjeturas, y Tristana, en opinión del vulgo circunvecino, no era hija, ni sobrina, ni esposa, ni nada del gran D. Lope; no era nada y lo era todo, pues le pertenecía como una petaca, un mueble o una prenda de ropa, sin que nadie se la pudiera disputar; ¡y ella parecía tan resignada a ser petaca, y siempre petaca...!

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA DE LA IGLESIA (1850-1923)

Algo sobre la mujer. Apuntes (in Ead., *Tiempo perdido*, 1881)

Paréceme cosa inverosímil y absurda que en medio de este concierto en que a voz en grito se trata de las facultades, condiciones y fines de la mujer no resuene el acento de una que a mucha honra tiene el haberlo nacido, y para la que, mal o bien, se dio tormento en más de una ocasión a la famosa invención de Gutenberg. Y es el caso que, arrastrada a mi pesar en esa contienda de defensores y detractores, tengo para mí como imposible no meterme de lleno en tan asendereada cuestión y dar mi voz y voto en el asunto, si no por su valer para el caso, por la desazón insufrible que, de no hacerlo, sentiría en las profundidades de mi pensamiento.

Con perdón de lectores y lectoras, y con perdón de los señores sabios que en la contienda tomaron parte, héteme aquí dispuesta a decir, mondas y lirondas, lo que a mi entender tengo por verdades indiscutibles, y lo que bien pudiera ser que no fuesen más que fantasmagorías de esa parte imaginativa, tan llevada y traída por el razonador y pensador sexo contrario.

Entremos de lleno en la cuestión y, puesto que de igualdades se trata y unos quieren propinárnosla con relación al bruto y otros la subliman hasta la naturaleza del ángel, juro y perjuro, sin que en esto haya ofensa para ninguna de las dos escuelas, que tan iguales nos hicieron nuestros padres Adán y Eva, si es que existieron tan inéditos personajes, como iguales venimos siendo a través de los siglos y a pesar de sus variables alternativas. Pues, repartido por igualdad de partes entre la raza del hombre el imperio de la naturaleza, lo que a ellos les sobró de brutalidad, nos lo pusieron de astucia y, lo que a nosotras se nos dio más de ternura, lo poseen ellos de fuerza. Y como para probarlo basta registrar los anales de la historia humana, paso a otro asunto, asentado como incuestionable verdad la perfectísima, equitativa y exacta repartición que de los reinos del sentir y el pensar nos hicieron los ilustres creadores de la raza a que pertenecemos.

No se me venga con la fisiología a probar, como dos y dos son cuatro, que nuestro cerebro, en cantidad y calidad, es infinitamente inferior al del hombre e igual casi al del hotentote, último ser de la escala racional, el más inmediato al cuadrumano, porque a esto respondo yo que órgano que no se utiliza concluye por atrofiarse y que, si desde nuestras más remotas abuelitas se vino relegándonos al pasivo papel de los irracionales, nada tiene de extraño que las nietas de tantas generaciones de necias tengan en su masa encefálica una infinitesimal cantidad de sustancia gris y un escasísimo volumen de cerebelo. Y con esto pongo el ejemplo de aquellas palomas de Darwin que nacieron con alas embrionarias solo porque a sus ascendientes se les fueron comprimiendo artificialmente tan utilísimos miembros; y añadido, para mayor abundamiento, que no se me puede argüir contra semejante ejemplo aquello de que la geología, con sus descubrimientos, ha probado el cómo siempre existió esencial diferencia entre los cráneos de los distintos sexos, porque a esto respondo que la geología, con todos sus datos y habilidosos experimentos, apenas si ha conseguido levantar una pequeñísima punta del velo que envuelve los orígenes de la vida y que, a pesar de los múltiples ejemplares que manifiesta de tan notable inferioridad, no bastan para asentar como incuestionable verdad que, en las muchedumbres de nuestros ascendientes, apareciese marcadísima la diferencia intelectual de un sexo con relación al otro. Y sigo diciendo que como en el transcurso de los tiempos no representan nada las revoluciones que varios siglos pueden amontonar sobre los individuos de la especie humana, es muy posible que lo que en su origen fuese perfectísimo, se transformase en periodos más o menos extensos, dando lugar a modificaciones que luego sirvieron a la geología de comprobantes para que nuestros detractores se figuren asentar sobre firmes experimentos nuestra innata inferioridad. Y continúo mi relación, cuyo punto de partida es declarar la igualdad más perfecta como equivalentes en nuestro común origen, de todas cuantas condiciones físicas y morales arrastramos por este grano de tierra que rueda en las especies interplanetarias... Júzguese, pues, de mi asombro y estupor al ver a los defensores de la emancipación abogar con el más encarnizado entusiasmo por manumitirnos de una esclavitud que no existe más que en su fantasía, luchando a brazo partido con esa otra parte de batalladores que quieren suprimir a la mujer, haciendo lado en su lugar, a una máquina portátil que a más de servir para el placer del sexto sentido, guise bien, planche bien y tome con exactitud la cuenta de la lavandera, sin que entorpezcan las funciones de tan *alta* misión otros sucesos que la gestación y lactancia de algún futuro padre de la patria, o de algún asiduo concurrente al treinta y cuarenta...

Ni tanto ni tan poco, ¡ilustres campeones de los fueros de nuestro sexo!, con dejarnos donde estamos, ganaríais y ganaríamos muchísimo más. ¿Qué es emancipación para quien se tiene por libre? Un mito irrisorio; ¿llamáis emancipación a darnos el derecho de vestir la toga curial y el bonete de doctor, sentenciando con sistemática serenidad en causas y pleitos...? Nosotras *de hecho* tenemos lo que de derecho disfrutáis; ¿queréis saber cómo? Entreabrid con mucho tiento los cortinajes

del lecho donde reposa el juez; que no os sienta, y escucharéis a su mujer, si la tiene (y así que el hombre es juez ambiciona tenerla), decirle:

-Tú estás preocupado; no duermes; esa causa te va a quitar la vida.

-Sí -contesta el juez-, no sé que sentencia dar.

-Pues mira, yo que tú, puesta la mano sobre el corazón, haría esto y lo otro...

Y aquí encaja la mujer lo que sentenciaría, y si no es uno de esos seres, excepción de nuestro sexo, que más que mujeres deberían ser figuritas de *biscuit*, y si el juez no es otra excepción que también los hay en el opuesto bando, y más que vivir como hombre debiera sustentarse en los bosques de América, veréis como el magistrado se duerme tranquilo, porque ella, en los senos de su conciencia, bajo la palabra de la que durante muchas noches le oyó dar vueltas en agitado insomnio, ha brotado, como luminosa inspiración, la sentencia buscada y que aunque luego se piense, se medite y se varíe en condiciones y formas, lleva en el fondo el germen del pensamiento de la mujer, la esencia de la inspiración femenina... ¿Me queréis decir, promulgadores de la emancipación, quién dicta en semejante caso la sentencia de aquella causa...? ¿Queréis otro ejemplo...? Rara es la esposa del médico que no está al corriente de las visitas de su marido, y aun es más rara la que no conoce los primeros elementos de la medicina cuando el esposo pertenece a tan sublime ciencia; pues penetrad en el estudio del sabio que busca inútilmente una solución a la crisis del pobre enfermo; él duda, ella no.

-Créeme, si estuviese en tu lugar cerraría los ojos y le daría...

El médico piensa, reflexiona; la palabra de la mujer vibra en su oído, «cerraría los ojos» «¿Por qué no cerrarlos...?» La solución se acerca; el médico vuelve a aparecer después de haber escuchado el hombre, y el enfermo sufre el tratamiento que la inspiración femenina depositó como embrionaria idea en la mente del sabio... ¿Quién es aquí *de hecho* el doctor?, ¿quién acude a la crisis del padecimiento?

¿Queréis penetrar en el hogar de la madre que cuenta entre sus hijos al hombre pervertido, cuya vida se desvía en el adulterio y la crápula? Pues vedla un día y otro día, hoy con lágrimas, mañana con razones, luego con amenazas, más tarde con un desprecio fingido y convencional, y luego, buscad bien en el corazón de aquel hijo, y veréis, como chispa luminosa en medio de amontonadas pavesas, el eco vibrante de la voz maternal, de la voz de la mujer, que cual Argos de cien cabezas vela pidiendo con incesante clamoreo, la redención del prevaricador, el cual al fin sucumbe al invasor torrente de aquella moralidad nacida del pensamiento de la mujer, y depositada en el corazón del malvado para redimirlo y perdonarlo.. ¿Puede el moralista más escogido luchar con el poder de tan hábil moralizadora...?

¿Queréis hallar al patricio defendiendo los fueros de la libertad o las tradiciones de la teocracia? ¿Queréis encontrar al diplomático que concilia hábilmente los opuestos intereses de enemigas naciones? ¿Queréis ver al heroico guerrero que lucha por defender su ofendida patria? Pues buscad a la mujer; donde exista el patricio liberal o autócrata, donde exista el diplomático y el guerrero, existen los hilos invisibles del avasallador poder femenino. ¿Para qué, pues, una emancipación tan ridícula en la forma como innecesaria en el fondo? ¿Es acaso para que las leyes, ante cuyo criterio es cuestionable nuestra igualdad con el hombre, nos favorezcan en nuestras relaciones sociales con el opuesto sexo?

Tengo por seguro que cuantos achacan a defectuosa legislación las miserias que sufren las mujeres, desconocen esa ley de las compensaciones ante la cual vemos que se inclinan cuantos poderes amontonan los hombres; además, si es un hecho que nuestras leyes, por sus defectuosas consecuencias, pero no por su equitativo espíritu, favorecen al hombre en cuantas cuestiones sociales se presentan, téngase en cuenta que la primera que contribuye a tan anómala situación es la mujer, por sus incalificables condescendencias, y es justo que, por la frivolidad de sus pasiones y la intemperancia de sus gustos, sufra las consecuencias a que sus mismas culpas la hicieron acreedora, y si a esto se arguye que hay muchas inocentes víctimas de tan irritantes desigualdades, contesto con las palabras de Dios cuando la sentencia de Sodoma: «Con solo diez justos se salva una ciudad»; y añado que sin la sangre de los mártires no se consolidará nunca ninguna verdad, debiendo, por lo tanto, aceptar como alta misión del cielo ese calvario de la mujer honrada, virtuosa y sensata, que vive bajo el yugo de un perverso tirano sin que las leyes humanas acudan a su defensa y libertad; sigan el áspero camino, que allá en el porvenir disfrutarán sus descendientes de los beneficios de su martirio, siendo un hecho la igualdad ante la ley, como lo es ante la naturaleza; y con esto se prueba doblemente cuán innecesaria es una emancipación que a todas luces amenguaría nuestro poder incondicional.

Nuestro reino es inmenso, se dilata en las profundidades de la conciencia del hombre, en los oscuros antros de su cerebro, perturbado por el escepticismo, y en los inmensos vacíos de su corazón, vacíos que se llenan, por nuestra innata ternura, de todos los movimientos generosos y nobles que le hacen reconocerse como soberano de la tierra.

Para vosotras también, mujeres, hermanas mías, se levanta mi voz; huid de la emancipación, porque es la ruina de nuestro poder; desde el instante en que el hombre, teniéndonos por camaradas, penetre en los abismos, que hoy desconoce, de nuestros íntimos pensamientos, la tiranía de su poder no tendrá límites, y... ¿Pero a qué decir más sobre este particular? Jamás podrán los dos sexos tenerse por enemigos; somos dos partes de un todo, cuya entidad, invisible a los sentidos y potencias, tiene por única e ineludible misión la reproducción de la especie; y si en las manifestaciones especiales de nuestro distinto sexo puede haber diferenciales condiciones, en el fundamento primordial de la esencia, digo y repito, que son equivalentes las partes de nuestra organización, como corresponde al cumplimiento de nuestro común destino sobre la tierra, siendo, por lo tanto, imposible que ninguno de los dos sexos contribuya en absoluto al engrandecimiento o postración del opuesto, sin que por esto deje de ser cierto que en periodos, más o menos extensos, sufra ya el uno, ya el otro, las influencias que las organizaciones sociales o los trastornos fisiológicos impriman a sus individuos.

¡Con cuánta lástima contemplo a esos atrabiliarios enemigos de nuestro sexo! Casi me dan tanta compasión, como asombro los emancipadores... ¡Que no oigan lo que voy a decir! Aquel que coloca a la mujer en las escalas del animal; aquel que, fiándose de sus aparentes inferioridades, la relega al puesto de los irracionales, es la primera víctima de las influencias femeninas; como más confiado, deja más lugar a la astucia de la mujer, y nada tiene de extraño ver a uno de esos detractores del género buscar, como débil niño, el consuelo de algún dolor en brazos de una meretriz, o vivir atareado en trabajo superior a sus fuerzas para que aquella que, según él, eligió por la necesidad de reproducirse, derroche en fútiles caprichos el capital conseguido con ímprobos mortificaciones. ¡Compadezcamos al desgraciado! En todo caso, sólo merece lástima. Pero, ¡alerta en la lucha que la actual generación emprende contra nosotras y por nosotras!

A pesar de que las leyes de la naturaleza se rigen por principios fijos, y por tanto lo inmutable es su esencial condición; a pesar de que nunca podrán alterarse las diferencias que distinguen, sin inferioridad por ninguna de ambas partes, nuestros opuestos sexos, pudiera muy bien venir un lamentable periodo revolucionario que nos sumiese por largo espacio de tiempo en las más funestas consecuencias. ¡Alerta, mujeres! Nuestros emancipadores quieren para nosotras la libertad de medios; pero no olvidarse que con ella perdemos la libertad de acción, mil veces mejor que el falso oropel de los aparentes poderes.

Tomad de la escuela emancipadora lo que a nuestros fines nos conviene, es a saber, la instrucción más amplia. Engolfaos en el estudio para que, en la lucha que entre unos y otros estamos llamados a sostener, tengáis armas de reserva con que defenderos. Me diréis muchas que, ¿cómo estudiar? El libro es el maestro, y no todas podéis disponer de libertad, de tiempo, de recursos para tan precisa ilustración. Pues... estudiad... observando, haciendo uso de esa perspicacia analítica que debéis a la naturaleza. ¿Se os niega el libro que describe al hombre y sus obras? Pues estudiad al hombre mismo, y al conocerle, conoceréis todas sus creaciones. ¿No podéis abarcar desde vuestro solitario albergue la vida entera de la sociedad en sus amplias ramificaciones? Pues levantad los tenues visillos de vuestra ventana, os descubrirá un abismo de problemas sociales. ¿No podéis penetrar en los escabrosos senderos de los conocimientos científicos? Pues contad las pulsaciones de vuestras arterias; recoged la gotita de sangre que la afilada aguja hizo brotar de vuestro dedo, y miradla con lente de poderoso aumento; depositad un grano de trigo entre varios de tierra; alejad de los rayos del sol la planta que nació entre sus efluvios; fijaos en la posición de lo que llamáis estrellas en los doce meses del año; colocad sobre un tablero de ajedrez algunos granos de mijo, siempre aumentados en cada casilla en el número de diez... Y conoceréis el movimiento circular de la sangre; las diferentes partes de que se compone el jugo que baña nuestros tejidos; las maravillas germinativas de que están dotados los átomos de la tierra; los principios nutritivos que deposita sobre el planeta la constitución física del sol; la marcha invariable de nuestro mundo a través de los cielos, y la multiplicación infinita, *fac simil* de un tiempo y de un espacio infinito.

Cuando todo esto, y mucho más que está a vuestro alcance, lo posea vuestra inteligencia, tendréis los primeros elementos de la instrucción científica. ¿Queréis avanzar más? Pues avanzad, y con ánimo sereno, recoged el último suspiro del moribundo; ved aquel cuerpo, poco antes lleno de vigor y de fuerza, ceder, como frío barro, bajo la presión de vuestros débiles dedos; buscad la luz que antes hizo latir el corazón de aquel semejante nuestro, y en seguida preguntaos: ¿Qué somos? ¿Para qué somos? ¿Por qué somos? Ved como entráis de lleno en los campos de la filosofía; seguid, seguid pensando sobre tales preguntas, y tal vez, encadenándose vuestros pensamientos, formen el principio de alguna nueva escuela que, ávida de conocer las fuentes de la vida, encuentra la palabra que hasta ahora cierra su santuario. ¿Os encontráis sin fuerza para tan áspero trabajo? Pues sabedlo: vuestra misión es ir a la par del hombre; si os quedáis atrás, hoy que unos quieren empujaros con ciego fanatismo, y otros os sujetan en los últimos límites de los seres animados, se trastornarán nuestros fueros, se perderán nuestros privilegios, y en tanto que unas, abandonando la rueca por el escalpelo, sufrirán todas las miserias

penalidades que aquejan a los destinos del hombre, otras, esclavas del fanatismo de escuela, devorarán en el silencio y la oscuridad lágrimas de rabia y desesperación.

Avanzad, y que el hombre, al regresar a sus hogares bajo la impresión de los sucesos exteriores, se halle con una parte de la vida representada por la mujer, la cual, con alto criterio y analítico juicio, desempeñe el sacerdocio del deber y la sabiduría. Entonces vendrá el libro, tan necesario para la completa ilustración; cuando el hombre se convenza de que la meditación no ha de llevarlos al extravío, os abrirá las puertas del santuario, y la mujer científica será un hecho, sin que para ello hayamos tenido que pasar el ridículo del doctor-hembra y del catedrático-femenino; entonces disfrutaréis de las prerrogativas que hoy, casi a la fuerza, quieren regalarnos nuestros entusiasmados defensores, sin meditar que, sin la conciencia del propio mérito, nunca habrá emancipados. Procurad, mujeres, la íntima seguridad de vuestro valer; llegad a ser sabias sin vanidad, grandes sin amor propio, entendidas sin falsa erudición, modestas sin hipocresía, generosas sin debilidad, y vuestro reinado quedará asegurado por largas miríadas de siglos. Sorprended los abismos del alma del hombre, cuidando de dejar en la sombra alguno de los que hay en vuestra alma; que llegue un día en que os encuentre educadas y poseedoras de la más alta ilustración, sin la molestia de haberos dado educación, de haberos ilustrado. He aquí el único ideal posible del porvenir, que nunca se llamará emancipación, porque, lo repito, solamente al esclavo se le puede manumitir, y nosotras nunca lo fuimos. El que otra cosa os haga ambicionar, os lanzará de lleno en el país de las quimeras, vestidas con el burlesco traje del ridículo, a la par que aquellos que intentan arrojarnos del pedestal donde nos colocó la naturaleza, no consiguen más que anudarse con dobles vueltas el dogal de las astucias femeninas.

Solo diré algunas palabras sobre la misión exclusiva que se imaginan ver en nosotras la mayoría de los que penetraron en el palenque de la lucha. Se cree que la mujer vive y nace para el amor, y se olvida, al asegurarlo, que es el único sendero abierto, sin restricciones, ante las facultades del alma femenina. Extiéndase en otros horizontes más dilatados el pensamiento de la mujer, y el amor será en ella lo que es en el hombre, siendo así que tanto el uno como el otro no hacen más que representar una nota en esa escala universal del amor, que principia en las atracciones de los astros y termina en la cristalización del diamante, pentagrama donde la naturaleza recorre sus múltiples fines, sin que uno solo se aleje del eterno principio de armonía por el que se rige el universo, y que se puede condensar en una sola palabra: AMOR.

Ella vive y nace por él, porque de las prerrogativas de su origen es la única que posee con la conciencia de su valer, sin que jamás haya entrevisto fuera del amor más que un caos insondable de luces y donde giran en confuso tropel los destinos del hombre. Por lo demás, en nada ofende a la alteza de su alma poseer esa cualidad distintiva que muchos nos arrojan al rostro como la prueba más concisa de nuestra inferioridad intelectual; el alma de la mujer, dotada de las más altas aptitudes para el amor, demuestra lo inmediata que se halla a las grandes bellezas de la naturaleza; y al encontrarse más cercana de la excelsa cuna del linaje humano, se hace más acreedora a la veneración de los que, impelidos por falsas pasiones, se alejaron de su origen, olvidando los fines para que fueron creados.

Nada, pues, tan absurdo como asegurar que nuestro único destino es la manifestación de un culto que en nada se refiere a las facultades del hombre, y nada tampoco más inverosímil que ciertas aseveraciones probando que, el día en que la mujer adquiriera una ilustración superior, serán olvidados sus altos deberes de esposa y madre. No digo que no suceda en ejemplares aislados, porque, sin necesidad de recurrir a excelsa sabiduría, vemos hoy a muchas mujeres sacrificar a la necia vanidad de fútiles caprichos todos los grandes movimientos del alma, siendo casi seguro que muchas de las que hoy por cualquier cosa dejan de ser amantes esposas y tiernas madres, mañana, ante el vano triunfo que les pueda proporcionar una alocución científica, olviden las manifestaciones de sus relevantes cualidades; pero afirmo a la vez que las que así obraren, como las que así obran, son excepciones del sexo, y que además lo harán impelidas por la vaciedad de sus sentidos intelectuales, como hay muchos hombres tenidos por sabios que demuestran en sus hombres la falta de capacidad para desempeñar el magisterio que representan.

Desde luego puede asegurarse que, a medida que la mujer eleve su valimiento espiritual al nivel del otro sexo, crecerá en su corazón esa facultad innata a su destino de compañera del hombre y madre de los hijos de ambos, y a la par que su inteligencia abarque los grandes fines de la humanidad, los altos problemas de la ciencia y las sabias leyes de la naturaleza, el movimiento de su alma hacia el otro sexo, en sus relaciones de esposa y madre, adquirirá la intensidad de lo sublime, y entonces sí que podrá decirse con algunos visos de verdad que su alma, servida por las vivas luces de su inteligencia, nace y vive para y por el amor. ¿Se necesita un ejemplo? Pues recorramos la historia de los hombres ilustres. Cuantos más grados de perfección demuestra su inteligencia, más intensidad de pasión se advierte en su corazón; y no hay uno solo de cuantos con su ingenio, su sabiduría o su valor han contribuido al engrandecimiento de la especie, que no hayan sentido con toda la

plenitud de su fuerza esa llama voraz del amor que acerca a la criatura a las idealidades del cielo, y hace que se pinten en la tierra las felicidades del paraíso.

No, no hay que temer por el amor el día en que la mujer alcance al hombre en su perfeccionamiento intelectual; al contrario, entonces *sentiría* el amor que hoy apenas inconscientemente conoce; entonces sabría todos los sacrificios que se merece esa religión de la naturaleza, y entonces, sin las nimias preocupaciones que hoy la rodean, sabría elevar al ídolo de sus amores sobre todas las consideraciones, hasta la región de lo sublime, dándole el culto de los grandes movimientos de su alma, y siendo para el hombre, no el vano capricho del placer pasajero, sino la hermosa mitad de su especie, el admirable semejante de sí mismo.

.....

¿He dicho algo sobre la mujer? Creo que sí; pero pudiera equivocarme y, a la verdad, lo siento, porque me seducía decirle a los unos: las mujeres no necesitamos para nada una emancipación que a nada conduce. Y a los otros: cuidado con un desliz, porque es ridículo que quien nos trata de inferiores caiga bajo nuestro poder... En fin, ello ya está dicho, y me alegraré que alguna de mis compañeras, que sueña en su fantasía con ceñirse la incómoda basquiña del abogado, comprenda la inmensa ventaja de desempeñar el bufete sin género ninguno de responsabilidad y molestia; y que alguna otra que acaso pasa una parte de su vida plegando y desplegando un volante para ver si la falda está más graciosa a la inglesa que a la turca, y la otra parte en averiguar si el blanco Matilde da más brillo que la crema a la nieve, entre en cuentas consigo misma, y reflexionando lo que mejor le conviene, desdoble la hoja marchita de alguna pobre enredadera, buscando entre sus pliegues los primeros elementos de un estudio que la habrá de colocar en su primitivo puesto de *compañera semejante del hombre*.

Con esto, y con haber hablado de un asunto en que todos se creen con derecho de hablar, me doy por satisfecha, pidiendo gracia, con toda la dulzura que caracteriza a mi sexo, para estos ligeros apuntes que, acaso andando el tiempo, se conviertan en más amplio trabajo; apuntes en que, intentando decir algo sobre la mujer, pudiera muy bien haber demostrado la inutilidad e insuficiencia del género a que pertenezco.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER (1850-1919)

No hay sexo débil («El Álbum de la mujer», 16 de septiembre de 1833)

Acepta mi sexo el renombre de tierno y piadoso, pero no puede aceptar el que le apellidéis débil.

El error ha sido siempre la onerosa carga que ha gravitado sobre la pobre humanidad, y el hombre continúa siendo víctima del error al juzgar a la mujer; a la mujer, que es la parte más considerable de la sociedad.

Denominar débil a la mujer en nuestra nueva era, es un anacronismo: pudiérase admitir este injurioso dictado en aquellas épocas en que la fuerza bruta era el todo; en aquellas épocas de piedra, en aquel siglo de hierro en que se concedía el imperio de la razón al que ostentaba colosales fuerzas; mas hoy quedan abolidos los derechos del fuerte, para dar paso a los derechos del que tiene razón. Guiadas por la antorcha de la razón, nos alistamos en las filas de la justicia, enarbolando la bandera de la verdad para pedir lo que legítimamente nos pertenece, no tolerando ser clasificadas a vuestro antojo que obedece al egoísmo, móvil siempre de vuestras acciones.

El hombre ha demostrado constantemente una tendencia poco delicada; el deseo mezquino de rebajar a la mujer convirtiéndola en ser pasivo, en maniquí, en criatura nula y ciega, incapaz de caminar al lado suyo por los mundos elevados de la ilustración y la inteligencia.

El hombre ha querido ciega a su compañera para que no le viese caminar por sendas cubiertas de fango; la ha querido sin criterio para que no le pidiera cuenta de su conducta ligera, y para subyugarla sin razonamiento de ninguna especie ante las despóticas leyes de su caprichosa fantasía; ha comprendido el hombre que al suavizarse las costumbres, el cetro del mundo pertenece a los reyes de la inteligencia, y para doblegar a su compañera, sometiéndola a un ominoso yugo y a una postración moral muy lamentable, ha mutilado sus facultades intelectuales y la ha sepultado en las tinieblas, sumiéndola en la más oscura ignorancia, para que se estrellara indefensa y sola en los escollos de la vida. Sola, repito; la ha dejado sola, porque la ignorancia es la orfandad del alma, y la orfandad del alma es una soledad moral muy desconsoladora.

El hombre quiere débil a la mujer para ejercer en su hogar un predominio tiránico, que le permita calmar, ya que no extinguir, la ardiente sed que siente de una dominación más vasta sobre el universo.

El hombre quiere débil a la mujer para hacerla su juguete, para explotar su debilidad; permítaseme esta frase escapada a mi indignación y que repugna a mi delicadeza, frase que no borro por no encontrar otra más gráfica para lo que quiero expresar.

Hay hombres que desean débil a la mujer, y otros que afirman no existe la mujer fuerte: estos son pedantes y aturridos; aquellos insensatos y poco delicados. Decidnos los primeros: aunque triunfaran vuestras groseras pasiones de la debilidad de la mujer, después de satisfechas estas, ¿puede conveniros un ser que no tenga resolución, ideas fijas, decisión y constancia? No, no es conveniente un ser así; la lógica, la cordura lo dictan, y hasta el positivismo, que es vuestro dios, lo publica a grandes voces.

¿Cómo ha de dirigir la educación de sus hijos y el orden doméstico, una mujer sin carácter?

Es absurdo que deseéis débil a la mujer: vuestra tenaz obcecación os hace conspirar contra vuestros propios intereses.

A los que no conocéis la mujer fuerte, puedo contestaros con poderosos argumentos que derrocarán el edificio de vuestras falsas ideas. Decidnos: si tan débil es la mujer, si todas lo son, ¿por qué les entregáis vuestro nombre?, ¿por qué les fiáis el cuidado de guardar vuestra honra? Si no hay mujeres difíciles, si no hay mujeres dignas, os estimáis en muy poco al uniros a ellas en eternos lazos. Los hombres casados están en mayoría; por consiguiente, no habiendo mujeres virtuosas, sois más censurables que ellas al hacerlas compañeras de vuestra vida.

¡Hombres aturridos, cuando negáis la virtud de la mujer, pensad en vuestra madre y en vuestra hermana!

Los que denomináis fácil a la mujer, es porque habéis tratado mujeres que valían muy poco; no conocéis del sexo más que la escoria. No conocéis a las mujeres fuertes, porque ocultan las luchas del alma bajo un velo de indiferencia y frialdad.

La mujer, a pesar de tener corazón de fuego y ardiente fantasía, se doblega ante el frío sentimiento del deber y le rinde respetuoso culto.

Hay mujeres que abrasadas en una pasión ilícita y con el corazón hecho trizas, se defienden cual el guerrero envuelto en su propia sangre. ¿Creéis que estas mujeres son menos fuertes? Estáis en un error: cuanto mayor es la lucha, más gloriosa es la victoria.

Si la mujer abrasada por la fiebre del alma, muere sin haberse rendido, no la apellidéis débil; sus fuerzas físicas habrán sucumbido, pero sin sufrir derrota alguna sus fuerzas morales.

La mujer lo pospone todo ante su dignidad.

En el raro caso de que no hubiese mujeres honradas por virtud, las habría por altivez; esto es exacto: observad que lo asegura una mujer.

La mujer no es débil; si alguna os dice que lo es, no la creáis; hay mujeres que quieren cubrir sus extravíos con la capa de la debilidad, mujeres que se dejan arrastrar al abismo de la perdición porque el vicio las atrae, porque necesitan

vivir en una atmósfera de corrupción muy en armonía con sus costumbres depravadas. Afortunadamente estas mujeres son rarísimas excepciones, y no se hallan entre las hispano-americanas.

La mujer virtuosa es fuerte, está protegida por el escudo de su virtud, se halla envuelta en el arnés de su decoro, y a esta mujer honrada y digna no alcanzan las tentativas de los libertinos.

Hay mujeres que se imponen con la pureza de su mirada; mujeres que saben hacerse respetar con la expresión del semblante.

Muchos hombres impugnan a la mujer, no por convicción, mas sí por lucir frases brillantes que lisonjean el amor propio del que las concibe.

Un poeta inglés, haciendo alarde de ingenio a expensas de la verdad, exclamó:

«Fragilidad, tu nombre es femenino»; y sátiras semejantes han dirigido muchos filósofos al sexo que debieran respetar.

Considerad a la mujer bajo cualquier aspecto, y la encontraréis fuerte y valerosa: la mujer es igual al hombre en fuerza moral.

Abrid las páginas de la historia y hallaréis mujeres enérgicas, espíritus viriles, cuyas hazañas os harán comprender que el talento de los grandes generales no es patrimonio exclusivo del sexo dominador: observad que el heroísmo es común a los dos sexos, porque el heroísmo es hijo del entusiasmo, cual lo son todas las grandes acciones, y el entusiasmo tiene su cuna en el alma. El heroísmo, el genio y el alma, no tienen edad ni sexo.

El entusiasmo es como el amor, lo más divino del corazón del hombre; el entusiasmo es la elevación del alma, el placer de exponerse a la muerte por abnegación cuando nuestra naturaleza nos llama a la vida; el entusiasmo por la patria conduce al hombre con el rostro sereno al peligro; el entusiasmo alienta en los momentos de dolor; el entusiasmo guía el pincel del artista y la pluma del poeta; el entusiasmo embriaga el corazón de dicha, y aunque la felicidad haya huido, deja una brillante estela que nos ilumina constantemente.

Las mujeres han tenido su epopeya cual los hombres: si existió un Pelayo, Temístocles, Alejandro, Scévola, Bayardo, un Cid y otros muchos, contamos con una Isabel la Católica, cuyo retrato engalana hoy las páginas de nuestro periódico; contamos con una Semíramis, Artemisa, Juana de Montford, María la Valiente, Agustina de Aragón, María Pacheco, Carlota Corday, Juana de Flandes, hija del conde de Hevers, y la interesante Juana de Arco, que fue víctima de la más cruel ingratitud.

Alisia de Champaña, reina de Francia y madre de Felipe Augusto, gobernó la nación durante la expedición de su hijo a Tierra Santa. La hija de Jacobo II, rey de Inglaterra, reinó a la muerte del rey Guillermo, y su reinado fue muy glorioso. Ana Fernández se señaló con heroicas acciones en el cerco que los turcos pusieron a Diu, fortaleza que los portugueses poseían en el reino de Cambaya. Saliendo un día a visitar el baluarte por donde los enemigos intentaban abrir la brecha, halló muerto a su hijo, de diez y ocho años de edad; le cogió en sus brazos, y después de besarle tiernamente, volvió al combate con el más extraordinario denuedo. Berenguela, hija de Fernando IV, conde de Barcelona, casada con Alfonso VII de León en 1128, fue célebre por el valor con que sostuvo el cerco de Toledo contra los moros. Viéndose estrechada, subió sobre la muralla y dijo con energía a los enemigos: «Mala fazaña facéis con una mujer; id a defender a Orega, que asedia mi marido con numeroso ejército». Los moros, no menos galantes que bravos, admiraron su fría impavidez, y levantaron el sitio. A Isabel la Católica se debe la conquista de Granada, como a Sancha de Valenzuela la defensa de Baeza. Ninguna reina mereció tan en alto grado las simpatías de su pueblo, como María Teresa de Austria. Su fama se extendió por todo el mundo; se hizo completamente popular, pues lo mismo la adoraban los magnates que los campesinos.

No es preciso remontarnos a tan lejanas épocas, para admirar notables mujeres que han tenido en sus delicadas manos las riendas del gobierno.

Isabel II gobernó la nación española en días de gran efervescencia política, y ha dejado un recuerdo indeleble de su grandeza de alma y generosos sentimientos. El dolor encuentra siempre eco en su noble corazón; de sus labios brotan constantemente frases de ternura y de perdón.

Hombres, tened presente que no os disputamos la fuerza física; pero nos declaramos en fuerza moral iguales a vosotros.

Queréis despojar a la mujer de su energía, mas vuestro intento es vano: la época del fervor religioso nos presenta tipos tan notables como Prisca alentando a su hija Valeria a sufrir la muerte antes que entregar su mano a un gentil. No es menos admirable Athia exhortando a su hijo Eleuterio a que buscara el martirio por la predicación de la fe, y acompañándole en su apostólica misión hasta sufrir ambos la muerte.

Flaccila, dirigiendo el corazón de su marido, el gran Teodosio, aparece simpática y conmovedora. El triunfo definitivo del cristianismo se debió a la piadosa Elena, madre de Constantino, y a otras piadosas mujeres que aparecen en los fastos de nuestra religión.

Lo repetimos mil veces: la mujer, que ha sido siempre inspiradora de grandes obras, es muy apta para crearlas. Leed detenidamente las eruditas páginas de Concepción Arenal, y convendréis conmigo en que la Arenal es nuestro Pascal español, un nuevo Catón, un gran pensador, con el cual puede honrarse el siglo XIX.

Pocas personas desconocen el glorioso nombre de Fernán Caballero, la gran cantora de las costumbres populares, y el ilustre nombre de Carolina Coronado, la tierna poetisa que con suaves acentos nos traduce el lenguaje de las aves, y con vigorosa inspiración escribe una novela filosófica.

No ha mucho tiempo contábamos en el Parnaso español, ocupando un primer puesto, a la inmortal Avellaneda, a la célebre mujer apellidada eminente poeta por Ferrer del Río, título que mereció dicha señora, pues la Avellaneda era un Hércules de la inteligencia.

La mujer es fuerte por la virtud, poeta y artista por el sentimiento. Nadie puede negarle sus títulos de soberanía en la esfera de la sensibilidad; nadie puede apellidarla débil a pesar de su ternura.

Vale mucho la ternura de la mujer, pero muchísimo más el que sepa defenderse a tiempo de un acceso de ella, cual sabe hacerlo.

Deseo sea comprendido el espíritu que me anima al trazar estas líneas: quiero revelar que moralmente se halla la mujer a la altura del hombre; quiero la emancipación de la mujer únicamente en las esferas de la inteligencia; anhelo verla elevada a los mundos de la ilustración; quiero a la mujer, ante todo madre; y no lo dudéis, será buena esposa y buena madre, si recibe una ilustración que le rasgue la venda fatal de la ignorancia, el error y la superstición.

La mujer será todo lo que quiera ser si la animáis vosotros: ya sabéis que es fuerte a pesar de su débil contextura; seguidla en los campos de batalla desafiando los elementos, curando malignas epidemias, sin temor al contagio, y disputándole a la Parca cuantas víctimas puede, sin conmoverse al silbido de las balas y al estridente estampido del cañón; seguidla donde os digo, y la declararéis fuerte cual yo la declaro.

Poco vale que algunos hayan dicho: *la mujer está rendida desde que oye con paciencia una declaración de amor.*

Nada suponen los sofismas de los que han exclamado: «Las mujeres no caen porque son débiles, sino porque se consideran fuertes».

¿Acaso no es más fuerte la mujer que el hombre?

El hombre ataca, la mujer resiste, y esa resistencia es la mayor fuerza.

La mujer, dotada por la naturaleza de más sensibilidad que el hombre, sabe dominar, sin embargo, pasiones que aquel no domina.

La mujer es héroe por el corazón.

No apellidéis débil a la mujer, si no queréis que patentice vuestra debilidad.

¿Quién conoce vuestras debilidades mejor que la mujer?

Hombres, no lo dudéis, en ambos sexos será siempre el más fuerte aquel que sea más virtuoso.

La solterona («El Álbum de la mujer», 26 de julio de 1885)

He aquí un tipo calumniado siempre: la solterona es una mártir.

El martirio de la solterona es un martirio sin gloria, uno de esos dolorosos martirios que no se admiran, porque lejos de inspirar respeto excitan la hilaridad.

¡A cuántas chanzonetas incisivas, picantes chistes y duras bromas ha dado lugar el inofensivo tipo que describo!

Nadie vacila en sacrificar la solterona a una sátira ingeniosa. Las personas de corazón más tierno son agresivas para ella.

Y sin embargo, la solterona es un ser lleno de resignación y de bondad. Su misión en este mundo es tolerar las impertinencias de cuantos la rodean. La solterona vive generalmente agregada a una familia de propios o extraños, a los cuales tiene que mimar. Si la solterona está agregada a una familia extraña, paga una corta cantidad por su manutención, y los que la perciben lo olvidan al momento de haberla recibido, llegando a forjarse la ilusión de que tienen por favor a la solterona. Si la solterona vive con individuos de su familia, no le falta un tío misántropo, achacoso y mal humorado que la hace víctima de sus rarezas, o lo que es peor, una cuñada.

¿Os habéis detenido a pensar una vez siquiera, lo que es una cuñada para la solterona?

Es el azote de su vida; la cuñada de la solterona es cruel con ella sin advertirlo, inconscientemente. Si la solterona acaricia demasiado a los hijos de ésta, la acusan de educarlos mal, haciéndola responsable de todas las travesuras de sus sobrinos; si la solterona los reprende, la increpan por tratarlos con aspereza, y le echan en cara como baldón ignominioso el no haber sido nunca madre.

La situación de la solterona es desesperada, bajo cualquier aspecto que se considere: la solterona es en el mundo un hongo, un paria, una planta parásita.

¡Cuántos sufrimientos devora en silencio el corazón de la solterona!

¡Cuán ilimitada es su abnegación!

La vida de la solterona es una pesada cadena eslabonada con humillaciones y acerbos dolores.

¡Piedad, piedad para ella!

La solterona es un ser más útil a la sociedad de lo que se cree. La solterona, como no tiene hijos, ni marido, que son los seres que más absorben nuestra vida, se consagra a cicatrizar los dolores de la humanidad; para ella, su familia es la gran familia humana.

La solterona suele ser buena enfermera, conoce casi todas las recetas caseras, y las propina a sus amigas sin auxilio de médico.

La solterona hace labores de adorno, dulces, conservas, cuida pájaros y riega flores.

La solterona mece la cuna de los niños, los arrulla, los vela, los viste, los desnuda y les enseña a pronunciar el nombre de dios.

La solterona asiste a las novenas, trisagios y sermones; la solterona reza por todos los pecadores que jamás se acuerdan de rezar.

Si queréis saber los milagros de algún santo, los bautizos y defunciones que ha habido en la parroquia durante la semana, y los nombres de los predicadores más elocuentes, preguntadlo a la solterona.

La solterona tiene gran memoria y sabe deciros qué visitas se deben, cuáles se han pagado, quiénes son los nuevos vecinos de la casa, por qué se han marchado los antiguos.

La solterona es un ser que me inspira gran conmiseración; para ella no brilla el sol cual para todas las mujeres, porque para ella no ha brillado el luminoso astro del amor.

Me decía una vez una poetisa solterona cuyos trabajos literarios tenían gran éxito:

A pesar de la desmesurada pasión que sentimos por la gloria las que cultivamos las artes o las letras, el consorcio con la inmortalidad no me consolará nunca de los dolores del celibato.

Escuché con pena la triste lógica de tal frase.

¡Qué vale para una mujer la gloria literaria ante la gloria de ser amada!

El mejor blasón de una mujer es el amor que inspira.

Ser amada es alcanzar el más brillante de los éxitos, porque ser amada resume todos los triunfos, todas las victorias.

Inspirar amor es adquirir una patente de mérito, es tener arrullado el corazón, satisfecho el amor propio.

La mujer que no ha sido nunca amada, pareceme que no pertenece al bello sexo, pareceme que no tiene un lugar en la espléndida fiesta de la vida.

Al pensar en la soledad, en el aislamiento de la solterona, recuerdo a esas flores alpinas que se pierden entre los hielos sin que hayan sido acariciadas por una mirada.

La solterona es flor saxátil azotada por todos los huracanes.

Mi horror a la soltería o al solterismo, me hace encontrar muy sabia aquella costumbre de los asirios, que consistía en celebrar anualmente una especie de venta de todas las mujeres casaderas; las hermosas se casaban con el que más dinero ofrecía, y este dinero servía para dotar a las feas. Con este sistema no había solteronas.

Solteronas: ved en mí un abogado vuestro. El día en que México se halle disfrutando de gran holgura metálica, os ofrezco proponer al Gobierno se cree un fondo para atender a las *calamidades públicas*, con objeto de que sean rescatadas las solteronas de la calamidad del solterismo.

El día que abunde el mármol en México, propondré se levante un monumento nacional consagrado a la memoria de esas víctimas inmoladas en los altares del celibato; de esas víctimas que se quedaron para vestir santos, poner la copa a Santa Catalina, adornar altares, cuidar imágenes o guardar palmas.

¿Por qué es la palma el símbolo de la solterona?

Porque la palma representa el heroísmo o el martirio.

La solterona es heroína y mártir. ¡Pobre solterona!

EMILIA PARDO BAZÁN (1851-1921)

Un viaje de novios (1881)

Prefacio

En Septiembre del pasado año 1880, me ordenó la ciencia médica beber las aguas de Vichy en sus mismos manantiales, y habiendo de atravesar, para tal objeto, toda España y toda Francia, pensé escribir en un cuaderno los sucesos de mi viaje, con ánimo de publicarlo después. Mas acudió al punto a mi mente el mucho tedio y enfado que suelen causarme las híbridas obrillas viatorias, las «Impresiones» y «Diarios» donde el autor nos refiere sus éxtasis ante alguna catedral o punto de vista, y a renglón seguido cuenta si acá dio una peseta de propina al mozo, y si acullá cenó ensalada, con otros datos no menos dignos de pasar a la historia y grabarse en mármoles y bronces. Movida de esta consideración, resolvíme a novelar en vez de referir, haciendo que los países por mí recorridos fuesen escenario del drama¹.

Bastaría con lo dicho para prólogo y antecedentes de mi novela, que más no exige ni merece; pero ya que tengo la pluma en la mano, me entra comezón de tocar algunos puntos, si no indispensables, tampoco impertinentes aquí. A quien parezcan enojosos, queda el fácil arbitrio de saltarlos y pasar sin demora al primer capítulo de UN VIAJE DE NOVIOS, y plegue a Dios no se el antojo después peor que la enfermedad el remedio.

Tiene cada época sus luchas literarias, que a veces son batallas en toda la línea -como la empeñada entre clasicismo y romanticismo- y otras se concretan a un terreno parcial. O mucho me equivoco o este terreno es hoy la novela y el drama, y en el extranjero, la novela sobre todo. Reina en la poesía lírica, por ejemplo, libertad tal, que raya en anarquía, sin que nadie de ello se espante, mientras la escuela de noveladores franceses que enarbolan la bandera realista o naturalista, es asunto de encarnizada discusión y suscita tan agrias censuras como acaloradas defensas. Sus productos recorren el globo, mal traducidos, peor arreglados, pero con segura venta y número de ediciones incalculable. Es de buen gusto horrorizarse de tales engendros, y certísimo que el que más se horroriza no será por ventura el que menos los lea. Para el experto en cuestiones de letras, todo ello indica algo original y característico, fase nueva de un género literario, un signo de vitalidad, y por tal concepto, más reclama detenido examen que sempiterno desprecio o ciego encomio.

De la pugna surgió ya algún principio fecundo, y tengo por importante entre todos el concepto de que la novela ha dejado de ser mero entretenimiento, modo de engañar gratamente unas cuantas horas, ascendiendo a estudio social, psicológico, histórico, pero al cabo estudio. Dedúcese de aquí una consecuencia que a muchos sorprenderá: a saber, que no son menos necesarias al novelista que las galas de la fantasía, la observación y el análisis. Porque en efecto, si reducimos la novela a fruto de lozana inventiva, pararemos en proponer como ideal del género las *Sergas de Esplandián* o las *Mil y una noches*. En el día -no es lícito dudar- la novela es traslado de la vida, y lo único que el autor pone en ella, es su modo peculiar de ver las cosas reales: bien como dos personas, refiriendo un mismo suceso cierto, lo hacen con distintas palabras y estilo. Merced a este reconocimiento de los fueros de la verdad, el realismo puede entrar, alta la frente, en el campo de la literatura.

Puesto lo cual, cumple añadir que el discutido género francés novísimo me parece una dirección realista, pero errada y torcida en bastantes respectos. Hay realismos de realismos, y pienso que a ese le falta o más bien le sobra algo para alardear de género de buena ley y durable influjo en las letras. El gusto malsano del público ha pervertido a los escritores con oro y aplauso, y ellos toman por acierto suyo lo que no es sino bellaquería e indelicadeza de los lectores. No son las novelas naturalistas que mayor boga y venta alcanzaron, las más perfectas y reales; sino las que describen costumbres más licenciosas, cuadros más libres y cargados de color. ¿Qué mucho que los autores repitan la dosis? Yes que antes se llega a la celebridad con escándalo y talento, que con talento solo; y aun suple a veces al talento el escándalo. Zola mismo lo dice: el número de ediciones de un libro no arguye mérito, sino éxito.

No censuro yo la observación paciente, minuciosa, exacta, que distingue a la moderna escuela francesa: desaprucho como yerros artísticos, la elección sistemática preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados, la prolijidad nimia, y a veces cansada, de las descripciones, y, más que todo, un defecto en que no sé si repararon los críticos: la perenne solemnidad y tristeza, el ceño siempre torvo, la carencia de notas festivas y de gracia y soltura en el estilo y en la idea. Para mí es Zola el más hipocondriaco de los escritores habidos y por haber; un Heráclito que no gasta pañuelo, un Jeremías que así lamenta la pérdida de la nación por el golpe de Estado, como la ruina de un almacén de ultramarinos. Y siendo la novela, por excelencia, trasunto de la vida humana, conviene que en ella turnen, como en nuestro existir, lágrimas y risas, el fondo de la eterna tragicomedia del mundo.

Estos realistas flamantes se dejaron entre bastidores el puñal y el veneno de la escuela romántica, pero, en cambio, sacan a la escena una cara de viernes mil veces más indigesta.

¡Oh, y cuán sano, verdadero y hermoso es nuestro realismo nacional, tradición gloriosísima del arte hispano! ¡Nuestro realismo, el que ríe y llora en la *Celestina* y el *Quijote*, en los cuadros de Velázquez y Goya, en la vena cómico-dramática de Tirso y Ramón de la Cruz! ¡Realismo indirecto, inconsciente, y por eso mismo acabado y lleno de inspiración; no desdenoso del idealismo, y gracias a ello, legítima y profundamente humano, ya que, como el hombre, reúne en sí materia y espíritu, tierra y cielo! Si considero que aun hoy, en nuestra decadencia, cuando la literatura apenas produce a los que la cultivan un mendrugo de amargo pan, cuando apenas hay público que lea ni aplauda, todavía nos adornan novelistas tales, que ni en estilo, ni en inventiva, ni acaso en perspicacia observadora van en zaga a sus compañeros de Francia e Inglaterra (países donde el escribir buenas novelas es profesión, a más de honrosa, lucrativa), enorgullézcome de las ricas facultades de nuestra raza, al par que me aflige el mezquino premio que logran los ingenios de España, y me abochorna la preferencia vergonzosa que tal vez concede la multitud a rapsodias y versiones pésimas de Zola, habiendo en España Galdós, Peredas, Alarcones y otros más que omito por no alargar la nomenclatura.

Si a algún crítico ocurriese calificar de realista esta mi novela, como fue calificada su hermana mayor *Pascual López*, pídale por caridad que no me afilie al realismo transpirenaico, sino al nuestro, único que me contenta y en el cual quiero vivir y morir, no por mis méritos, si por mi voluntad firme. Tanto es mi respeto y amor hacia nuestros modelos nacionales, que acaso por mejor imitarlos y empaparame en ellos, di a *Pascual López* el sabor arcaico, ensalzado hasta las nubes por la benevolencia de unos, por otros censurado; pero, en mi humilde parecer, no del todo fuera de lugar en una obra que intenta -en cuanto es posible en nuestros días, y en cuanto lo consiente mi escaso ingenio- recordar el sazoadísimo y nunca bien ponderado género picaresco. No tendría disculpa si emplease el mismo estilo en UN VIAJE DE NOVIO, de índole más semejante a la de la moderna novela llamada de costumbres.

Aun pudiera curarme en salud, vindicándome anticipadamente de otro cargo que tal vez me dirija algún malhumorado censor. Hay quien cree que la novela debe probar, demostrar o corregir algo, presentando al final castigado el vicio y galardonada la virtud, ni más ni menos que en los cuentecicos para uso de la infancia. Exigencia es esta a que no están sujetos pintores, arquitectos ni escultores: que yo sepa, nadie puso tacha a Velázquez porque de sus *Hilanderas* o sus *Niños bobos* no resulte lección edificante alguna. Sólo al mísero escritor entregan férula y palmeta a fin de que vapulee a la sociedad, pero con tal disimulo, que ésta haya de tomar los disciplinazos por caricias, y enmendarse a puros entretenidos azotes. Yo de mí sé decir que en arte me enamora la enseñanza indirecta que emana de la hermosura, pero aborrezco las píldoras de moral rebozadas en una capa de oro literario. Entre el impudor frío y afectado de los escritores naturalistas y las homilias sentimentales de los autores que toman un púlpito en cada dedo y se van por esos trigos predicando, no escojo; me quedo sin ninguno. Podrá este mi criterio parecer a unos laxo, a otros en demasía estrecho: a mí me basta saber que, prácticamente, lo profesaron Cervantes, Goethe, Walter Scott, Dickens, los príncipes todos de la romancería.

Y perdóname, lector benigno, que a tan ilustres personajes haya traído de los cabellos con ocasión de mis insignificantes escritos. Por ventura suele la vista de una charca recordar el Océano; mas la charca, charca se queda. Harto se lo sabe ella, y bien le pesa de su pequeñez; pero no la hizo Dios más grande, por lo cual echará mano de la resignación que a ti te desea, si has de recorrer estas páginas.

La última ilusión de Don Juan («El Imparcial», 18 de diciembre de 1893)

Las gentes superficiales, que nunca se han tomado el trabajo de observar al microscopio la complicada mecánica del corazón, suponen buenamente que a Don Juan, el precoz libertino, el burlador sempiterno, le bastan para su satisfacción los sentidos y, a lo sumo, la fantasía, y que no necesita ni gasta el inútil lujo del sentimiento, ni abre nunca el dorado ajimez donde se asoma el espíritu para mirar al cielo cuando el peso de la tierra le oprime. Y yo os digo, en verdad, que esas gentes superficiales se equivocan de medio a medio, y son injustas con el pobre Don Juan, a quien sólo hemos comprendido los poetas, los que tenemos el alma inundada de caridad y somos perspicaces.... cabalmente porque, cándidos en apariencia, creemos en muchas cosas.

A fin de poner la verdad en su punto, os contaré la historia de cómo alimentó y sostuvo Don Juan su última ilusión..., y cómo vino a perderla.

Entre la numerosa parentela de Don Juan -que, dicho sea de paso, es hidalgo como el rey- se cuentan unas primitas provincianas muy celebradas de hermosas. La más joven, Estrella, se distinguía de sus hermanas por la dulzura del carácter,

la exaltación de la virtud y el fervor de la religiosidad, por lo cual en su casa la llamaban la *Beatita*. Su rostro angelical no desmentía las cualidades del alma: parecíase a una Virgen de Murillo, de las que respiran honestidad y pureza (porque algunas, como la morena «de la servilleta», llamada *Refitolera*, sólo respiran juventud y vigor). Siempre que el humor vagabundo de Don Juan le impulsaba a darse una vuelta por la región donde vivían sus primas, iba a verlas, frecuentaba su trato y pasaba con Estrella pláticas interminables. Si me preguntáis qué imán atraía al perdido hacia la santa, y más aún a la santa hacia el perdido, os diré que era quizás el mismo contraste de sus temperamentos.... y después de esta explicación nos quedaremos tan enterados como antes.

Lo cierto es que mientras Don Juan galanteaba por sistema a todas las mujeres, con Estrella hablaba en serio, sin permitirse la más mínima insinuación atrevida; y que mientras Estrella rehuía el trato de todos los hombres, veníase a la mano de Don Juan como la mansa paloma, confiada, segura de no mancharse el plumaje blanco. Las conversaciones de los primos podía oír las el mundo entero; después de horas de charla inofensiva, reposada y dulce, levantábanse tan dueños de sí mismos, tan tranquilos, tan venturosos, y Estrella volaba a la cocina o a la despensa a preparar con esmero algún plato de los que sabía que agradaban a Don Juan. Saboreaba éste, más que las golosinas, el mimo con que se las presentaban, y la frescura de su sangre y la anestesia de sus sentidos le hacían bien, como un refrigerante baño al que caminó largo tiempo por abrasados arenales.

Cuando Don Juan levantaba el vuelo, yéndose a las grandes ciudades en que la vida es fiebre y locura, Estrella le escribía difusas cartas, y él contestaba en pocos renglones, pero siempre. Al retirarse a su casa, al amanecer, tambaleándose, aturdido por la bacanal o vibrantes aún sus nervios de las violentas emociones de la profana cita; al encerrarse para mascar, entre risa irónica, la hiel de un desengaño -porque también Don Juan los cosecha-; al prepararse al lance de honor templando la voluntad para arrostrar impávido la muerte; al reír; al blasfemar, al derrochar su mocedad y su salud cual pródigo insensato de los mejores bienes que nos ofrece el Cielo, Don Juan reservaba y apartaba, como se aparta el dinero para una ofrenda a Nuestra Señora, diez minutos que dedicar a Estrella. En su ambición de cariño, aquella casta consagración de un ser tan delicado y noble representaba el sorbo de agua que se bebe en medio del combate y restituye al combatiente fuerzas para seguir lidiando. Traiciones, falsías, perfidias y vilezas de otras mujeres podían llevarse en paciencia, mientras en un rincón del mundo alentase el leal afecto de Estrella la *Beatita*. A cada carta ingenua y encantadora que recibía Don Juan, soñaba el mismo sueño; se veía caminando difícilmente por entre tinieblas muy densas, muy frías, casi palpables, que rasgaban por intervalos la luz sulfurosa del relámpago y el culebreo del rayo, pero allá lejos, muy lejos, donde ya el cielo se esclarecía un poco, divisaba Don Juan blanca figura velada, una mujer con los ojos bajos, sosteniendo en la diestra una lamparita encendida y protegiéndola con la izquierda. Aquella luz no se apagaba jamás.

En efecto, corrían años, Don Juan se precipitaba despeñado, por la pendiente de su delirio, y las cartas continuaban con regularidad inalterable, impregnadas de igual ternura latente y serena. Eran tan gratas a Don Juan estas cartas, que había determinado no volver a ver a su prima nunca, temeroso de encontrarla desmejorada y cambiada por el tiempo, y no tener luego ilusión bastante para sostener la correspondencia. A toda costa deseaba eternizar su ensueño, ver siempre a Estrella con rostro murillesco, de santita virgen de veinte años. Las epístolas de Don Juan, a la verdad, expresaban vivo deseo de hacer a su prima una visita, de renovar la charla sabrosa; pero como nadie le impedía a Don Juan realizar este propósito, hay que creer, pues no lo realizaba, que la gana no debía de apretarle mucho.

Eran pasados dos lustros, cuando un día recibió Don Juan, en vez del ancho pliego acostumbrado, escrito por las cuatro carillas y cruzado después, una esquelita sin cruzar, grave y reservada en su estilo, y en que hasta la letra carecía del abandono que imprime la efusión del espíritu guiando la mano y haciéndola acariciar, por decirlo así, el papel. ¡Oh mujer, oh agua corriente, oh llama fugaz, oh soplo de aire! Estrella pedía a don Juan que ni se sorprendiese ni se enojase, y le confesaba que iba a casarse muy pronto... Se había presentado un novio a pedir de boca, un caballero excelente, rico, honrado, a quien el padre de Estrella debía atenciones sin cuento; y los consejos y exhortaciones de «todos» habían decidido a la santita, que esperaba, con la ayuda de Dios, ser dichosa en su nuevo estado y ganar el cielo.

Quedó Don Juan absorto breves instantes; luego arrugó el papel y lo lanzó con desprecio a la encendida chimenea. ¡Pensar que si alguien le hubiese dicho dos horas antes que podía casarse Estrella, al tal le hubiese tratado de bellaco calumniador! ¡Y se lo participaba ella misma, sin rubor, como el que cuenta la cosa más natural y lícita del mundo!

Desde aquel día, Don Juan, el alegre libertino, ha perdido su última ilusión; su alma va peregrinando entre sombras, sin ver jamás el resplandorcito de la lámpara suave que una virgen protege con la mano; y el que aún tenía algo de hombre, es

sólo fiera, con dientes para morder y garras para destrozar sin misericordia. Su profesión de fe es una carcajada cínica; su amor, un latigazo que quema y arranca la piel haciendo brotar la sangre.

Me diréis que la santita tenía derecho a buscar felicidades reales y goces siempre más puros que los que libaba sin tregua su desenfrenado ídolo. Y acaso diréis muy bien, según el vulgar sentido común y la enana razoncilla práctica. ¡Que esa enteca razón os aproveche! En el sentir de los poetas, menos malo es ser galeote del vicio que desertor del ideal. La santita pecó contra la poesía y contra los sueños divinos del amor irrealizable. Don Juan, creyendo en su abnegación eterna, era, de los dos, el verdadero soñador.

Vampiro («Blanco y Negro», 31 de julio de 1901)

No se hablaba en el país de otra cosa. ¡Y qué milagro! ¿Sucede todos los días que un setentón vaya al altar con una niña de quince?

Así, al pie de la letra: quince y dos meses acababa de cumplir Inesiña, la sobrina del cura de Gondelle, cuando su propio tío, en la iglesia del santuario de Nuestra Señora del Plomo -distante tres leguas de Vilamorta- bendijo su unión con el señor don Fortunato Gayoso, de setenta y siete y medio, según rezaba su partida de bautismo. La única exigencia de Inesiña había sido casarse en el santuario; era devota de aquella Virgen y usaba siempre el escapulario del Plomo, de franela blanca y seda azul. Y como el novio no podía, ¡qué había de poder, malpocadiño!, subir por su pie la escarpada cuesta que conduce al Plomo desde la carretera entre Cebre y Vilamorta, ni tampoco sostenerse a caballo, se discurrió que dos fornidos mocetones de Gondelle, hechos a cargar el enorme cestón de uvas en las vendimias, llevasen a don Fortunato a la silla de la reina hasta el templo. ¡Buen paso de risa!

Sin embargo, en los casinos, boticas y demás círculos, digámoslo así, de Vilamorta y Cebre, como también en los atrios y sacristías de las parroquiales, se hubo de convenir en que Gondelle cazaba muy largo, y en que a Inesiña le había caído el premio mayor. ¿Quién era, vamos a ver, Inesiña? Una chiquilla fresca, llena de vida, de ojos brillantes, de carrillos como rosas; pero qué demonio, ¡hay tantas así desde el Sil al Aveiro! En cambio, caudal como el de don Fortunato no se encuentra otro en toda la provincia. Él sería bien ganado o mal ganado, porque esos que vuelven del otro mundo con tantísimos miles de duros, sabe Dios qué historia ocultan entre las dos tapas de la maleta; solo que... ¡pchs!, ¿quién se mete a investigar el origen de un fortunón? Los fortunones son como el buen tiempo: se disfrutan y no se preguntan sus causas.

Que el señor Gayoso se había traído un platal, constaba por referencias muy auténticas y fidedignas; solo en la sucursal del Banco de Auriabella dejaba depositados, esperando ocasión de invertirlos, cerca de dos millones de reales (en Cebre y Vilamorta se cuenta por reales aún). Cuantos pedazos de tierra se vendían en el país, sin regatear los compraba Gayoso; en la misma plaza de la Constitución de Vilamorta había adquirido un grupo de tres casas, derribándolas y alzando sobre los solares nuevo y suntuoso edificio.

-¿No le bastarían a ese viejo chocho siete pies de tierra? -preguntaban entre burlones e indignos los concurrentes al Casino.

Júzguese lo que añadirían al difundirse la extraña noticia de la boda, y al saberse que don Fortunato, no sólo dotaba espléndidamente a la sobrina del cura, sino que la instituía heredera universal. Los berridos de los parientes, más o menos próximos, del ricachón, llegaron al cielo: hablose de tribunales, de locura senil, de encierro en el manicomio. Mas como don Fortunato, aunque muy acabadito y hecho una pasa seca, conservaba íntegras sus facultades y discurría y gobernaba perfectamente, fue preciso dejarle, encomendando su castigo a su propia locura.

Lo que no se evitó fue la cencerrada monstruo. Ante la casa nueva, decorada y amueblada sin reparar en gastos, donde se habían recogido ya los esposos, juntáronse, armados de sartenes, cazos, trípodes, latas, cuernos y pitos, más de quinientos bárbaros. Alborotaron cuanto quisieron sin que nadie les pusiese coto; en el edificio no se entreabrió una ventana, no se filtró luz por las rendijas: cansados y desilusionados, los cencerreadores se retiraron a dormir ellos también. Aun cuando estaban conchavados para cencerrar una semana entera, es lo cierto que la noche de tornaboda ya dejaron en paz a los cónyuges y en soledad la plaza.

Entre tanto, allá dentro de la hermosa mansión, abarrotada de ricos muebles y de cuanto pueden exigir la comodidad y el regalo, la novia creía soñar; por poco, y a sus solas, capaz se sentía de bailar de gusto. El temor, más instintivo que razonado, con que fue al altar de Nuestra Señora del Plomo, se había disipado ante los dulces y paternales razonamientos del anciano marido, el cual sólo pedía a la tierna esposa un poco de cariño y de calor, los incesantes cuidados que necesita la extrema vejez. Ahora se explicaba Inesiña los reiterados «No tengas miedo, boba»; los «Cásate tranquila», de su tío el

abad de Gondelle. Era un oficio piadoso, era un papel de enfermera y de hija el que le tocaba desempeñar por algún tiempo... , acaso por muy poco. La prueba de que seguiría siendo chiquilla, eran las dos muñecas enormes, vestidas de sedas y encajes, que encontró en su tocador, muy graves, con caras de tontas, sentadas en el confidente de raso. Allí no se concebía, ni en hipótesis, ni por soñación, que pudiesen venir otras criaturas más que aquellas de fina porcelana.

¡Asistir al viejecito! Vaya: eso sí que lo haría de muy buen grado Inés. Día y noche -la noche sobre todo, porque era cuando necesitaba a su lado, pegado a su cuerpo, un abrigo dulce- se comprometía a atenderle, a no abandonarle un minuto. ¡Pobre señor! ¡Era tan simpático y tenía ya tan metido el pie derecho en la sepultura! El corazón de Inesiña se conmovió: no habiendo conocido padre, se figuró que Dios le deparaba uno. Se portaría como hija, y aún más, porque las hijas no prestan cuidados tan íntimos, no ofrecen su calor juvenil, los tibios efluvios de su cuerpo; y en eso justamente creía don Fortunato encontrar algún remedio a la decrepitud. «Lo que tengo es frío -repetía-, mucho frío, querida; la nieve de tantos años cuajada ya en las venas. Te he buscado como se busca el sol; me arrimo a ti como si me arrimase a la llama bienhechora en mitad del invierno. Acércate, échame los brazos; si no, tiritaré y me quedaré helado inmediatamente. Por Dios, abrígame; no te pido más».

Lo que se callaba el viejo, lo que se mantenía secreto entre él y el especialista curandero inglés a quien ya como en último recurso había consultado, era el convencimiento de que, puesta en contacto su ancianidad con la fresca primavera de Inesiña, se verificaría un misterioso trueque. Si las energías vitales de la muchacha, la flor de su robustez, su intacta provisión de fuerzas debían reanimar a don Fortunato, la decrepitud y el agotamiento de éste se comunicarían a aquélla, transmitidos por la mezcla y cambio de los alientos, recogiendo el anciano un aura viva, ardiente y pura y absorbiendo la doncella un vaho sepulcral. Sabía Gayoso que Inesiña era la víctima, la oveja traída al matadero; y con el feroz egoísmo de los últimos años de la existencia, en que todo se sacrifica al afán de prolongarla, aunque sólo sea horas, no sentía ni rastro de compasión. Agarrábase a Inés, absorbiendo su respiración sana, su hálito perfumado, delicioso, preso en la urna de cristal de los blancos dientes; aquel era el postrer licor generoso, caro, que compraba y que bebía para sostenerse; y si creyese que haciendo una incisión en el cuello de la niña y chupando la sangre en la misma vena se remozaba, sentíase capaz de realizarlo. ¿No había pagado? Pues Inés era suya.

Grande fue el asombro de Vilamorta -mayor que el causado por la boda aún- cuando notaron que don Fortunato, a quien tenían pronosticada a los ocho días la sepultura, daba indicios de mejorar, hasta de rejuvenecerse. Ya salía a pie un ratito, apoyado primero en el brazo de su mujer, después en un bastón, a cada paso más derecho, con menos temblequeteo de piernas. A los dos o tres meses de casado se permitió ir al casino, y al medio año, ¡oh maravilla!, jugó su partida de billar, quitándose la levita, hecho un hombre. Diríase que le soplaban la piel, que le inyectaban jugos: sus mejillas perdían las hondas arrugas, su cabeza se erguía, sus ojos no eran ya los muertos ojos que se sumen hacia el cráneo. Y el médico de Vilamorta, el célebre Tropiezo, repetía con una especie de cómico terror:

-Mala rabia me coma si no tenemos aquí un centenario de esos de quienes hablan los periódicos.

El mismo Tropiezo hubo de asistir en su larga y lenta enfermedad a Inesiña, la cual murió -¡lástima de muchacha!- antes de cumplir los veinte. Consunción, fiebre hética, algo que expresaba del modo más significativo la ruina de un organismo que había regalado a otro su capital. Buen entierro y buen mausoleo no le faltaron a la sobrina del cura; pero don Fortunato busca novia. De esta vez, o se marcha del pueblo, o la cencerrada termina en quemarle la casa y sacarle arrastrando para matarle de una paliza tremenda. ¡Estas cosas no se toleran dos veces! Y don Fortunato sonrío, mascando con los dientes postizos el rabo de un puro.

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN" (1852-1901)

La imperfecta casada (in Id., *Cuentos morales*, 1896)

Mariquita Varela, casta esposa de Fernando Osorio, notaba que de algún tiempo a aquella parte se iba haciendo una sabia sin haber puesto en ello empeño, ni pensado en sacarle jugo de ninguna especie a la sabiduría. Era el caso, que, desde que los chicos mayores, Fernandito y Mariano, se habían hecho unos hombrechitos y se acostaban solos y pasaban gran parte del día en el colegio, a ella le sobraba mucho tiempo, después de cumplir todos sus deberes, para aburrirse de lo lindo; y por no estarse mano sobre mano, pensando mal del marido ausente, sólo ocupada en acusarle y perdonarle, todo en la pura fantasía, había dado en el prurito de leer, cosa en ella tan nueva, que al principio le hacía gracia por lo rara.

Leía cualquier cosa. Primero la emprendió con la librería del oficioso esposo, que era médico; pero pronto se cansó del espanto, de los horrores que consiente el padecer humano, y mucho más de los escándalos técnicos, muchos de ellos pintados a lo vivo en grandes láminas de que la biblioteca de Osorio era rico museo.

Tomó por otro lado, y leyó literatura, moral, filosofía, y vino a comprender, como en resumen, que del mucho leer se sacaba una vaga tristeza entre voluptuosa y resignada; pero algo que era menos horroroso que la contemplación de los dolores humanos, materiales, de los libros de médicos.

Llegó a encontrar repetidas muestra de literatura cristiana, edificante; y allí se detuvo con ahínco y empezó a tomar en serio la lectura, porque comenzó a ver en ella algo útil y que servía para su estado; para su estado de mujer que fue hermosa, alegre, obsequiada, amada, feliz, y que empieza a ver en lontananza la vejez desgraciada, las arrugas, las canas y la melancólica muerte del sexo en su eficacia. Lejos todavía estaba ese horror, pero mal síntoma era ir pensando tanto en aquello. Pues sus lecturas morales, religiosas, la ayudaban no poco a conformarse. Pero le sucedió lo que siempre sucede en tales casos: que fue más dichosa mientras fue neófita y conservó la vanidad pueril de creerse buena, nada más que porque tenía buenos pensamientos, excelentes propósitos, y porque prefería aquellas lecturas y meditaciones honradas; y fue menos dichosa cuando empezó a vislumbrar en qué consistía la perfección sin engaños, sin vanidades, sin confianza loca en el propio mérito. Entonces, al ver tan lejos (¡oh, mucho más lejos que la vejez con sus miserias!), tan lejos la virtud verdadera, el mérito real sin ilusión, se sintió el alma llena de amargura, en una soledad de hielo,

sin mí, sin vos y sin Dios,

como decía Lope, sin mí, es decir, sin ella misma, porque no se apreciaba, se desconocía, desconfiaba de su vanidad, de su egoísmo; sin vos, es decir, sin su marido, porque ¡ay! El amor, el amor de amores, había volado tiempo hacía; y sin Dios, porque Dios está sólo donde está la virtud, y la virtud real, positiva, no estaba en ella. Valor se necesitaba para seguir sondando aquel abismo de su alma, en que al cabo de tanto esfuerzo de humildad, de perdón de las injurias, de amor a la cruz del matrimonio, que llevaba ella sola, se encontraba que todo era presunción, romanticismo disfrazado de piedad, histerismo, sugestión de sus soledades, paliativos para conllevar la usencia del esposo, distraído allá en el mundo... El mérito real, la virtud cierta, estaba lejos, mucho más lejos.

Y estas amarguras de tener que despreciarse a sí misma, si no por mala, por poco buena, era el único solaz que podía permitirse. Al que apelaba sin falta, cuando, cumplidos todos sus deberes ordinarios, vulgares, fáciles, como pensaba ahora, aunque sintiéndolos difíciles, se quedaba sola, velando junto al quinqué, esperando al buen Osorio, que, allá, muy tarde, volvía con los ojos encendidos y vagamente soñadores, con las mejillas coloradas, amable, jovial, pródigo de besos en la nuca y en la frente de su eterna compañera, besos que, según las aprensiones, los instintos de ella, daban los labios allí y el alma en otra parte, muy lejos.

* * *

Y una noche leía Mariquita *La Perfecta Casada*, del sublime Fray Luis de León; y leía, poniéndose roja de vergüenza, mientras el corazón se lo quedaba frío: «...*Así, por la misma razón, no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase aún por la imaginación que es posible ser mala. Porque, si va a decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, o que en serlo hace algo que le debe ser agradecido*».

Y como si Fray Luis hubiera escrito para ella sola, y en aquel mismo instante, y no escribiendo, sino hablándola al oído, Mariquita se sintió tan avergonzada que hundió el rostro en las manos, y sintió en la nuca, no un beso *in partibus* de su esposo, sino el aliento del agustino que, con palabras del Espíritu Santo, le quemaba el cerebro a través del cráneo.

Quiso tener valor, en penitencia, y siguió leyendo, y hasta llegó donde poco después dice: «*Y cierto, como el que se pone en el camino de Santiago, aunque a Santiago no llegue, ya le llaman romero, así, sin duda, es principia da ramera la que se toma licencia para tratar de estas cosas, que son el camino*».

Y, siempre con las manos apretadas a la cabeza, la de Osorio se quedó meditando:

-¡Yo ramera principia da y por aquello mismo que, si ahora siento como dolor de la conciencia que me remuerde, siempre tomé por prueba dura, por mérito de mi martirio, por cáliz amargo!

Por el recuerdo de Mariquita pasó, en una serie de cuadros tristes, de ceniciento gris, su historia, la más cercana, la de esposa respetada, querida sin ilusión, sola en suma, y apartada del mundo casi siempre.

Casi siempre, porque de tarde en tarde volvía a él, por días, por horas. Primero había sido completo alejamiento; la batalla maternal: el embarazo, el parto, la lactancia, los cuidados, los temores y las viglias junto a la cuna; y vuelta a empezar: el embarazo, cada vez más temido, con menos fuerzas y más presentimientos de terror; el parto, la lucha con la nodriza que vence, porque la debilidad rinde a la madre; más viglias, más cuidados, más temores... y el marido que empieza a desertar, en quien se disipa algo que parece nada, y era nada menos que el amor, el amor de amores, la ilusión de toda la vida de la esposa, su único idilio, la sola voluptuosidad lícita, siempre moderada.

Como un rayo de sol de primavera, con el descanso de la maternidad viene el resucitar de la mujer, que sigue el imán de la admiración ajena; ráfagas de coquetería... así como panteística, tan sutiles y universales, que son alegría, placer, sin parecer pecado. Lo que se desea es ir a mirarse en los ojos del mundo como en un espejo.

La ocasión de volver al teatro, al baile, al banquete, al paseo, la ofrece el mismo esposo, que siente remordimientos, que no quiere *extremar las cosas*, y se empeña -se empeña, vamos- en que su mujercita ¡qué, diablo! vuelva a crearse, vuelva al mundo, se distraiga honestamente. Y volvía Mariquita al mundo; pero... el mundo era otro. Por de pronto, ella no sabía vestirse; lo que se llama vestirse. Sin saber por qué, como si fueran escandalosas, prescindía de sus alhajas: no se atrevía a ceñirse la ropa, ni tampoco a despojarse de la mucha interior que ahora gasta, para librarse de achaques que sus maternidades trajeran con amenazas de males mayores. Además comprende que ha perdido la brújula en materia de modas. Un secreto instinto le dice que debe procurar parecer modesta, pasar como una de tantas, de esas que llenan los teatros, los bailes, sin que en rigor se las vea. Al llegar cierta hora, en la alta noche, sin pensar en remediarlo, bosteza; y si la fiesta es cosa de música o drama sentimental, al llegar a lo patético se acuerda de sus hijos, de aquellas cabezas rubias que descansarían sobre la almohada, a la tibia luz de una lamparilla, solos, sin la madre. ¡Mal pecado! ¡Qué remordimiento! ¿Y todo para qué? Para permitirles la poca simpática curiosidad de olfatear amores ajenos, de espiar miradas, de contemplar los triunfos de las hermosas que hoy brillan como ella brillaba en otro tiempo... ¡Qué bostezos! ¡Qué remordimiento!

Con el recuerdo nada halagüeño de las impresiones de noches tales, Mariquita se resolvió a no volver al mundo, y por mucho tiempo cumplió su palabra. En vano, marrullero, quería su esposo obligarla al sacrificio; no salía de casa.

Pero pasaban años, los chicos crecían, el último parto ya estaba lejos, la edad traía ciertas carnes, equilibrio fisiológico que era salud, sangre buena y abundante; y la primavera de las entrañas retozaba, saliendo a la superficie en reminiscencias de vaga coquetería, en *saudades* de antiguas ilusiones, de inocentes devaneos y del amor serio, triunfador, pero también muerto de su marido.

Mariquita recordaba ahora, leyendo a Fray Luis, sus noches de teatro de tal época.

Llegaba tarde al espectáculo, porque la prole la retenía, y porque el tocado se hacía interminable por la falta de costumbre y por la ineficacia de los ensayos para encontrar en el espejo, a fuerza de desmañados recursos cosméticos, la Mariquita de otros días, la que había tenido muchos adoradores.

¡Sus adoradores de antaño! Aquí entraba el remordimiento, que ahora lo era, y antes, al pasar por ello, había sido desencanto glacial, amargura íntima, vergonzante... Acá y allá, por butacas y palcos, estaban algunos de aquellos adoradores pretéritos... menos envejecidos que ella, porque ellos no criaban chicos, ni se encerraban en casa años y años. ¡Por aquellos ilustres y elegantes gallos no pasaba el tiempo!... Ahora... adoraban también, por lo visto; pero a otras, a las jóvenes *nuevas*; constantes sólo, los muy pícaros, en admirar y amar la juventud. Celos póstumos, lucha por la existencia de la ilusión, por la existencia del instinto sexual, la habían hecho intentar... locuras; ensayar en aquellos amantes platónicos de otros días el influjo poderoso que en ellos ejercieran sus miradas, su sonrisa... Miró como antaño; no faltó quien echara de ver la provocación, quien participara de la melancolía y dulce reminiscencia... Entonces Mariquita (esto no podía verlo ella) se había reanimado, había rejuvenecido; sus ojos, amortiguados por la vigilia al pie de la cuna, habían recobrado el brillo de la pasión, de la vanidad satisfecha, de la coquetería inspirada... ¡Ráfagas pasajeras! Pronto aquellos adoradores pretéritos daban

a entender, sin quererlo, distraídos, que no cabía galvanizar el amor. Lo pasado, pasado. Volvían a su adoración presente, a la contemplación de la juventud, siempre nueva; y allá, Mariquita, la antigua reina de aquellos corazones, recogía de tarde en tarde miradas de sobra, casi compasivas, tal vez falsas, en su expresión. ¡Qué horror, qué vergüenza! ¡Por tan miserable limosna de idealidad amorosa, aquellos desengaños bochornosos! Y, aturdida, helada, había dejado de presumir, de sonsacar miradas, ¡es claro! por orgullo, por dignidad. ¡Pero el dolor aquel, pensaba ahora, leyendo a Fray Luis, el dolor de aquel desengaño... era todo un adulterio!

¡Cuánto pecado, y sin ningún placer! El desencanto en forma de crimen. El amor propio humillado y el remordimiento por costas. ¡Y ella, que había ofrecido a Dios, en rescate de otras culpas ordinarias, veniales, aquellas derrotas de su vanidad, de algo mejor que la vanidad, del sentimiento puro de gozar con el holocausto del cariño!

Sí; había andado, con mal oculta delicia, aquellos pocos pasos en el *camino de Santiago*... luego romero... ramera ¡oh, no, ramera no! Eso era algo fuerte, y que perdonara el seráfico poeta... Pero, si criminal *del todo* no, lo que es buena, tampoco. Ni buena, ni tan mala, ¡y padeciendo tanto! Sufría infinito, y no era perfecta. No podían amarla ni Dios, ni su marido. El marido por cansado, Dios por ofendido.

Y pensaba la infeliz, mientras velaba esperando al esposo ausente, tal vez en una orgía:

-¡Dios mío! ¡Dios mío! La verdadera virtud está tan alta, el cielo tan arriba, que a veces me parecen soñados, ilusorios por lo inasequibles.

JULIA DE ASENSI (1859-1921)

El coco azul (in Ead., *Cocos y hadas: cuentos para niñas y niños*, 1899)

Teresa era mucho menor que sus hermanos Eugenio y Sofía y sin duda por eso la mimaban tanto sus padres. Había nacido cuando Víctor y Enriqueta no esperaban tener ya más hijos y, aunque no la quisieran más que a los otros, la habían educado mucho peor. No era la niña mala, pero sí voluntariosa y abusaba de aquellas ventajas que tenía el ser la primera en su casa cuando debía de ser la última.

A causa de eso Eugenio no la quería tanto como a Sofía; ésta, en cambio, repartía por igual su afecto entre sus dos hermanos.

Cuando Teresa hacía alguna cosa que no era del agrado de Eugenio, él la amenazaba con el coco y pintaba muñecos que ponía en la alcoba de su hermana menor para asustarla.

Teresa tenía miedo de todo y sólo Eugenio era el que procuraba vencer su frecuente e incomprensible terror.

No se le podía contar ningún cuento de duendes ni de hadas, ni hablarle de ningún peligro de esos que son continuos e inevitables en la vida. Los padres se disgustaban con que tal hiciera, y sólo su hermano procuraba corregirla por el bien de ella y el de todos, esperando aprovechar la primera ocasión que se presentase para lograrlo.

Rompía los juguetes de su hermana sin que nadie la riñese y Sofía había guardado los que le quedaban, que aun eran muchos y muy bonitos, donde Teresa no los pudiera coger.

-El día que seas buena te los daré todos, le decía.

-Y cuando seas valiente yo te compraré otros, añadía Eugenio.

Teresa se quedaba meditabunda durante largo rato, sin hallar el medio de complacerles.

No tenía ella la culpa de ser tan miedosa, bien hubiera querido vencer sus temores para evitar las burlas de sus hermanos y de sus amigas. Si salía a paseo, tenía que volver a su casa antes que anocheciera y era preciso llevarla a sitios muy concurridos. Si un hombre la miraba, creía que le iba a robar; si un perro corría a lo lejos, se figuraba que era un animal desconocido y de colosal altura. Si se despertaba de noche y veía por la entornada puerta la luz de la lámpara de una habitación próxima, imaginando que había fuego en la casa, saltaba con precipitación de la cama pidiendo socorro.

No podía estar sola jamás, ni ir a buscar ningún objeto a otro cuarto sin que la acompañasen.

En su misma alcoba tenía que dormir una buena mujer que había sido su nodriza y continuó después al servicio de los padres de Teresa. Quería tanto a la niña que dormía muy poco para poder vigilar su sueño, despertarla si le atormentaba alguna pesadilla o acostarla con ella si estaba desvelada por el miedo.

Habiendo caído enferma la madre de Teresa y no bastando los criados de la casa para velar por si algo se ofrecía, mientras acompañaban a la paciente su marido y otras personas de la familia, forzoso fue que la nodriza entrara también en turno para aquel servicio. Ella se quedaba vestida junto a la cama de la niña que, sabiendo que estaba allí a su lado, no tenía cuidado de ningún género.

Una noche, el padre de Teresa llamó desde fuera a la antigua criada, que se apresuro a salir.

-Hay que ir a la botica, le dijo su amo, se ha concluido una de las medicinas y dice el doctor que es preciso traer más.

La excelente mujer comprendió que no podía desobedecer aquella orden; miró a la niña, que dormía con la mayor tranquilidad, se abrigó bien y salió a la calle para cumplir lo dispuesto por su señor.

-Tardaré poco, se dijo, y en esta momento Teresa no ha de despertarse, sería muy casual que así fuese.

No había querido cerrar la puerta de la alcoba para no hacer ruido.

En la botica la detuvieron un buen rato porque el excesivo número de enfermos que había en aquella época era causa de que tuviesen allí muchas recetas, que se servían por riguroso turno, y el personal de la farmacia más próxima era bastante escaso.

Apenas haría un cuarto de hora que había salido la nodriza, cuando Teresa se despertó.

-¡Mariana! ¡Mariana! llamó por dos veces.

Nadie le respondió. Como era la primera vez que esto había sucedido, pues la mujer, que tenía el sueño muy ligero, contestaba en seguida que oía la voz de Teresa, ésta empezó a alarmarse y se sintió invadida de aquel invencible terror que tanto le atormentaba. Creyó que a sus voces acudiría su padre o alguno de sus hermanos, en el caso de que éstos no se hubiesen acostado todavía.

Al poco rato encendieron una luz en la habitación inmediata. Fijos los ojos en la entornada puerta, la niña cesó de gritar y se quedó inmóvil.

La puerta se abrió entonces por completo y apareció en ella una figura negra con un palo en la mano.

-Si no te callas te llevaré conmigo, le dijo con atronadora voz. ¿A quién llamabas? ¿no puedes estar sola?

Ante aquella amenaza la pobre niña se echó a temblar y ocultó el rostro con las sábanas.

-Márchate, coco negro, murmuró al fin, que yo seré buena.

La figura negra desapareció.

Apenas había salido, Teresa empezó a llamar a gritos a su nodriza.

En la puerta apareció otra figura vestida de azul. Ésta se acercó a la niña a pesar de sus protestas, y colocó encima de su cama una hermosa muñeca.

-¡Vete! exclamó Teresa llorando.

-No me iré sin que me escuches, contestó el fantasma. Yo soy el coco azul y quiero mucho a los niños buenos, a los que doy dulces y juguetes; mas para esto es necesario que no me teman ni tengan miedo a nada. En el último piso de tu casa hay un cuarto oscuro, del que sin duda has oído hablar, que sirve para guardar baúles y muebles viejos; en un rincón de ese cuarto hay muñecas, sillas, mesas y camas para una casa de aquellas, juegos de café, batería de cocina, almendras, caramelos, y otras cosas buenas o bonitas. Si mañana te atreves a ir allí sola, de día, todo será para ti, si no se lo daré a otra niña.

-¿Son los juguetes como los de Sofía? Se atrevió a preguntar Teresa, porque aquel coco no le parecía tan malo como el negro.

-Sí, como los de Sofía.

-¿Y serán para mí?

-No lo dudes.

-Pues bien, coco azul, si te marchas enseguida, mañana iré por ellos.

A Teresa le pareció que el coco se burlaba de ella, porque apenas podía contener la risa. Cogió la muñeca y se alejó precipitadamente.

La niña ya no se atrevió a gritar, temiendo que apareciese un coco de otro color. ¡Si el azul no le engañara! ¡Si todos aquellos juguetes y golosinas fuesen para ella! ¿Por qué se había llevado la muñeca otra vez? Su conciencia le decía que en realidad no la había ganado, porque tenía muchísimo miedo.

Cuando la nodriza volvió, encontró a Teresa con los ojos abiertos, pero callada.

-¡Qué buena es mi niña! dijo besándola; así te quiero yo ver, sin miedo aunque no esté contigo. He tenido que ir a la botica a buscar una medicina para tu mamá, que ya está muy aliviada y pronto podrá levantarse. Ya no me separaré más de ti.

-¿Estamos solas, Mariana?

-Sí, solas, como siempre a estas horas, respondió la nodriza.

-Pues acércate a mí, que te voy a contar lo que me ha pasado.

Y hablando muy bajito, le refirió la visita de los dos cocos.

-Habrás soñado todo eso, pensó la criada.

A la mañana siguiente, al observar que había dejado un mantón negro sobre una silla y que las cortinas del balcón y de las puertas eran azules, supuso Mariana que, asustada Teresa, los había tomado por fantasmas y que había soñado que le habían dicho todo aquello. Vino a confirmar esta idea el oír que Teresa en sueños nombraba sin cesar al coco azul.

Al otro día se levantó la niña pensando en los prometidos juguetes y decidida a armarse de valor para ir a buscarlos.

-Subiré después del desayuno, se dijo.

Pero no se atrevió entonces y lo dejó para cuando acabase de almorzar.

-¿No sales hoy a paseo? le preguntó Sofía.

-No, contestó Teresa, tengo que hacer en casa.

-¡Ah! ¿tienes que hacer? repitió riéndose la hermana mayor.

-Sí, y no te burles.

-¡Famosas ocupaciones serán las tuyas!

-Si me atreviera te las diría.

-Pues atrévete.

-Es que... no sé si es preciso guardar el secreto.

-Conmigo seguramente no, profirió Sofía.

Teresa pareció vacilar un poco, pero al fin, como su hermana era buena para ella y podía darle un consejo, se decidió a contarle la aparición del coco negro y la del coco azul. Al terminar suplicó a Sofía que subiese con ella al cuarto oscuro.

-Eso no puede ser, le replicó, te han dicho que vayas sola y si te acompaño ya no habrá de fijo ni juguetes ni dulces.

Larga fue la lucha que tuvo que sostener Teresa; varias veces llegó al primer tramo de la escalera, porque hasta él la llevó de la mano su hermana, pero no hubo medio de que pasara de allí.

-Iré contigo hasta la puerta del cuarto, le dijo Sofía.

Pero aunque subió con Teresa no logró que la niña entrase sola.

-Déjalo para mañana, a ver si tienes más valor, le aconsejó la otra.

-Mañana no estarán los juguetes...

-Puede ser que sí.

Por la noche también tuvo Mariana que dejar sola a Teresa para acompañar un rato a la enferma, que había tenido un gran alivio en su dolencia, pero cuyo estado exigía siempre un cuidado asiduo.

La niña se despertó y vio, como la noche anterior, al coco negro que la amenazó y al coco azul que la trató con dulzura.

Tuvo menos miedo al primero y hasta se atrevió a mirar detenidamente al segundo. Aquel coco le era simpático y conoció que acabaría por familiarizarse con él. Prometió a la niña ir al día siguiente con ella al cuarto oscuro.

Y en efecto, a las diez de la mañana estaba esperándola en el primer descanso de la escalera, con su hermoso manto de cielo que le cubría desde la cabeza a los pies. Teresa se acercó al coco y subió con él hasta lo más alto de la casa. Al llegar allí abrió la puerta y la niña vio que el cuarto estaba profusamente iluminado con velas y farolillos y en el fondo estaban los juguetes ofrecidos y otros muchos y las golosinas que a ella más le agradaban.

Encantada Teresa al ver todo aquello, empezó a saltar de alegría y a coger cuantos objetos pudo colocándolos en su delantal, para bajarlos a su cuarto en menos tiempo. El coco azul le ayudaba en su tarea, y allí apareció también el coco negro para terminar más pronto.

Cuando todo estuvo trasladado, como Teresa era ya una niña bien educada, dio las gracias a los cocos que le pidieron un beso. Ella cerró los ojos para no verles la cara y obedeció. Entonces el coco negro y el coco azul desaparecieron.

Los dos corrieron al cuarto del padre de Teresa, se quitaron su disfraz apareciendo: bajo el traje del coco malo Eugenio, y del coco bueno Sofía.

-Ha estado la niña más valiente de lo que esperábamos, dijeron.

Poco a poco fue perdiendo Teresa el miedo a todas las cosas naturales y sobrenaturales, pero, aun siendo mayor, siguió ignorando que los cocos habían sido sus hermanos.

Si algún día no sabía la lección, le decía su madre:

-Mira que va a venir el coco negro.

Y aprendía pronto al oír esta amenaza.

Sonreía dulcemente, como si de algo muy querido de ella se tratara, cuando, después de haber hecho una cosa buena le decían:

-En recompensa, se lo contaremos al coco azul.

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936)

Rosario de sonetos líricos (1911)

La oración del ateo

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes
a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi ama endulzóme noches tristes.
¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande
para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras.

Niebla (1914)

Capítulo XVII

[...].

- Pero ¡qué cosas, Dios mío!

- Cosas que no se inventan, que no es posible inventar. Ahora estoy recogiendo más datos de esta tragicomedia, de esta farsa fúnebre. Pensé primero hacer de ello un sainete; pero considerándolo mejor he decidido meterlo de cualquier manera, como Cervantes metió en su Quijote aquellas novelas que en él figuran, en una novela que estoy escribiendo para desquitarme de los quebraderos de cabeza que me da el embarazo de mi mujer.

- Pero ¿te has metido a escribir una novela?

- ¿Y qué querías que hiciese?

- ¿Y cuál es su argumento, si se puede saber?

- Mi novela no tiene argumento, o mejor dicho, será el que vaya saliendo. El argumento se hace él solo.

- ¿Y cómo es eso?

- Pues mira, un día de estos que no sabía bien qué hacer, pero sentía ansia de hacer algo, una comezón muy íntima, un escarabajeo de la fantasía, me dije: voy a escribir una novela, pero voy a escribirla como se vive, sin saber lo que vendrá. Me senté, cogí unas cuartillas y empecé lo primero que se me ocurrió, sin saber lo que seguiría, sin plan alguno. Mis personajes se irán haciendo según obren y hablen, sobre todo según hablen; su carácter se irá formando poco a poco. Y a las veces su carácter será el de no tenerlo.

- Sí, como el mío.

- No sé. Ello irá saliendo. Yo me dejo llevar.

- ¿Y hay psicología?, ¿descripciones?

- Lo que hay es diálogo; sobre todo diálogo. La cosa es que los personajes hablen, que hablen mucho, aunque no digan nada.

- Eso te lo habrá insinuado Elena, ¿eh?

- ¿Por qué?

- Porque una vez que me pidió una novela para matar el tiempo, recuerdo que me dijo que tuviese mucho diálogo y muy cortado.

- Sí, cuando en una que lee se encuentra con largas descripciones, sermones o relatos, los salta diciendo: ¡paja!, ¡paja!, ¡paja! Para ella sólo el diálogo no es paja. Y ya ves tú, puede muy bien repartirse un sermón en un diálogo ...

- ¿Y por qué será esto?

- Pues porque a la gente le gusta la conversación por la conversación misma, aunque no diga nada. Hay quien no resiste un discurso de media hora y se está tres horas charlando en un café. Es el encanto de la conversación, de hablar por hablar, del hablar roto a interrumpido.

- También a mí el tono de discurso me carga ...

- Sí, es la complacencia del hombre en el habló, y en el habla viva ... Y sobre todo que parezca que el autor no dice las cosas por sí, no nos molesta con su personalidad, con su yo satánico. Aunque, por supuesto, todo lo que digan mis personajes lo digo yo ...

- Eso hasta cierto punto ...

- ¿Cómo hasta cierto punto?

- Sí, que empezarás creyendo que los llevas tú, de tu mano, y es fácil que acabes convenciéndote de que son ellos los que te llevan. Es muy frecuente que un autor acabe por ser juguete de sus ficciones ...

- Tal vez, pero el caso es que en esa novela pienso meter todo lo que se me ocurra, sea como fuere.

- Pues acabará no siendo novela.

- No, será... será... nivola.

- Y ¿qué es eso, qué es nivola?

- Pues le he oído contar a Manuel Machado, el poeta, el hermano de Antonio, que una vez le llevó a don Eduardo Benoit, para leérselo, un soneto que estaba en alejandrinos o en no sé qué otra forma heterodoxa. Se lo leyó y don Eduardo le dijo: Pero ¡eso no es soneto! ... No, señor -le contestó Machado-, no es soneto, es ... sonite. Pues así con mi novela, no va a ser novela, sino... ¿cómo dije?, navilo ... nebuloso, no, no, nivola, eso es, ¡nivola! Así nadie tendrá derecho a decir que deroga las leyes de su género ... Invento el género, al inventar un género no es más que darle un nombre nuevo, y le doy las leyes que me place. ¡Y mucho diálogo!

- ¿Y cuando un personaje se queda solo?

- Entonces ... un monólogo. Y para que parezca algo así como un diálogo invento un perro a quien el personaje se dirige.

- ¿Sabes, Víctor, que se me antoja que me estás inventando?

- ¡Puede ser!

Al separarse uno de otro, Víctor y Augusto, iba diciéndose éste:

Y esta mi vida, ¿es novela, es nivola o qué es? Todo esto que me pasa y que les pasa a los que me rodean, ¿es realidad o es ficción? ¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto Él despierte, y por eso le rezamos y elevamos a Él cánticos a himnos, para adormecerle, para cunar su sueño? ¿No es acaso la liturgia de todas las religiones un modo de brezar el sueño de Dios y que no despierte y deje de soñarnos? ¡Ay, mi Eugenia!, ¡mi Eugenia! Y mi Rosarito ...

- ¡Hola, Orfeo! Orfeo le había salido al encuentro, brincaba, le quería trepar piernas arriba. Le cogió y el animalito empezó a lamerle la mano.

Tres novelas ejemplares y un prólogo (1920)

Prólogo

I

¡TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO! Lo mismo pude haber puesto en la portada de este libro *Cuatro novelas ejemplares*. ¿Cuatro? ¿Por qué? Porque este prólogo es también una novela. Una novela, entendámonos, y no una *nívola*; una novela.

Eso de *nívola*, como bauticé a mi novela -¡tan novela!- *Niebla*, y en ella misma, página 158, lo explico, fue una salida que encontré para mis... -¿críticos? Bueno; pase- críticos. Y lo han sabido aprovechar porque ello favorecía su pereza mental. La pereza mental, el no saber juzgar sino conforme a precedentes, es lo más propio de los que se consagran a críticos.

Hemos de volver aquí en este prólogo -novela o *nívola*- más de una vez sobre la nivolería. Y digo hemos de volver así en episcopal primera persona del plural, porque hemos de ser tú, lector, y yo, es decir, nosotros, los que volvamos sobre ellos. Ahora, pues, a lo de *ejemplares*.

¿Ejemplares? ¿Por qué?

Miguel de Cervantes llamó ejemplares a las novelas que publicó después de su *Quijote* porque, según en el prólogo a ellas nos dice, “no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso”. Y luego añade: “Mi intento ha sido poner en la gloria de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de barras, digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan.” Y en seguida: “Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean; horas hay de recreación donde el afligido espíritu descansa; para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestiones y se cultivan con curiosidad los jardines.” Y agrega: “Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyere a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público; mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.”

De lo que se colige: primero, que Cervantes más buscó la ejemplaridad que hoy llamaríamos estética que no la moral en sus novelas, buscando dar con ellas horas de recreación donde el afligido espíritu descansa, y segundo, que lo de llamarlas ejemplares fue ocurrencia posterior a haberlas escrito. Lo que es mi caso.

Este prólogo es posterior a las novelas a que precede y prologa como una gramática es posterior a la lengua que trata de regular y una doctrina moral posterior a los actos de virtud o de vicio que con ella tratan de explicarse. Y este prólogo es, en cierto modo, otra novela; la novela de mis novelas. Y a la vez la explicación de mi novelería. O si se quiere, *nivolería*.

Y llamo ejemplares a estas novelas porque las doy como ejemplo -así, como suena-, ejemplo de vida y de realidad.

¡De realidad! ¡De realidad, sí!

Sus agonistas, es decir, luchadores -o si queréis los llamaremos personajes-, son reales, realísimos y con la realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos, en puro querer ser o en puro querer no ser, y no con la que la den los lectores.

II.

Nada hay más ambiguo que eso que se llama realismo en el arte literario. Porque, ¿qué realidad es la de ese realismo?

Verdad es que el llamado realismo, cosa puramente externa, aparential, cortical y anecdótica, se refiere al arte literario y no al poético o creativo. En un poema -y las mejores novelas son poemas-, en una creación, la realidad no es la del que llaman los críticos realismo. En una creación la realidad es una realidad íntima, creativa y de voluntad. Un poeta no saca sus criaturas -criaturas vivas- por los modos del llamado realismo. Las figuras de los realistas suelen ser maniqués vestidos, que se mueven por cuerda y que llevan en el pecho un fonógrafo que repite las frases que su Maese Pedro recogió por calles y plazuelas y cafés y apuntó en su cartera.

¿Cuál es la realidad íntima, la realidad real, la realidad eterna, la realidad poética o creativa de un hombre? Sea hombre de carne y hueso o sea de los que llamamos ficción, que es igual. Porque Don Quijote es tan real como Cervantes; Hamlet o Macbeth tanto como Shakespeare, y mi Augusto Pérez tenía acaso sus razones al decirme, como me dijo -véase mi novela (¡y tan novela!) *Niebla*, páginas 280 a 281- que tal vez no fuese yo sino un pretexto para que su historia y las de otros, incluso la mía misma, lleguen al mundo.

¿Qué es lo más íntimo, lo más creativo, lo más real de un hombre?

Aquí tengo que referirme, una vez más, a aquella ingeniosísima teoría de Oliver Wendell Holmes -en su *The autocrat of the breakfast table, III*- sobre los tres Juanes y los tres Tomases. Y es que nos dice que cuando conversan dos, Juan y Tomás, hay seis en conversación, que son:

Tres Juanes:

1. El Juan real; conocido sólo para su Hacedor.
2. El Juan ideal de Juan; nunca el real, y a menudo muy desemejante de él.
3. El Juan ideal de Tomás; nunca el Juan real ni el Juan de Juan, sino a menudo muy desemejante de ambos.

Tres Tomases:

1. El Tomás real.
2. El Tomás ideal de Tomás.
3. El Tomás ideal de Juan.

Es decir, el que uno es, el que se cree ser y el que le cree otro. Y Oliver Wendell Holmes pasa a disertar sobre el valor de cada uno de ellos.

Pero yo tengo que tomarlo por otro camino que el intelectualista yanqui Wendell Holmes. Y digo que, además del que uno es para Dios -si para Dios es uno alguien- y del que es para los otros y del que se cree ser, hay el que quisiera ser. Y que éste, el que uno quiere ser, es en él, en su seno, el creador, es el real de verdad. Y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará o castigará a uno a que sea por toda la eternidad lo que quiso ser.

Ahora que hay quien quiere ser y quien quiere no ser, y lo mismo en hombres reales encarnados en carne y hueso que en hombres reales encarnados en ficción novelesca o nivolesca. Hay héroes del querer no ser, de la *voluntad*.

Mas antes de pasar más adelante cúpleme explicar que no es lo mismo querer no ser que no querer ser.

Hay, en efecto, cuatro posiciones, que son dos positivas a) querer ser; b) querer no ser; y dos negativas: c) no querer ser; d) no querer no ser. Como se puede: creer que hay Dios, creer que no hay Dios, no creer que hay Dios, y no creer que no hay Dios. Y ni creer que no hay Dios es lo mismo que no creer que hay Dios, querer no ser es no querer ser. De uno que no quiere ser difícilmente se saca una criatura poética, de novela; pero de uno que quiere no ser, sí. Y el que quiere no ser, no es, ¡claro!, un suicida.

El que quiere no ser lo quiere siendo.

¿Qué? ¿Os parece un lío? Pues si esto os parece un lío y no sois capaces, no ya sólo de comprenderlo, más de sentirlo y de sentirlo apasionada y trágicamente, no llegaréis nunca a crear criaturas reales y, por tanto, no llegaréis a gozar de ninguna novela, ni de la de vuestra vida. Porque sabido es que el que goza de una obra de arte es porque la crea en sí, la re-crea y se recrea con ella. Y por eso Cervantes en el prólogo a sus *Novelas ejemplares* hablaba de "horas de recreación". Y yo me he recreado con su Licenciado Vidriera, recreándolo en mí al re-crearme. Y el Licenciado Vidriera era yo mismo.

III.

Quedamos, pues -digo, me parece que hemos quedado en ello...-, en que el hombre más real, *realis*, más *res*, más cosa, es decir, más causa -sólo existe lo que obra-, es el que quiere ser o el que quiere no ser, el creador. Sólo que este hombre que podríamos llamar, al modo kantiano, numérico, este hombre volitivo e ideal -de idea-voluntad o fuerza- tiene que vivir en un mundo fenoménico, aparential, racional, en el mundo de los llamados realistas. Y tiene que soñar la vida que es sueño. Y de aquí, del choque de esos hombres reales, unos con otros, surgen la tragedia y la comedia y la novela y la nívola. Pero la realidad es la íntima. La realidad no la constituyen las bambalinas, ni las decoraciones, ni el traje, ni el paisaje, ni el mobiliario, ni las acotaciones, ni...

Comparad a Segismundo con Don Quijote, dos soñadores de la vida. La realidad en la vida de Don Quijote no fueron los molinos de viento, sino los gigantes. Los molinos eran fenoménicos, aparentiales; los gigantes eran numéricos, substanciales. El sueño es el que es vida, realidad, creación. La fe misma no es, según san Pablo, sino la substancia de las cosas que se esperan, y lo que se espera es sueño. Y la fe es la fuente de la realidad, porque es la vida. Creer es crear.

¿O es que la *Odisea*, esa epopeya que es una novela, y una novela real, muy real, no es menos real cuando nos cuenta prodigios de ensueño que un realista excluiría de su arte?

IV.

Sí, ya sé la canción de los críticos que se han agarrado a lo de la nívola; novelas de tesis, filosóficas, símbolos, conceptos personificados, ensayos en forma dialogada... y lo demás.

Pues bien; un hombre, y un hombre real, que quiere ser o que quiera no ser, es un símbolo, y un símbolo puede hacerse hombre. Y hasta un concepto. Un concepto puede llegar a hacerse persona. Yo creo que la rama de una hipérbola quiere -¡así, quiere!- llegar a tocar a su asíntota y no lo logra, y que el geómetra que sintiera ese querer desesperado de la unión de la hipérbola con su asíntota nos crearía a esa hipérbola como a una persona, y persona trágica. Y creo que la elipse quiere tener dos focos. Y creo en la tragedia o en la novela del binomio de Newton. Lo que no sé es si Newton la sintió.

¡A cualquier cosa llaman puros conceptos o entes de ficción los críticos!

Te aseguro, lector, que si Gustavo Flaubert sintió, como dicen, señales de envenenamiento cuando estaba escribiendo, es decir, creando, el de Ema Bovary, en aquella novela que pasa por ejemplar de novelas, y de novelas realistas, cuando mi Augusto Pérez gemía delante de mí -dentro de mí más bien-: «Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...» -*Niebla*, página 287- sentía yo morirme.

“¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo!...” -se me dirá-. ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima -que es todo un pueblo-, y otra cosa es que sean yo mismo. Porque, ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente -o inmanente-, ¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo...

Y ahora os digo que esos personajes crepusculares -no de mediodía ni de medianoche- que ni quieren ser ni quieren no ser, sino que se dejan llevar y traer, que todos esos personajes de que están llenas nuestras novelas contemporáneas españolas no son, con todos los pelos y señales que les distinguen, con sus muletillas y sus tics y sus gestos, no son en su mayoría personas, y que no tienen realidad íntima. No hay un momento en que se vacíen, en que desnuden su alma.

A un hombre de verdad se le descubre, se le crea, en un momento, en una frase, en un grito. Tal en Shakespeare. Y luego que le hayáis así descubierto, creado, lo conocéis mejor que él se conoce a sí mismo acaso.

Si quieres crear, lector, por el arte, personas, agonistas trágicos, cómicos o novelescos, no acumules detalles, no te dediques a observar exterioridades de los que contigo conviven, sino trátalos, excítalos si puedes, quíerelos sobre todo y espera a que un día -acaso nunca- saquen a luz y desnuda el alma de su alma, el que quieren ser, en un grito, en un acto, en una frase, y entonces toma ese momento, mételo en ti y deja que como un germen se te desarrolle en el personaje de verdad, en el que es de veras real. Acaso tú llegues a saber mejor que tu amigo Juan o que tu amigo Tomás quién es el que quiere ser Juan o el que quiere ser Tomás o quién es el que cada uno de ellos quiere no ser.

Balzac no era un hombre que hacía vida de mundo ni se pasaba el tiempo tomando notas de lo que veía en los demás o de lo que les oía. Llevaba el mundo dentro de sí.

V.

Y es que todo hombre humano lleva dentro de sí las siete virtudes y sus siete opuestos vicios capitales: es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, rijoso y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido. Y saca de sí mismo lo mismo al tirano que al esclavo, al criminal que al santo, a Caín que a Abel.

No digo que Don Quijote y Sancho brotaron de la misma fuente porque no se oponen entre sí, y Don Quijote era Sancho pancesco y Sancho Panza era quijotesco, como creo haber probado en mi Vida de Don Quijote y Sancho. Aunque no falte acaso quien me salte diciendo que el Don Quijote y el Sancho de esa mi obra no son los de Cervantes. Lo cual es muy cierto. Porque ni Don Quijote ni Sancho son de Cervantes ni míos, sino que son de todos los que los crean y re-crean. O mejor, son de sí mismos, y nosotros, cuando los contemplamos y creamos, somos de ellos.

Y yo no sé si mi Don Quijote es otro que el de Cervantes o si, siendo el mismo, he descubierto en su alma honduras que el primero que nos le descubrió, que fue Cervantes, no las descubrió. Porque estoy seguro, entre otras cosas, de que Cervantes no apreció todo lo que en el sueño de la vida del Caballero significó aquel amor vergonzoso y callado que sintió por Aldonza Lorenzo. Ni Cervantes caló todo el quijotismo de Sancho Panza.

Resumiendo: todo hombre humano lleva dentro de sí las siete virtudes capitales y sus siete vicios opuestos, y con ellos es capaz de crear agonistas de todas clases.

Los pobres sujetos que temen la tragedia, esas sombras de hombres que leen para no enterarse o para matar el tiempo -tendrán que matar la eternidad-, al encontrarse en una tragedia, o en una comedia, o en una novela, o en una nívola si queréis, con un hombre, con nada menos que todo un hombre, o con una mujer, con nada menos que una mujer, se preguntan: “¿Pero de dónde habrá sacado este autor esto?” A lo que no cabe sino una respuesta, y es: “¡de ti, no!” Y como no lo ha sacado uno de él, del hombre cotidiano y crepuscular, es inútil presentárselo, porque no lo reconoce por hombre. Y es capaz de llamarle símbolo o alegoría.

Y ese sujeto cotidiano y aparental, ese que huye de la tragedia, no es mi sueño de una sombra, que es como Píndaro llamó al hombre. A lo sumo será sombra de un sueño, que dijo el Tasso. Porque el que siendo sueño de una sombra y teniendo la conciencia de serlo sufra con ello y quiera serlo o quiera no serlo, será un personaje trágico y capaz de crear y de re-crear en sí mismo personajes trágicos -o cómicos-, capaz de ser novelista; esto es: poeta y capaz de gustar de una novela, es decir, de un poema.

VI.

¿Está claro?

La lucha, por dar claridad a nuestras creaciones, es otra tragedia.

Y este prólogo es otra novela. Es la novela de mis novelas, desde *Paz en la guerra* y *Amor y pedagogía* y mis cuentos - que novelas son- y *Niebla* y *Abel Sánchez* -ésta acaso la más trágica de todas-, hasta las TRES NOVELAS EJEMPLARES que vas a leer, lector. Si este prólogo no te ha quitado la gana de leerlas.

¿Ves, lector, por qué las llamo ejemplares a estas novelas? ¡Y ojalá sirvan de ejemplo!

Sé que en España, hoy, el consumo de novelas lo hacen principalmente mujeres. ¡Es decir, mujeres, no!, sino señoras y señoritas. Y sé que estas señoras y señoritas se aficionan principalmente a leer aquellas novelas que les dan sus confesores o aquellas otras que se las prohíben; o sensiblerías que destilan mangla o pornografías que chorrean pus. Y no es que huyan de lo que les haga pensar; huyen de lo que les haga conmoverse. Con conmoción que no sea la que acaba en... ¡Bueno, más vale callarlo!

Esas señoras y señoritas se extasían, o ante un traje montado sobre un maniquí, si el traje es de moda, o ante el desvestido o semidesnudo; pero el desnudo franco y noble les repugna. Sobre todo el desnudo del alma.

¡Y así anda nuestra literatura novelesca!

Literatura... sí, literatura. Y nada más que literatura. Lo cual es un género de subsistencia, sujeta a la ley de la oferta y la demanda, y a exportación e importación, y a registro de aduana y a tasa.

Allá van, en fin, lectores y lectoras, señores, señoras y señoritas, estas tres novelas ejemplares, que aunque sus agonistas tengan que vivir aislados y desconocidos, yo sé que vivirán. Tan seguro estoy de esto como de que vivirá yo. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Dios sólo lo sabe...

Cancionero. Diario poético (1928-1936)

549

Recuerdo que te veo, tierra,
y recuerdo que en ti estoy;
recuerdo que recuerdo; yerra
quien afirme: «yo soy!»
Yo fui; siempre sombras que huyen
bajo la eternidad; recuerdos que al nacer concluyen;
la muerte es la verdad.

12-XII-28

827

MONSIEUR UNAMUNO, HOMME DE LETTRES

Hombre de letras? no, que no soy tabla
ni humanista, ni literato;
hombre de humanidad;
soy soplo en barro, soy hombre de habla;
no escribo por pasar el rato
sino la eternidad.

8-III-29

1113

¿Cosa es Dios? Nombre sustantivo,
masculino, monosilábico;
en gramática reactivo,
teológicamente atávico.

22-V-29

1423

Es el hombre un animal mitológico,
hijo del sueño,

y patológico;
 pues que se ha creado su dueño,
 ser paradójico.

9-I-30

1755

Au fait, se disait-il a lui même, il paraît que mon destin est de mourir en rêvant.

STENDHAL, *Le Rouge et le Noir*, LXX

Morir soñando, sí, mas si se sueña
 morir, la muerte es sueño; una ventana
 hacia el vacío: no soñar; nirvana;
 del tiempo al fin la eternidad se adueña.
 Vivir el día de hoy bajo la enseña
 del ayer deshaciéndose en mañana:
 vivir encadenado a la desgana
 ¿es acaso vivir? ¿Y esto qué enseña?
 ¿Soñar la muerte no es matar el sueño?
 ¿Vivir el sueño no es matar la vida?
 ¿a qué poner en ello tanto empeño
 aprender lo que al punto al fin se olvida
 escudriñando el implacable ceño
 - cielo desierto - del eterno Dueño?

28-día de inocentes-XII-36

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN (1866-1936)

Mi hermana Antonia (in Id., *Cofre de Sándalo*, 1909)

I.

¡Santiago de Galicia ha sido uno de los santuarios del mundo, y las almas todavía guardan allí los ojos atentos para el milagro!...

II.

Una tarde, mi hermana Antonia me tomó de la mano para llevarme a la catedral. Antonia tenía muchos años más que yo. Era alta y pálida, con los ojos negros y la sonrisa un poco triste. Murió siendo yo niño. ¡Pero cómo recuerdo su voz y su sonrisa y el hielo de su mano cuando me llevaba por las tardes a la catedral!... Sobre todo, recuerdo sus ojos y la llama luminosa y trágica con que miraban a un estudiante que paseaba en el atrio, embozado en una capa azul. Aquel estudiante a mí me daba miedo. Era alto y cenceño, con cara de muerto y ojos de tigre, unos ojos terribles bajo el entrecejo fino y duro. Para que fuese mayor su semejanza con los muertos, al andar le crujían los huesos de la rodilla. Mi madre le odiaba, y por no verle, tenía cerradas las ventanas de nuestra casa, que daban al Atrio de las Platerías. Aquella tarde recuerdo que paseaba, como todas las tardes, embozado en su capa azul. Nos alcanzó en la puerta de la catedral, y sacando por debajo del embozo su mano de esqueleto, tomó agua bendita y se la ofreció a mi hermana, que temblaba. Antonia le dirigió una mirada de súplica, y él murmuró con una sonrisa:

-¡Estoy desesperado!

III.

Entramos en una capilla, donde algunas viejas rezaban las Cruces. Es una capilla grande y oscura, con su tarima llena de ruidos bajo la bóveda románica. Cuando yo era niño, aquella capilla tenía para mí una sensación de paz campesina. Me daba un goce de sombra como la copa de un viejo castaño, cómo las parras delante de algunas puertas, como una cueva de ermitaño en el monte. Por las tardes siempre había corro de viejas rezando las Cruces. Las voces, fundidas en un murmullo de fervor, abríanse bajo las bóvedas y parecían iluminar las rosas de la vidriera como el sol poniente. Sentíase un vuelo de oraciones glorioso y gangoso, y un sordo arrastrarse sobre la tarima, y una campanilla de plata agitada por el niño acólito, mientras levanta su vela encendida, sobre el hombro del capellán, que deletrea en su breviario la Pasión. ¡Oh, Capilla de la Corticela, cuándo esta alma mía, tan vieja y tan cansada, volverá a sumergirse en tu sombra balsámica!

IV.

Lloviznaba, anochecido, cuando atravesábamos el atrio de la catedral para volver a casa. En el zaguán, como era grande y oscuro, mi hermana debió de tener miedo, porque corría al subir las escaleras, sin soltarme la mano. Al entrar vimos a nuestra madre que cruzaba la antesala y se desvanecía por una puerta. Yo, sin saber por qué, lleno de curiosidad y de temor, levanté los ojos mirando a mi hermana, y ella, sin decir nada, se inclinó y me besó. En medio de una gran ignorancia de la vida, adiviné el secreto de mi hermana Antonia. Lo sentí pesar sobre mí como pecado mortal, al cruzar aquella antesala donde ahumaba un quinqué de petróleo que tenía el tubo roto. La llama hacía dos cuernos, y me recordaba al Diablo. Por la noche, acostado y a oscuras, esta semejanza se agrandó dentro de mí sin dejarme dormir, y volvió a turbarme otras muchas noches.

V.

Siguieron algunas tardes de lluvia. El estudiante paseaba en el atrio de la catedral durante los escampos, pero mi hermana no salía para rezar las Cruces. Yo, algunas veces, mientras estudiaba mi lección en la sala llena con el aroma de las rosas marchitas, entornaba una ventana para verle. Paseaba solo, con una sonrisa crispada, y al anochecer su aspecto de muerto era tal, que daba miedo. Yo me retiraba temblando de la ventana, pero seguía viéndole, sin poder aprenderme la lección. En la sala grande, cerrada y sonora, sentía su andar con crujir de canillas y choquezuelas... Maullaba el gato tras de la puerta, y me parecía que conformaba su maullido sobre el nombre del estudiante: ¡Máximo Bretal!

VI.

Bretal es un caserío en la montaña, cerca de Santiago. Los viejos llevan allí montera picuda y sayo de estameña, las viejas hilan en los establos por ser más abrigados que las casas, y el sacristán pone escuela en el atrio de la iglesia. Bajo su palmeta, los niños aprenden la letra procesal de alcaldes y escribanos, salmodiando las escrituras forales de una casa de mayorazgos ya deshecha. Máximo Bretal era de aquella casa. Vino a Santiago para estudiar Teología, y los primeros tiempos, una vieja que vendía miel, traíale de su aldea el pan de borona para la semana, y el tocino. Vivía con otros estudiantes de clérigo en

una posada donde sólo pagaban la cama. Son estos los seminaristas pobres a quienes llaman códeos. Máximo Bretal ya tenía órdenes Menores cuando entró en nuestra casa para ser mi pasante de Gramática Latina. A mi madre se lo había recomendado como una obra de caridad el cura de Bretal. Vino una vieja con cofia a darle las gracias, y trajo de regalo un azafate de manzanas reinetas. En una de aquellas manzanas dijeron después que debía de estar el hechizo que hechizó a mi hermana Antonia.

VII.

Nuestra madre era muy piadosa y no creía en agüeros ni brujerías, pero alguna vez lo aparentaba por disculpar la pasión que consumía a su hija. Antonia, por entonces, ya comenzaba a tener un aire del otro mundo, como el estudiante de Bretal. La recuerdo bordando en el fondo de la sala, desvanecida como si la viese en el fondo de un espejo, toda desvanecida, con sus movimientos lentos que parecían responder al ritmo de otra vida, y la voz apagada, y la sonrisa lejana de nosotros: Toda blanca y triste, flotante en un misterio crepuscular, y tan pálida, que parecía tener cerco como la luna... ¡Y mi madre, que levanta la cortina de una puerta, y la mira, y otra vez se aleja sin ruido!

VIII.

Volvían las tardes de sol con sus tenues oros, y mi hermana, igual que antes, me llevaba a rezar con las viejas en la Capilla de la Corticela. Yo temblaba de que otra vez se apareciese el estudiante y alargase a nuestro paso su mano de fantasma, goteando agua bendita. Con el susto miraba a mi hermana, y veía temblar su boca. Máximo Bretal, que estaba todas las tardes en el atrio, al acercarnos nosotros desaparecía, y luego, al cruzar las naves de la catedral, le veíamos surgir en la sombra de los arcos. Entrábamos en la capilla, y él se arrodillaba en las gradas de la puerta besando las losas donde acababa de pisar mi hermana Antonia. Quedaba allí arrodillado como el bulto de un sepulcro, con la capa sobre los hombros y las manos juntas. Una tarde, cuando salíamos, vi su brazo de sombra alargarse por delante de mí, y enclavijar entre los dedos un pico de la falda de Antonia:

-¡Estoy desesperado!... Tienes que oírme, tienes que saber cuánto sufro... ¿Ya no quieres mirarme?...

Antonia murmuró, blanca como una flor:

-¡Déjeme usted, Don Máximo!

-No te dejes. Tú eres mía, tu alma es mía... El cuerpo no lo quiero, ya vendrá por él la muerte. Mirame, que tus ojos se confiesen con los míos. ¡Mirame!

Y la mano de cera tiraba tanto de la falda de mi hermana, que la desgarró. Pero los ojos inocentes se confesaron con aquellos ojos claros y terribles. Yo, recordándolo, lloré aquella noche en la oscuridad, como si mi hermana se hubiera escapado de nuestra casa.

IX.

Yo seguía estudiando mi lección de latín en aquella sala, llena con el aroma de las rosas marchitas. Algunas tardes, mi madre entraba como una sombra y se desvanecía en el estrado. Yo la sentía suspirar hundida en un rincón del gran sofá de damasco carmesí, y percibía el rumor de su rosario. Mi madre era muy bella, blanca y rubia, siempre vestida de seda, con guante negro en una mano, por la falta de dos dedos, y la otra, que era como una camelia, toda cubierta de sortijas. Esta fue siempre la que besamos nosotros y la mano con que ella nos acariciaba. La otra, la del guante negro, solía disimularla entre el pañolito de encaje, y sólo al santiguarse la mostraba entera, tan triste y tan sombría sobre la albura de su frente, sobre la rosa de su boca, sobre su seno de Madona Litta. Mi madre rezaba sumida en el sofá del estrado, y yo, para aprovechar la raya de luz que entraba por los balcones entornados, estudiaba mi latín en el otro extremo, abierta la Gramática sobre uno de esos antiguos veladores con tablero de damas. Apenas se veía en aquella sala de respeto, grande, cerrada y sonora. Alguna vez, mi madre, saliendo de sus rezos, me decía que abriese más el balcón. Yo obedecía en silencio, y aprovechaba el permiso para mirar al atrio, donde seguía paseando el estudiante, entre la bruma del crepúsculo. De pronto, aquella tarde, estando mirándolo, desapareció. Volví a salmodiar mi latín, y llamaron en la puerta de la sala. Era un fraile franciscano, hacía poco llegado de Tierra Santa.

X.

El Padre Bernardo en otro tiempo había sido confesor de mi madre, y al volver de su peregrinación no olvidó traerle un rosario hecho con huesos de olivas del Monte Oliveto. Era viejo, pequeño, con la cabeza grande y Calva; recordaba los santos románicos del Pórtico de la Catedral. Aquella tarde era la segunda vez que visitaba nuestra casa, desde que estaba devuelto a su convento de Santiago. Yo, al verle entrar, dejé mi Gramática y corrí a besarle la mano. Quedé arrodillado mirándole y esperando su bendición, y me pareció que hacía los cuernos. ¡Ay, cerré los ojos, espantado de aquella burla del

Demonio! Con un escalofrío comprendí que era asechanza suya, y como aquellas que traían las historias de santos que yo comenzaba a leer en voz alta delante de mi madre y de Antonia. Era una asechanza para hacerme pecar, parecida a otra que se cuenta en la vida de San Antonio de Padua. El Padre Bernardo, que mi abuela diría un santo sobre la tierra, se distrajo saludando a la oveja de otro tiempo, y olvidó formular su bendición sobre mi cabeza trasquilada y triste, con las orejas muy separadas, como para volar. Cabeza de niño sobre quien pesan las lúgubres cadenas de la infancia: El latín de día, y el miedo a los muertos, de noche. El fraile habló en voz baja con mi madre, y mi madre levantó su mano del guante:

-¡Sal de aquí, niño!

XI.

Basilisa la Galinda, una vieja que había sido nodriza de mi madre, se agachaba tras de la puerta. La vi y me retuvo del vestido, poniéndome en la boca su palma arrugada:

-No grites, picarito.

Yo la miré fijamente porque le hallaba un extraño parecido con las gárgolas de la catedral. Ella, después de un momento, me empujó con blandura:

-¡Vete, neno!

Sacudí los hombros para desprenderme de su mano, que tenía las arrugas negras como tiznes, y quedé a su lado. Oíase la voz del franciscano:

-Se trata de salvar un alma. . .

Basilisa volvió a empujarme:

-Vete, que tú no puedes oír. . .

Y toda encorvada metía los ojos por la rendija de la puerta. Me agaché cerca de ella. Ya sólo me dijo estas palabras:

-¡No recuerdes más lo que oigas, picarito!

XII.

Yo me puse a reír. Era verdad que parecía una gárgola. No podía saber si perro, si gato, si lobo. Pero tenía un extraño parecido con aquellas figuras de piedra, asomadas o tendidas sobre el atrio, en la cornisa de la catedral. Se oía conversar en la sala. Un tiempo largo la voz del franciscano:

-Esta mañana fue a nuestro convento un joven tentado por el Diablo. Me contó que había tenido la desgracia de enamorarse, y que desesperado, quiso tener la ciencia infernal. . . Siendo la media noche había impetrado el poder del Demonio. El ángel malo se le apareció en un vasto arenal de ceniza, lleno con gran rumor de viento, que lo causaban sus alas de murciélago, al agitarse bajo las estrellas.

Se oyó un suspiro de mi madre:

-¡Ay Dios!

Proseguía el fraile.

-Satanás le dijo que le firmase un pacto y que le haría feliz en sus amores.

Dudó el joven, porque tiene el agua del bautismo que hace a los cristianos, y le alejó con la cruz. Esta mañana, amaneciendo, llegó a nuestro convento, y en el secreto del confesonario me hizo su confesión. Le dije que renunciase a sus prácticas diabólicas, y se negó. Mis consejos no bastaron a persuadirle. ¡Es un alma que se condenará!. . . Otra vez gimí mi madre:

-¡Prefería muerta a mi hija!

Y la voz del fraile, en un misterio de terror, proseguía:

-Muerta ella, acaso él triunfase del Infierno. Viva, quizá se pierdan los dos. . . No basta el poder de una pobre mujer como tú para luchar contra la ciencia infernal. . .

Sollozó mi madre:

-¡Y la Gracia de Dios!

Hubo un largo silencio. El fraile debía de estar en oración meditando su respuesta. Basilisa la Galinda me tenía apretado contra su pecho. Se oyeron las sandalias del fraile, y la vieja me aflojó un poco los brazos para incorporarse y huir. Pero quedó inmóvil, retenida por aquella voz que luego sonó:

-La Gracia no está siempre con nosotros, hija mía. Mana como una fuente y se seca como ella. Hay almas que sólo piensan en su salvación, y nunca sintieron amor por las otras criaturas. Son las fuentes secas. Dime: ¿Qué cuidado sintió tu

corazón al anuncio de estar en riesgo de perderse un cristiano? ¿Qué haces tú por evitar ese negro concierto con los poderes infernales? ¡Negarle tu hija para que la tenga de manos de Satanás!

Gritó mi madre:

-¡Más puede el Divino Jesús!

Y el fraile replicó con una voz de venganza:

-El amor debe ser por igual para todas las criaturas. Amar al padre, al hijo o al marido, es amar figuras de lodo. Sin saberlo, con tu mano negra también azotas la cruz como el estudiante de Bretal.

Debía tener los brazos extendidos hacia mi madre. Después se oyó un rumor como si se alejase. Basilisa escapó conmigo, y vimos pasar a nuestro lado un gato negro. Al Padre Bernardo nadie le vio salir. Basilisa fue aquella tarde al convento, y vino contando que estaba en una misión, a muchas leguas.

XIII.

¡Cómo la lluvia azotaba los cristales y cómo era triste la luz de la tarde en todas las estancias!

Antonia borda cerca del balcón, y nuestra madre, recostada en el canapé, la mira fijamente, con esa mirada fascinante de las imágenes que tienen los ojos de cristal. Era un gran silencio en torno de nuestras almas, y sólo se oía el péndulo del reloj. Antonia quedó una vez soñando con la aguja en alto. Allá en el estrado suspiró nuestra madre, y mi hermana agitó los párpados como si despertase. Tocaban entonces todas las campanas de muchas iglesias. Basilisa entró con luces, miró detrás de las puertas y puso los tranqueros en las ventanas. Antonia volvió a soñar inclinada sobre el bordado. Mi madre me llamó con la mano, y me retuvo. Basilisa trajo su rueca, y sentóse en el suelo, cerca del canapé. Yo sentía que los dientes de mi madre hacían el ruido de una castañeta. Basilisa se puso de rodillas mirándola, y mi madre gimió:

-Echa el gato que araña bajo el canapé.

Basilisa se inclinó:

-¿Dónde está el gato? Yo no lo veo.

-¿Y tampoco lo sientes?

Replicó la vieja, golpeando con la rueca:

-¡Tampoco lo siento!

Gritó mi madre:

-¡Antonia! ¡Antonia!

-¡Ay, diga, señora!

-¿En qué piensas?

-¡En nada, señora!

-¿Tú oyes cómo araña el gato?

Antonia escuchó un momento:

¡Ya no araña!

Mi madre se estremeció toda:

-Araña delante de mis pies, pero tampoco lo veo.

Crispaba los dedos sobre mis hombros. Basilisa quiso acercar una luz, y se le apagó en la mano bajo una ráfaga que hizo batir todas las puertas. Entonces, mientras nuestra madre gritaba, sujetando a mi hermana por los cabellos, la vieja, provista de una rama de olivo, se puso a rociar agua bendita por los rincones.

XIV.

Mi madre se retiró a su alcoba, sonó la campanilla y acudió corriendo Basilisa. Después, Antonia abrió el balcón y miró a la plaza con ojos de sonámbula. Se retiró andando hacia atrás, y luego escapó. Yo quedé solo, con la frente pegada a los cristales del balcón, donde moría en luz de la tarde. Me pareció oír gritos en el interior de la casa, y no osé moverme, con la vaga impresión de que eran aquellos gritos algo que yo debía ignorar por ser niño. Y no me movía del hueco del balcón, devanando un razonar medroso y pueril, todo confuso con aquel nebuloso recordar de reprensiones bruscas y de encierros en una sala oscura. Era como envoltura de mi alma, esa memoria dolorosa de los niños precoces, que con los ojos agrandados oyen las conversaciones de las viejas y dejan los juegos por oírlos. Poco a poco cesaron los gritos, y cuando la casa quedó en silencio escapé de la sala. Saliendo por una puerta encontré a la Galinda:

-¡No barulles, picarito!

Me detuve sobre la punta de los pies ante la alcoba de mi madre. Tenía la puerta entornada, y llegaba de dentro un murmullo apenado y un gran olor de vinagre. Entré por el entorno de la puerta, sin moverla y sin ruido. Mi madre estaba acostada, con muchos pañuelos a la cabeza. Sobre la blancura de la sábana destacaba el perfil de su mano en el guante negro. Tenía los ojos abiertos, y al entrar yo los giró hacia la puerta, sin remover la cabeza:

-¡Hijo mío, espántame ese gato que tengo a los pies!

Me acerqué, y saltó al suelo un gato negro, que salió corriendo. Basilisa la Galinda, que estaba en la puerta, también lo vio, y dijo que yo había podido espantarlo porque era un inocente.

XV.

Y recuerdo a mi madre un día muy largo, en la luz triste de una habitación sin sol, que tiene las ventanas entornadas. Está inmóvil en su sillón, con las manos en cruz, con muchos pañuelos a la cabeza y la cara blanca. No habla, y vuelve los ojos cuando otros hablan, y mira fija, imponiendo silencio. Es aquel un día sin horas, todo en penumbra de media tarde. Y este día se acaba de repente, porque entran con luces en la alcoba. Mi madre está dando gritos:

-¡Ese gato!. . . ¡Ese gato!. . . ¡Arrancármelo, que se me cuelga a la espalda!

Basilisa la Galinda vino a mí, y con mucho misterio me empujó hacia mi madre. Se agachó y me habló al oído, con la barbata temblona, rozándome la cara con sus lunares de pelo.

-¡Cruza las manos!

Yo crucé las manos, y Basilisa me las impuso sobre la espalda de mi madre. Me acosó después en voz baja:

-¿Qué sientes, neno?

Respondí asustado, en el mismo tono que la vieja:

-¡Nada!. . . No siento nada, Basilisa.

-¿No sientes como lumbre?

-No siento nada, Basilisa.

-¿Ni los pelos del gato?

-¡Nada!

Y rompí a llorar, asustado por los gritos de mi madre. Basilisa me tomó en brazos y me sacó al corredor:

-¡Ay, picarito, tú has cometido algún pecado, por eso no pudiste espantar al enemigo malo!

Se volvió a la alcoba. Quedé en el corredor, lleno de miedo y de angustia, pensando en mis pecados de niño. Seguían los gritos en la alcoba, e iban con luces por toda la casa.

XVI.

Después de aquel día tan largo, es una noche también muy larga, con luces encendidas delante de las imágenes y conversaciones en voz baja, sostenidas en el hueco de las puertas que rechinan al abrirse. Yo me senté en el corredor, cerca de una mesa donde había un candelero con dos velas, y me puse a pensar en la historia del Gigante Goliat. Antonia, que pasó con el pañuelo sobre los ojos, me dijo con una voz de sombra:

-¿Qué haces ahí?

-Nada.

-¿Por qué no estudias?

La miré asombrado de que me preguntase por qué no estudiaba, estando enferma nuestra madre. Antonia se alejó por el corredor, y volví a pensar en la historia de aquel gigante pagano que pudo morir de un tiro de piedra. Por aquel tiempo, nada admiraba tanto como la destreza con que manejó la honda el niño David. Hacía propósito de ejercitarme en ella cuando saliese de paseo por la orilla del río. Tenía como un vago y novelesco presentimiento de poner mis tiros en la frente pálida del estudiante de Bretal. Y volvió a pasar Antonia con un braserillo donde se quemaba espliego:

-¿Por qué no te acuestas, niño?

Y otra vez se fue corriendo por el corredor. No me acosté, pero me dormí con la cabeza apoyada en la mesa.

XVII.

No sé si fue una noche, si fueron muchas, porque la casa estaba siempre oscura y las luces encendidas ante las imágenes. Recuerdo que entre sueños oía los gritos de mi madre, las conversaciones misteriosas de los criados, el rechinar de las puertas y una campanilla que pasaba por la calle. Basilisa la Galinda venía por el candelero, se lo llevaba un momento y lo traía con dos velas nuevas, que apenas alumbraban. Una de estas veces, al levantar la sien de encima de la mesa, vi a un hombre en

mangas de camisa que estaba cosiendo, sentado al otro lado. Era muy pequeño, con la frente calva y un chaleco encarnado. Me saludó sonriendo:

-¿Se dormía, estudioso pues?

Basilisa espabiló las velas:

-¿No te recuerdas de mi hermano, picarito?

Entre las nieblas del sueño, recordé al señor Juan de Alberte. Le había visto algunas tardes que me llevó la vieja a las torres de la Catedral. El hermano de Basilisa cosía bajo una bóveda, remendando sotanas. Suspiró la Galinda:

-Está aquí para avisar los óleos en la Corticela.

Yo empecé a llorar, y los dos viejos me dijeron que no hiciese ruido. Se oía la voz de mi madre:

-¡Espantarme ese gato! ¡Espantar ese gato!

Basilisa la Galinda entra en aquella alcoba, que estaba al pie de la escalera del fayado, y sale con una cruz de madera negra. Murmura unas palabras oscuras, y me santigua por el pecho, por la espalda y por los costados. Después, me entrega la cruz, y ella toma las tijeras de su hermano, esas tijeras de sastre, grandes y mohosas, que tienen un son de hierro al abrirse:

-Habemos de libertarla, como pide. . .

Me condujo por la mano a la alcoba de mi madre, que seguía gritando:

-¡Espantarme ese gato! ¡Espantarme ese gato!

Sobre el umbral me aconsejó en voz baja:

-Llega muy paso y pon la cruz sobre la almohada. . . Yo quedo aquí en la puerta.

Entré en la alcoba. Mi madre estaba incorporada, con el pelo revuelto, las manos tendidas y los dedos abiertos como garfios. Una mano era negra y otra blanca. Antonia la miraba, pálida y suplicante. Yo pasé rodeando, y vi de frente los ojos de mi hermana, negros, profundos y sin lágrimas. Me subí a la cama sin ruido, y puse la cruz sobre las almohadas. Allá en la puerta, toda encogida sobre el umbral, estaba Basilisa la Galinda. Sólo la vi un momento, mientras trepé a la cama, porque apenas puse la cruz en las almohadas, mi madre empezó a retorcerse, y un gato negro escapó de entre las ropas hacia la puerta. Cerré los ojos, y con ellos cerrados, oí sonar las tijeras de Basilisa. Después la vieja llegó a la cama donde mi madre se retorció, y me sacó en brazos de la alcoba. En el corredor, cerca de la mesa que tenía detrás la sombra enana del sastre, a la luz de las velas, enseñaba dos recortes negros que le manchaban las manos de sangre, y decía que eran las orejas del gato. Y el viejo se ponía la capa, para avisar los santos óleos.

XVIII.

Llenóse la casa de olor de cera y murmullo de gente que reza en confuso son. . . Entró un clérigo revestido, andando de prisa, con una mano de perfil sobre la boca. Se metía por las puertas guiado por Juan de Alberte. El sastre, con la cabeza vuelta, corretea tieso y enano, arrastra la capa y mece en dos dedos, muy gentil, la gorra por la visera, como hacen los menestrales en las procesiones. Detrás seguía un grupo oscuro y lento, rezando en voz baja. Iba por el centro de las estancias, de una puerta a otra puerta, sin extenderse. En el corredor se arrodillaron algunos bultos, y comenzaron a desgranarse las cabezas. Se hizo una fila que llegó hasta las puertas abiertas de la alcoba de mi madre. Dentro, con mantillas y una vela en la mano, estaban arrodilladas Antonia y la Galinda. Me fueron empujando hacia delante algunas manos que salían de los manteos oscuros, y volvían prestamente a juntarse sobre las cruces de los rosarios. Eran las manos sarmentosas de las viejas que rezaban en el corredor, alineadas a lo largo de la pared, con el perfil de la sombra pegado al cuerpo. En la alcoba de mi madre, una señora llorosa que tenía un pañuelo perfumado, y me pareció toda morada como una dalia con el hábito nazareno, me tomó de la mano y se arrodilló conmigo, ayudándome a tener una vela. El clérigo anduvo en torno de la cama, con un murmullo latino, leyendo en su libro. . .

Después alzaron las coberturas y descubrieron los pies de mi madre rígidos y amarillentos. Yo comprendí que estaba muerta, y quedé aterrado y silencioso entre los brazos tibios de aquella señora tan hermosa, toda blanca y morada. Sentía un terror de gritar, una prudencia helada una aridez sutil, un recato perverso de moverme entre los brazos y el seno de aquella dama toda blanca y morada, que inclinaba el perfil del rostro al par de mi mejilla y me ayudaba a sostener la vela funeraria.

XIX.

La Galinda vino a retirarme de los brazos de aquella señora, y me condujo al borde de la cama donde mi madre estaba yerta y amarilla, con las manos arrebujadas entre los pliegues de la sábana. Basilisa me alzó del suelo para que viese bien aquel rostro de cera:

-Dile adiós, neno. Dile: Adiós, madre mía, más no te veré.

Me puso en el suelo la vieja, porque se cansaba, y después de respirar, volvió a levantarme metiendo bajo mis brazos sus manos sarmentosas:

-¡Mírala bien! Guarda el recuerdo para cuando seas mayor... Bésala, neno.

Y me dobló sobre el rostro de la muerta. Casi rozando aquellos párpados inmóviles, empecé a gritar, revolviéndome entre los brazos de la Galinda. De pronto, con el pelo suelto, al otro lado de la cama apareció Antonia. Me arrebató a la vieja criada y me apretó contra el pecho sollozando y ahogándose. Bajo los besos acongojados de mi hermana, bajo la mirada de sus ojos enrojecidos, sentí un gran desconsuelo... Antonia estaba yerta, y llevaba en la cara una expresión de dolor extraño y obstinado. Ya en otra estancia, sentada en una silla baja, me tiene sobre su falda, me acaricia, vuelve a besarme sollozando, y luego, retorciéndome una mano, ríe, ríe, ríe... Una señora le da aire con su pañolito; otra, con los ojos asustados, destapa un pomo; otra entra por una puerta con un vaso de agua, tembloroso en la bandeja de metal.

XX.

Yo estaba en un rincón, sumido en una pena confusa, que me hacía doler las sienes como la angustia del mareo. Lloraba a ratos y a ratos me distraía oyendo otros lloros. Debía ser cerca de media noche cuando abrieron de par en par una puerta, y temblaron en el fondo las luces de cuatro velas. Mi madre estaba amortajada en su caja negra. Yo entré en la alcoba sin ruido, y me senté en el hueco de la ventana. Alrededor de la caja velaban tres mujeres y el hermano de Basilisa. De tiempo en tiempo el sastre se levantaba y escupía en los dedos para espabilar las velas. Aquel sastre enano y garboso, del chaleco encarnado, tenía no sé qué destreza bufonesca al arrancar el pabito e inflar los carrillos soplándose los dedos. Oyendo los cuentos de las mujeres, poco a poco fui dejando de llorar. Eran relatos de aparecidos y de personas enterradas vivas.

XXI.

Rayando el día, entró en la alcoba una señora muy alta, con los ojos negros y el cabello blanco. Aquella señora besó a mi madre en los ojos mal cerrados, sin miedo al frío de la muerte y casi sin llorar. Después se arrodilló entre dos cirios, y mojaba en agua bendita una rama de olivo y la sacudía sobre el cuerpo de la muerta. Entró Basilisa buscándome con la mirada, y alzó la mano llamándome:

-¡Mira la abuela, picarito!

¡Era la abuela! Había venido en una mula desde su casa de la montaña, que estaba a siete leguas de Santiago. Yo sentía en aquel momento un golpe de herraduras sobre las losas del zaguán donde la mula había quedado atada. Era un golpe que parecía resonar en el vacío de la casa llena de lloros. Y me llamó desde la puerta mi hermana Antonia:

-¡Niño! ¡Niño!

Salí muy despacio, bajo la recomendación de la vieja criada. Antonia me tomó de la mano y me llevó a un rincón:

-¡Esa señora es la abuela! En adelante viviremos con ella.

Yo suspiré:

-¿Y por qué no me besa?

Antonia quedó un momento pensativa, mientras se enjugaba los ojos:

-¡Eres tonto! Primero tiene que rezar por mamá.

Rezó mucho tiempo. Al fin se levantó preguntando por nosotros, y Antonia me arrastró de la mano. La abuela ya llevaba un pañuelo de luto sobre el crespo cabello, todo de plata, que parecía realzar el negro fuego de los ojos. Sus dedos rozaron levemente mi mejilla, y todavía recuerdo la impresión que me produjo aquella mano de aldeana, áspera y sin ternura. Nos habló en dialecto:

-Murió la vuestra madre y ahora la madre lo seré yo... Otro amparo no tenéis en el mundo... Os llevo conmigo porque esta casa se cierra. Mañana, después de las misas, nos pondremos al camino.

XXII.

Al día siguiente mi abuela cerró la casa, y nos pusimos en camino para San Clemente de Brandeso. Ya estaba yo en la calle montado en la mula de un montañés que me llevaba delante en el arzón, y oía en la casa batir las puertas, y gritar buscando a mi hermana Antonia. No la encontraban, y con los rostros demudados salían a los balcones, y tornaban a entrarse y a correr las estancias vacías, donde andaba el viento a batir las puertas, y las voces gritando por mi hermana. Desde la puerta de la catedral una beata la descubrió desmayada en el tejado. La llamamos y abrió los ojos bajo el sol matinal, asustada como si despertase de un mal sueño. Para bajarla del tejado, un sacristán con sotana y en mangas de camisa saca una larga escalera. Y cuando partíamos, se apareció en el atrio, con la capa revuelta por el viento, el estudiante de Bretal. Llevaba a la cara una venda negra y bajo ella creí ver el recorte sangriento de las orejas rebanadas a cercén.

XXIII.

En Santiago de Galicia, como ha sido uno de los santuarios del mundo, las almas todavía conservan los ojos abiertos para el milagro.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ (1867-1928)

El establo de Eva (in Id., *Cuentos valencianos*, 1896)

Siguiendo con mirada famélica el hervor del arroz en la paella, los segadores de la masía, escuchaban al tío Correchola, un vejete huesudo que enseñaba por la entreabierta camisa un matorral de pelos grises.

Las caras rojas, barnizadas por el sol, brillaban con el reflejo de las llamas del hogar: los cuerpos rezumaban el sudor de la penosa jornada, saturando de grosera vitalidad la atmósfera ardiente de la cocina, y a través de la puerta de la masía, bajo un cielo de color violeta en el que comenzaban a brillar las estrellas, veíanse los campos pálidos e indecisos en la penumbra del crepúsculo, unos segados ya, exhalando por las resquebrajaduras de su corteza el calor del día, otros con ondulantes mantos de espigas, estremeciéndose bajo los primeros soplos de la brisa nocturna.

El viejo se quejaba del dolor de sus huesos. ¡Cuánto costaba ganarse el pan!... Y este mal no tenía remedio: siempre existían pobres y ricos, y el que nace para víctima tiene que resignarse. Ya lo decía su abuela: la culpa era de Eva, de la primera mujer... ¿De qué no tendrán culpa ellas?

Y al ver que sus compañeros de trabajo -muchos de los cuales lo conocían poco tiempo- mostraban curiosidad por enterarse de la culpa de Eva, el tío Correchola comenzó a contar, con pintoresco valenciano, la mala partida jugada a los pobres por la primera mujer.

El suceso se remontaba nada menos que a algunos años después de haber sido arrojado del Paraíso el rebelde matrimonio, con la sentencia de ganarse el pan trabajando. Adán se pasaba los días destripando terrones y temblando por sus cosechas; Eva arreglaba, en la puerta de su masía, sus zagalejos de hojas..., y cada año un chiquillo más formándose en torno de ellos un enjambre de bocas que sólo sabían pedir pan, poniendo en un apuro al pobre padre.

De cuando en cuando revoloteaba por allí algún serafín, que venía a dar un vistazo al mundo para contar al Señor cómo andaban las cosas de aquí abajo después del primer pecado.

-¡Niño!... ¡Pequeñín! -gritaba Eva con la mejor de sus sonrisas-. ¿Vienes de arriba? ¿Cómo está el Señor? Cuando le hables, dile que estoy arrepentida de mi desobediencia... ¡Tan ricamente que lo pasábamos en el Paraíso!... Dile que trabajamos mucho, y sólo deseamos volver a verle para convencernos de que no nos guarda rencor.

-Se hará como se pide -contestaba el serafín.

Y con dos golpes de ala, visto y no visto, se perdía entre las nubes.

Menudeaban los recados de este género, sin que Eva fuese atendida. El Señor permanecía invisible, y según noticias, andaba muy ocupado en el arreglo de sus infinitos dominios, que no le dejaban un momento de reposo.

Una mañana, un correveidile celeste se detuvo ante la masía.

-Oye, Eva: si esta tarde hace buen tiempo, es posible que el señor baje a dar una vueltecita. Anoche, hablando con el arcángel Miguel, preguntaba: «¿Qué será de aquellos perdidos?»

Eva quedó como anonadada por tanto honor. Llamó a gritos a Adán, que estaba en un bancal vecino doblando, como siempre, el espinazo. ¡La que se armó en la casa! Lo mismo que en víspera de la fiesta del pueblo, cuando las mujeres vuelven de Valencia con sus compras. Eva barrió y regó la entrada de la masía, la cocina y los estudis; puso a la cama la colcha nueva, fregoteó las sillas con jabón y tierra, y entrando en el aseo de las personas, se plantó su mejor saya, endosando a Adán una casaquilla de hojas de higuera que le había arreglado para los domingos.

Ya creía tenerlo todo corriente, cuando le llamó la atención el griterío de su numerosa prole. Eran veinte o treinta..., o Dios sabe cuántos. ¡Y cuán feos y repugnantes para recibir al Todopoderoso! El pelo enmarañado, la nariz con costras, los ojos pitarrosos, el cuerpo con escamas de suciedad.

-¿Cómo presento esta pillería -gritaba Eva-. El Señor dirá que soy una descuidada, una mala madre... ¡Claro, los hombres no saben lo que es bregar con tanto chiquillo!

Después de muchas dudas, escogió los preferidos (¡qué madre no los tiene!), lavó los tres más guapitos, y a cachetes llevó hasta el retablo a todo aquel rebaño triste y sarnoso, encerrándolo, a pesar de sus protestas.

Ya era hora. Una nube blanquísima y luminosa descendía por el horizonte, y el espacio vibraba con rumor de alas y la melodía de un coro que se perdía en el infinito, repitiendo con mística monotonía: ¡Hosanna!, ¡hosanna!... Ya echaban pie a tierra, ya venían por el camino, con tal resplandor que parecía que todas las estrellas del cielo habían bajado a pasear por entre los bancales de trigo.

Primero llegó un grupo de arcángeles: el piquete de honor. Envainaron las espadas de fuego, dirigieron unos cuantos chicoleos a Eva, asegurando que por ella no pasaban años y aún estaba de buen ver, y con marcial franqueza se esparcieron después por los campos, subiéndose a las higueras, mientras Adán maldecía por lo bajo, dando ya por perdida su cosecha.

Después llegó el Señor: las barbas de resplandeciente plata, y en la cabeza un triángulo que deslumbraba como el sol. Tras él, San Miguel y todos los ministros y altos empleados de la corte celestial.

Acogió el Señor a Adán con una sonrisa bondadosa, y a Eva le dió un golpecito en la barba, diciéndole:

-¡Hola, buena pieza! ¿Ya no eres tan ligera de cascos?

Emocionados por tanta amabilidad los esposos ofrecieron al Señor una silla de brazos. ¡Qué silla, hijos míos! Ancha, cómoda, de algarrobo fuerte, y con un asiento de trencilla de esparto del más fino, como la pueda tener el cura del pueblo.

El Señor arrellanado muy a su gusto, se enteraba de los negocios de Adán, de lo mucho que le costaba ganar el sustento de los suyos.

-Bien, muy bien -decía-. Esto te enseñará a no aceptar los consejos de tu mujer. ¿Creías que todo iba a ser la sopa boba del Paraíso? Rabia, hijo mío; trabaja y suda; así aprenderás a no atreverte con tus mayores.

Pero el Señor, arrepentido de su rudeza, añadió con tono bondadoso:

-Lo hecho, hecho está, y mi maldición debe cumplirse. Yo sólo tengo una palabra. Pero ya que he entrado en vuestra casa, no quiero irme sin dejar un recuerdo de mi bondad. A ver, Eva: acércame esos chicos.

Los tres arrapiezos formaron en fila frente al Todopoderoso, que los examinó atentamente un buen rato.

-Tú -dijo al primero, un gordiflón muy serio, que le escuchaba con las cejas fruncidas y un dedo en la nariz-, tú serás el encargado de juzgar a tus semejantes. Fabricarás la ley, dirás lo que es delito, cambiando cada siglo de opinión, y someterás todos los delincuentes a una misma regla, que es como si a todos los enfermos los curasen con el mismo medicamento.

Después señaló al otro, un morenito vivaracho, siempre con un palo para sacudir a sus hermanos.

-Tú serás un guerrero, un caudillo. Llevarás tras de ti a los hombres como el rebaño que marcha al matadero, y, sin embargo, te reclamarán: la gente, al verte cubierto de sangre, te admirará como un semidiós. Si los otros matan, serán criminales; si tú matas, serás héroe. Inunda de sangre los campos, pasa los pueblos a hierro y fuego, destruye, mata, y te cantarán los poetas y escribirán tus hazañas los historiadores. Los que sin ser tú hagan lo mismo, arrastrarán cadenas.

Reflexionó el Señor un momento, y se dirigió al tercero.

-Tú acapararás las riquezas del mundo, serás comerciante, prestarás dinero a los reyes, tratándolos como iguales, y si arruinas a todo un pueblo, el mundo entero admirará tu habilidad.

El pobre Adán lloraba de agradecimiento, mientras Eva, inquieta y temblorosa, intentaba decir algo, si decidirse a ello. En su corazón de madre se agitaba el remordimiento; pensaba en los pobrecitos encerrados en el establo que iban a quedar excluidos del reparto de mercedes.

-Voy a enseñárselos -decía por lo bajo a su marido.

Y éste, tímido siempre, se oponía murmurando:

-Sería demasiado atrevimiento. Se enfadará el Señor.

Justamente, el arcángel Miguel, que había venido de mala gana a la casa de aquellos réprobos, daba prisas a su Amo.

-Señor, que es tarde.

El Señor se levantó; la escolta de arcángeles, bajando de los árboles, acudió corriendo para presentar armas a la salida.

Eva, impulsada por su remordimiento, corrió al establo, abriendo la puerta.

-Señor, que aún quedan más. Algo para estos pobrecitos.

El Todopoderoso miró con extrañeza aquella caterva sucia y asquerosa que se agitaba en el estiércol como un montón de gusanos.

-Nada me queda que dar -dijo-. Sus hermanos se lo han llevado todo. Ya pensaré, mujer; ya veremos más adelante.

San Miguel empujaba a Eva para que no importunase más al Amo; pero ella seguía suplicando:

-Algo, Señor; dadles cualquier cosa. ¿Qué van a hacer estos pobres en el mundo?

El Señor deseaba irse, y salió de la masía.

-Ya tienen destino -dijo a la madre. Esos se encargarían de servir y mantener a los otros.

-Y de aquellos infelices -terminó el viejo segador-, que nuestra primera madre ocultó en el establo, descendemos nosotros, los que vivimos sobre la tierra.

PÍO BAROJA (1872-1956)

El árbol de la ciencia (1911)

Cuarta Parte. Capítulo III

El árbol de la ciencia y el árbol de la vida

Ya la ciencia para vosotros, dijo Iturriz, no es una institución con un fin humano, ya es algo más; la habéis convertido en ídolo.

Hay la esperanza de que la verdad, aun la que hoy es inútil, pueda ser útil mañana replicó Andrés.

¡Bah! ¡Utopía! ¿Tú crees que vamos a aprovechar las verdades astronómicas alguna vez?

¿Alguna vez? Las hemos aprovechado ya.

-¿En qué?

En el concepto del mundo

Está bien, pero yo hablaba de un aprovechamiento práctico, inmediato. Yo en el fondo estoy convencido de que la verdad en bloque es mala para la vida. Esa anomalía de la naturaleza que se llama la vida necesita estar basada en el capricho, quizá en la mentira.

En eso estoy conforme, dijo Andrés. La voluntad, el deseo de vivir es tan fuerte en el animal como en el hombre. En el hombre es mayor la comprensión. A más comprender corresponde menos desear. Esto es lógico, y además se comprueba en la realidad. La apetencia por conocer se despierta en los individuos que aparecen al final de una evolución, cuando el instinto de vivir languidece. El hombre, cuya necesidad es conocer, es como la mariposa que rompe la crisálida para morir. El individuo sano, vivo, fuerte, no ve las cosas como son, porque no le conviene. Está dentro de una alucinación. Don Quijote, a quien Cervantes quiso dar un sentido negativo, es un símbolo de la afirmación de la vida. Don Quijote vive más que todas las personas cuerdas que le rodean, vive más y con más intensidad que los otros. El individuo o el pueblo que quiere vivir se envuelve en nubes como los antiguos dioses cuando se aparecían a los mortales. El instinto vital necesita de la ficción para afirmarse. La ciencia entonces, el instinto de crítica, el instinto de averiguación debe encontrar una verdad: la cantidad de mentira que es necesaria para la vida. ¿Se ríe usted?

Sí, me río, porque eso que tú expones con palabras del día, está dicho nada menos que en la Biblia.

¡Bah!

Sí, en el Génesis. Tú habrás leído que en el centro del paraíso había dos árboles, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. El árbol de la vida era inmenso, frondoso, y, según algunos santos padres, daba la inmortalidad. El árbol de la ciencia no se dice cómo era; probablemente sería mezquino y triste. ¿Y tú sabes lo que le dijo Dios a Adán?

No recuerdo, la verdad.

Pues al tenerle a Adán delante, le dijo: Puedes comer todos los frutos del jardín; pero cuidado con el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que tú comas su fruto morirás de muerte. Y Dios, seguramente, añadió: Comed del árbol de la vida, sed bestias, sed cerdos, sed egoístas, revolcaos por el suelo alegremente; pero no comáis del árbol de la ciencia, porque ese fruto agrio os dará una tendencia a mejorar que os destruirá. ¿No es un consejo admirable?

Sí, es un consejo digno de un accionista del Banco repuso Andrés.

¡Cómo se ve el sentido práctico de esa granujería semítica! dijo Iturriz. ¡Cómo olfatearon esos buenos judíos, con sus narices corvas, que el estado de conciencia podía comprometer la vida!

Claro, eran optimistas; griegos y semitas tenían el instinto fuerte de vivir, inventaban dioses para ellos, un paraíso exclusivamente suyo. Yo creo que en el fondo no comprendían nada de la naturaleza.

No les convenía.

Seguramente no les convenía. En cambio, los turanios y los arios del Norte intentaron ver la naturaleza tal como es.

Y, a pesar de eso, nadie les hizo caso y se dejaron domesticar por los semitas del Sur?

¡Ah, claro! El semitismo, con sus tres impostores, ha dominado al mundo, ha tenido la oportunidad y la fuerza; en una época de guerras dio a los hombres un dios de las batallas, a las mujeres y a los débiles un motivo de lamentos, de quejas y de sensiblería. Hoy, después de siglos de dominación semítica, el mundo vuelve a la cordura, y la verdad aparece como una aurora pálida tras de los terrores de la noche

Yo no creo en esa cordura, dijo Iturriz, ni creo en la ruina del semitismo. El semitismo judío, cristiano o musulmán, seguirá siendo el amo del mundo, tomará avatares extraordinarios. ¿Hay nada más interesante que la Inquisición, de índole

tan semítica, dedicada a limpiar de judíos y moros al mundo? ¿Hay caso más curioso que el de Torquemada, de origen judío?

Sí, eso define el carácter semítico, la confianza, el optimismo, el oportunismo... Todo eso tiene que desaparecer. La mentalidad científica de los hombres del norte de Europa lo barrerá.

Pero ¿dónde están esos hombres? ¿Dónde están esos precursores?

En la ciencia, en la filosofía, en Kant sobre todo. Kant ha sido el gran destructor de la mentira grecosemítica. Él se encontró con esos dos árboles bíblicos de que usted hablaba antes y fue apartando las ramas del árbol de la vida que ahogaban al árbol de la Ciencia. Tras él no queda en el mundo de las ideas, más que un camino estrecho y penoso: la Ciencia. Detrás de él, sin tener quizá su fuerza y su grandeza viene otro destructor, otro oso del Norte, Schopenhauer, que no quiso dejar en pie los subterfugios que el maestro sostuvo amorosamente por falta de valor. Kant pide por misericordia que esa gruesa rama del árbol de la vida, que se llama libertad, responsabilidad, derecho, descansa junto a las ramas del árbol de la ciencia para dar perspectivas a la mirada del hombre. Schopenhauer, más austero, más probo en su pensamiento, aparta esa rama, y la vida aparece como una cosa oscura y ciega, potente y jugosa sin justicia, sin bondad, sin fin; una corriente llevada por una fuerza x , que él llama voluntad y que, de cuando en cuando, en medio de la materia organizada, produce un fenómeno secundario, una fosforescencia cerebral, un reflejo, que es la inteligencia. Ya se ve claro en estos dos principios: vida y verdad, voluntad e inteligencia.

Ya debe haber filósofos y biófilos, dijo Iturriz.

¿Por qué no? Filósofos y biófilos. En estas circunstancias el instinto vital, toda actividad y confianza, se siente herido y tiene que reaccionar y reacciona. Los unos, la mayoría literatos ponen su optimismo en la vida, en la brutalidad de los instintos y cantan la vida cruel, canalla, infame, la vida sin finalidad, sin objeto, sin principios y sin moral, como una pantera en medio de una selva. Los otros ponen el optimismo en la misma ciencia. Contra la tendencia agnóstica de un Du Bois-Reymond, que afirmó que jamás el entendimiento del hombre llegaría a conocer la mecánica del universo, están las tendencias de Berthelot, de Metchnikoff, de Ramón y Cajal en España, que supone que se puede llegar a averiguar el fin del hombre en la Tierra. Hay, por último, los que quieren volver a las ideas viejas y a los viejos mitos, porque son útiles para la vida. Estos son profesores de retórica, de esos que tienen la sublime misión de contarnos cómo se estornudaba en el siglo XVIII después de tomar rapé, los que nos dicen que la ciencia fracasa y que el materialismo, el determinismo, el encadenamiento de causa a afecto es una cosa grosera, y que el espiritismo es algo sublime y refinado. ¡Qué risa! ¡Qué admirable lugar común para que los obispos y los generales cobren su sueldo y los comerciantes puedan vender impunemente bacalao podrido! ¡Crear en el ídolo o en el fetiche es símbolo de superioridad; creer en los átomos, como Demócrito o Epicuro, señal de estupidez! Un aissau de Marruecos que se rompe la cabeza con un hacha y traga cristales en honor de la divinidad, o un buen mendigo con su taparrabos, son seres refinados y cultos; en cambio, el hombre de ciencia que estudia la naturaleza es un ser vulgar y grosero. ¡Qué admirable paradoja para vestirse de galas retóricas y de sonidos nasales en la boca de un académico francés! Hay que reírse cuando dicen que la ciencia fracasa. Tontería: lo que fracasa es la mentira; la ciencia marcha adelante, arrollándolo todo

Sí, estamos conformes, lo hemos dicho antes, arrollándolo todo. Desde un punto de vista puramente científico, yo no puedo aceptar esa teoría de la duplicidad de la función vital: inteligencia a un lado, voluntad a otro, no.

Yo no digo inteligencia a un lado y voluntad a otro replicó Andrés, sino predominio de la inteligencia o predominio de la voluntad. Una lombriz tiene voluntad e inteligencia, voluntad de vivir tanta como el hombre, resiste a la muerte como puede; el hombre tiene también voluntad e inteligencia, pero en otras proporciones.

Lo que quiero decir es que no creo que la voluntad sea sólo una máquina de desear y la inteligencia una máquina de reflejar.

Lo que sea en sí, no lo sé; pero a nosotros nos parece esto racionalmente. Si todo reflejo tuviera para nosotros un fin, podríamos sospechar que la inteligencia no es sólo un aparato reflector, una luna indiferente para cuando se coloca en su horizonte sensible; pero la conciencia refleja lo que puede aprehender sin interés, automáticamente, y produce imágenes. Estas imágenes desprovistas de lo contingente dejan un símbolo, un esquema que debe ser la idea.

No creo en esa indiferencia automática que tú atribuyes a la inteligencia. No somos un intelecto puro, ni una máquina de desear, somos hombres que al mismo tiempo piensan, trabajan, desean, ejecutan... Yo creo que hay ideas que son fuerzas.

Yo no. La fuerza está en otra cosa. La misma idea que impulsa a un anarquista romántico a escribir unos versos ridículos y humanitarios es la que hace a un dinamitero poner una bomba. La misma ilusión imperialista tiene Bonaparte que Lebaudy, el emperador del Sahara. Lo que les diferencia es algo orgánico.

¡Qué confusión! En qué laberinto nos vamos metiendo, murmuró Iturroz.

Sintetice usted nuestra discusión y nuestros distintos puntos de vista.

En parte, estamos conformes. Tú quieres, partiendo de la relatividad de todo, darle un valor absoluto a las relaciones entre las cosas.

Claro, lo que decía antes; el metro en sí, medida arbitraria; los trescientos sesenta grados de un círculo, medida también arbitraria; las relaciones obtenidas con el metro o con el arco, exactas.

¡No, así estamos conformes! Sería imposible que no lo estuviéramos en todo lo que se refiere a la matemática y a la lógica; pero cuando nos vamos alejando de estos conocimientos simples y entramos en el dominio de la vida, nos encontramos dentro de un laberinto, en medio de la mayor confusión y desorden. En este baile de máscaras, en donde bailan millones de figuras abigarradas, tú me dices: Acerquémonos a la verdad. ¿Dónde está la verdad? ¿Quién es ese enmascarado que pasa por delante de nosotros? ¿Qué esconde debajo de su capa gris? ¿Es un rey o un mendigo? ¿Es un joven admirablemente formado o un viejo enclenque y lleno de úlceras? La verdad es una brújula loca que no funciona en este caos de cosas desconocidas.

Cierto, fuera de la verdad matemática y de la verdad empírica que se va adquiriendo lentamente, la ciencia no dice mucho. Hay que tener la probidad de reconocerlo..., y esperar.

¿Y, mientras tanto, abstenerse de vivir, de afirmar? Mientras tanto no vamos a saber si la República es mejor que la Monarquía, si el Protestantismo es mejor o peor que el Catolicismo, si la propiedad individual es buena o mala; mientras la Ciencia no llegue hasta ahí, silencio.

¿Y qué remedio queda para el hombre inteligente?

Hombre, sí. Tú reconoces que fuera del dominio de las matemáticas y de las ciencias empíricas existe hoy por hoy, un campo enorme a donde todavía no llegan las indicaciones de la ciencia. ¿No es eso?

Sí.

¿Y por qué en ese campo no tomar como norma la utilidad?

Lo encuentro peligroso, dijo Andrés. Esta idea de la utilidad, que al principio parece sencilla, inofensiva, puede llegar a legitimar las mayores enormidades, a entronizar todos los prejuicios.

Cierto, también, tomando como norma la verdad, se puede ir al fanatismo más bárbaro. La verdad puede ser un arma de combate.

Sí, falseándola, haciendo que no lo sea. No hay fanatismo en matemáticas, ni en ciencias naturales. ¿Quién puede vanagloriarse de defender la verdad en política o en moral? El que así se vanagloria, es tan fanático como el que defiende cualquier sistema político o religioso. La ciencia no tiene nada que ver con eso ni es cristiana, ni es atea, ni revolucionaria, ni reaccionaria.

Pero ese agnosticismo, para todas las cosas que no se conocen científicamente, es absurdo, porque es antibiológico. Hay que vivir. Tú sabes que los fisiólogos han demostrado que, en el uso de nuestros sentidos, tendemos a percibir, no de la manera más exacta, sino de la manera más económica, más ventajosa, más útil. ¿Qué mejor norma de la vida que su utilidad, su engrandecimiento?

No, no; eso llevaría a los mayores absurdos en la teoría y en la práctica. Tendríamos que ir aceptando ficciones lógicas: el libre albedrío, la responsabilidad, el mérito; acabaríamos aceptándolo todo, las mayores extravagancias de las religiones.

No, no aceptaríamos más que lo útil.

Pero para lo útil no hay comprobación como para lo verdadero, replicó Andrés. La fe religiosa para un católico, además de ser verdad, es útil; para un irreligioso puede ser falsa y útil, y para otro irreligioso puede ser falsa e inútil.

Bien, pero habrá un punto en que estemos todos de acuerdo, por ejemplo, en la utilidad de la fe para una acción dada. La fe, dentro de lo natural, es indudable que tiene una gran fuerza. Si yo me creo capaz de dar un salto de un metro, lo daré, si me creo capaz de dar un salto de dos o tres metros, quizá lo dé también.

Pero si se cree usted capaz de dar un salto de cincuenta metros, no lo dará usted por mucha fe que tenga.

Claro que no, pero eso no importa para que la fe sirva en el radio de acción de lo posible. Luego la fe es útil, biológica, luego hay que conservarla.

No, no. Eso que usted llama fe no es más que la conciencia de nuestra fuerza. Esa existe siempre, se quiera o no se quiera. La otra fe conviene destruirla dejarla es un peligro, tras de esa puerta que abre hacia lo arbitrario una filosofía basada en la utilidad, en la comodidad o en la eficacia, entran todas las locuras humanas.

En cambio, cerrando esa puerta y no dejando más norma que la verdad, la vida languidece, se hace pálida anémica, triste. Yo no sé quién decía: La legalidad nos mata; como él, podemos decir: La razón y la ciencia nos apabullan. La sabiduría del judío se comprende cada vez más que se insiste en este punto: a un lado del árbol de la ciencia, al otro el árbol de la vida.

Habría que creer que el árbol de la ciencia es como el clásico manzanillo, que mata a quien se acoge a su sombra, dijo Andrés burlescamente.

Sí, ríete.

No, no me río.

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ “AZORÍN” (1873-1967)

La Generación de 1898 («ABC», 1913)

I.

De cuando en cuando se produce entre la gente nueva - escritores, artistas, ateneístas, etcétera - una protesta, más o menos ruidosa, más o menos trascendente, contra lo que, con excesiva rudeza, se llama *Los viejos*. Días pasados, diversos hechos, sin conexión aparente, pero de una misma índole espiritual, han venido a traducir, a exteriorizar las aspiraciones latentes en la juventud. Algunos de estos hechos a que aludimos han sido: la elección del Ateneo. La información abierta por nuestro colega *La Tribuna* con el título de “El país de los viejos”, los artículos publicados por Ortega y Gasset en *El Imparcial*, titulados “Competencia”, y en los que se plantea el “problema” de España con relación a la generación de 1898... Se nos permitirá que hagamos algunas observaciones relativas a estos hechos que, si diversos en la apariencia, convergen, sin embargo, hacia un punto ideal. Ante todo, cuando se sintetiza la cuestión en la frase *Los viejos* se comete una inexactitud que lleva envuelta una injusticia. El problema no puede ser planteado en términos tan vagos e inconcretos; la juventud, además, al mostrarse ansiosa de justicia, no puede comenzar cometiendo ella misma una dolorosa injusticia. No todos los escritores plantean en esa forma el problema; lo que ocurre es que la muchedumbre es simplista, unilateral, rectilínea, y al enfocar un problema, al hallarse frente a un asunto de palpitable interés, lo hace con afirmaciones o negaciones rotundas y categóricas, afirmaciones o negaciones categóricas que, por otra parte, son necesarias para la obra vital, para la acción. Pero, en fin, el observador reflexivo no ha de tomar en cuenta este aspecto vital, *anticrítico*, de las multitudes, de lo que se llama la opinión, y ha de hacer su obra, su crítica, independientemente del tiempo, del espacio y de toda contingencia. y consecuencia sociales y políticas.

No, no se debe decir *Los viejos* cuando se hable del problema de España. ¿Quiénes son los viejos? ¿Qué es ser viejo? Un hombre de setenta años puede ser más joven que otro de veinte; uno de veinte, lleno de vigor físico, de flexibilidad, puede tener una senilidad que no tendrá otro achacoso, lleno de años, cargado de alifafes. Se es viejo y se es joven por el corazón y por la cabeza. Pi y Margall era perfectamente joven cuando murió; lo fue durante toda su vida. Hoy don Francisco Giner tiene más juventud que millares de mozos que brujulean en el foro, en el Parlamento, en la política, en las redacciones. Entre los muertos, Larra será eternamente joven; Balart será siempre viejo con sus poesías mediocres y su crítica mezquina. Digamos sencillamente, cuando hablemos de estas cosas, lo viejo, y no los viejos; lo viejo también, y no lo antiguo, puesto que en lo antiguo, entre lo que vivió en determinado momento histórico, hay cosas que continúan viviendo, que son actuales siempre - por lo menos hasta ahora - y que están más cerca de nosotros que muchas cosas de ahora. ¿Quién duda, por ejemplo, que en arte, una página de *La Celestina*, o de Guevara, o del *Lazarillo* se halla más en contacto con nuestra sensibilidad que tales otras páginas de ahora escritas en un estilo seudoclásico, afectado, artificioso, calcado sobre el artificioso y afectado fray Luis de Granada? ¿No lo estará también un romance de Góngora o de Lope, mejor que estos otros versos retumbantes y huecos que entusiasman a una burguesía iletrada? Y asomándonos a la política, ¿no son más modernos y no están más vivos muchos gestos, actos y dichos de Campomanes, de Aranda, de Roda, que las idas y venidas, tráfgos y declaraciones de los liberales de hoy?

Lo viejo, en cambio, es lo que no ha tenido nunca consistencia de realidad, o lo que, habiéndola tenido un momento, ha dejado de tenerla para ajarse y carcomerse. Lo viejo son también las prácticas viciosas de nuestra política, las corruptelas administrativas, la incompetencia, el chanchullo, el nepotismo, el caciquismo, la verborrea, el “mañana”, la trapacería parlamentaria, el atraco en forma de discurso grandilocuente, las “conveniencias políticas” que hacen desviarse de su marcha a los espíritus bien inclinados; las elecciones falseadas, los Consejos y cargos de grandes Compañías puestos en manos de personajes influyentes, los engranajes burocráticos inútiles..., todo el denso e irrompible ambiente, en fin, contra el cual ha protestado la generación de 1898, pero cuya protesta ha sido preparada, elaborada, hecha inevitable por la crítica de la generación anterior.

Y al llegar aquí preciso es que nos detengamos un momento para explicar esta última afirmación. No necesita el lector que recordemos que nada, ni en el mundo físico ni en el moral, se produce incausadamente; nada puede considerarse como *primero*; todo tiene sus raíces en el tiempo y se halla engendrado por una vigorosa concausalidad. La protesta de la generación de 1818 - que Ortega y Gasset ha recordado - no hubiera podido producirse sin la labor crítica de una anterior generación. Como la literatura es el más fiel reflejo de la sensibilidad, se hará preciso, al historiar los últimos tiempos del siglo XIX y los comienzos del XX, estudiar la literatura - la novela, la poesía, la crítica - para ver cuál era en ese período de tiempo la

modalidad media del sentir entre los españoles. La novela, la poesía y la crítica podrían suministrarnos una viva luz sobre la época que abarca de 1870 a 1898. ¿Qué poetas y qué novelistas han dominado en esos años? ¿Cuál es la medida que nos dan de los sentimientos y de las ideas de sus contemporáneos? ¿Acusan esos artistas entusiasmo, optimismo, lucha, acción, o, por el contrario, conformidad, pesimismo, resignación, inconsciencia, falta de curiosidad intelectual, ausencia de desasosiego espiritual?

Con temor empleamos todos estos vocablos; parecemos que; en ocasiones, las palabras son demasiado toscas, groseras, para expresar los matices, los sutilísimos cambiantes de las ideas y de los sentimientos. Cuando en un artista literario - poeta o novelista - deseemos descubrir el reflejo de la sensibilidad de una época, nos veremos obligados, si no queremos exponernos a resultados inexactos, a calar por la superficie de la obra, a desdeñar muchas cosas aparentes, a atenarnos a un secreto y casi invisible ritmo, que es el que da su significación verdadera al poema o a la novela. Hay en la obra artística algo que no es, por ejemplo, ni *entusiasmo* o *desesperanza* ni *contentamiento* o *angustia* (por dar concreciones sentimentales de bastante relieve); algo que no cae dentro de los tópicos bien definidos y conocidos, y ese algo indefinible, etéreo, inefable; ese hálito que rodea a la obra artística y que casi no se puede expresar, es lo que precisamente nos da la medida de la sensibilidad del artista y lo que puede ser reflejo de la sensibilidad de sus contemporáneos. ¿Cómo podremos guiarnos, según estas normas, en el período que va de 1870 a 1898? Intentaremos verlo otro día.

II.

Prometimos en el artículo anterior hacer algunas consideraciones sobre la literatura del período que abarca de 1870 a 1898. Una prevención necesaria: la obra artística tiene dos aspectos trascendentales; uno es su valor técnico, estético; otro, su alcance y su influencia sociales. Una novela o un poema pueden reunir las dos condiciones; pueden ser de una gran belleza y a la vez ejercer sobre la sociedad una influencia considerable. Pero un poema o una novela pueden no tener valor estético y tenerlo social; y pueden no ejercer influencia ninguna social - al menos por lo pronto - y encerrar un considerable valor estético. Las canciones de Beránger, por ejemplo, no contienen una gran cantidad de pura belleza lírica; ejercieron, sin embargo, una honda sugestión social. Ejemplo contrario: en 1850, Stendhall no representaba nada; *Lo rojo y lo negro* literariamente no existía; sobre ninguna tendencia literaria o núcleo de artistas ejercía ése y los demás libros de Beyle influencia. Sin embargo, ¿quién niega el considerable valor estético de *Lo rojo y lo negro* o de *La Cartuja de Parma*?

Entre nosotros, en el período citado, tres artistas literarios han determinado una modalidad emotiva, sentimental: Campoamor, Echegaray, Galdós. Repetimos que no tratamos de hacer un examen técnico, puramente literario, de las obras de estos autores. En 1827 un librero de Valencia, el célebre Cabrerizo, lanzaba el primer volumen de una serie de diminutos volúmenes, impresos, la mayoría de ellos, en gordezuelas letras egipcias; ese volumen se titulaba *Las aventuras del último abencerraje*; su autor era Chateaubriand. Al final del librito el editor advertía en una nota que si la obra gustaba continuaría publicando "en el mismo tamaño y gusto una colección de las mejores obritas del género romántico". Se publicaron, en efecto, muchísimos más libritos de esta índole; nuestras abuelas aquellas damas de crenchas ahuecadas y rotunda crinolina tuvieron en sus manos novelitas, lindamente impresas, de Dumas, de Víctor Hugo de Walter Scott, de Ana Radcliffe. Y aquellos volúmenes de Cabrerizo ejercieron, sin duda, en la floración y desenvolvimiento del romanticismo una influencia que obras perfectamente literarias (*El Trovador*, las poesías de Zorrilla, etc.), no ejercieron en el mismo grado, con la misma intensidad. En el período de 1870 a 1898 el teatro de Echegaray ha sugestionado profundamente al tipo medio del español y ha determinado en la sociedad literaria una porción de ramificaciones y derivaciones sumamente sutiles y complejas. Echegaray - sea cual sea el verdadero significado de su obra - ha representado, para la masa, y en los efectos *prácticos* de su dramaturgia, la pasión, el ímpetu, la agresividad y el enardecimiento; el teatro de Echegaray ha sido un grito pasional y una sacudida violenta.

Campoamor representa a su vez la sorda y dulce crítica de prejuicios, de ideas tradicionales, de sentimientos que parecían definitivos. Nada hay estable para Campoamor. Su poesía - suave y benévola - es como la corriente de un río plácido que va socavando, derruyendo, mordiendo poco a poco las orillas. El escepticismo se bebía sin sentir en la poesía de Campoamor; lo bebía la misma burguesía que más tarde había de asustarse de las consecuencias prácticas - el espíritu revolucionario - de esos versos.

En la *Revista Contemporánea* de 28 de febrero de 1877 don Manuel de la Revilla hacía un notable estudio de la obra de Campoamor y decía, entre otras cosas: "Damas aristocráticas que contribuyen al dinero de San Pedro y son enemigas del art. II; gentes que se cuentan en el número de las *personas sensatas que tienen que perder*; niñas románticas y llenas de ilusiones devoran con placer estas máximas que en otros labios les parecerían impías, escandalosas y dignas de anatema"

“¿Cómo este poeta revolucionario y heterodoxo es el niño mimado de las altas clases?”, se preguntaba a seguida Revilla. El secreto lo encuentra el crítico en el arte maravilloso del poeta para deslizar, calladamente, con suavidad, las ideas más subversivas. Algún ligero toque de sentimentalismo, tal cual nota piadosa y mística, alguno que otro alarde de respeto a las creencias tradicionales, que recuerda involuntariamente las reservas de Montaigne”; todo esto - dice Revilla - le sirve a Campoamor para llamar la atención de su público - burgués y elegante - sobre determinado punto y hacer que, mientras tanto, por debajo, clandestinamente se deslice su verdadero espíritu.

En Galdós la trascendencia de su obra - trascendencia revolucionaria -, reviste otro aspecto. Aparte de lo revolucionario que puedan ser algunas de las *tesis* de Galdós (la de *Gloria*, la de *Doña Perfecta*, por ejemplo), lo trascendente del novelista, lo fundamentalmente trascendente, está en otra parte. Hasta aquí habíamos divagado por lo abstracto, abstracta era la novela de Fernán Caballero; abstractas aunque no lo parecen aparentemente, las novelas de Alarcón; abstracto, terriblemente abstracto, el periodismo político y literario. Pero aparece Galdós; aparece silenciosamente, con sus ojos chiquitos escrutadores, con su mirada fría y escrupulosa; aparece viéndolo todo, examinándolo todo: las ciudades, las calles, las tiendas, los cafés, los interiores humildes, los espectáculos, los campos, los caminos... Por primera vez la realidad va a existir para los españoles. “Españoles, compatriotas - parece decirnos Galdós -: vosotros habéis estado divagando hasta ahora; no os habéis fijado en lo que tenéis delante de los ojos; lo que tenéis delante de los ojos y lo que habéis de contemplar es la realidad viva, sangrante: la realidad española, con sus miserias, con sus dolores, con sus angustias”. Galdós iba paso a paso dándonos sus libros repletos de menuda realidad; las nuevas generaciones fuimos acercándonos, solidarizándonos, compenetrándonos con la realidad. En adelante, la tragedia de España había de saltarnos a los ojos; nuestro espíritu estaba ya fuertemente aferrado a ella. Habíamos *visto*; lógicamente, fatalmente, había de surgir el lamento y la indignación.

Unid, pues, el grito de pasión de Echegaray al sentimentalismo subversivo de Campoamor y a la visión de realidad de Galdós, y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación de 1898. Ya antes de esa fecha, esas derivaciones de la literatura habían de comenzar manifestarse en la crítica social. El Desastre precipitó la floración revolucionaria; la protesta adquirió caracteres de clamor nacional. Parlamentarios y publicistas lanzaron al viento las más violentas imprecaciones. Las examinaremos en otro artículo.

III.

Existe una cierta ilusión óptica referente a la moderna literatura española de crítica social y política; se cree generalmente que toda esa copiosa bibliografía “regeneradora”, que todos esos trabajos formados bajo la obsesión del problema de España, han brotado a raíz del desastre colonial y como una consecuencia de él. Nada más erróneo; la literatura regeneradora, producida en 1898 hasta años después, no es sino una prolongación, una continuación lógica, coherente, de la crítica política y social que desde mucho antes a las guerras coloniales venía ejerciéndose. El desastre avivó, sí, el movimiento; pero la tendencia era ya antigua, ininterrumpida. Desde el siglo XVII - y aun antes - ha existido entre nosotros una aspiración reconstructiva, basada en la crítica, más o menos áspera, más o menos vidente, de nuestras cosas y de nuestras corruptelas; pueden servir como jalones para trazar la ruta de nuestra crítica social a través de los siglos los nombres de Saavedra Fajardo, Gracián, Cadalso, Cabarrús, Jovellanos, Larra... Pero, sin remontarnos a tanto, impórtanos ahora - para demostrar la perfecta unidad de la crítica antes y después de 1898 - indicar algunos de los trabajos más importantes en que las nuevas aspiraciones están reflejadas.

De 1876, por ejemplo, es el libro de Eugenio Sellés *La política de capa y espada*, libro escrito en un estilo conciso, rotundo, plástico; libro repleto de menudos hechos, de detalles, de particularidades; libro demoledor, disociador; libro en que se pulverizan viejos prejuicios, viejos tópicos, viejos puntos de vista. Nada más instructivo que lo que en estas páginas se expone acerca del honor castellano (sólo iguala a este examen del honor castellano el hecho más tarde, en un estudio magistral, por Alfredo Vicenti), acerca de la Patria, de la nobleza, del Rey, de los procedimientos políticos, de la moral política. “¡Ah! ¡Principios históricos, intereses seculares, tradiciones nacionales! - exclama el autor en el epílogo de su obra-. Hermosas palabras si tuvieran algo dentro, o, mejor dicho, si no tuvieran tanto malo dentro”.

En 1886 Valentín Almirall publica en francés, impreso en Montpellier, su folleto *L'Espagne telle qu'elle est*. Se trata de un examen minucioso, acre, de nuestras costumbres políticas y administrativas modernas. Caciquismo, chanchullos electorales, verborrea parlamentaria, incultura pública, abandono de los campos, despoblación, bandidismo..., todo lo pone de manifiesto crudamente Almirall y todo le sirve para llegar a las finales conclusiones de su opúsculo. “Nuestra enfermedad es tan grave - dice el autor - que sólo una fuerte sacudida puede curarnos o, al menos, aliviarnos”. La violenta sacudida que pide Almirall ha de destruir, entre otras cosas, la uniformidad y el autoritarismo centralizador y ha de barrer el pandillaje

político. “Destruir hasta en sus más profundas raíces el falso parlamentarismo, barriendo todos esos partidos, todas esas pandillas, todas esas bandas que se reparten el Poder y esparcen hasta los últimos confines de la nación la inmoralidad, que se ha convertido en el rasgo más saliente de nuestro carácter”.

Un año después que el libro de Almirall - al menos en la edición francesa -, en 1887, publicaba Pompeyo Gener su volumen *Herejías*. Hay algo de extremado, de paradójico en el libro de Gener; pero, en general, y por encima de estas accidentales, deleznable estridencias, es preciso reconocer un hondo sentido de modernidad, un gran amor a la vida y una aguda e insaciable curiosidad mental. Salvará esto su libro (del cual se escandalizaron en su tiempo austeros varones), mientras se hundirán en el olvido tantas mazorrales disertaciones académicas, tanto fárrago erudito acerca de nuestros clásicos, tanto librote insulso y mentido sobre nuestros valores tradicionales. En las últimas páginas de uno de los estudios que figuran en *Herejías* - el titulado “La decadencia nacional” - Gener expone sus conclusiones. Se necesitan - dice al autor - dos cosas: una dictadura y una descentralización. No se asuste el lector de la palabra *dictadura*; lo que el autor pide es “una dictadura científica ejercida por un Cromwell darwinista injerto en Luis XIV, que fuera a la vez implacable y espléndido, y quien dice uno, dice uno o varios”. Esa dictadura, ese poder supremo y benéfico de uno o de varios liaría, entre otras cosas, lo siguiente: reharía, como quien vuelve un guante del revés al derecho, la Instrucción pública; crearía cátedras, escuelas técnicas, museos; aboliría las oposiciones, dando las cátedras al que supiera o lo hubiera probado con obras; si en España no había personal para ello, se iría a buscar al extranjero; instituiría numerosas pensiones para todos los países de Europa, pensiones de ciencias, de artes industriales, de literatura; se esforzaría en hacer surgir hábitos de higiene en los ciudadanos; prohibiría la tala de árboles; poblaría de verdura los montes; protegería las industrias nacionales... “Y sí así y todo - terminaba Gener - España no progresaba y volvía a continuar con su antigua decadencia, sólo quedaría el recurso de marcharse de ella a los que aquí nacieran con aptitudes para la civilización a la moderna”.

No es necesario que citemos más ejemplos de crítica social, de literatura regeneradora anterior al Desastre. ¿Han dicho más de lo que va apuntado, han ido más lejos, después de 1898, Joaquín Costa, Macías Picavea, Maura, Sánchez de Toca, Silvela, Azcárate? Pues ahora nos falta ver cuál es el tipo de crítica formulado después del gran fracaso. Demostraremos de este modo la perfecta coherencia en la corriente ideológica española. Como tipo de crítica posterior a 1898 no vamos a tomar ni a Costa, ni a Macías Picavea, ni a don Antonio Maura - entonces militante en el partido liberal -, ni a otros publicistas y parlamentarios que figuraban en la izquierda política; no queremos que pueda tacharse de parcial al autor que citemos; lo escogeremos entre los escritores de la derecha. Uno de los más agudos y exactos críticos del problema de España ha sido don Damián Isern; católico fervoroso, conservador antiguo y convencido, no podía ser recusado Isern como demagogo, revolucionario y, anarquizante. Abramos el libro de Isern titulado *De la defensa nacional*; no superan a estas páginas, si frías y monótonas, repletas de hechos, sincerísimas, ningunas otras páginas escritas con ocasión del Desastre. Se publicó este libro en 1901. Espigaremos sumariamente y al azar. El autor, por ejemplo, nos dice que en España la justicia “está condenada a vivir en perpetuos eclipses”; oligarcas caciques menoscaban la Constitución y falsean la justicia de arriba y la de abajo; pesan abrumadoras influencias sobre los Tribunales y Juzgados; la justicia municipal “queda reducida a mera delegación del caciquismo”; la tributación pública es injusta, desigual; “no se funda, en su distribución, en las eternas normas de la justicia, y la voluntad de un oligarca o de un cacique es superior, en el orden de la realidad, a los principios fundamentales del orden constitucional”. Tan evidente es la injusticia, que aun “no pocos” de los oligarcas y privilegiados “se muestran convencidos de que en un periodo no muy largo habrá de ponerse término a sus privilegios”. Las ocultaciones a la Hacienda son numerosas y formidables. Son inútiles entre nosotros las denuncias y las protestas en favor de la moralidad, del derecho, de la justicia. De un lado está la fuerza y el privilegio; de otro, los ciudadanos vejados y expoliados. “¿Puede vivir ordenadamente un Estado en que, en casi todas las esferas de su actividad jurídica, los hechos van de un lado y el Derecho va por otro?” Los ministros resultan, “en muchos casos incompetentes e inhábiles; inhábiles e incompetentes son también los otros instrumentos de las acciones del Poder”. El Estado se declara monárquico en su Constitución, y resulta en la realidad oligárquico. Se declara constitucional, y resulta despótico. Se declara representativo, y las Cortes sólo representan a los oligarcas. Se declara parlamentario, y en las Cortes nada se resuelve por las discusiones y las votaciones, sino por las componendas de entre bastidores”. En la Constitución se declara que todo español está obligado a defender la Patria, y resulta que gran parte de los llamados no acuden. Se dice que todos los españoles son admisibles a los empleos y cargos públicos, y “luego son admisibles a los empleos y cargos públicos los parientes y familiares de oligarcas y caciques”. Se dice que todos están obligados a contribuir proporcionalmente a las cargas del Estado, “y gran parte de los españoles, los deudos y amigos de oligarcas y caciques principalmente, o no tributan, o apenas tributan”...

Algunas páginas más adelante, al tratar don Damián Isern de las causas del Desastre y de lo acontecido durante las guerras coloniales, escribe unas páginas admirables, emocionantes. De entre la grisura y frialdad de las páginas de este libro destacan soberbiamente aquellas a que aludimos. Nuestro pueblo - dice el autor- ignora muchas cosas de las relativas al gran fracaso; pero en el fondo de ese misterio adivina “algo oscuro, algo negro, algo sucio quizá, y esos algos penetran en su alma”. A lo largo de esas páginas, en tanto que va el

autor mariposeando sobre el misterio trágico, va repitiendo también de cuando en cuando ese ritornelo angustioso: “algo oscuro, algo negro, algo sucio quizá, y esos algos penetran en el alma”. Y ese fragmento de prosa - de elevada prosa lírica - acaba por penetrar en el espíritu del lector y conturbarle.

-¡Oh tragedia de España! “No puede sorprender a nadie - escribe nuestro autor - que máquina así dispuesta produzca sólo efectos de demolición y ruina, y haya labrado para sí títulos de desconsideración social raras veces alcanzados en España por Poderes públicos”. Tal espectáculo fue el que presenció la generación de 1898 al advenir al arte y a la literatura. La gran corriente ideológica de 1870 a 1898, representada principalmente por Echegaray, Campoamor y Galdós, concluye lógicamente - avivada por el Desastre - a la crítica social, ahora más aguda que antes, que florece desde 1898 hasta algunos años después. Imaginad todo lo que acabamos de transcribir - y mucho más - repetido, clamado, pregonado, multiplicado por mil voces iracundas y elocuentes de parlamentarios y publicistas; imaginad un lapso de diez años durante los cuales en el periódico, en el Parlamento, en conferencias, en libros, no se ha gritado otra cosa. Cuando hayáis considerado tal hecho histórico comprenderéis de qué manera ha podido moldearse la mentalidad de la generación de 1898, y cómo ese vasto y acre espíritu de crítica social - tan copiosamente aventado a todos vientos - ha llegado a encarnar hoy sólida, fuerte, profundamente en la muchedumbre.

(De los caracteres literarios de la generación de que tratamos y de las influencias extrañas a las nacionales que han pesado sobre ella nos ocuparemos otro día).

IV.

Terminemos estos breves apuntes; veamos - sucintamente - lo que la generación de 1898 representa en las letras. En la literatura española la generación de 1898 representa un renacimiento: un renacimiento más o menos amplio o más o menos reducido - si queréis -, pero, al cabo, un renacimiento. El término se presta a vaguedades; será preciso para que nos entendamos, definirlo. Un renacimiento es sencillamente la fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero. Ni un artista ni una sociedad de artistas podrán renovarse - *ser algo* - o renovar el arte sin una influencia extraña. Nada hay primero, espontáneo o incausado en arte; aun los artistas que parecen más originales (por ejemplo, en pintura, un Velázquez o un Goya) deben toda su fuerza, todo su vigor, toda su luminosidad a una sugestión extraña a ellos. No se trata de mutaciones o rapsodias; las influencias de que hablamos son sugestiones etéreas, casi indefinibles, sutiles, que hacen despertar en el artista estados psicológicos latentes y determinan avivamientos de la sensibilidad que, sin esas sugestiones, acaso no hubiera sido tan intensa o quizá no hubiera sido de *ese modo*.

La vida intelectual de un pueblo necesita una excitación extraña que la fecunde. Si se repasa nuestra historia literaria se verá que los momentos en que nuestros literatos y pensadores han estado en comunión con pensadores y literatos de otros países, son precisamente los momentos de máxima vitalidad de nuestras letras. Señalemos los que, a nuestro juicio, son los principales entre esos instantes, mejor diremos casi los únicos; únicos, al menos en la Edad Moderna, 1600, 1760, 1830: he aquí tres fechas que se prestan a la reflexión, y que dicen ellas solas, escuetamente, mucho más de lo que se pudiera decir en largas declamaciones sobre las ventajas de la comunicación con el pensamiento mundial, sobre la aireación del propio intelecto, e inversamente, sobre los peligros funestos y desatentados de la reclusión en la propia casa, y la hostilidad a la sugestión extranjera. En 1600 Italia influye poderosamente sobre nuestros artistas y pensadores; Cervantes, Saavedra Fajardo, Gracián, Quevedo leen ávidamente a los poetas, los políticos y los cuentistas italianos; de Boccaccio y de Ariosto hay huellas visibles en Cervantes (de Ariosto, sobre todo, en el *Quijote*); Saavedra Fajardo cita y torna a citar al Tasso; Virgilio Malvezzi hechiza profundamente a Quevedo; sobre Gracián lo mismo que sobre otros coetáneos suyos ejerce poderosa influencia Maquiavelo; y Petrarca, Boccacini, Botero, Bandello, Sannazzaro, Guicciardini, con otros muchos, determinan leídos y releídos por los nuestros, gustados, comentados y paladeados, a manera de un ambiente espiritual, de un fuerte excitante, a cuya virtud renacen las energías literarias españolas.

En 1760 (la fecha puede ser ligeramente modificada) Francia principalmente es la que influye sobre el pensamiento nacional. Si repasáis viejas, centenarias colecciones de estas diminutas revistas del siglo XVIII - como las *Memorias de Trevoux* -, ved en ellas la más profunda causa de un avivamiento intelectual de España. Esas revistas, esos pequeños

cuadernos, entran por los pueblos de nuestro país, penetran en las celdas de los conventos, hacen un ancho remanso en Oviedo - donde vivía el Padre Feijóo -, y se desparraman luego, en espíritu, desleídos, triturados, por otros cuadernos, por otras revistas, por otros libros. Una ávida curiosidad domina en el siglo XVIII; brota el espíritu de crítica. Se lee ansiosamente los libros extranjeros. Surgen trabajos sobre filología, arqueología, historia literaria y eclesiástica, matemáticas, numismática, zoología, botánica, arquitectura... El impulso ha venido de fuera; lo han dado esos libros y esas revistas que saltan la frontera y se esparcen por las viejas ciudades.

Menos de un siglo más tarde el fenómeno torna a producirse. En 1830 los románticos franceses determinan en España un nuevo renacimiento literario. Cabrerizo lanza en Valencia multitud de traducciones de novelas románticas; en las *Horas de invierno*, publicadas por Ochoa en 1837, figuran barajados Víctor Hugo y Delavigne, Alfonso Karr y León Gozlan. Añadamos que de 1830 a 1846 - singularmente en este último año - desfilan por España y traban relaciones con nuestros literatos una porción de poetas, novelistas y pintores franceses, tales como Dumas, Roger de Beauvoir, Gautier, Achard, Boulanger...

En 1898 observamos idéntico hecho. Las influencias ahora son más complejas; pero gracia a esa comunicación con el pensamiento literario de fuera de España, se produce entre nosotros una renovación de las letras. Hombres de la generación de 1898 son Valle Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío. Indiquemos las diversas influencias que han obrado sobre las modalidades literarias de tales escritores.

Sobre Valle Inclán: D Annunzio, Barbey d Aurevilly.

Sobre Unamuno: Ibsen, Tolstoi, Amiel.

Sobre Benavente: Shakespeare, Musset, los dramaturgos modernos franceses.

Sobre Baroja: Dickens, Poe, Balzac, Gautier.

Sobre Bueno: Stendhal, Brandes, Ruskin.

Sobre Maeztu: Nietzsche, Spencer.

Sobre Rubén Darío: Verlaine, Banville, Víctor Hugo.

Por encima de estas sugerencias particulares, como dominándolas a todas, se podrían marcar algunas, ya indicadas entre los nombres citados, pero que tuvieron más fuerza que las demás. Tales son las de Nietzsche, Verlaine y Teófilo Gautier. El filósofo alemán era en 1898 desconocido en su verdadero carácter; comenzaba a asomar en Francia; se le había expuesto en un estimable libro en Italia. Pero Nietzsche era en la época citada para la juventud, tanto en España como en Francia, un rebelde, un anarquista. Pocos años después, cuando se le tradujo íntegramente al francés y se le estudió con cuidado, la idea de Nietzsche sufrió una transmutación considerable. Pero el pensador alemán hizobrotar en España muchos gestos de iracundia y múltiples gritos de protesta. Teófilo Gautier, por otro lado, ayudó a la juventud de 1898 a ver el paisaje de España. Su *Viaje a España* fue leído y releído por aquellos muchachos que renovaban la memoria de Larra y comenzaron a amar los viejos pueblos castellanos. En 1891 Menéndez y Pelayo decía el libro de Gautier en su *Historia de las ideas estéticas*: "Su *Viaje a España*, que en Francia está considerada como obra maestra, y que entre nosotros, por una preocupación absurda, suele citarse como modelo de disparates sólo comparable con el de Alejandro Dumas, no es, en verdad, ningún documento histórico ni arqueológico; pero en lo que toca a la interpretación poética del paisaje, difícilmente será superado nunca, porque la geografía física de la Península no está contada allí, sino *vista* con visión absorta desinteresada y esplendente". La última sugestión de las tres citadas - la de Verlaine - contribuyó a formar la mentalidad poética de Rubén, y a través

de Rubén determinó la tendencia actual de la lírica. Agreguemos a estas influencias librescas las personales, directas, vivas, ejercidas por algunos extranjeros que convivieron con literatos del 98. Uno de esos extranjeros fue Cornuty, apasionado de Verlaine y fervoroso recitador de sus poesías; otro, el doctor suizo Pablo Smith, entusiasta de Nietzsche. Un ejemplar alemán de Nietzsche poseía Smith, y sobre su traducción a viva voz escribió Baroja unos artículos en *El Imperial*.

Un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la juventud de 1898. Ramiro de Maeztu escribía impetuosos y ardientes artículos en los que se derruía los valores tradicionales y se anhelaba una España nueva, poderosa. Pío Baroja, con su análisis frío reflejaba el paisaje castellano e introducía en la novela un hondo espíritu de disociación; el viejo estilo rotundo, ampuloso, sonoro, se rompía en sus manos y se transformaba en una notación algebraica, seca, escrupulosa. Valle Inclán con su altivez de gran señor, con sus desmesuradas melenas, con su refinamiento del estilo, atraía profundamente a los escritores novicios y les deslumbraba con la visión de un paisaje y de unas figuras sugeridas por el Renacimiento italiano: los vastos y gallardos palacios, las escalinatas de mármol, las viejas estatuas que blanquean, mutiladas, entre los mirtos seculares; las damas desdeñosas y refinadas que pasean por los jardines en que hay estanques con aguas verdosas y dormidas.

*Giardini chiusi, appena intraveduti
o contemplati a lungo pe cancelli...*

El movimiento de protesta comenzaba a inquietar a la generación anterior. No seríamos exactos si no dijéramos que el renacimiento literario de que hablamos no se inicia precisamente en 1898. Si la protesta se define en ese año, ya antes había comenzado a manifestarse más o menos vagamente. Señales de ello vemos, por ejemplo, en 1897; en febrero de ese año uno de los más prestigiosos escritores de la generación anterior - don José María de Pereda - lee su discurso de recepción en la Academia Española. La obsesión persistente de la literatura nueva se percibe a lo largo de todas esas páginas arbitrarias. Pereda habla en su trabajo de ciertos *modernistas* partidarios del cosmopolitismo literario: contra los tales arremete furiosamente. Pero páginas más adelante, el autor, no contento con embestir contra esos heresiarcas, nos habla de otros personajes “mas *modernistas* aún”, “los tétricos de la negación y de la duda, que son los melencólicos de ahora” - ¡oh melencólicos pretéritas de Valle Inclán! -, los cuales melencólicos proclaman, al hablar de la novela, “que el interés estriba en el escarpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano”. (Mas véase la fuerza del movimiento innovador: Pereda, que tan absurdamente declama contra la innovación literaria, sin enterarse en qué consiste, hace suya, ya casi al final de su discurso, la doctrina de un autor que dice que todos los idiomas tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, *independientemente del contenido interior de las ideas ...* Y eso no es otra cosa que el fundamento del vitando, abominable, revolucionario *simbolismo*).

La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruiz, Santillana); da aire al fervor por el Greco ya iniciado en Cataluña, y publica, dedicado al pintor cretense, el número único de un periódico: *Mercurio*; rehabilita a Góngora - uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine -, que creía conocer al poeta cordobés; se declara romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente entusiasmo por Larra y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que estaba enterrado y lee un discurso ante su tumba y en ella deposita ramos de violetas; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad.

La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo eso; y la curiosidad mental por lo extranjero y el espectáculo del Desastre - fracaso de toda la política española - han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España.

ANTONIO MACHADO (1875-1939)

Soledades, galerías y otros poemas (1909)

Es una tarde cenicienta y mustia

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
-Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

*

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.

Juan de Mairena: sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo (1936)

De lo uno a lo otro es el gran tema de la metafísica. Todo el trabajo de la razón humana tiende a la eliminación del segundo término. *Lo otro no existe*: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, *uno y lo mismo*. Pero *lo otro* no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía *en lo otro*, en «La esencial Heterogeneidad del ser», como si dijéramos en la incurable *otredad* que padece lo *uno*.

(*Sobre Don Juan.*) Don Juan es el hombre de las mujeres, el hombre que aman y se disputan las mujeres y a quien los hombres mirarán siempre con cierto desdén envidioso o con cierta envidia desdeñosa. Conviene suponer en Don Juan aquella belleza corporal que la mujer estima propia del varón. Esto quiere decir que el sexo reflejo de Don Juan, el de su imagen en el espejo femenino, es siempre el varonil. Don Juan podrá ser guapo o feo, fuerte o flojo, tuerto o derecho; él sabe, en todo caso, que es bello para la mujer. Sin la conciencia de esto no hay donjuanismo posible.

¿Hay algo perverso en Don Juan? En este hombre de las mujeres quisieran ver sus detractores algo femenino. La envidia erótica encontraría cierto alivio si lograra demostrar, muy especialmente a las mujeres, que Don Juan, el afortunado, era precisamente un invertido... La paradoja, siempre tentadora, es en este caso inaceptable. El más leve conato de desviación sexual destruye lo esencial donjuanesco: su orientación constante hacia la mujer. Entre sus detractores femeninos no falta quien le acuse de narcisismo. La mujer, siempre menospreciada por Don Juan, piensa que Don Juan se prefiere a sí mismo,

se enamora, como Narciso, de su propia imagen. Pero esto es un espejismo del celo femenino, que proyecta en Don Juan el culto a Don Juan, propio de la mujer. No. Don Juan, a quien viste de prisa su criado, no pierde su tiempo en el espejo. Naufragar en él, como el hijo de Liriopea, ¡qué desatino!

Don Juan aparece en los albores del Renacimiento, en una sociedad todavía jerarquizada por la Iglesia, y con un carácter satánico y blasfematorio. No hay en él un átomo de paganía, tampoco de espíritu mosaico, de Viejo Testamento. Don Juan es héroe de clima cristiano. Su hazaña típica es violar a la monja, sin ánimo de empreñarla. En la tregua del eros genesiaco, Don Juan no renuncia a la carne, pero sí, como el monje, a engendrar en ella. Cuando Don Juan se arrepiente, se mete a fraile -en cierto modo ya lo era-, muy rara vez a padre de familia.

¿Y hasta qué punto -se preguntaba mi maestro- es superfluo para la especie este Don Juan, varón de lujo, que no se cura de acrecentar la prole de Adán? ¿Responde este Don Juan, como el onanista y el homosexual, a una corriente maltusiana? A esta opinión se inclinan muchos, sobre todo los padres de familia, abrumados por la fecundidad de su casto lecho. ¿Es, por el contrario, Don Juan un avivador erótico, que habla a la fantasía de la mujer para combatir su frecuente y natural frigidez? ¡Quién sabe! Preguntas son éstas que no atañen a la esencia de Don Juan, sino a su utilidad. No deben interesarnos.

(Sobre lo apócrifo.) Tenéis -decía Mairena a sus alumnos- unos padres excelentes, a quienes debéis respeto y cariño; pero ¿por qué no inventáis otros más excelentes todavía?

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA (1888-1963)

Greguerías (1910-1960)

Desde 1910 -hace cincuenta años- me dedico a la greguería, que nació aquel día de escepticismo y cansancio en que cogí todos los ingredientes de mi laboratorio, frasco por frasco, y los mezclé, surgiendo de su precipitado, depuración y disolución radical, la greguería. Desde entonces, la greguería es para mí la flor de todo lo que queda, lo que vive, lo que resiste más al descreimiento. La greguería ha sido perseguida, denigrada, y yo he llorado y reído por eso entremezcladamente, porque eso me ha dado pena y me ha hecho gracia. Cuando se publicaron por primera vez en los periódicos, muchos lectores se daban de baja. “¡Cámbielas de nombre!”, me decía el director; pero yo me negué terminantemente.

Las cosas apelmazadas y trascendentales deben desaparecer, incluso la máxima, dura como una piedra, dura como los antiguos rencores contra la vida.

El encuentro con la greguería fue lo que me trajo la suerte.

Gracias a las *Greguerías* he vivido, he conferenciado, he viajado, he tenido contraseña universal.

En realidad, me dedico a la greguería desde mi niñez, y al ama de cría ya le lanzaba greguerías.

Es lo único que no improviso nunca. Me las concede esa adolescencia de la vida que es pareja de nuestra adolescencia o de nuestra vejez... Tienen que ser lentas y naturales. Son una gota de los siglos que atraviesa mi cráneo.

Se puede improvisar una novela, pero no una greguería.

¿Que por qué se llaman *Greguerías*?

Al encontrar el género me di cuenta de que había que buscar una palabra que no fuese reflexiva ni demasiado usada, para bautizarle bien.

Entonces metí la mano en el gran bombo de las palabras, y al azar, que debe ser el bautizador de los mejores hallazgos, saqué una bola...

Era “greguería”, aún en singular; pero yo planté esa bolita y tuve un jardín de greguerías. Me quedé con la palabra por lo eufónica y por los secretos que tiene en su sexo.

Greguería, algarabía, gritería confusa. (En los anteriores diccionarios significaba el griterío de los cerditos cuando van detrás de su mamá.)

Lo que gritan los seres confusamente desde su inconsciencia, lo que gritan las cosas.

Por lo menos no puede haber duda de que he bautizado un género con una palabra que estaba perdida en el diccionario, que no era nombre de nada y que ahora, al ser pronunciada por alguien en un diario, o por un micrófono, hace que resulte aludido yo, que cambié su sentido, que la convertí en lo que no era.

[...].

La greguería es el atrevimiento a definir lo que no puede definirse, a capturar lo pasajero, a acertar o a no acertar lo que puede no estar en nadie o puede estar en todos.

Lo único que quedará, que en realidad ha quedado, de unos tiempos y de otros ha sido la gracia de las metáforas salvadas.

Las ideas serán verdaderas una temporada, las glosas serán aburridas, las tesis se quedarán tontas: pero las acertadas metáforas serán florecillas de los siglos, así como de desaparecidas generaciones sólo queda apenas una fíbula.

No deben asemejarse a nada de lo ya dicho.

Antes se hacía un discurso vano con ocasión de cualquier cosa, se hacía una moral, una hilada de conceptos; ahora sólo basta con una frase para revelar que se está más allá de los horizontes pasados.

No hay que dar gran rodeo. No son cosas de cínicos. Son la imagen dicha en un ambiente correcto de poesía, aunque esté lleno de libertad. Greguerías del otro lado de lo admisible en un mundo de juerga, ¡no!

Mi cosecha de greguerías no es constante. Sólo brota a veces -raras veces-, pues para hallar la greguería hay que estar en un estado de gracia profano y difícil. No vienen en cardumen.

Nunca pueden ser rebuscadas. Hay que esperarlas deambulando o sentados. Ni un paso voluntario hacia la imagen.

No es la greguería una frase célebre.

No puede figurar en el reverso de una hoja de almanaque.

No son reflexiones ni tienen nada que ver con ellas.

No es un paradigma y menos un apotegma, ni es un veredicto, que es juicio emitido demasiado seriamente y con demasiada reflexión y autoridad.

Verdadero pescador de greguerías, me paso días y días esperando las que lo son y tirando de nuevo al agua las que son sólo sardinas.

...se está siempre cerca de una greguería, pero nunca se la toca.

¿Frase lapidaria? La greguería no sale de debajo de ninguna lápida de tumba.

Ni debe haber en ella sentimentalismo rabilargo, ni cursilería rabicorta, ni descripcionismo.

Tampoco es aforística la greguería; lo aforístico es enfático y dictaminador. No soy un aforista.

¿Se queda entonces en metáfora?

Todo lo material y lo inmaterial pueden ser objeto de metáfora.

Todas las palabras y las frases mueren por su origen correcto y literal, no llegando a la gloria más que cuando son metáforas, porque la metáfora las hace abstractas y embalsamadas.

La metáfora multiplica el mundo, no haciendo caso al retórico que prohíbe enlazar cosas sólo porque él es impotente para lograrlo.

Humorismo + metáfora = greguería. [...].

1. Abrir un paraguas es como disparar contra la lluvia.
2. Aburrirse es besar a la muerte.
3. Al asomarnos al fondo del pozo nos hacemos un retrato de náufragos.
4. Al callarse la chicharra de pronto, parece que ha habido una avería eléctrica.
5. Al oír la sirena parece que el barco se suena la nariz.
6. Al ombligo le falta el botón.
7. Aquel despacho olía a libros malos.
8. Catálogo: recuerdo de lo que se olvidará.
9. Collar de perlas: dentadura postiza para la garganta.
10. Como daba besos lentos duraban más sus amores.
11. Con el monóculo, el ojo se vuelve reloj.
12. Cuando anuncian por el altavoz que se ha perdido un niño, siempre pienso que ese niño soy yo.
13. Cuando la mujer pide ensalada de frutas para dos perfecciona el pecado original.
14. Daba besos de segunda boca.
15. De la nieve caída en los lagos nacen los cisnes.
16. De perder los guantes perded los dos: es mucho menos conflicto.
17. Después de usar el dentífrico nos miramos los dientes con gestos de fieras.
18. Dormir la siesta es morir de día.
19. El agua se suelta el pelo en las cascadas.
20. El amor nace del deseo repentino de hacer eterno lo pasajero.
21. El apuntador es un hombre al que la muerte ha dejado a medio enterrar.
22. El beso es hambre de inmortalidad.
23. El beso es un paréntesis sin nada adentro.
24. El caballo con la cabeza baja mientras pace parece estar leyendo el paisaje como un corto de vista.
25. El caracol siempre está subiendo su propia escalera. La ardilla es la cola que se independizó.
26. El Coliseo en ruinas es como una taza rota del desayuno de los siglos.
27. El cometa es una estrella a la que se le ha deshecho el moño.
28. El escritor quiere escribir su mentira y escribe su verdad.
29. El estornudo es la interjección del silencio.
30. El gato tiene pelo de presidiario.
31. El hielo se ahoga en el agua.
32. El león tiene altavoz propio.
33. El libro es un pájaro con más de cien alas para volar.

34. El murciélago vuela con la capa puesta.
35. El musgo es el peluquín de las piedras.
36. El femenino del “otro yo” es el “otro ya”.
37. El niño grita: “¡No vale!”... “¡Dos contra uno!”, y no sabe que toda la vida es eso: dos contra uno.
38. El perfume es el eco de las flores.
39. El pez está siempre de perfil.
40. El poeta miraba tanto al cielo que le salió una nube en un ojo.
41. El que se ahorca espera que se rompa la cuerda, pero son tan malvadas las cuerdas que nunca se rompen en esa ocasión.
42. El reloj no existe en las horas felices.
43. El sueño es un depósito de objetos extraviados.
44. El tango está lleno de despedidas.
45. El verdugo es igual al antropófago: los dos matan para comer.
46. En la cresta del gallo se está viendo la tijera del creador dándole los últimos cortes.
47. En la resaca, la ola, arrepentida de haber dejado su regalo de conchas, trata de volvérselas a llevar.
48. En los pianos de cola es donde duerme acostada el arpa.
49. Era tan moral que perseguía las conjunciones copulativas.
50. Escribir con lápiz es marcar sólo la sombra de las palabras.
51. Escribir es que le dejen a uno llorar y reír a solas.
52. Esqueleto: un ventanal al que se le han roto todos los cristales.
53. Hay el especialista en pedir el único plato que se ha acabado en el menú.
54. Hay el que pierde un botón y no lo encuentra, y el que lo encuentra y lo guarda y nunca lo da a coser. Los dos son unos desdichados.
55. “Idem” es una palabra ahorradora.
56. La ametralladora suena a máquina de escribir de la muerte.
57. La avispa es la señorita cursi de los insectos.
58. La coliflor es un cerebro vegetal que nos comemos.
59. La F es el grifo del abecedario.
60. La felicidad consiste en ser un desgraciado que se sienta feliz.
61. La inmortalidad del cangrejo consiste en andar hacia atrás, rejuveneciéndose hacia el pasado.
62. La jirafa es un caballo alargado por la curiosidad.
63. La llave nos gasta la broma de hacer como que no es de la cerradura que es.
64. La luna es un banco de metáforas arruinado.
65. La mariposa posándose en todas las flores es la mecanógrafa del jardín.
66. La muerte es hereditaria.
67. La postura de la cigüeña sobre una pata se debe a lo largas que son las esperas hasta que salen los niños.
68. La serpiente mide el bosque para saber cuántos metros tiene y decírselo al ángel de las estadísticas.
69. La ü con diéresis: dos íes siamesas.
70. La vida obliga a la prisa de vivir porque el pan en seguida se pone duro.
71. Las estrellas telegrafían temblores.
72. Las flores mueren en olor de santidad.
73. Las pasas son uvas octogenarias.
74. Lo malo del deseo es que vuelve sin avisar.
75. Lo más maravilloso de la espiga es lo bien hecha que tiene la trenza.
76. Lo peor de la ambición es que no sabe bien lo que quiere.
77. Los bostezos son oes que huyen.
78. Los chalecos tiene cuatro bolsillos para hacernos concebir vanas esperanzas.
79. Los cuervos se tiñen.
80. Los elefantes parece que tienen en las patas las muelas que no tienen en la boca.

81. Los invernaderos son las cárceles modelos de las plantas.
82. Los ojos de las estatuas lloran su inmortalidad.
83. Los recuerdos encogen como las camisetas.
84. Los remos lloran.
85. Los tranvías tienden a raptar a la señora que sube, dejando a pie a su marido.
86. Las vacas escriben con el tintero de sus ojos el poema de la resignación.
87. Meteorología: mentirología.
88. Mientras nos bañamos se nos ahogan algunos recuerdos.
89. Monomaniaco: mono con manías.
90. No saben lo que es morir ni los muertos.
91. No se deben dejar las tijeras abiertas porque así podrán cortar el hilo del destino.
92. Nuestros gusanos no serán mariposas.
93. Para las estrellas siempre estamos en un abismo.
94. Pensamiento consolador: *el gusano también morirá.*
95. ¡Qué tragedia! Envejecían sus manos y no envejecían sus sortijas.
96. Reuma es tener dolor de cabeza en las piernas.
97. Se ve que el viento no sabe leer porque cuando pillá un libro en su camino pasa las hojas al revés.
98. Senos: el misterio móvil.
99. Si te conoces demasiado a ti mismo, dejarás de saludarte.
100. Somos lazarillos de nuestros sueños.
101. Tenía tan mala memoria que se olvidó que tenía mala memoria y comenzó a recordarlo todo.
102. Trueno: caída de un baúl por las escaleras del cielo.
103. Un cementerio es una gran botica fracasada.
104. Un papel en el viento es como un pájaro herido de muerte.
105. Un tren de mercancías que pasa es el etc. etc. etc. etc. etc. en movimiento.
106. Un tumulto es un bulto que les sale a las multitudes.
107. ¿Y si las hormigas fuesen ya los marcianos establecidos en la tierra?
108. Ya sé; sudario cuando es verano y mortaja cuando es invierno.

PEDRO SALINAS (1891-1951)

Presagios (1923)

Coraza y pecho abierto

Coraza hecha con el acero de lo eterno
 para el dardo que lanza el arco, desde abajo,
 cada día certero,
 para el dardo sutil del cuidado pequeño.
 Y los días pasados sin bajeza ni altura,
 montón de muertas flechas rebotadas
 al pie nuestro.
 Y a lo otro pecho abierto: para la herida
 grande del gran dolor eterno,
 para el puñal del bien y el mal
 que nosotros nos hemos de clavar en el pecho
 por voluntad y por mandato interno,
 mientras resbala en la coraza cada día
 el dardo leve de los destinos ciegos.

La voz a ti debida (1933), vv. 2191-2219

No quiero que te vayas
 dolor, última forma
 de amar. Me estoy sintiendo
 vivir cuando me dueles
 no en ti, ni aquí, más lejos:
 en la tierra, en el año
 de donde vienes tú,
 en el amor con ella
 y todo lo que fue.
 En esa realidad
 hundida que se niega
 a sí misma y se empeña
 en que nunca ha existido,
 que sólo fue un pretexto
 mío para vivir.
 Si tú no me quedaras,
 dolor, irrefutable,
 yo me lo creería;
 pero me quedas tú.
 Tu verdad me asegura
 que nada fue mentira.
 Y mientras yo te sienta,
 tú me serás, dolor,
 la prueba de otra vida
 en que no me dolías.
 La gran prueba, a lo lejos,
 de que existió, que existe,
 de que me quiso, sí,
 de que aún la estoy queriendo.

Razón de amor (1936), vv. 1398-1438

Dame tu libertad.
 No quiero tu fatiga,
 no, ni tus hojas secas,
 tu sueño, ojos cerrados.
 Ven a mí desde ti,
 no desde tu cansancio
 de ti. Quiero sentirla.
 Tu libertad me trae,
 igual que un viento universal,
 un olor de maderas
 remotas de tus muebles,
 una bandada de visiones
 que tú veías
 cuando en el colmo de tu libertad
 cerrabas ya los ojos.
 ¡Qué hermosa tú libre y en pie!
 Si tú me das tu libertad me das tus años
 blancos, limpios y agudos como dientes,
 me das el tiempo en que tú la gozabas.
 Quiero sentirla como siente el agua
 del puerto, pensativa,
 en las quillas inmóviles
 el alta mar. La turbulencia sacra.
 Sentirla,
 vuelo parado,
 igual que en sosegado soto
 siente la rama
 donde el ave se posa,
 el ardor de volar, la lucha terca
 contra las dimensiones en azul.
 Descánsala hoy en mí: la gozaré
 con un temblor de hoja en que se paran
 gotas del cielo al suelo.
 La quiero
 para soltarla, solamente.
 No tengo cárcel para ti en mi ser.
 Tu libertad te guarda para mí.
 La soltaré otra vez, y por el cielo,
 por el mar, por el tiempo,
 veré cómo se marcha hacia su sino.
 Si su sino soy yo, te está esperando.

El Contemplado (1946)

Tema

De mirarte tanto y tanto,
 del horizonte a la arena,
 despacio,

del caracol al celaje,
brillo a brillo, pasmo a pasmo,
te he dado nombre; los ojos
te lo encontraron, mirándote.
Por las noches,
soñando que te miraba,
al abrigo de los párpados
maduró, sin yo saberlo,
este nombre tan redondo
que hoy me descendió a los labios.
Y lo dicen asombrados
de lo tarde que lo dicen.
¡Si era fatal el llamártelo!
¡Si antes de la voz, ya estaba
en el silencio tan claro!
¡Si tú has sido para mí,
desde el día
que mis ojos te estrenaron,
el contemplado, el constante
Contemplado!

VICENTE ALEIXANDRE (1898-1984)

Espadas como labios (1932)

Mi voz

He nacido una noche de verano
entre dos pausas. Háblame te escucho
He nacido. Si vieras qué agonía
representa la luna sin esfuerzo.
He nacido. Tu nombre era la dicha.
Bajo un fulgor una esperanza un ave.
Llegar llegar. El mar era un latido
el hueco de una mano una medalla tibia.
Entonces son posibles ya las luces las caricias la piel el horizonte
ese decir palabras sin sentido
que ruedan como oídos caracoles
como un lóbulo abierto que amanece
(escucha escucha) entre la luz pisada.

En un vasto dominio (1958-1962)

¿Para quién escribo?

¿Para quién escribo?, me preguntaba el cronista,
el periodista o simplemente el curioso.
No escribo para el señor de la estirada chaqueta, ni para
su bigote enfadado, ni siquiera para su alzado índice
admonitorio entre las tristes ondas de música.
Tampoco para el carruaje, ni para su oculta señora
(Entre vidrios, como un rayo frío, el brillo de los impertinentes).
Escribo acaso para los que no me leen. Esa mujer que
corre por la calle como si fuera abrir las puertas a la aurora.
O ese viejo que se aduerme en el banco de esa plaza
chiquita, mientras el sol poniente con amor le toma,
le rodea y le deslíe suavemente en sus luces.
Para todos los que no me leen, los que no se cuidan
de mí, pero de mí se cuidan (aunque me ignoran).
Esa niña que al pasar me mira, compañera de mi aventura,
viviendo en el mundo.
Y esa vieja que sentada a su puerta ha visto vida,
paridora de muchas vidas, y manos cansadas.
Escribo para el enamorado; para el que pasó con su
angustia en los ojos; para el que le oyó; para el que
al pasar no miró; para el que finalmente cayó cuando
preguntó y no le oyeron.
Para todos escribo. Para los que no me leen sobre todo
escribo. Uno a uno, y la muchedumbre. Y para los
pechos y para las bocas y para los oídos donde, sin
oírme,
está mi palabra.

II.

Pero escribo también para el asesino. Para el que con los ojos cerrados se arrojó sobre un pecho y comió muerte y se alimentó, y se levantó enloquecido.

Para el que se irguió como torre de indignación, y se desplomó sobre el mundo.

Y para las mujeres muertas y para los niños muertos, y para los hombres agonizantes.

Y para el que sigilosamente abrió las llaves del gas y la ciudad entera pereció, y amaneció un montón de cadáveres.

Y para la muchacha inocente, con su sonrisa, su corazón, su tierna medalla, y por allí pasó un ejército de depredadores.

Y para el ejército de depredadores, que en una golpeada final fue a hundirse en las aguas.

Y para esas aguas, para el mar infinito.

Oh, no para el infinito. Para el finito mar, con su limitación casi humana, como un pecho vivido.

(Un niño ahora entra, un niño se baña, y el mar, El corazón del mar está en ese pulso.)

Y para la mirada final, para la limitadísima Mirada Final, en cuyo seno alguien duerme.

Todos duermen. El asesino y el injusticiado, el regulador y el naciente, el finado y el húmedo, el seco de voluntad y el hispido como torre.

Para el amenazador y el amenazado, para el bueno y el triste, para la voz sin materia y para toda la materia del mundo.

Para ti, hombre sin deificación que, sin quererlas mirar, estás leyendo estas letras.

Para ti y todo lo que en ti vive, yo estoy escribiendo.

ROSA CHACEL (1898-1994)

A la orilla de un pozo (1936)

Una música oscura, temblorosa...

A María Zambrano

Una música oscura, temblorosa,
cruzada de relámpagos y trinos,
de maléficos hálitos, divinos,
del negro lirio y de la ebúrnea rosa.

Una página helada, que no osa
copiar la faz de inconciliables sinos.
Un nudo de silencios vespertinos
y una duda en su órbita espinosa.

Sé que se llamó amor. No he olvidado,
tampoco, que seráficas legiones,
hacen pasar las hojas de la historia.

Teje tu tela en el laurel dorado,
mientras oyes zumbiar los corazones,
y bebe el néctar fiel de tu memoria.

En un corsé de cálidas entrañas...

A Paz González

En un corsé de cálidas entrañas
duerme una estrella, pasionaria o rosa,
y allí la casta Ester, la misteriosa
Cleopatra y otras cien reinas extrañas

con fieros gestos e indecibles mañas
anidan entre hiedra rumorosa.
Allí hierve el rubí que no reposa,
pulsan sus arpas mélicas arañas.

Allí en el cáliz de la noche umbría
sus perlas vierte el rui señor oscuro.

Allí sesteá el fiel león del día.
En su escondido sésamo seguro
custodia el grifo de la fantasía
de hirviente manantial el fuego puro.

FEDERICO GARCÍA LORCA (1898-1936)

Sonetos del amor oscuro (1929-1935)

El poeta pide a su amor que le escriba

Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena pues de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.

¡Ay voz secreta del amor oscuro!

Ay voz secreta del amor oscuro
¡ay balido sin lanas! ¡ay herida!
¡ay aguja de hiel, camelia hundida!
¡ay corriente sin mar, ciudad sin muro!

¡Ay noche inmensa de perfil seguro,
montaña celestial de angustia erguida!
¡ay perro en corazón, voz perseguida!
¡silencio sin confín, lirio maduro!

Huye de mí, caliente voz de hielo,
no me quieras perder en la maleza
donde sin fruto gimen carne y cielo.

Deja el duro marfil de mi cabeza,
apiádate de mí, ¡rompe mi duelo!
¡que soy amor, que soy naturaleza!

RAFAEL ALBERTI (1902-1999)

Sobre los ángeles (1927-1928)

Paraíso perdido

A través de los siglos,
por la nada del mundo,
yo, sin sueño, buscándote.

Tras de mí, imperceptible,
sin rozarme los hombros,
mi ángel muerto, vigía.

¿Adónde el Paraíso,
sombra, tú que has estado?
Pregunta con silencio.

Ciudades sin respuesta,
ríos sin habla, cumbres
sin ecos, mares mudos.

Nadie lo sabe. Hombres
fijos, de pie, a la orilla
parada de las tumbas,

me ignoran. Aves tristes,
cantos petrificados
en éxtasis el rumbo,

ciegas. No saben nada.
Sin sol, vientos antiguos,
inertes, en las leguas
por, andar, levantándose
calcinados, cayéndose
de espaldas, Poco dicen.

Diluidos, sin forma
la verdad que en sí ocultan,
huyen de mí los cielos.

Ya en el fin de la Tierra,
sobre el último filo,
resbalando los ojos,
muerta en mí la esperanza,
ese pórtico verde
busco en las negras simas.

¡Oh boquete de sombras!
¡Hervidero del mundo!
¡Qué Confusión de siglos!

¡Atrás, atrás! ¡Qué espanto
de tinieblas sin voces!
¡Qué Perdida mi alma!

-Ángel muerto, despierta.
¿Dónde estás? Ilumina
con tu rayo el retorno.

Silencio. Más silencio.
Inmóviles los pulsos
del sinfín de la noche.

¡Paraíso perdido!
Perdido por buscarte,
yo, sin luz para siempre.

De un momento a otro (1937)

Nocturno

Cuando tanto se sufre sin sueño y por la sangre
se escucha que transita solamente la rabia,
que en los tuétanos tiembla despabilado el odio
y en las médulas arde continua la venganza,
las palabras entonces no sirven: son palabras.
Balas. Balas.

Manifiestos, artículos, comentarios, discursos,
humaredas perdidas, neblinas estampadas.
¡qué dolor de papeles que ha de barrer el viento,
qué tristeza de tinta que ha de borrar el agua!
Balas. Balas.

Ahora sufro lo pobre, lo mezquino, lo triste,
lo desgraciado y muerto que tiene una garganta
cuando desde el abismo de su idioma quisiera
gritar lo que no puede por imposible, y calla.
Balas. Balas.

Siento esta noche heridas de muerte las palabras.

JOSEFINA DE LA TORRE (1907-2002)

Poemas de la isla (1930)

Qué repetido deseo

Qué repetido deseo,
 todo igual y siempre el mismo,
 distinto y otro, inconsciente,
 confundido y tan preciso,
 se me va quedando dentro
 escondido y dueño solo,
 perdido y presente siempre.
 Altas noches, muros largos,
 patios de la madrugada.
 Y mi deseo rodando
 -número de circo- libre.
 Una y otra vez, alerta
 dando la voz en mis sienes,
 centinela de mi pecho,
 fiel compañero constante.
 Qué repetido deseo
 tan inseguro y tan firme,
 ignorada certidumbre.
 Distancia, viento y espacio

Pero no me dejes sola

Pero no me dejes sola.
 Dime palabras y ritmos
 y gestos para el alcance
 y voces acompasadas.
 Pero no me dejes sola.
 No es presencia ni vaivén
 ni caminito seguro
 ni ruedecitas del aire
 ni luz, ni sol, ni mañana.
 Es un presente, constante,
 aquí, cerca, más, despierto,
 vivo, alerta, repetido,
 único instinto posible.
 Dime tu palabra intacta
 de luz repetida y libre.
 Pero no me dejes sola.

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-1942)

El rayo que no cesa (1936)

No cesará este rayo que me habita

¿No cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herreras
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.

Cancionero y romancero de ausencias (1938-1941)

Guerra

Todas las madres del mundo,
ocultan el vientre, tiemblan,
y quisieran retirarse,
a virginidades ciegas,
el origen solitario
y el pasado sin herencia.
Pálida, sobrecogida
la fecundidad se queda.
El mar tiene sed y tiene
sed de ser agua la tierra.
Alarga la llama el odio
y el amor cierra las puertas.
Voces como lanzas vibran,
voces como bayonetas.
Bocas como puños vienen,
puños como cascos llegan.
Pechos como muros roncós,
piernas como patas recias.
El corazón se revuelve,
se atorbellina, revienta.
Arroja contra los ojos
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo,
precipita la cabeza
y busca un hueco, una herida
por donde lanzarse afuera.
La sangre recorre el mundo

enjaulada, insatisfecha.

Las flores se desvanecen
devoradas por la hierba.

Ansias de matar invaden
el fondo de la azucena.
Acoplarse con metales
todos los cuerpos anhelan:
desposarse, poseerse
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia
general, creciente, reina.
Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras.
Músicas exasperadas,
duras como botas, huellan
la faz de las esperanzas
y de las entrañas tiernas.
Crepita el alma, la ira.
El llanto relampaguea.
¿Para qué quiero la luz
si tropiezo con tinieblas?

Pasiones como clarines,
coplas, trompas que aconsejan
devorarse ser a ser,
destruirse, piedra a piedra.
Relinchos. Retumbos. Truenos.
Salivazos. Besos. Ruedas.
Espuelas. Espadas locas
abren una herida inmensa.

Después, el silencio, mudo
de algodón, blanco de vendas,
cárdeno de cirugía,
mutilado de tristeza.
El silencio. Y el laurel
en un rincón de osamentas.
Y un tambor enamorado,
como un vientre tenso, suena
detrás del innumerable
muerto que jamás se aleja.

SITI (PER LA LIBERA CONSULTAZIONE)

Biblioteca Digital Hispánica

<http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>

Cervantes Virtual

<http://www.cervantesvirtual.com/>

Internet Archive: Digital Library of Free & Borrowable Books

<https://archive.org/>

Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española

<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>